

ÁNGEL OVIDIO
VELÁSQUEZ CASTELLANOS

*Catequista y Ministro de la Comunión
en Buena Vista, Los Amates, Izabal.*



¿POR QUÉ HABLAR DEL MORRAL SAGRADO?

Sencillamente, como un memorial. Cuando después de una larga caminata de las comunidades ya sea en condiciones de emergencia, huyendo de la persecución, o después de muchos días de no encontrarse, o con ocasión de la visita de un catequista, sencillamente se reunían, extendían una tela limpia en el suelo, y sacaban del morral la Eucaristía. Al calor de la Palabra de Dios y de la presencia vital de Jesucristo celebraban la vida, la unidad, la alegría de estar juntos... Era un momento en el que se fortalecían la fe, la esperanza y la caridad. Se celebraba el gozo de haberse salvado. El morral era como un sagrario, Dios camina con su pueblo. En él va la Biblia, una cruz, los cuadernos en los que se anota el caminar de la comunidad y, sobre todo, el pan consagrado en la última celebración de la Eucaristía. Todo esto simbolizado en la sencillez de un morral. La primera vez que vi a un Catequista duramente torturado por llevar en su morral una Biblia, fue hace más de 30 años; era un salvadoreño llamado don Pilar. Nunca dejó por ello de ser Catequista.



ODHAG

ADVENIAT

CMC

Cordaid

OCRS

ifa

MISEREOR

DKA Austria



ODHAG

2011 Testigos del Morral Sagrado

MARCELINO LÓPEZ BALAN • ÁNGEL OVIDIO VELÁSQUEZ CASTELLANOS
MARCELINO CANO SAUCEDO • TIBURCIO HERNÁNDEZ UTUY

Testigos del Morral Sagrado



En homenaje a los Catequistas
sobrevivientes que han trabajado con dedicación,
aun arriesgando la propia vida,
por la construcción del Reino de Dios



ODHAG

MARCELINO LÓPEZ BALAN

*Catequista en Ixcán,
Quiché.*



MARCELINO CANO SAUCEDO

*Catequista y Director de la Radio
La Voz de Nebaj, Quiché.*



TESTIGOS DEL MORRAL SAGRADO

**MARCELINO LÓPEZ BALAN
MARCELINO CANO SAUCEDO
ÁNGEL OVIDIO VELÁSQUEZ CASTELLANOS
TIBURCIO HERNÁNDEZ UTUY**

Con la colaboración de
SANTIAGO OTERO DIEZ

TESTIGOS DEL MORRAL SAGRADO

Guatemala, abril de 2011

**Publicación en homenaje a los cientos de Catequistas
sobrevivientes que han trabajado con dedicación,
aún arriesgando la propia vida,
por la construcción del Reino de Dios y
de las comunidades cristianas,
conscientes de su misión histórica
al servicio de la libertad, los derechos de
la persona humana y la vida
de la gente más humilde del pueblo guatemalteco.**

1ª edición, abril de 2011

© MARCELINO LÓPEZ BALAN / MARCELINO CANO SAUCEDO /
ÁNGEL OVIDIO VELÁSQUEZ CASTELLANOS / TIBURCIO HERNÁNDEZ UTUY

© ODHAG

Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala
6ª calle 7 - 70, Zona 1, Guatemala, Guatemala, C. A.

PBX: (502) 2285-0456

FAX: (502) 2232-8384

Correo Electrónico: ddhh@odhag.org.gt

www.odhag.org.gt

Arzobispo Metropolitano:
Director Ejecutivo:
Coordinador Cultura de Paz:
Equipo de Memoria Histórica:

Monseñor Oscar Julio Vian Morales
Nery Estuardo Rodenas
Carlos Alarcón Novoa
Patricia Ogaldes
Brenda Pineda
Lisa Chaulón
Dulio Monterroso.

Colaboradores y correctores:

Patricia Ogaldes
Francisco Castro
Sandra Fernández
Marta Cedillo
Olga Marina Ventura
P. Santos Pérez

Responsable de la edición:
Diseño y diagramación:
Fotografía:
Dibujo de Portada:
Impresión:

Santiago Otero Diez, fms.
Javier Alvarez
Santiago Otero Diez, fms.
Marvin Olivares
Tinta y Papel, S.A.
Tel.: 2471-7203

Con ocasión del XIII Aniversario del martirio de Monseñor Juan Gerardi.

Dedicado a Monseñor
JULIO CABRERA OVALLE
Pastor, padre, hermano y amigo

| CONTENIDO | Pág. |
|---|-------------|
| Presentación, por Santiago Otero Diez, fms..... | 9 |
| Cronología..... | 19 |
| Marcelino López Balan..... | 25 |
| Marcelino Cano Saucedo..... | 155 |
| Ángel Ovidio Velásquez Castellanos... | 213 |
| Tiburcio Hernández Utuy..... | 277 |
| Índice General..... | 351 |

PRESENTACIÓN

Cuatro Catequistas nos cuentan su vida. Una historia narrada en primera persona, por hombres muy concretos que vivieron en carne propia los profundos horrores de la guerra, que nos dividió a los guatemaltecos durante 36 largos años de enfrentamiento armado interno. Son Marcelino López Balan, que vive actualmente en Ixcán, Marcelino Cano Saucedo, que vive en Nebaj, Tiburcio Hernández Utuy, de Chajul, los tres de la Diócesis de Quiché y, Ángel Ovidio Velásquez Castellanos, de Los Amates, Izabal. Testigos del morral sagrado.

Estos catequistas son líderes de comunidades cristianas que crecieron al calor del empuje de la Acción Católica en el altiplano guatemalteco y el movimiento de los Delegados de la Palabra en Izabal. Todos ellos pertenecen a Iglesias mártires, castigadas por la persecución, fundamentalmente durante la década de los años ochenta del siglo pasado en Guatemala.

Monseñor Julio Cabrera Ovalle, obispo de Quiché desde enero de 1987 hasta finales de año 2001, llegó a esta Diócesis martirizada con el lema: “Consuela a mi pueblo”, recordando un texto del profeta Isaías. Un lema que encerraba una actitud y un proyecto. Escuchar, acompañar y defender la vida, la dignidad, la reconciliación, el perdón y la paz. Ideales que había promovido Monseñor Juan Gerardi algunos años antes, cuando también fue Obispo de Quiché de 1974 a 1980.

En varias ocasiones Monseñor Julio Cabrera me hizo ver la gran importancia de contar con la narración de vida del camino recorrido por los Catequistas que habían sido víctimas de la violencia fratricida, como lo recordara el Papa Juan Pablo II. A principio de la década de los años noventa, las Parroquias iniciaron un proceso de memoria y discernimiento, recordando aquellas personas que fueron trazando el camino de la identidad eclesial que había dado fortaleza evangélica a las comunidades; así nacieron varios libros ya publicados sobre los mártires. Pero Monseñor Julio también insistía en los Catequistas que habiendo sufrido, se pudieron

librar de la muerte y son ahora testigos vivos y activos en las comunidades.

Hubo cientos de catequistas, animadores de la fe y delegados de la Palabra asesinados; y también fueron muchos los sobrevivientes. Con la presente publicación tenemos la oportunidad de acercarnos a la vida de cuatro de estos apóstoles del Evangelio de Jesucristo, verdaderos seguidores del Resucitado en la construcción de una Iglesia tal y como lo soñaban el Concilio Vaticano II, Medellín y Puebla, que son los grandes momentos de la Iglesia universal y de la Iglesia latinoamericana, que nos han acercado a la fuente viva del Evangelio.

Marcelino López nació en una aldea de San Martín Jilotepéquez, Chimaltenango, y en 1975 se integró a las Cooperativas de Ixcán Grande, dirigidas por el padre Guillermo Woods, sacerdote Maryknoll, y pasó a vivir a Cuarto Pueblo. Su lengua materna es el k'akchiquel.

Marcelino Cano nació en la aldea de Vijolom, cerca de Salquil Grande, Nebaj; su familia procede de Chiantla, Huehuetenango. En 1983 con toda la población ixil que se refugió en las montañas, llega a Santa Clara, norte de Chajul; estuvo once años viviendo en las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra. Su lengua materna es el castellano.

Tiburcio Utuy, así conocido por la gente, nació en la aldea Xix, Chajul, departamento de Quiché, descendiente de abuelos de Totonicapán y, en 1983 pasó a vivir a las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra; su lengua materna es el k'iche', aunque habla el castellano y el ixil.

Ovidio Velásquez nació en una aldea de Los Amates, Izabal; cuando era niño, sus padres se trasladaron a la aldea de Buena Vista, donde ha vivido el resto de su vida. Su lengua materna es el castellano.

Los cuatro nos cuentan su vida desde distintos ángulos. Estamos ante narraciones desgarradoras que nos gritan y nos hablan del

valor absoluto de la dignidad de toda persona humana, y a la vez denuncian la violencia a la que se vieron sometidos. Son vidas, son retazos de historia muy concretos, son girones de humanidad, de lucha y esperanza. Son autobiografías comprimidas al máximo, narradas casi siempre en primera persona, con un estilo directo, transparente, coloquial, como quien recorre a grandes rasgos los momentos de la propia historia.

Vidas arraigadas en firmes convicciones que se entretienen con la existencia de personas, familias y pueblos. Estamos ante narraciones de vidas ejemplares, o más bien arquetípicas, que nos describen en pocas páginas los derroteros de otras muchas personas marcadas por el mismo compromiso. Es difícil abstraerse a la progresiva indignación ética en la que nos sumergen estas páginas tan llenas de humanidad, y a la vez rasgadas por el horror. Páginas que nos describen la realidad de la Guatemala de no hace muchos años.

¿Por qué hablar del morral sagrado? Sencillamente, como un memorial. Cuando después de una larga caminata de las comunidades ya sea en condiciones de emergencia, huyendo de la persecución, o después de muchos días de no encontrarse, o con ocasión de la visita de un catequista, sencillamente se reunían, extendían una tela limpia en el suelo, y sacaban del morral la Eucaristía. Al calor de la Palabra de Dios y de la presencia vital de Jesucristo celebraban la vida, la unidad y la alegría de estar juntos... Era un momento en el que se fortalecían la fe, la esperanza y la caridad. Se celebraba el gozo de haberse salvado. El morral era como un sagrario, Dios camina con su pueblo. En él va la Biblia, una cruz, los cuadernos en los que se anota el caminar de la comunidad y, sobre todo, el pan consagrado en la última celebración de la Eucaristía. Todo esto simbolizado en la sencillez de un morral. La primera vez que vi a un Catequista duramente torturado por llevar en su morral una Biblia, fue hace más de 30 años; era un salvadoreño llamado don Pilar. Nunca dejó por ello de ser Catequista.

Queremos hacer una propuesta de lectura vital, porque no se trata únicamente de entrar y entender el texto, sino de adentrarnos en los corazones de las personas que nos hablan, que nos convocan, que nos conmueven y desafían. Personas que estuvieron lejos de

los privilegios o las concesiones gratuitas de una vida heredada de posición holgada. Nacieron todos en aldeas sencillas, lejos de los grandes centros donde se remueven las vísceras del poder, de padres vinculados a la tierra como su único cordón umbilical que los aferra a la vida.

Son vidas transidas de resonancias bíblicas; como el pueblo de la primera Alianza caminaba por el desierto y llevaba consigo el carca de la Alianza, símbolo de que Dios caminaba con su pueblo; así estos testigos han llevado consigo la presencia de Jesús, presencia que daba entereza a su corazón, referencia indispensable para la fe y la esperanza del pueblo que en el “desierto” de la frondosa selva de Ixcán y el norte de Quiché, les servía de protección y salvación. Cuando la población se tenía que movilizar en los días de “emergencia”, en circunstancias muy difíciles, cada quién cargaba con los niños y las pocas cosas que les podían servir y no les iban a impedir huir de la persecución del ejército; pues bien, los Catequistas, llevaban además un morral colgado sobre su cuello, que caía sobre su pecho; ahí en ese morral llevaban la Eucaristía, el pan consagrado fruto de alguna celebración eucarística que algún sacerdote heroico llegó a celebrar con ellos. Por eso se habla en el libro *del morral sagrado*.

En el horror de tantas persecuciones, de campos de concentración, como los gulags o las cámaras de gas de la Alemania nazi, hay un capítulo que corresponde a nuestra Guatemala. Un capítulo adverso para el sentido de humanidad, pero también una historia fecunda de entereza de la identidad cristiana confirmada con su vida y con su muerte por tantos testigos de la fe. Es importante reconocer tantos lugares de la geografía guatemalteca, donde podemos afirmar: “Este lugar ha sido bañado con la sangre de los mártires, y aquél otro, también...” También por la sangre de los torturados, y que siguen fieles al proyecto del Reino de Dios que anunciaba Jesús. El Papa Juan Pablo II fue reiterativo en recordar a los Obispos de Guatemala que no se debía perder la memoria de los mártires.

Cuando hablamos de mártires en Guatemala, hablamos de personas que murieron por seguir a Jesús, por identificarse con su proyecto de amor, justicia y verdad; y lo hicieron en circunstancias de

extrema conflictividad social. A lo largo de la historia, la Iglesia ha visto por desgracia correr la sangre de sus mejores hijos, víctimas de los conflictos más diversos. Una lectura cuidadosa del siglo XX en esta perspectiva, nos muestra la realidad sangrante de los miles de mártires cristianos, de todas las iglesias, y aún de personas no cristianas, que murieron por la causa de la justicia.

Esta publicación nos transmite la voz de testigos que siguen vivos. Que se encontraron con la muerte en varias ocasiones, y sin embargo, permanecen entre nosotros. Son un milagro viviente. Son testigos, y esta palabra los reviste enteramente, de arriba abajo, interna y externamente. Testigos de momentos históricos fundantes, que dejan huella, que nos muestran la realidad al desnudo, descarnada, allí donde se juegan intereses que por un lado, rebajan el valor de la persona humana a su mínima expresión. Y por otro nos hablan del don de Dios, que nos concede testigos que luchan heroicamente contra los demonios de la muerte. Y de todo esto nos hablan los relatos que el lector tiene en sus manos.

Alguien ha dicho, y pienso que no le falta razón, que en las últimas décadas de nuestra historia hemos asistido a mucha izquierda y mucha derecha, a esa que le encanta revestir lo religioso con sus propios intereses inconfesados, y que nos falta, sin embargo, altura y profundidad. Estas cuatro narraciones nos colocan ante una alternativa ineludible, escoger el bien, que es colocar los valores en su orden lógico de acuerdo al sentido de humanidad, o elegir conscientemente o no un itinerario de descarrilamiento humano y social excluyente, donde a la orilla del camino van quedando los que no cuentan para un sistema que ha hipotecado su futuro y se aferra con hechos muy concretos, no a la trascendencia de las verdades profundas que dan sentido a la vida, sino al poder y los privilegios que siguen causando víctimas y más víctimas. Es la lógica diabólica de la no fraternidad. ¿Cómo hacer conciencia de que este camino no lleva a la vida?

El “*Nunca más*” de Monseñor Gerardi. En el año 1989 Monseñor Gerardi, describía la realidad de la Guatemala de la década de los años '80, con estas frases lapidarias: «...*En esta realidad angustiada que pasará a la historia como la epopeya de un pueblo que lucha*

por la reivindicación de sus derechos y como el testimonio ominoso de la represión más sangrienta y despiadada jamás desatada en nuestra tierra, la Iglesia no paró en la simple denuncia, sino también se constituyó en voz de los sin voz; y, más de una vez, intervino ante el poder constituido para demandar justicia y pedir con vehemencia que se humanizara el proceso y se liberara al pueblo de la tortura y de la muerte»¹.

Estamos ante cuatro vidas, pues, que nos pueden resultar incómodas, que nos confrontan con nuestras aspiraciones, con nuestras decisiones diarias, con nuestro sentido de trascendencia, con la raíz superficial o profunda de nuestras verdades domesticadas, adquiridas en el supermercado de bienes simbólicos de marcas percederas. Vivimos en un mundo que se mantiene en las superficiales dimensiones de las realidades líquidas, sin atreverse a profundizar en las fuentes cristalinas de lo sublime y lo profundo, desde la hondura en la que se arraiga nuestra identidad y le da futuro.

Esta lectura nos llama a un ejercicio abierto de reflexión y discernimiento... a colocarnos en el lugar del otro, sobre todo cuando el Otro es con mayúscula, el perseguido, el huérfano, la viuda, el extranjero, cuyo rostro nos evoca la presencia de un Dios, que si bien no hace acepción de personas, ha entregado su Reino a los humildes y desheredados: “Dichosos serán ustedes cuando los hombres los odien, y cuando los excluyan, los injurien y maldigan su nombre a causa del Hijo del hombre. Alégrese ese día y salten de felicidad, porque su recompensa será grande en el cielo; pues lo mismo hacían sus antepasados con los profetas” (Lc 6, 22 - 23); “el que se burla del pobre ofende a su Creador” (Prov 17, 5). Los Obispos latinoamericanos nos recuerdan en el documento de Aparecida, la permanente validez de la opción evangélica por los pobres (n 128), opción encarnada, porque o es concreta o no será capaz de mostrar el signo de la encarnación de Cristo en nuestra historia (cf., Aparecida 392).

¹ Conferencia Episcopal de Guatemala, MONSEÑOR JUAN GERARDI, TESTIGO FIEL DE DIOS. Guatemala 1999, p. 72. Cuando recurrimos al diccionario para consultar qué quiere decir la expresión del entonces Obispo de Quiché, con “testimonio ominoso”, leemos: Abominable, que merece desprecio o reprobación. Es muy importante recurrir al libro de Jean-Marie Simon, GUATEMALA: ETERNA PRIMAVERA, ETERNA TIRANÍA, por la calidad simbólica y real de sus fotografías, muchas de ellas tomadas en los pueblos de la región Ixil de los años 1980 a 1984; la edición en español se publicó en Guatemala en el año 2010.

Los autores y protagonistas de la presente publicación nos entregan su palabra, nos abren el corazón, para mostrarnos la riqueza de un camino de lucha y esperanza; se trata de una palabra cualificada, acrisolada en el fuego de la represión sufrida, una palabra que nos confronta con la Palabra de Jesús, a la que ellos dedicaron y dedican sus fuerzas, sus desvelos... arriesgando lo único que tenían, su vida, porque Dios les concedió el don de una ofrenda total. Se les ha pedido que nos ofrezcan ese tesoro que llevan en su corazón; por momentos se han resistido. Ante la insistencia, algunos han escrito varias páginas de memorias y recuerdos; en algún momento han preferido que primero se graben y luego se transcriban y corrijan. En algún momento se han unido fragmentos de una charla aquí, una conferencia en otro lugar, tal y como han ido compartiendo la riqueza que les habita.

La presentación es narrativa de principio a fin, contada casi siempre en primera persona; los mismos autores dan voz a las personas que intervienen en la narración. La expresión del lenguaje adquiere así características propias, de acuerdo con el modo de expresión de cada uno de los Catequistas. Posiblemente algunos párrafos deberán ser *releídos*, para acostumbrarse al martilleo constante de las palabras acentuadas al final, cuando se da cuenta de diálogos que nos describen los interrogatorios en los momentos de las torturas sufridas por dos de los autores de estos relatos². Creo que la vivacidad y claridad del lenguaje en razón de la expresión concreta de sus autores, se impone a la vertebración de frases literariamente construidas. Aquí lo que priva es la vida y la humanidad.

Es una palabra crítica que se levanta con dignidad para someter a juicio el poder que se ejerce desde aquellas razones de Estado que reducen a las personas y las comunidades a objetos y cosas, y que se justifican en razón de leyes o intereses que han trastocado el orden de los valores, razón que se traducía en el despliegue de la fuerza bruta contra poblaciones enteramente inocentes e inermes,

² Una publicación indispensable para entender estos hechos es la publicación del Informe Interdiocesano para la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), GUATEMALA NUNCA MÁS, en sus cuatro volúmenes, Guatemala 1998. En este caso es indispensable la consulta del volumen II, que lleva por título: LOS MECANISMOS DEL HORROR.

reproduciendo estrategias de guerra ya ensayadas en otros continentes, como Vietnam, o arrojados por la llamada *doctrina de la seguridad nacional*, tan ajena a los principios cristianos y al sentido de humanidad. Con el Informe de la Comisión del Esclarecimiento Histórico, “Guatemala Memoria del Silencio”, se llegó a identificar que tales políticas habían producido un verdadero genocidio.

Son narraciones que nos confrontan con el rostro no solo de una persona muy concreta, sino con el rostro de los pueblos, “pueblos humillados, culturas despreciadas, clases explotadas...” como denunciara hace muchos años un gran teólogo latinoamericano, el padre Gustavo Gutiérrez³. Rostros que denuncian la realidad asimétrica a la que nos condenan las fuerzas en pugna del mundo de hoy, “creado” a imagen y semejanza de los dictados de los grandes centros financieros, que se cobijan bajo los dictados del sistema neoliberal, que se precian de haber alcanzado el último eslabón de la evolución del ser humano globalizado.

Nuestros autores, no se identifican como víctimas, sino como agentes de aquella Palabra que libera y salva, que coloca los principios del Evangelio más allá de los horizontes del éxito individual o de grupos de poder. Es una palabra transformadora, porque nace de la Palabra “que recrea y enamora”, como decía san Juan de la Cruz, palabra que arraiga con fortaleza en la vida que se transparenta en estos testimonios, que nos recuerda el testimonio que da Jesús de Juan Bautista: “*¿Qué salieron a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? Pues ¿qué salieron a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo y se dan buena vida están en los palacios de los reyes. Pero entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un profeta? Sí, y les aseguro que más que un profeta. Este es de quien está escrito: Yo envío mi mensajero por delante de ti; él te irá preparando el camino*” (Lc 7, 24 - 27). Es bello comprobar, que existen actualmente profetas que siguen los pasos de Juan Bautista.

Cuando contemplamos estos rostros marcados por la urgencia de

³ GUTIÉRREZ, Gustavo, LA FUERZA HISTÓRICA DE LOS POBRES. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP). Lima, Perú 1979, p. 354.

la sobrevivencia diaria en condiciones de despojo, transitando por veredas, como ellos dicen, a vida o muerte, les preguntamos: ¿Y qué fue lo que te dio fuerza para sobrevivir, para no claudicar en momentos tan fieros cuando las fuerzas humanas parecen derrotadas? Y todos responden: Son nuestros hermanos, es el amor a la Palabra de Dios, es la Biblia, es la presencia de Jesús, es la referencia del morral sagrado. ¿Quién sabía que allí estaba su fuerza?

En cada una de las historias a las que nos vamos a asomar está presente la huella de Dios, como un signo de los tiempos que pervive como referencia de vida para nuestra Iglesia. En los tiempos que corremos, tan dados a una espiritualidad a la carta, los testimonios que presentamos nos muestran vidas que se desmarcan de los lugares comunes, donde se recurre a la experiencia religiosa como un modo, legítimo, ciertamente, de cultivar la autoestima personal o grupal, tan afectada por los mismos acontecimientos del pasado y del presente. Sin embargo, ellos, no son ajenos a la historia, sus vidas no evaden el compromiso de un viernes santo prolongado. Es una subida a Jerusalén, como la de Jesús, no exenta de los riesgos que significa asumir el don de Dios con radicalidad. Es el campo de la fe adulta y sincera.

“Nuestra carta de recomendación son ustedes” (2Cor 3, 2). Gracias Ovidio, Marcelino Cano, Tiburcio y Marcelino López por este regalo, nos ayudará a vivir el Evangelio, a ser más conscientes de la realidad en la que vivimos, a seguir haciendo vida el mandamiento del amor que nos dejó Jesús como herencia. Gracias a la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG) que ha hecho el esfuerzo de promover la presente publicación. Gracias al Papa Juan Pablo II que en 1996 con ocasión de los 400 años de la imagen del Santo Cristo de Esquipulas, quiso rendir homenaje a los miles de Catequistas y Delegados de la Palabra de Dios de Guatemala. Nos alegramos con su beatificación el primero de mayo de este año 2011. Monseñor Juan Gerardi sigue siendo la inspiración para mantener viva la memoria de la lucha por la justicia, la verdad y la dignidad de cada persona humana.

Para que la lectura de los testimonios pueda ser históricamente mejor contextualizada, ofrecemos aquí una breve cronología de hechos y acontecimientos de la historia de Guatemala.

Santiago Otero Diez, fms
Guatemala de la Asunción, abril de 2011

CRONOLOGÍA

- 1954 Golpe de Estado; derrocamiento de la “primavera democrática”. Gobiernos militares.
- 1960 Inicio del enfrentamiento armado interno.
- 1963 Golpe de Estado.
- 1965 Creación de proyectos cooperativos
- 1970 - 1974 Gobierno del general Arana Osorio.
- 1975 (7 de junio) El EGP asesina al finquero Luis Arenas Barrera, dueño de la vinca La Perla, al norte de Chajul, y en los linderos de Ixcán (Quiché); militarización del departamento.
- 1974 - 1978 Gobierno del general Kjell E. Laugerud García.
- 1976 (4 de febrero) Terremoto en Guatemala. Carta Pastoral de los Obispos: “Unidos en la Esperanza”. 20 de noviembre: Asesinato del P. Guillermo Woods.
- 1977 Se instala un destacamento militar en Tzabal, Ixcán (en las inmediaciones de la Cooperativa Ixcán Grande).
- 1977 (noviembre) Gran marcha de los mineros de Ixtahuacán (Huehuetenango).
- 1978 (1 de mayo) Creación del Comité de Unidad Campesina (CUC).
- 1978 (28 de mayo) Masacre de Panzós (Alta Verapaz). El 30 de junio: Asesinato del P. Hermógenes López Coarchita, en San José Pinula. El 19 de diciembre de 1978: Secuestro del padre Carlos Stetter, sucesor del P. Guillermo Woods en Ixcán. Posteriormente liberado y expulsado del país.

- 1978 - 1982 Gobierno del general Romeo Lucas García.
- 1979 (25 de enero) Asesinato en Guatemala, ciudad, del líder político Dr. Alberto Fuentes Mohr (PSD). (29 de enero a 13 de febrero) IIIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (México).
- 1979 (enero) El EGP ocupa Nebaj.
- 1979 (22 de marzo) Asesinato de Manuel Colom Argueta, exalcalde de Guatemala y dirigente del FUR (socialdemócrata).
- 1979 (19 de julio) Triunfo de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua.
- 1980 (31 de enero) Masacre en la Embajada de España. Marzo: asesinato de varias mujeres en Nebaj. Marzo-abril ametrallan la casa parroquial de Uspantán, Quiché.
- 1980 (24 de marzo) En San Salvador, asesinato del Arzobispo Monseñor Oscar Arnulfo Romero.
- 1980 (El 1º y 12 de mayo), los sacerdotes Conrado de la Cruz (filipino) y Walter Voordeckers (belga), ambos de la Congregación del Inmaculado Corazón de María, y de la Prelatura de Escuintla fueron secuestrado y asesinado respectivamente.
- 1980 (mayo) Informe del Comité de Santa Fe (USA), plataforma política para la presidencia de R. Reagan, que permaneció en el cargo dos legislaturas.
- 1980 (4 de junio) Asesinato del P. José María Gran (MSC), y de su sacristán Domingo del Barrio Batz, en una aldea de Chajul. (10 de julio): Asesinato del P. Faustino Villanueva, en Joyabaj (Quiché). El 21 de julio, Monseñor Juan Gerardi y los agentes de pastoral, se ven obligados a dejar la diócesis de Quiché.

- Constantes secuestros y desapariciones de universitarios, profesionales, sindicalistas, jóvenes y campesinos.
- 1981 (15 de febrero) asesinato del P. Juan Alonso, que atendía las parroquias de Cunén, Uspantán y Chicamán (Quiché). En abril inicia el éxodo de refugiados hacia México. Organización en patrillas de autodefensa civil de la población controlada por el ejército.
- 1981 (30 de abril) Asesinato de los dirigentes de la Cooperativa y líderes de Cuarto Pueblo, Ixcán.
- 1981 (1 de julio) Secuestro y asesinato del P. Tulio Maruzzo Rappo, franciscano, párroco de Quiriguá y de Obdulio Arroyo Navarro (Izabal).
- 1981 (27 de julio) Asesinato del P. Stanley “Francisco” Rother, sacerdote norteamericano, párroco de Santiago Atitlán, Sololá.
- 1981 (2 de agosto) Secuestro y desaparición del P. Carlos Pérez Alonso, sacerdote jesuita español. Nunca más apareció.
- 1982 (6 enero) Secuestro de la religiosa bethlemita Victoria de la Roca, de su convento en Esquipulas. Nunca más apareció.
- 1982 (14 de marzo) Masacre de Cuarto Pueblo, Ixcán. Hechos similares se repitieron en los distintos centros de la Cooperativa Ixcán Grande.
- 1982 (23 de marzo) Golpe de Estado del general Efraín Ríos Montt. Salida de muchas personas hacia México, buscando refugio. El ejército bombardea sistemáticamente distintos lugares del departamento de Quiché. Se suceden masacres y continuas violaciones a los derechos humanos. Práctica de tierra arrasada.

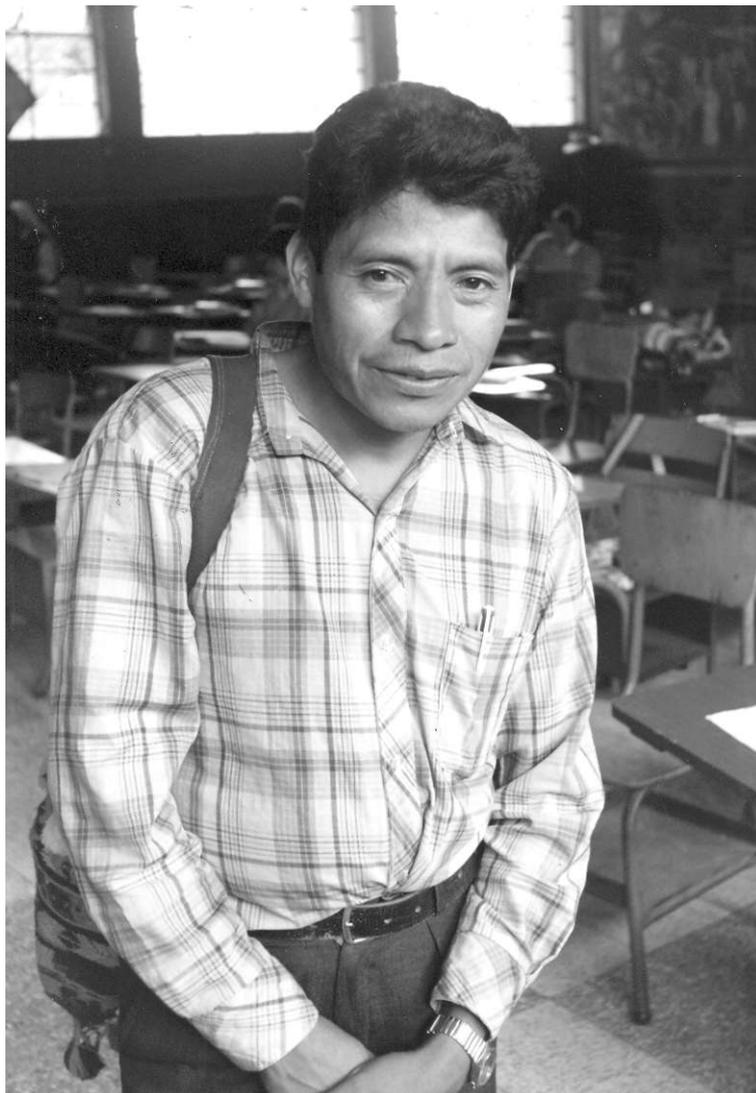
- 1983 Conformación de las Comunidades de Población en Resistencia de Ixcán, primero, y luego de la Sierra de Chajul. Se hace propaganda de una “amnistía” del Gobierno... Ofensiva del ejército contra poblaciones del norte de Quiché.
- 1983 (febrero) Primera Visita del Papa Juan Pablo II a Guatemala. Reunión en Quetzaltenango con los pueblos indígenas. Había programado visitar Quiché, pero luego de desestimó la propuesta. Pero el Papa nunca olvidó los sufrimientos de las parroquias y comunidades de Quiché.
- 1983 (8 de agosto) golpe de Estado del general Mejía Vítores.
- 1983 (7 de noviembre) Secuestro y asesinato del sacerdote franciscano, padre Augusto Ramírez Monasterio, párroco de la iglesia de San Francisco, de Antigua Guatemala.
- 1985 Nueva Constituyente, redacción de una Nueva Constitución Política de la República de Guatemala, y convocación de elecciones “democráticas”.
- 1986 (14 de enero) Asume mandato el presidente Vinicio Cerezo, democracia cristiana, elegido en las urnas.
- 1987 (17 de enero) Inicia su ministerio pastoral el nuevo Obispo de Quiché, Monseñor Julio Cabrera Ovalle.
- 1987 Gran ofensiva del ejército contra las poblaciones civiles que resisten en pueblos y montañas de Quiché, sobre todo contra las CPR. Llega el P. Ricardo Falla para hacerse cargo del trabajo pastoral en las CPR de Ixcán. Reuniones de Esquipulas II, para el logro de la paz firme y duradera; creación de la Comisión Nacional de Reconciliación.
- 1988 Inicia el Diálogo Nacional. Siguen los enfrentamientos

- armados en distintos lugares del país. Persecución contra las CPR. Inicia el diálogo de los sectores sociales con las partes en el conflicto armado.
- 1990 (11 de septiembre) Asesinato de la antropóloga Myrna Mack.
- 1991 (enero) Inicia el nuevo mandato Jorge A. Serrano Elías, elegido en las urnas. Inicio de las negociaciones de paz entre El gobierno-Ejército de Guatemala, con la Insurgencia revolucionaria.
- 1991 (29 de abril) Asesinato del religioso Hno. Moisés Cisneros, marista, en Guatemala.
- 1992 Firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador.
- 1992 (27-28 de abril) Celebración en Santa Cruz del Quiché de los 25 años de la Diócesis de Quiché; era la primera vez que se reunía multitudinariamente la feligresía católica después de los años más severos del enfrentamiento armado interno. Se recordaron los mártires y los catequistas.
- 1993 (enero) Primer retorno organizado de los Refugiados de México.
- 1993 (23 de mayo) Golpe de Estado, y destitución del Presidente Serrano Elías. El Congreso de la República elige como presidente a Ramiro de León Carpio. Negociaciones de las CPR para “salir al claro” y ser reconocidas como población civil.
- 1994 (2 de febrero) Salida al claro de las CPR de Ixcán.
- 1994 (21 de noviembre) Instalación de la Misión Internacional de las Naciones Unidas para Guatemala (MINUGUA).
- 1996 (enero) Inicia presidencia Álvaro Arzú Irigoyen.
- 1996 (marzo) Visita a Guatemala del Papa Juan Pablo II.

Homenaje a los Catequistas en la magna celebración en el campo de Marte, ciudad de Guatemala; en esa ocasión la Conferencia Episcopal de Guatemala presentó una largan lista de mártires, y el Catequista Dionisio Baten y su esposa, de las CPR, presentaron una de las ofrendas al Papa Juan Pablo II.

- 1996 (29 de diciembre) Firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala.
- 1998 (24 de abril) Presentación del Informe para la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). El 26 de abril: Asesinato de Monseñor Juan José Gerardi, coordinador de REMHI.
- 1999 (25 de enero) Presentación del Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, “Guatemala Memoria del Silencio”, de las Naciones Unidas.

MARCELINO LÓPEZ BALAN



En Chichicastenango 1993

ITINERARIO DE VIDA

- Marcelino López nace el 26 de abril de 1952, en la aldea Chohatalún, San Martín Jilotepeque, Chimaltenango. Lengua materna el k'akchiquel.
- De niño nunca pudo frecuentar la escuela. Trabajó en las fincas de la Costa Sur.
- Desde adolescente fue Catequista, líder juvenil y cooperativista.
- En 1975 se integra a las Cooperativas de Ixcán, norte de Quiché. Vive primero en Tercer Pueblo, y posteriormente en Cuarto Pueblo.
- Continúa su labor de Catequista.
- Trabaja como comerciante y agricultor en su parcela.
- En las masacres que sufre Cuarto Pueblo en 1981, pierde a su padre y a su hermano.
- Forma parte de la población de las Comunidades de Población en Resistencia de Ixcán, donde trabaja como Catequista durante 12 años.
- Con la salida “al claro” de las CPR en 1994 decide regresar a Cuarto Pueblo y seguir su labor como agente de pastoral de la Iglesia, participando en las Asambleas y Reuniones de la Diócesis de Quiché.
- Ha sido uno de los coordinadores de la labor del Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica en Ixcán, y posteriormente, encargado de la Pastoral Social.
- Ha viajado con su esposa por diversos países con el fin de promover la solidaridad con su pueblo y con su gente: Holanda, Bélgica, Alemania, Italia...

- Vive actualmente en Ixcán con su esposa, María Lorenza y sus hijos. Se le encuentra en su oficina frente a la computadora, leyendo o redactando documentos.
- A petición de varias personas e instituciones ha narrado el testimonio de las Comunidades de Población en Resistencia y de su acompañamiento a las mismas; parte de ese testimonio de vida es el que nos ofrece seguidamente.
- En 2004 recibe la Orden Monseñor Gerardi de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.

RAÍCES DE MI VIDA

Nací el 26 de abril del año 1952, (ahora, aniversario del martirio de Monseñor Gerardi), en el Paraje San Miguel, Aldea Chohatalún. Mis padres fueron Catalino López y Apolinaria Balan. Mis abuelos por parte de mi papá: Ciriaco López y María Coj. Y los abuelos por parte de mi mamá, Abelardo Balan y Encarnación Puy. Todos ellos eran campesinos, que vivían del cultivo de la tierra en el campo, pero de forma muy rudimentaria; aunque trabajaban con bastante tierra, no lograban conseguir la cosecha suficiente para atender a la familia, ni siquiera la deseada para poder vender y obtener algún dinero... Tampoco existían los agrónomos que los pudieran asesorar, ni tenían la tecnología agrícola necesaria.

En lo religioso, mis abuelos no estaban muy dentro de la espiritualidad cristiana, van a Misa, pero es un cristianismo de domingos, no asisten a las reuniones ni están comprometidos con la Iglesia. Así los recuerdo, cuando yo era chiquito. Mi papá era rezador, hacía novenas para los Santos, para las Ánimas del purgatorio, porque en aquel tiempo había muchas tradiciones entre la gente, como las de San Antonio, San Judas Tadeo y otras. Luego lo nombraron catequista de niños. Era amigo del padre Joaquín, párroco de San Martín, pero el vínculo no es muy estrecho, sólo por el tema de los niños, él daba la enseñanza del catecismo, hasta que llegaba el Sacristán que examinaba a los niños, para ver si estaban bien preparados. Yo siempre andaba con mi papá, bien pegado a él todo el tiempo. Me hizo un palo con un bordón, para que los perros no me mordieran cuando visitábamos las casas. Me gustaba ir a rezar con mi papá, era muy alegre. Le preguntaban, ¿por qué tu niño es tan callado? Pero yo no me enojaba. Utilizaba el “Catecismo de los Niños”, que tiene como 75 preguntas. Todas estas preguntas se aprenden de memoria, todo se tenía que memorizar.

Después de la Primera Comunión, venía el estudio del Catecismo Único de Adultos, que contenía una explicación a las preguntas que se hacían. Luego se pasaba a la Instrucción Religiosa, no se manejaba mucho la Biblia, es decir, la Sagrada Escritura. Cuando

yo tenía como doce años, hacia 1963 ó 1964, nos enteramos que la Iglesia quiere hacer el cambio del ritual en la Santa Misa, porque antes cuando se iba a Misa, el sacerdote estaba de espaldas al pueblo y era en latín. Fue el tiempo del concilio Vaticano II; de esto se habló mucho. Hubo un año de preparación para que el pueblo aprendiera a contestar en castellano en la Misa, y así pudiera seguir con más atención todo lo que se celebraba... Antes sólo el Sacristán contestaba, o una religiosa, diz que en latín... En realidad, ante la Misa era casi como un adorno, porque nadie sabía qué se decía... La gente estaba allí por su fe, y qué fe tiene la gente, porque a pesar que no entendían nada, siempre llegaban. Después nombraron párroco al Padre González Herrera, pero llegó cuando yo ya estaba algo mayor.

Recuerdo que en aquellos años no había gente evangélica en las comunidades; y por ejemplo, para contraer matrimonio teníamos que seguir unas disposiciones bien ordenadas. Para poderse casar o tener una esposa hay que cumplir con el matrimonio civil y luego realizar el matrimonio por la Iglesia, está muy prohibido el juntarse así no más... La gente de antes tenía estas disposiciones muy en cuenta. De acuerdo con este orden, corresponde al alcalde municipal revisar tu cédula para comprobar si no estás casado, si has tenido hijos con otra mujer... Y como eres cristiano, aunque no te hayas entregado mucho a Dios, te tienes que casar por la Iglesia; esta era entonces la costumbre de la gente. Mi papá nos dijo a mis hermanos y a mí, que si no nos casábamos, no estaba permitido tener una mujer en la casa para vivir en matrimonio.

MIS HERMANOS

Fuimos diez hermanos, uno falleció, si no seríamos once. Voy a recordar los nombres: Heliodoro López, Fermana, Dorotea, Felisa, Marcos (ya falleció, en la violencia, como diré después), luego vengo yo, Marcelino, luego Teresa, Juana, Edmundo y Felipa (no la conocí, murió de chiquita); nos contaron que el primer hijo de mis papás falleció... Es decir, vivimos actualmente ocho hermanos.

Mis papás vivían en extrema pobreza, era demasiada la pobreza,

cuando yo crecí... puedo decir que no conocí qué es un pantalón, sino que me cubrían con un “*mantabril*”, una tela algo basta... áspera. Antes de que yo naciera fue el tiempo de la revolución, que se conoce como la Primavera Democrática, y mi papá estaba afiliado a esa revolución, para conseguir tierra, y lograron obtener un terreno para ellos. Pero cuando dan vuelta a la revolución, vino otra ley que indicaba que los que estaban afiliados a la revolución, iban a ser sancionados por la ley; era como un castigo. En realidad, los empezaron a perseguir. Entonces mi papá tuvo que irse de la casa para esconderse en los montes, de modo que las nuevas autoridades no lo fueran a capturar. Esto es algo de lo que yo escuché, de la desgracia de estas políticas, pero también lo viví... Yo me iba detrás de él por los caminos de las montañas, para esconderme con él bajo los árboles. Mi papá llevaba un costal con algunas cosas, y yo lo acompañaba para dormir en el monte con él y que no se quedara solito. Mi mamá se quedaba en la casa triste y preocupada. Al fin agarraron a mi papá, y lo llevaron a la cárcel, tal vez lo metieron en la cárcel de Chimaltenango, de esto ya no recuerdo. Mi pobre madre lo iba a ver. Se acabó el maíz en la casa. Comíamos frutas y otras cosas; por ejemplo, con la mata del guineo, se escarba la raíz del guineo, se corta y luego se machaca un poco, y se le echa algo de masa de nixtamal, y así comemos, pero era una comida dura y basta, ordinaria, lo indispensable para no morirnos.

No fue mucho tiempo el que pasó preso a mi papá, tal vez cuatro meses. Mi mamá había pensado pagar la multa para sacarlo de la prisión, pero no tenía dinero; así que mi padre tuvo que “pagar” quedándose en la cárcel, así fueron corriendo los días, hasta que le tocó salir. ¿Cómo buscar dinero y dónde buscarlo? Pasaron los años, y cuando yo tenía unos diez años, hice mi Primera Comuni3n; esto fue algo muy alegre; primero me tuve que aprender de memoria las 75 preguntas con sus respuestas del Catecismo, y después logré aprenderme también una parte del catecismo de adultos.

ROMERÍA DE CHIANTLA

Mis abuelitos eran muy religiosos y devotos del Santo Cristo de Esquipulas y de Nuestra Señora de Candelaria; recuerdo que en una ocasión me llevaron a Chiantla, para la romería de la Candelaria; pero el compromiso, decían, es que hay que visitar a la Virgen tres veces. La segunda vez me fui con mis hermanos y otras personas; cuando caminábamos en medio de toda la gente, en la romería, llevábamos con nosotros las candelas que nos habían dado, para que el sacerdote las bendijera en Chiantla, porque en el santuario había un lugar por donde uno se acercaba a rezar delante de la imagen de la Santísima Virgen... Pero por el campo por donde caminábamos había unas estacas donde amarraban las vacas y otros animales, y me tropecé en una estaca, y al verme en el suelo, mis compañeros se empezaron a burlar, y a decirme que eso era porque yo había cometido un gran pecado, y que por eso me caí... me decían que la penitencia de mi romería ya no valía... Y así se lo dijeron al sacerdote, cuando llegamos a pedirle que nos bendijera las candelas, que las mías no se podían bendecir, porque yo había perdido la gracia.

Esto para mí fue una gran tristeza, al ver que mis compañeros querían impedir que el sacerdote bendijera mis candelas; pero cuando paso el padre de la iglesia, sí bendijo mis candelas, y yo sentí una gran alegría al ver que bendecía mis reliquias.

Cuando llegamos a la aldea, mis hermanos y los otros compañeros empezaron a contarle a la gente que nos salieron a recibir, y les dijeron que las candelas que yo llevé no estaban buenas, porque cuando iba en la romería me caí, y que eso era por un pecado... Pero más bien, lo que sucedía es que ellos habían tomado, y eso era la verdad...

Recuerdo que en otra ocasión, después de hacer la oración, me fui para mi casa; de la misma casa donde fui a hacer la oración salió un perro negro; el perro me siguió y me iba acompañando. Como llevaba mi linterna, a cada rato iba alumbrando para ver si me seguía o no. Cuando yo me detenía, también se detenía el perro; cuando yo caminaba, el perro caminaba. Así todo el camino.

Y tenía que cruzar por un lugar donde la gente decía que “espantan”, yo pasé con el perro y nadie me asustó. Luego dejé el camino, y me metí por una vereda, como un sendero, y el perro me siguió... Iba llegando ya cerca de mi casa, y tenía que pasar por un arroyo, brinqué para saltar el arroyito, y pasé del otro lado. Alumbré para ver al perro... ¡Ya no estaba! Me acompañó y luego desapareció.

Esta historia la recuerdo porque es como pensar que el acompañamiento viene de parte de Dios. Porque, ¿cómo es que un perro sale detrás de una persona que no conoce, y cuando yo le alumbraba el se paraba y no se acerca a mí, y guarda con una distancia?

ESCUELA Y TRABAJO

No pude entrar en la Escuela, y como tenía unos tíos que de vez en cuando iban a trabajar a las fincas de la Costa Sur, mis papás me recomendaron con mis primos, uno era González Balan, hijo de un tío mío... Yo era muy pequeño de edad y de estatura. En mi mente pensaba que la Costa era un lugar muy lejos. Pero los acompañaba en los viajes a las fincas de la Costa. Fuimos a una finca por Siquinalá, Escuintla; sembramos milpa en los cerros de las fincas de Siquinalá, donde prestaban terreno... Muy al principio empezamos a trabajar en el corte del algodón; pero el caporal de la finca no me recibió como un trabajador, porque soy un niño, y lo mismo, sólo me dieron media ración de comida. Comencé a trabajar más duro, hasta juntar 100 libras, me pagaban un centavo por libra de algodón. Al ver que sí podía trabajar bastante, aunque eso sí, no tenía fuerzas para cargar mi costal en el camión... Entonces el caporal habló con la molendera para que me entregaran la ración completa. Yo ya me sentía más contento. Aprendí que hay que tener amistades que te ayuden para subir al camión el algodón.

Después pasamos a otra finca. Como no tenía fuerzas para trabajar con ellos en la tierra, ni ellos querían que lo hiciera, empecé ayudándoles con la comida, molía el maíz y les hacía las tortillas,

teníamos una piedra de moler, era como el cocinero... Y después llegó otra persona a trabajar con nosotros y yo siempre les preparaba la comida a todos... Y en recompensa, un día me dijeron que me iban a dar mis cinco cuerdas de milpa; yo no tenía la menor idea de cuánto era eso. Pero por dentro sentí una gran alegría, una satisfacción inmensa; un niño se alegra de todo lo que le dicen que le van a dar... No era mi papá el que me da comida, yo trabajaba, como les ayudaba, ellos me dieron cinco cuerdas de milpa, que era bastante. Y cuando en la primera ocasión que regresamos a la aldea, vendieron uno de los quintales del maíz que me habían dado, y me ayudaron a llevar el resto del maíz a la casa... Pagaron transporte para llevarlo. Yo iba feliz. Esto fue un regalo para la familia, les llegaba el alimento.

Esto era en 1965. Todas las cosas estaban baratas en ese tiempo; los jornales de un día de trabajo son de 25 centavos; si uno quiere comprar una mula, cuesta cuarenta quetzales, si quiere comprar un caballo, cuesta 15 quetzales. La libra de sal vale 2 centavos, la libra de maíz 3 centavos... Y esto lo pongo aquí por escrito para que no se olvide. Cuando uno encuentra un buen trabajo, le pagan 30 quetzales al mes, ¡es un buen trabajo!

Por aquellos años, mi hermano mayor, Marcos, estaba en la escuela de la Aldea. Entonces, también mi papá quería que yo también fuera a la escuela; y a mí me entró la gana de aprender, como un deseo de estudiar, y me fui unos días a la escuela. Pero resultó que unos días después, otros tíos se fueron a la Costa, entre ellos, Mateo Balan... Y le hablaron a mi papá, para ver si me dejaba ir de nuevo con ellos... Y tuve que salir de la Escuela y me regresé a las fincas de la Costa... Sólo fui a conocer el maestro, que se llamaba Rigoberto, era algo grande.

Cuando se enteró la autoridad de que yo estaba en la Costa, porque no llegaba a la escuela, llegaron a preguntar por mí en la casa, porque yo había sido inscrito, pero sólo aparecían ausencias; le reclamaron a mí papá, y cuando yo regresaba de la Costa, lo que hacían era esconderme, para que no me viera el Alcalde auxiliar, o el maestro. Pero un día me encontré con el maestro por

la calle, y me preguntó qué había pasado, por qué no llegaba a la escuela... y le tuve que explicar la situación. El me insistió que no me desanimara, que aunque fuera letra por letra, tienes que ir aprendiendo, porque me daba vergüenza llegar tan pocas veces a la escuela, tú puedes llegar cuando quieras, me dijo el maestro, que era bien comprensivo, y así, aunque sea poco a poco, pero vas adelantando.

Pero me daba pena, porque no podía estudiar y no iba a sacar el examen, y mis compañeros iban por delante en los estudios. Pero hice lo que me ordenó el maestro, y con esas letras que yo aprendí, empecé a leer el catecismo que yo me había aprendido de memoria, empecé a deletrear, y deletrear... y aprendí, porque lograba relacionar los signos con los sonidos, y aprendí a leer un poquito, no mucho... Pero siempre tenía que regresar a la Costa por los meses de marzo, abril, mayo, junio... Mis tíos arrendaban terrenos en las Fincas... Y se pagaban cinco centavos por cuerda, y podían sembrar, otra parte la pagaban con maíz... Yo iba con mis familiares, ellos hacían toda la siembra... y yo les ayudaba con la preparación con la comida. Así fue cómo me acostumbré a dejar a mi mamá y a mi papá, y marchar a la Costa. Con el tiempo ya no me daba tanta tristeza dejarlos.

CATEQUISTA

Pero resultó que cuando tenía unos trece años, empecé a trabajar con los niños, porque mi papá tuvo que viajar, y tenía a su cargo las clases de Catecismo para la Primera Comunión en la Parroquia. Me dijo, ya que tú sabes el catecismo de memoria, tú puedes preparar a los niños... Y le dije: Voy a probar. A pesar de que no fui a la escuela, me gustaba participar en las cosas de la Iglesia.

Me senté, y me dije, ¿qué voy a hacer con estos niños? Como yo también era niño, me gusta jugar; entonces se me ocurrió decirles a los niños que vinieran al catecismo media hora antes de la clase, y jugábamos a la pelota, con esto podíamos comenzar la clase a la hora indicada, que era a las cinco; nadie faltaba, todos llegaban a tiempo para jugar. A las cuatro y media nos juntábamos en el

patio de mi casa, había un patio grande, colocábamos unas porterías y jugábamos pelota, niños y niñas... Mi mamá estaba en sus tareas, no nos decía nada... Días después los mismos niños se organizaron para comprar una pelota, y llegaban puntuales para jugar... Y luego el catecismo: les enseñaba el catecismo. Tenía entre 18 a 23 niños. El párroco era el P. González Herrera; después de un tiempo, cuando comprobé que todos ya sabían el catecismo, llevé los niños para que los viera el sacerdote, se los presenté, y le dije: ya le traigo a los niños para el examen, porque lo que yo sé ya lo saben ellos también. Se quedó muy admirado y contento de la preparación, me felicitó y se acordó todo lo relacionado con la Santa Misa de su Primera Comunión. Luego venía la confesión, antes de la comunión. Todos felices.

ANIMADOR DE JÓVENES

Y en esas estábamos, cuando el sacerdote me dice que de ahora en adelante tú vas a venir a las clases con el resto de los catequistas. Está bien, Padre, si usted lo dice, vengo; tenía que venir con los catequistas, que ya eran personas adultas. Llegó el domingo indicado para hacer la Primera Comunión de los niños que había preparado, y fue fiesta. Y cuál no fue mi sorpresa, cuando en la tarde empezaron a llegar los padres de familia con regalos para el Catequista, y cada uno daba un regalito al catequista, y yo no sabía nada de eso, pero lo sentí como un agradecimiento de los padres. Yo no conocía qué era comer pan, sólo lo comíamos en las ferias, y apareció un montón de pan en la casa, mi mamá agradeciendo, y colocando cada cosa en su lugar, porque me regalaron muchas cosas, yo no lo esperaba, fue una gran sorpresa... Eso me animó mucho...

Me comprometí a preparar otro grupo para enseñarles a los niños el catecismo... Pero un día el sacerdote cambió de idea y decidió integrarme al grupo de jóvenes; era como dar un paso adelante... Éramos como 130 jóvenes, y yo uno de los más pequeños. Recordemos que la Iglesia estaba haciendo los cambios que mandaba el Concilio Vaticano II; el párroco nos dio un Nuevo Testamento a cada uno, no sé cómo lo consiguió, bueno, lo

compramos. Cada domingo nos enseñaban cómo leer los Evangelios, nos explicaban qué son los capítulos, los versículos; íbamos poco a poco a leer la Sagrada Escritura. La Santa Misa era a las ocho de la mañana, así que a las nueve empezábamos la formación, como a las once, ya quedábamos libres... Yo era como un jovencito en medio de todos los jóvenes, más grandes que yo. Pero había un entusiasmo grande.

Un día el sacerdote nos reunió e hizo unas preguntas a los presentes, fue preguntando a varios y me preguntó también a mí: Marcelino, ¿tú estarías de acuerdo en ir a recibir un Curso en la Casa Central, en Guatemala? La parroquia te da el pasaje... No vas a ganar nada, pero vas a aprender bastante sobre la Palabra de Dios, para que te formes bien en la Biblia. Tal vez nos fuimos seis jóvenes de San Martín... Estuvimos quince días en la Casa Central... Llegaron diversos sacerdotes para darnos los cursos, charlas, conferencias y demás. Allí resulta que conocí al Padre Ricardo Falla, tenía barba y era blanquito... Y después cuando nos vimos en las CPR, yo lo descubrí y le dije que yo lo conocía de los Cursos de la Casa Central, porque nos había hablado del libro del Génesis, de cómo eran antes las cosas, sobre la creación del mundo y del universo, de cómo fue la evolución, nos enseñó esa palabra. ¿Verdad que tú eras? Sí, me contestó. También estaba el padre Chemita, que hablaba por Radio Mundial, y sacó un folleto de los Cantos Sagrados, era muy espiritualista, fue mi maestro; también otros padres salesianos... También llegó el señor Arzobispo Mario Casariego y otros obispos a saludarnos y darnos charlas... En la Casa Central nos daban hospedaje y comida. Estábamos muy bien, a veces nos pedían que diéramos de comer a unos conejos que tenían.

Luego pasamos a otra casa de los padres Salesianos, los cursillos duraban más o menos lo mismo: quince días cuatro veces al año, durante dos años. Era algo intenso.

Pero considero que en ese tiempo se desató mucha propaganda contra la Iglesia Católica... Se notaba que los hermanos evangélicos querían como suplantar a la Iglesia, con sus autoparlantes y

propaganda gritaban y hablaban... De San Martín nos quedamos sólo cuatro de los jóvenes y luego al final, tres... Nos dieron la instrucción para formar un equipo para la defensa de la Iglesia, integrábamos equipos de tres personas. Nos llevaban al Parque de La Concordia, donde se mantenían algunos pastores evangélicos predicando y gritando todo el tiempo, de vez en cuando hablando contra la iglesia católica..., y nosotros fuimos a observar qué decían aquellos señores, siempre nos acompañaba algún maestro... Ninguno de nosotros decía nada. Al regresar, evaluaban con nosotros; íbamos viendo todos los puntos necesarios para defender nuestra fe. Recibimos una tarjeta, un carnet, con la que podíamos mostrar que éramos Misioneros de la Iglesia Católica. El Obispo nos dio la bendición y nos entregó la tarjeta; conmigo también estaba José Cupertino Zunuc (que lo mataron en la violencia) y Manuel Antonio Vargas, que era muy joven, también ha fallecido... Fuimos los tres que conseguimos la tarjeta. Yo tenía unos 17 años. Tenía el carnet de la Iglesia, pero todavía no tenía mi cédula. Con esa tarjeta ya podíamos a ir a las parroquias, más bien nos mandaban, nos presentábamos con los párrocos, y trabajábamos con los jóvenes.

Fue así que desde mi juventud tuve la satisfacción de contar con esta tarjeta, que se me arruinó toda en los años de la violencia. Pero cuando llegué a Ixcán, llevaba esta tarjeta. Conseguí una Biblia Nácar-Colunga, esta fue mi “arma”, la llevaba a todos los lados, hasta que en Ixcán el ejército acabó con todas mis cosas; también con esta Biblia. Luego de estos años de mi juventud, me casé.

CONOZCO A MARÍA LORENZA Y ME ASOCIO A LA COOPERATIVA

Conocí a María Lorenza en el pueblo de San Martín, ella era de La Estancia de La Virgen en el departamento de Chimaltenango; estuvimos unos tres años platicando, a veces nos encontrábamos una vez al mes, había tiempos que nos veíamos como a los tres meses... La distancia del tiempo se nos hacía largo, comparado como lo que pasa ahora; además yo tenía que cumplir con mi trabajo y ella también. Fui muy directo con ella, le hice ver que

la quería, pero también le hablé de mi pobreza, que era mucha, que no fuera a pensar, que cuando nos casáramos le iba a dar todo. Fui franco en decirle que no tenía nada...

Recuerdo que en una de las reuniones de jóvenes en la Parroquia, el coordinador que trabajaba con nosotros, los varones, un día nos preguntó: ¿Qué piensan ser el día de mañana? ¿Qué piensan hacer? ¿A qué se piensan dedicar? Cada uno fue contestando lo que quería hacer. Yo le dije: Voy a conseguir a una mujer, me voy a casar... Así se lo dije directamente. También hubo como diez o quince jóvenes que se decidieron por el estudio, algunos tal vez fueron al Seminario para ver si podían ser sacerdotes. El resto nos tiramos por el matrimonio.

Y según esto, nos dieron las capacitaciones, porque si nos queremos casar había que tener una capacitación: qué es tener una mujer, qué preparación vamos a tener como jóvenes, como cristianos, qué responsabilidades tiene que tener un esposo... Y esto nos lo daban los catequistas; uno de ellos fue mi padrino de matrimonio, el señor Oswaldo, pero también estaban los señores Santiago Estrada, Francisco Estrada (ya falleció) y Wenceslao Armiro... Todos ellos nos daban la formación. Todos los compañeros recibimos la misma formación, formación cristiana, humana, pero también sobre el trabajo y la economía familiar. Y la idea era que antes de casarnos debíamos tener una cuerda de terreno, para tener un lugar donde hacer la casita, y presentarle a la mujer al menos el lugar donde iba a estar nuestra casita. Logré conseguir un terreno con árboles de pino, porque se necesita la madera para la casa, por ejemplo... Luego había que descombrar el terreno y prepararlo bien, para hacer la casa, conseguir la madera, láminas o teja, lo que se necesitara... Porque cuando uno se quiere casar, hay que ver que en la familia también hay otros hermanos y, si el papá no te da terreno, ¿dónde vas a estar, dónde vas a vivir? Nos daban bien la formación para que nosotros mismos pudiéramos conseguir los propios recursos; ellos nos ayudaban. La otra parte de la formación sobre el matrimonio era cómo ser fiel con la mujer. Si te vas a casar debes saber el compromiso que contraes, y debes ser fiel, y vivir unidos hasta que Dios nos de la vida o nos separe. Que a veces viene la cruz, la enfermedad, los problemas, o cuando no hay centavos... Pues si el matrimonio está unido, no habrá

tanto problema. Nos daban toda la formación, para que estuviéramos bien preparados. Las clases sólo las recibí yo, no mi esposa.

De acuerdo con estas instrucciones, me decidí a comprar mi terreno, lo busqué donde había pinos grandes para construir; tenía las láminas... Posteriormente recibí también la formación agrícola. Era una capacitación que nos preparaba para dejar la Costa y empezar un trabajo en nuestra propia tierra; todo esto nos venía por parte de la Iglesia. Teníamos que aprender a cultivar la tierra con la técnica que nos daba el agrónomo, que era el que nos acompañaba. Wenceslao, nos daba los talleres agrícolas... Francisco Estrada, nos daba la capacitación sobre qué es una Cooperativa, y Santiago Estrada nos impartía otros talleres. Yo creo que ellos están en el Cielo, porque hicieron mucho bien a los jóvenes. Aquellos cursos era como ir a la universidad, porque no es que un maestro te da toda la capacitación, como en la escuela, sino que cada maestro te da una parte de la capacitación, de manera ordenada y práctica, que nosotros la podíamos entender. Así nos preparaba la Parroquia. Con la capacitación nos integramos en la Cooperativa Flor chimalteca. Entonces, cuando compré el terreno, lo empecé a arar... La Cooperativa nos mandaba el tractor para arar la tierra, donde no se podía, cavábamos con azadón. Nos decían: Es un deber del campesino preparar el propio terreno. Si lo haces bien, tienes segura la comida, y entonces ya puedes tener una familia. Esta era la formación que nos daban. Nos insistían que si uno es una persona responsable, tenía que trabajar bien la tierra. Para mí fue una maravilla aprender a trabajar como campesino.

Pero para realizar el matrimonio tuve un problema; primero no tenía fondos y después había un problema con los papeles de mi esposa. Lo hablamos con María, que era muy jovencita, ella tenía 17 años y yo 18. Ahora no nos podemos casar, pero si me esperas, tal vez dentro dos años o tres años, nos podemos casar. Yo le proponía un tiempo de espera, pero ella me hizo otra propuesta: ¿Y por qué no de una vez? Si yo me voy contigo y tú conmigo, no tenemos que gastar nada, y después veremos qué pasa dentro de tres años, como tú dices... Todavía me río de la propuesta...

Cuando la vi tan decidida, entendí que era el momento de juntarnos, pero todavía no nos podíamos casar. Y yo le pregunté, si de veras estás decidida, vamos adelante. Pues yo estoy decidida, me respondió. Concertamos cuándo la iba a buscar para llevármela a la casa de mis padres. Pero para llegar a este punto, todavía había que sobreponerse a otras dificultades.

Hablé de todo esto con mi papá, que me quería casar, que ya había encontrado una mujer para mi vida, pero que no sabemos cómo nos vamos a salir de todas las dificultades... Y me preguntó por la pedida; le respondí que no iba a haber pedida, ella se viene así no más a nuestra casa, y ya veremos cuándo viene lo del casamiento. No le gustó a mí papá esta manera de arreglar las cosas. Traté de hablarle serenamente para que entendiera las dificultades: Primero, no teníamos fondos, cierto, había comprado el terreno, pero no tengo fondos. De todos modos tanto María como yo queríamos casarnos, acordamos qué vamos a hacer; y así se lo hablé a mí padre.

Hubo otra dificultad; en ese momento tampoco el papá de María Lorenza, don Daniel Cumatzil, se encontraba en la aldea; llevaba varios días fuera de casa en no recuerdo qué trabajos. Llegué con los abuelitos de María Lorenza. No estaban muy de acuerdo, y en su cara pude ver el enojo o la disconformidad... De todos modos ya nos presentamos juntos. Días después llegó el que iba a ser mi suegro, el papá de María, tampoco estaba de acuerdo y se puso enojado con María y conmigo. Tuvimos que buscar a otras personas para que hablaran con él. Algunos vecinos de su confianza y familiares llegaron a su casa para hablarle de nuestro casamiento, de que no fuera a tomar una mala decisión con su hija; tu yerno vendrá a presentarse, y es buen muchacho. Los que le hablaron daban las razones que nos favorecían. Cuando escuché que las cosas están calmadas, llegué a visitarlo; iba con cierta preocupación y nerviosismo. Y me presenté, y le dije: aquí estoy, soy tu yerno, tal vez no es lo que usted quiere, pero ya estamos viviendo juntos... Le hice ver que yo quería a su hija, y que nos disculpara porque ya estábamos viviendo juntos, pero que iba a cuidar de ella.

Uno de los problemas que tuvimos que resolver fue lo relacionado con los papeles. La mamá de María Lorenza, que se llamaba

María Faustina Hernández, ya había fallecido, y en los papeles de mi esposa estaban cambiados los datos. Había una confusión con el nombre de mi esposa y el de su mamá, de tal manera que aparecía que mi esposa se llamaba Faustina. Esto atrasó las cosas que no nos permitió preparar todo para casarnos desde un principio. Conocía al Licenciado José García Bauer, que trabajaba con todo lo relacionado a la Iglesia, llegué a su casa de la Capital, me conocía bastante con él. Le expliqué mi situación, le hice ver que no sabía qué hacer...

No te preocupes, yo te hago el matrimonio y te ayudo a arreglar todo lo de los papeles. Usted pregúntele al sacerdote de San Martín cuándo puede hacer la celebración del matrimonio; yo llevaré la máquina de escribir y el sello para que arreglemos todo ese mismo día, para que te cases por lo civil y el mismo día también por la Iglesia. Siempre le agradecí al Licenciado José Francisco García Bauer este gran favor, estaba muy afligido...

Nos casamos el 7 de abril de 1971, en la Iglesia de La Estancia de la Virgen, en San Martín Jilotepeque, nos casó el Padre González Herrera y, después de la Santa Misa el Licenciado García Bauer, nos casó por lo civil. Nuestros rostros se llenaron de alegría. Fue una celebración sencilla, como lo hace la gente humilde. Pero estábamos realmente muy felices. Pasamos el día en la casa de los papás de mi esposa, y luego regresamos a nuestra casa en Chohatalún. Cuando decidimos juntarnos yo ya tenía mi casita preparada, sencilla, pobre, pero ahí estaba nuestra casita, con el lugar para el fogón, para cocinar. La primera casa que hice era muy chiquita; las pareces las hice de bajareque, las cañas se cortan por la mitad, se van juntando y se recubren con arcilla o lodo; se hacía fácilmente y resultaba barato... Pero no vivimos en ella mucho tiempo. Luego tomamos la decisión de hacer una casa mejor. Habíamos reunido algo de dinero.

CONSTRUIMOS NUESTRA CASA

Sembramos una buena cantidad de milpa. Y la bendita milpa se dio muy bien. ¡Dios es muy bueno con uno! Vendimos esa vez 150 quintales de maíz, y estaba a tres quetzales el quintal. Nunca en

mi vida había juntado tanto dinero. ¡Era mucho dinero! Al menos para nosotros, que vivíamos muy sencillamente. También nos sobró el maíz necesario para nuestro consumo. Con ese dinero conseguimos la madera, la teja, hicimos los adobes, pero todavía no teníamos lo suficiente para contratar un albañil, o si le pagábamos al albañil, nos quedábamos sin nada de capital. Mi esposa fue del parecer de no gastar todo el capital. En ese tiempo no había nacido ninguno de nuestros hijos. Decidimos empezar a trabajar nosotros dos, yo hacía de albañil, sabía hacer el adobe, me enseñaron a poner la plomada, a trazar las esquinas con escuadra, y los lugares donde iban a quedar las puertas y ventanas y, María, mi esposa, fue nombrada ayudante de albañil; juntos hicimos el trabajo. Fue bonito trabajar juntos. Todo de puro adobe; la construcción fue creciendo rápido. Cuando ya íbamos llegando a la parte de arriba, donde hay más dificultades, hablé con un hermano mío, y también con un cuñado, hermano de mi esposa, nos ayudaron, sobre todo para colocar la madera del tejado... No había muchas complicaciones, siempre era una casa humilde, el fogón lo hicimos de adobe, como le gustó a María.

Personalmente sentí, que al casarme lograba tranquilizar mi corazón; sentía una gran satisfacción, uno siente como una limpieza en su vida, porque tuve que pasar un año sin ser catequista, iba a la Misa, pero no participaba en la comunión, me sentía aislado, no me sentía bien. Pero cuando ya me casé se volvieron a abrir las puertas, y retorné al trabajo de la misión, viendo qué hacer en la Iglesia; esta ha sido mi vocación, realmente.

DE NUEVO LA COSTA Y PROBLEMAS CON MI ESPOSA

Sin embargo, para vivir yo no podía dejar de trabajar. Tengo que irme de nuevo a la Costa Sur a trabajar, esta vez fuimos por el Cerro Colorado -que dicen-, en Tiquisate, por las Fincas del Cajón, en el departamento de Escuintla... Pero en ese tiempo ya había otro objetivo: ayudar a los rancheros, y ser presencia de Dios en medio de su trabajo. Yo llegué a trabajar con ellos, con la idea de que también el párroco sepa que estamos trabajando. Sembré milpa en la Finca de Guantepec. Y los sábados y los domingos

llegaba a las pequeñas iglesias de las fincas, y allí daba la formación sobre la Iglesia, sobre la fe cristiana, sobre la religión; me daban un rato para platicarles en las celebraciones. Estuvimos en Cerro Colorado, que no está tan lejos de El Cajón, y cuando los catequistas ven que yo también estoy con ellos trabajando y a la vez aprovecho los sábados y domingos para la catequesis, ¡yo le agradecía a Dios!, porque ellos también comprendieron la necesidad de uno, y decidieron ayudarme... Yo sé que voy a la Costa a sembrar milpa pero también voy con la preocupación de la misión; y cuando ellos me preguntan cómo estoy con la siembra, les digo que estoy fregado, atrasado... No tenga pena, me dijeron. Juntaron una colecta, no sé cómo lo hicieron... y después llegaron para ayudarme a limpiar el monte para sembrar la milpa, rápido desmontamos las cuerdas que a mí me correspondían. Ese aporte que me ofrecieron me hizo ver que no estaba solo; quedamos en que les iba a seguir dando los cursos de religión y en lo que podía ayudarles, que estaba a su disposición.

La gente me pedía un día y a veces cinco días; les gustaba la predicación. Los Catequistas invitaron a algunos evangélicos, y yo les dije que sería bueno que llegaran, que después de la conferencia íbamos a platicar los catequistas con ellos solos.

Pero yo había dejado a mi familia, a mi esposa, cerca de tres meses. Es cierto que había conseguido bastante milpa, pero estaba lejos de mi esposa. Cuando llegué a mi casa mi esposa estaba enferma... Estaba enojada, pensando que yo andaba con otra mujer en la Costa, ¿por qué tanto tiempo? Mis hermanas se pusieron a pelear conmigo, dándole la razón a mi esposa, y que me tenía que corregir de los errores que había cometido.

Sólo escuché todo lo que decían; porque tienen razón, es cierto que me alejé muchos días de la casa, eso sí lo reconocí. Pero no es cierto que tenga otra mujer. Traté de calmar a mi esposa, y lo que hice fue pedirle que me acompañara en los retiros espirituales y en los cursos bíblicos. Me dijo que eso no era la solución, lo que ella quería es saber dónde tenía yo la otra mujer. ¡Bueno, no la pude convencer! Lo que hice fue ir a orar debajo de unos pinos en un cerro, y aprovechando llegué para una conferencia a Santa

Anita Las Canoas; llegué temprano, aunque los catequistas tenían que llegar a las dos de la tarde. En mi oración, meditando, le presenté a Dios mis problemas, todo lo que estoy sufriendo, porque yo hablo de la importancia de la vida de un Catequista y del regalo de la vida de Dios para uno. Al cabo de un rato sentí que mis lágrimas estaban regando las páginas de la Biblia que llevaba. En ese momento me dije: Voy a seguir con la Palabra de Dios y voy a conseguir que también mi esposa se venga conmigo.

Sabía que esto no era fácil; tuve que aguantar muchas cosas y por mucho tiempo; mi vida se fue arreglando un poco. Pero la oración me ayudaba a entender que no estaba solo, siempre pensaba que cuando uno sufre, si uno habla la verdad, uno tiene la fuerza de Dios para mantenerse uno mismo y ser consciente que la vida es pasajera, y sobre todo, saber que la vida es de Dios. Y en ese momento siento la unión con la naturaleza, cómo Dios es tan lindo, porque uno ve cómo la naturaleza nos habla de Dios, y recuperé la fuerza, uno siente la fuerza de Dios.

Durante mi vida no todo me ha dado satisfacción; también he podido experimentar frustraciones, tristezas y no pocos sufrimientos. La vida de catequista no ha sido cosa fácil para mí; cuando uno está casado, la mujer necesita el calor y el cariño del marido, necesita la compañía, vivir estrechamente y compartir juntos el trabajo, el cuidado de los niños, las cosas de la casa... Pero lo que me sucedió, es que el trabajo pastoral no me dejaba tiempo para mi familia. Yo llevo actualmente cuatro años aquí en Cantabal, Playa Grande, desde el año 2006, y puedo decir, con algo de pena, que hasta ahora puedo decir que sé lo que es el matrimonio. Durante mi vida, creo que he estado siempre en el trabajo de la misión de la Iglesia, he caminado de comunidad en comunidad, de pueblo en pueblo, y me quedaba en las comunidades quince días, a veces un mes... Otras veces ocho días; en ocasiones conseguía regresar a mí casa dos o tres días; mi esposa ha sufrido bastante con todo esto, no es que no estuviera de acuerdo, porque siempre me ha apoyado, pero estaba claro que no le dedicaba tiempo. La salvación no la tengo sólo yo, también está en ella, y tengo que pedir perdón por dejarla sola y fatigada. A veces maíz, hay... pero

faltan otras cosas. María tenía que luchar sola con los hijos. Siempre la apoyaba, y le he guardado un amor profundo y tierno, pero no es igual que estar y compartir juntos el día a día. Yo le explicaba que lo que hacía era una responsabilidad mía, no era un trabajo del que voy a sacar un salario. Para el Catequista no hay un reconocimiento por parte de la Iglesia, es un trabajo gratuito, dar las clases a los niños, formar para el matrimonio, para la Confirmación, coordinar la pastoral... lo hacemos porque sentimos que es una responsabilidad con nuestra fe. Ella a veces me reclamaba, que no he sido el mejor marido. Y yo no le podía decir nada, porque tiene toda la razón. Pero yo también sé por qué lo hago, sabía que mi misión era estar con la gente. Tengo que decir que todo este trabajo nunca lo hubiera podido realizar sin el apoyo de mi esposa María Lorenza. Agradecerle a ella es como agradecerle a Dios y a mis hijos. Sólo Dios sabe lo que hemos vivido durante este tiempo. Yo sólo le pido que haga fecunda la semilla de nuestro trabajo; lo poco o mucho que hemos sembrado, que Dios vele para que algún día de fruto.

EL AGUA DE LA CASA

Pero volviendo al principio, mi costumbre es tener agua en la casa, en el patio de la casa. Hice un pozo de unos diez metros de profundidad, y encontré agua muy buena... La gente empezó a llegar a buscar agua, porque sobraba para nosotros. Entonces pensando en la gente, hice otro pozo, dentro del mismo terreno, porque en la aldea donde vivimos la sequía aflige mucho a la gente y no era tan fácil conseguir agua, viendo esta necesidad, y para que mi familia estuviera más tranquila, decidí hacer otro pozo similar al que había hecho antes. Así que hice otro pozo para la gente. Le puse un cerco al terreno donde cavé el pozo para la gente de la aldea, pero les dije que no les iba a cobrar, solamente que tenían que hacer un trabajo muy sencillo, y todos estuvieron de acuerdo, sobre todo las mujeres, que son las que más llegan a buscar agua. Les hice una puerta para que entrara la gente; pero cada persona tenía la obligación de regar algunas matas de chile que yo había sembrado... Porque a veces tienen que lavar sus tinajas, y para que no se desperdiciara el agua les pedí ese favor...

Y así iban regando las matitas del chile y otras hortalizas... Y así nos iban ayudando, hicimos las siembras y ellos lo regaban. Y no era una cosa difícil, y lo hicieron muy bien. Mi esposa, cada domingo llevaba un canastito de chile y de otras cosas a vender al mercado del pueblo; y con esto ganaba el dinero necesario para el gasto; con cinco o seis quetzales cada domingo, perfectamente alcanzaba para el gasto y ella misma compraba las cosas necesarias para la casa. La gente nos ayudaba y yo les ayudaba. Esto hizo que hubiera mucha amistad entre las familias.

¿Por qué sabías que en ese lugar había agua? Me preguntaban. Pero en realidad, yo no sabía que en ese lugar había agua; un señor que sabía buscar agua me dijo dónde podía cavar para encontrar agua, porque yo no sabía cómo buscar agua en la tierra, hice el pozo y salió buen agua. Yo sólo me imaginaba que tendría que haber agua... Ahora creo que ya sé cómo encontrar agua. Fue pura obra de Dios, el encontrar agua. Ese terreno lo vendí años más tarde, cuando estaba en Ixcán, para comprar una parcela. Y cuando lo vendí, vino un inspector, con el fin de instalar el agua potable para toda la aldea, y debajo de mi pozo, también ellos encontraron suficiente agua, en la misma dirección de donde estaba el pozo que yo hice, y sin profundizar muchos metros más. Todavía hoy el pozo da agua surte a toda la aldea, y se hizo la instalación de tuberías para todas las casas de la aldea, que están algo separadas; se instaló un motor que bombea el agua para un estanque colocado en una loma, un lugar alto, y alcanza para todos. Ellos encontraron la bendición del agua. Yo ya no lo aproveché. Lo vendí a un vecino, Simeón Sajil, al que todos le dicen Moncho... Este mismo señor vendió un pedacito del terreno a la comunidad para el manantial del agua potable.

COOPERATIVA FLOR CHIMALTECA

Como ya he explicado, con la formación que recibimos siendo jóvenes, dejé de ir a la Costa, y me asocié a la Cooperativa Flor Chimalteca. Hubo una organización llamada “Vecino Mundial”, de Estados Unidos que apoyó bastante... Con este apoyo se formó

la Cooperativa Flor Chimalteca; esa asociación así llamada Vecino Mundial, estuvo unos diez años trabajando con nosotros. Los jóvenes que formó la Parroquia no se quedaron en la calle, porque teníamos formación agrícola y de cooperativa... Y los que nos enseñaron nos aconsejaron que nos asociáramos a la Cooperativa para trabajar mejor, y así nos podamos superar económicamente hablando. Uno de los que trabajaba con Vecino Mundial, era Rolando Gamuch, y él nos propuso: Ustedes que son jóvenes, ¿estarían de acuerdo en que compremos una finca?... ¿Ustedes podrían pagar anualmente una parte del terreno, por abonos, y un día el terreno les quedará para ustedes? La condición que nos ponía Vecino Mundial para entregarnos el terreno era el pasar a formar parte de la Cooperativa y que trabajáramos la tierra de acuerdo con las instrucciones que ellos nos habían dado. Reconocieron que estaban seguros de que nosotros podríamos salir adelante con este trabajo. Y aceptamos comprar la finca. Vecino Mundial compró la Finca Catalán, cerca de Chohatalún. Esto debió ser por el año 1973. Midieron y dividieron las parcelas, eran de dos manzanas o de manzana y media cada una. Se pagaba al año alrededor de unos cuarenta quetzales, en aquel tiempo, entendíamos que no era tanto. Pero había unas condiciones que teníamos que cumplir: Había que cumplir con las condiciones agrícolas que nos aconsejaban, para eso nos daban cursos de capacitación, y si hacemos lo que el agrónomo dice, nos prometían que la Cooperativa también iba a tener en cuenta nuestro trabajo, es decir, se nos perdonaba la deuda que teníamos que entregar anualmente. Pero si no cumplíamos con estas condiciones, y el rendimiento de nuestro trabajo no era el adecuado, entonces, sí, había que pagar lo que se había acordado. Era un incentivo. Era un acuerdo que estaba a nuestro alcance, siempre que trabajáramos bastante. Teníamos que dedicarnos a nuestro trabajo. Con nuestro trabajo también podíamos hacer crecer el fondo que cada uno tenía en la Cooperativa.

Durante el primer año sembré manzana y media, haciendo curvas a nivel para las siembras; es un trabajo que hay que hacer con mucho cuidado; pero no era tan difícil. Este fue el primer reto. Llegaba el agrónomo y el gerente, que era don José Cupertino, revisaban nuestro trabajo y los cultivos y, si encontraban bien, y

así durante todo el año, se nos perdonaba el monto que teníamos que aportar cada año por el pago del terreno. Al siguiente año nos piden arreglar tres cuerdas, y cultivarlas bien, de acuerdo con las técnicas que ellos nos daban, y si lo hacíamos bien, nos perdonaban la deuda. Lo que importaba era lograr una buena cosecha. De esa manera fue como fui aportando e incorporando la tecnología a los cultivos que yo hacía. Lo que producíamos lo vendíamos a la Cooperativa, y la Cooperativa nos pasaba el dinero, y todos estábamos de acuerdo.

Pero no me olvidaba del trabajo de la Iglesia. Por las tardes sigo yendo a la misión, y por la misión tenía que salir de mi aldea, a otras aldeas de San Martín; cada domingo teníamos reuniones, y ahí nos asignaban el trabajo que teníamos que hacer durante la semana y qué aldeas teníamos que visitar, por ejemplo, había que ir a Santa Anita Las Escobas, o a Las Escobas... La parroquia enviaba sus misioneros para hacer el servicio de la parroquia. Llegábamos a las aldeas para dar las “conferencias”, hablábamos del Evangelio, de los tiempos litúrgicos, si es Cuaresma, o el tiempo de Pascua... En cada aldea se había organizado el Círculo Bíblico, se leía la Palabra de Dios y se dialogaba sobre la misma, se leía pero también se meditaba y se hacía oración con la Palabra de Dios. Se trataba de meditar lo que nos dice hoy la Palabra de Dios y cómo se aplica a nuestra vida; en la Parroquia los catequistas encargados nos daban las instrucciones y nosotros lo multiplicábamos en las aldeas... El Licenciado José García Bauer llegaba de vez en cuando, él más bien se encargaba de los retiros, enseñaba a la gente a rezar el Rosario, daba charlas. El vivía una fe profunda.

Mi esposa quedaba preocupada cada vez que yo tenía que salir a la misión de la Parroquia. Al mismo tiempo, nos ayudábamos con todo lo relacionado con la Cooperativa, para vivir bien, con lo necesario. Y si vives bien, todo en tu vida estará bien, puedes ir a la Santa Misa, puedes ir a las conferencias, pero lo importante es vivir bien, hacer bien las cosas... En la Cooperativa Flor Chimalteca había una tienda grande, donde se recoge el producto que nosotros cultivamos, y lo vendía; a nosotros nos pagaban puntualmente. Mientras más aportas a la Cooperativa, más te

reconoce la Cooperativa. Al año nuestro fondo iba creciendo. Si necesitábamos dinero, la Cooperativa nos prestaba. Desde mi punto de vista, la Cooperativa ha sido una bendición para nosotros los pobres, que siempre nos ayudó a nosotros, los pobres. Y he seguido esta mística de trabajo en la Cooperativa hasta ahora. Cuando fue la guerra de 1980 en adelante, yo todavía visité la Cooperativa Flor Chimalteca, porque yo tuve que salir después de la primera masacre de Cuarto Pueblo, Ixcán; hice viaje a Chimaltenango, para hablar con los de la Cooperativa Flor Chimalteca, llevaba mi tarjeta de la Cooperativa Ixcán Grande, y me dijeron que mi fondo todavía estaba allí, y que podía hacer con él lo que quisiera; decidí retirarlo, saqué el fondo que allí tenía, porque yo había dejado la Cooperativa en 1975, cuando me fui para Ixcán.

EL CAMINO A IXCÁN

Tengo que decir que no sé por qué me decidí en salir de mi pueblo. La misma Iglesia me trajo. En aquel tiempo se escuchaba que el Gobierno estaba dando facilidades para colonizar tierras en Petén, por ejemplo. Después me enteré que la Iglesia había logrado acuerdos para llevar a Ixcán a campesinos sin tierra. La Iglesia compró las fincas de las Cooperativas, y pensé que la Iglesia no puede engañar a la gente. Cuando ya tuve mi parcela en Ixcán, y estaba seguro que tenía mi propia tierra, dejé la Cooperativa Flor chimalteca. Desde 1973, yo había empezado a buscar tierra para cultivar. En ese tiempo el ente encargado era el Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA). Yo llegué al INTA para ver si podía conseguir una parcela, ya fuera en Petén o en cualquier otro lugar... Llevé mi cédula y la de mi hijo. Cuando llegué al INTA dejé mis papeles, y quedaron en mandarme un telegrama para avisarme dónde me podrían asignar tierra. Pero el tal telegrama nunca llegó. Después me enteré por un paisano de mi pueblo, que llegó de Ixcán, llamado Ramón Lool, él conoció al P. Guillermo Woods... Y me dijo que iba a haber parcelas, que si viajaba para Ixcán me iban a dar tierra. No lo pensé mucho, deje todo lo que tenía en Chimaltenango, y emprendí camino con él y toda mi familia, mi esposa y dos niños -Catalina y Josué

Amado, que todavía estaban chiquitos... Fuimos en carro hasta Huehuetenango, y con buena suerte, logré hablar con el P. Guillermo Woods. Le dije que era catequista, que trabajaba en la Parroquia San Martín Jilotepéquez, en Chimaltenango, se quedó contento de saber todo lo que le dije de mi vida. Me pidió la identificación de la Cooperativa Flor Chimalteca. Y me dijo: prepárate, porque pasado mañana nos vamos para Ixcán. Yo estaba junto con mi esposa y mis dos hijos: Catalina y Josué, nunca me imaginaba cómo íbamos a viajar; por primera vez mi familia y yo supimos lo que era viajar en avioneta, con el Padre Guillermo Woods, llegamos a Pueblo Nuevo. El pasaje por persona, no era fijo como ahora, nos pesaban, y se pagaba a tres quetzales el quintal, según lo que uno pesaba; no recuerdo cuánto pesábamos toda la familia, con las cosas que llevábamos.

El Padre Guillermo Woods llevaba algunos años trabajando en la legalización de la propiedad de los terrenos, que iban a ser asentados a nombre de la Cooperativa Ixcán Grande. Era gringo; un sacerdote muy simpático, nos preguntaba muchas cosas, nos animaba. Le gustaba hacer bromas a los niños. No tenía problemas para hablar con nadie, de modo que era muy bien aceptado por todos. Supimos después que era de la orden de los Sacerdotes Maryknoll, de Estados Unidos, que trabajaban por todas las parroquias de Huehuetenango, y en ese tiempo, trabajaban para que la gente más pobre de Huehuetenango pudiera tener tierra, buena tierra, y no tener que bajar a la Costa⁴.

Llegué a Ixcán el 22 ó el 23 de abril de 1975. Sentí que estábamos aterrizando en medio de la montaña. Íbamos a lo desconocido. “¡Están en La Resurrección!”, nos dijo el Padre Woods. Así se llamaba a Pueblo Nuevo, también conocido como Tercer Pueblo. Fui observando el trabajo que hacía la gente. Me llevaron con la Directiva que me dio las instrucciones de cómo funcionaba todo. Que lo primero que tenía que hacer es buscar a una persona que hacía de padrino. Allí mismo busqué un “padrino”, que ya tiene parcela y contrato con la Cooperativa, el ya podía ser padrino mío, y podía hablar por mí e informar de mi trabajo y posibilidades.

⁴ Para la biografía, ver: OTERO, Santiago, PADRE GUILLERMO WOODS.. Ixcán, Quiché., Guatemala 2006.

Llevaba nylon, compramos láminas en la Cooperativa, así pudimos hacer un ranchito para protegernos, mientras conseguíamos hacer una casa algo mejor. Mi padrino fue Cecilio López, creo que era de Huehuetenango, y también era Catequista, o Animador de la Fe. Daba los cursos en la Iglesia. Cuando llegué estuve tres meses sin nada, pero sí asistía a las celebraciones de la Iglesia... A mi esposa le costó bastante adaptarse a la situación del Ixcán. Pero como dicen, “el amor es más canijo...” es por eso que ella se vino conmigo; también yo tuve que hacer el esfuerzo, porque en San Martín ya estábamos bastante bien. En Ixcán todo era nuevo, todo era selva, no había pueblos. Hacía un calor sofocante; no había mercado dónde comprar, solo se podía comprar lo que había en la tienda de la Cooperativa. En algún momento también a mí me entró la tentación de regresarme a mi pueblo. Los niños se enfermaban mucho, y esto nos llevó a una tristeza muy grande.

Cuando uno cumple seis meses de permanencia en la Cooperativa, sortean las parcelas, y la Junta Directiva de la Cooperativa te comunica qué parcela te ha tocado. Recuerdo que entonces uno de los responsables de la Cooperativa era Mateo Silvestre. La parcela me la dieron en Cuarto Pueblo, aunque yo había llegado a Pueblo Nuevo donde estaba viviendo hasta ese momento. Sentí una gran alegría de saber que ya tenía un terreno, ¿y dónde queda? Pregunté... La Junta nos mandaba con el Comité de vigilancia, porque ellos sabían bien dónde quedaban los mojones de cada parcela; no era fácil orientarse. La parcela que me tocó a mí, tenía unas diez cuerdas de ancho y otras cuarenta de largo, -eso en mi caso-; había parcelas con otras trazadas de diferente manera, pero siempre con la misma medida, 400 cuerdas de terreno. Cuando llegué a la parcela me sentí algo dichoso, sabiendo que iba a ser el dueño de aquella tierra. La junta nos daba un carnet, con el número de la parcela y el nombre del cooperativista; luego nos entregaban una certificación; era como un título de “propiedad” pero no escritura, sino más bien un escrito con el que la parcela quedaba registrada en el archivo de la Cooperativa.

La Cooperativa tiene su reglamento:

1. Cada asociado tiene que conocer el reglamento de la

Cooperativa, pide que alguien se lo explique bien, y si estás de acuerdo, pides el ingreso.

2. Tienes que buscar un padrino para entrar en la cooperativa; un padrino que ya es socio y a la vez testigo de los progresos que uno ha realizado durante seis meses, y luego te asignan y entregan una parcela y el lote en el pueblo.
3. Hay que cumplir con las colectas que demanda la Cooperativa, que sirven para los gastos de la Junta Directiva, para que se movilicen a la Capital para hacer las gestiones de la escritura de la tierra y otras actividades propias de la Cooperativa.
4. Se elige un líder en cada Centro para reunir las colectas y organizar la mano de obra para el mejoramiento de la comunidad.
5. Cada 15 días había una reunión en el Centro para ver qué trabajos hay que hacer; tienen que asistir todos; el que falta, tiene que tener el permiso, si hay que pagar una multa para cumplir con el reglamento.
6. La educación con la familia durante los seis meses es bien evaluada, si no te has emborrachado, si no has pegado a tu esposa... todo el comportamiento.

NOSTALGIA DE SAN MARTÍN

A veces pensaba en por qué salí de San Martín, porque no tenía ningún problema. Tal vez la razón que me impulsó fue que ya tenía a mis hijos, y pensaba que en el futuro ellos, y los hijos de ellos tendrían que tener un terrenito, y eso no había en San Martín, allí la tierra es pobre. Tenía la esperanza de que la parcela que me pudieran entregar en Ixcán, daría buen resultado. Así fue; era una parcela muy grande, se pierde uno dentro de la gran extensión de toda aquella parcela; esto nos produjo una gran satisfacción a mi esposa y a mí; al fin teníamos tierra. Las distancias también eran grandes, a veces ni nos veíamos con los demás vecinos. Cuando yo llegué a Ixcán seguí con la misión de catequista, hablé

con los Animadores de la Fe y les presenté mi carnet de Catequista.

Sin embargo, las dificultades de los primeros meses no fueron fáciles de superar. En la selva había animales, mosquitos, zancudos, un calor que no te dejaba tranquilo... Luego venían unas lluvias tremendas... La casa no aguantaba. Nos entraba la aflicción, el desaliento. Una de mis mayores tristezas vino después de un año de residir en Ixcán; fallecieron mis dos hijos; les dio la fiebre del sarampión, y Catalina falleció el sábado de ramos de 1976, y mi Hijo Josué Amado el sábado de gloria de ese mismo año; en ocho días se nos fueron los dos. Muchas veces me preguntaba: ¿Qué hago yo aquí? Veía a la demás gente trabajar, y me pude dar cuenta que también las demás familias tenían dificultades. Algunos me aconsejaban que tuviera paciencia, que me iba a acostumbrar.

El problema es que cuando uno no está claro en que uno puede vivir aquí, se enferma, y viene una enfermedad tras otra, y se enferman los hijos y la esposa. Yo me enfermaba, y me daba un tremendo dolor de cabeza, me agarraban calenturas, a veces con fiebres altas; lo mismo a los niños, a ellos más... Iba a la clínica, me daban inyecciones, había que pagarlas, pero las medicinas eran baratas, me calmaban unas horas, a veces un día, pero el mal seguía... Después fui entendiendo que el problema era otro. Y el problema era que psicológicamente yo no estaba bien, siempre pensando en mi casa que había dejado en San Martín, en las dificultades con mi familia...; cuando llegaba a mi champita, no le decía nada a mi mujer, yo me hacía el fuerte, pero cuando me enfrentaba a la montaña de mi parcela, me entraba el desánimo; árboles y más árboles; ¡si aquel terreno lo tuviera en Chimaltenango! También nos costaba conseguir dinero... Había necesidad de cosas que no era tan fácil comprarlas... Y todos estos pensamientos, y las dificultades... no me ayudaban para salir de la enfermedad.

Cierto día, caminando por Pueblo Nuevo, me fui a sentar debajo del árbol más grande, tal vez, que había allí, era un árbol de caoba inmenso; no nunca había visto un árbol así. Llegué allí desconsolado, y empecé a pensar, ¿qué voy a hacer? Tengo que decidir: o regreso a San Martín, o me quedo aquí. Y allí debajo del árbol empecé a pensar, estaba sentado, dando vueltas en mi cabeza una pregunta,

otra pregunta, las dificultades: ¿Qué voy a hacer Dios mío? Pero en eso recordé un pasaje de la Biblia, cuando Adán y Eva estaban en el Paraíso, y es que aquello se parecía a un paraíso de verdad, y me preguntaba, ¿sería que Dios ya les dio todo el trabajo hecho a Adán y a Eva, o no más los dejó tirados bajo la montaña del paraíso? Como uno lee que era un Paraíso terrenal... debía ser algo bonito. Y yo estaba igual. ¿Qué vas a hacer aquí, Marcelino, qué vas a cultivar? ¡Si me voy, me regreso, perderé la gran oportunidad! Y en ese momento tomé la decisión, si me muero me moriré en el Ixcán. Fue una decisión firme. Siguiendo decisión, ¿me voy a seguir el trabajo en la Iglesia? Tenía que reconciliarme, esto era claro para mí. Y volví a responder: Sí, voy a seguir siendo Catequista. Otra decisión: ¿Y de qué voy a vivir? Tengo que ser comerciante, ¿cómo? Todavía no lo sé; y también tengo que seguir en la Cooperativa. Entonces me decidí por seguir trabajando en la Iglesia, ser comerciante, para tener lo necesario para vivir y, formar parte de la Cooperativa.

Cuando uno está en medio de la parcela, hay que tener mucho cuidado, porque uno se puede perder. Ya sabíamos, porque así nos avisaron, que si uno se pierde... Recomendaba la junta, que si ven que están perdidos y no saben regresar a su casa, se suban a un árbol, lo más arriba que puedan, allí se amarran con un lazo o con bejucos, para esperar, y gritar que lo vengán a buscar. La familia avisa también a la Junta Directiva si al final del día faltó alguien de la casa, que avisan a todos los asociados, y se organiza una comisión para buscar a la persona, tratando de adivinar los caminos por donde pueden estar... Hubo personas que fueron encontradas tres días después; y los que se han perdido, la gente los busca y los encuentra en medio de la selva.

QUIERO COMERCIAR

No conocía el pueblo de Barillas, en Huehuetenango, un pueblo con el que la gente comerciaba mucho. Era el municipio más cercano que había. No existía Cantabal, en Playa Grande. Se me ocurrió hacer un viaje a Barillas para conocer cómo era el pueblo,

el mercado y demás. Y tomé la decisión de ir a Barillas. Fue otra buena decisión.

Yo estaba sentado debajo de aquel inmenso árbol; fue como una profesión de fe: Aquí me voy a quedar, y aquí me voy a morir. Desde ahora en adelante, Ixcán será mi tierra. Me levanté, y me fui alejando despacito de junto aquel árbol... Sentía más paz, más tranquilidad. Como que me hubiera quitado un peso de encima. Pero en realidad, no había cambiado nada todavía.

Llegué a la casa, me encontré con mi esposa y le dije: María, quiero que me prepares algo de comer para ir de viaje; me preparó un poco de totoposte, con algo más de comida. ¿Qué vas a hacer? Me preguntó. Quiero ir a Barillas. Voy a solicitar dinero y voy a ir a ver qué venden... Me dijo, andáte, yo me quedo. No sabía qué camino me esperaba. Tardé día y medio en llegar a Barillas; cuando llegué por un lugar que se conoce con el nombre de El Canchoch, oscureció y empecé a buscar un lugar para descansar y pasar la noche, ya iba muy cansado, pero pude llegar todavía a San Ramón. Entonces uno podía caminar sólo por aquellas veredas, preguntando a la gente con la que te encontrabas, no había temor, porque no se conocía ni siquiera qué era un ladrón por aquellos lugares. Pregunté en San Ramón que cuánto faltaba para Barillas; allí me dijeron que para llegar con tiempo había que salir como a las dos de la mañana. No dormí mucho. Escuché que ya se movían las bestias de otras personas que caminaban igual que yo, y me pegué detrás de algunos señores que iban al mercado con sus bestias. Al fin llegué a Barillas. No es un pueblo grande, como Huehuetenango... Pero había cosas, había mercado. Fui dando vueltas para ver todo. Compré dulces, medicinas, jarrillas, utensilios de plástico, tambitos, lo fui colocando todo en una red, como acostumbra a hacer la gente cuando va al mercado; por fuera, amarré a la red cubetas y otras cosas... Tal vez eran ochenta libras de peso. Empecé el camino de regreso; llegué a San Ramón como a las cinco y media de la tarde. Allí la gente habla kanjobal, y yo pregunté dónde se podía pasar la noche; me indicaron por señas que podía quedarme en la escuela. Y ¿dónde hay para comer? Pregunté; también me dijeron dónde vendían tortillas. Mientras

tanto, yo tenía allí conmigo toda la mercadería, y la gente empezó a preguntar si vendía. Les dije bromeando que sí, porque como no podía hablar el kanjober, no sabía cómo expresarme, era con señas. Total que la gente entendió que era comerciante y llegaba a vender cosas... Extendí la red con todo lo que llevaba, y la gente empezó a ver y a comprar. Seguí el camino al día siguiente, con menos carga, y llegué al Primer Centro; e hice lo mismo; vendí todo lo que llevaba. De tal manera que cuando llegué a Pueblo Nuevo nada más me quedaban los dulces que había comprado. Había vendido toda la mercadería. Me quedé sin nada. No sabía qué le iba a decir a mi señora. Eso sí, conseguí dinero. Llegué a la casa para saludar a mis hijos y a mi esposa que se extrañó que llegara sin carga, porque según ella, que iba a comprar a saber cuántas cosas. Le expliqué qué había pasado por el camino y le di todo lo necesario para el gasto; quedó conforme. Decidí regresar a Barillas; al lunes siguiente me puse en camino. Estaba contento, porque ya conocí Barillas. Así empecé a comerciar. Cada semana viajaba a Barillas. En un momento dado viajé a Huehuetenango a conseguir medicinas. Los fines de semana, estaba en la Iglesia.

Con todo esto, el dolor de cabeza ya no me afectaba. ¡Ya no tengo dolor de cabeza! Me dije... ¿Dónde se fue mi enfermedad? ¡A saber! Ahí me di cuenta que lo psicológico lo aprieta a uno cuando no está claro de las cosas, la mente se turba, se te mete la tristeza, y la angustia crece tanto que es más grande que las propias fuerzas... Y la enfermedad va haciendo su trabajo y te enfermas. Creo que desde que tomé las decisiones que tenía que tomar, también cambió mi vida. Y cuando caí en la cuenta ya no tenía nada. Seguí comerciando. Como los negocios me iban bien, decidí viajar hacia México, cruzando la frontera, que no se distinguía dónde estaba la frontera, hasta un pueblo que se llamaba Agua Tinta, en dirección a Comitán. Todo a pie. Las camionetas llegaban hasta Agua Tinta desde Comitán. Este viaje duraba tres días. Había otras personas que iban a comerciar igual que yo. Uno puede ir vendiendo por los caminos, por las casas que hay en los caminos. Se puede conocer a mucha gente. Los comerciantes conocen a mucha gente. Así uno va viendo cómo se puede mejorar la vida, humanamente hablando. Así empecé mi trabajo en Ixcán,

como comerciante. Pero el fin de semana, siempre lo dedicaba a la Iglesia; era comerciante y era Catequista.

Uno se siente alegre al poder trabajar en el propio terreno; podía caminar todo el día..., viendo los árboles, registrando no salirse a la parcela de otro vecino; hay que caminar junto con el vecino para ver por dónde van quedando los linderos de cada uno, los mojones; como el terreno está en medio de la selva, uno se puede perder... Y las brechas todas se parecen, y no conviene equivocarse; por eso que nos dan un plan, y nosotros íbamos colocando los números que limitan con los terrenos de la parcela de los vecinos.

Junto con la parcela nos entregaban también un lote en Cuarto Pueblo. En un primer momento hice una pequeña champita en el pueblo, pero luego también hice otra casita en la parcela, de hoja de *Posh*, o palma de corozo, que es la hoja de manaco. Para las paredes empleábamos palo rollizo... Dentro de la parcela había que ir ubicando todo lo que hay dentro de la parcela, es algo hermoso.

NUESTROS HIJOS NECESITAN ESCUELA

Con el tiempo vimos que era necesario vivir en el pueblo, porque allí había escuela; porque ¿cómo mandar los niños desde la parcela a la Escuela del pueblo ellos solitos? No se puede...

Lo primero que hice fue desmontar, para sembrar el maíz... Era un terreno virgen, que nadie lo había tocado... En la Cooperativa nos hablaban de que era la primera vez que un ser humano iba a cultivar aquellas montañas. Empecé a notar, que en ciertos lugares por donde iba desmontando nacían unas plantitas que daban un tomatito chiquito, pero de muy buen sabor. Yo me preguntaba, ¿cómo apareció aquí la semilla de esos tomates? Cuando crecía la milpa, también crecían estos tomates, y nos servían de alimento... En Ixcán había gente que cultivaba café, cardamomo, achiote... y sobre todo, maíz, frijol, algunas verduras... Para sacar la producción se hacía con las avionetas; también había

gente, sobre todo de Los Ángeles, Mayalán y otros sectores, que empleaban mulas para transportar la carga.

Cuando uno está en la parcela, en medio de aquella tierra que se te concedió, te vienen las ganas de rezar, de levantar los ojos al cielo: “Dios mío, ¡cómo eres tú con nosotros! ¿Papá, cómo eres tú con nosotros, porque yo no sembré el tomate, y aparece en mi parcela? ¿Cómo es que la semilla fue traída por los pájaros, o por quién? ¿Dónde estarán los descampados, donde estarán los sembrados de este tomate, para que los pájaros hayan traído la semilla?” Porque uno puede caminar un día entero por la selva y no encuentras un trabajadero, un lugar donde haya tomates sembrados, entonces, ¿cómo fue que llegó hasta aquí la semilla? ¿Cómo es que al limpiar la tierra y desmontar para sembrar la milpa, resulta que nacen estos tomatitos? Era algo de admirar... Yo siempre sembraba sin echar abono... Lo único que hacíamos era la rotación de los terrenos para cada año. Lográbamos tener suficiente comida en ese tiempo. Con el P. Woods podíamos platicar todo lo que nos pasaba; un día se me ocurrió decirle que me gustaría traer unas vaquitas a Ixcán, porque comprobé que se podía dar el zacate, y eso servía para que las vacas pudieran comer; estuvo de acuerdo. Sólo le dije que iba a ir a Chimaltenango a comprar las vacas. Nos pusimos en camino como cinco personas con el mismo objetivo. Pero antes quisiera decir algunas palabras sobre la vida del fundador de las Cooperativas de Ixcán.

EL PADRE GUILLERMO WOODS

Me encontré con él por primera vez en Huehuetenango. Como ya señalé, un paisano me lo presentó. Hablamos unos momentos, no mucho. Me di cuenta que era una persona amable, hablaba como gringo, pero rápido buscaba la manera para entrar en confianza con nosotros; nos habló de lo que estaba haciendo, y se veía con mucha esperanza y alegría; tenía mucho entusiasmo, así era el padre Guillermo. Me dijo que cuando llegara a Ixcán me iba a dar cuenta del gran proyecto que se estaba realizando para los pobres, un proyecto que es de los pobres. Cuando tú llegues te darás cuenta de la importancia de aquella Cooperativa y cómo

este proyecto va a ser para sacar a la gente humilde de la pobreza; yo le presenté mi familia, los saludó a todos, a mi esposa y a los chiquitos. Vi que estaba alegre porque nos íbamos a ir con él a Ixcán.

Estando en Pueblo Nuevo Resurrección, o Tercer Pueblo, empecé mi trabajo en la Iglesia, no inmediatamente, como ya queda dicho. Tal vez se repitan algunas cosas... El P. Woods llegaba un sábado cada quince días; lo primero que hacía era ir a reunirse con la Junta Directiva, y después tenía reuniones con los Catequistas, o dar un Curso a los Catequistas. El domingo se reunía toda la gente y celebraba la Santa Misa. En cada viaje trataba de abarcar dos Cooperativas, por ejemplo, visitaba Pueblo Nuevo y Cuarto Pueblo, y en otro viaje Mayalán y Tzalbal. Cada quince días se hacía presente; ahora bien, si había urgencias, llegaba cuando lo necesitaran. A los Catequistas les daba su tiempo, tanto en las reuniones como para hablar con él. Era muy solidario con la gente. Es difícil encontrar un sacerdote de esa calidad. El es un gringo, que viene de Estados Unidos, y ver la amabilidad que tiene con la gente de Guatemala que somos nosotros, como si fuéramos su familia, no solo con la Junta Directiva, sino con todos, era algo lindo... La avioneta del Padre Woods servía de ambulancia para llevar enfermos a Jacaltenango, a Huehuetenango, a la Capital... donde hubiera que llevar a las personas necesitadas, para sacar a señoras que iban a dar a luz... Allí en Jacaltenango había un hospital que dirigían las Hermanas religiosas de la Congregación Maryknoll; el P. Woods llegaba con frecuencia a ver a estas Hermanas religiosas. Trataba de que en la Tienda de la Cooperativa, siempre hubiera lo necesario y más urgente para la gente: azúcar, jabón, láminas... De lo demás no se preocupaba tanto; de la ropa, cada quien se encargaba. La Cooperativa se encargaba de las primeras necesidades. Todo esto lo traía en la avioneta. El tenía otros dos pilotos que hacían dos o tres viajes al día con las avionetas. Sobre todo los viajes se hacían a Tzalbal, Pueblo Nuevo y Mayalán, que eran los grandes centros de la Cooperativa.

Su carácter era muy abierto, y cuando llegaba a las reuniones ya sabíamos si venía molesto, triste o contento; pronto nos dimos

cuenta de sus preocupaciones. Nos habló que el Gobierno le estaba poniendo demasiadas dificultades, era como una persecución del gobierno, de los militares. Nos dábamos cuenta que la presión de los organismos del Estado le causaban dolor, porque a finales de 1975 los problemas ya se habían desencadenado, aunque no llegaron a tener la gravedad que alcanzaron más tarde; pero el buen funcionamiento de las Cooperativas empezó a tropezar con grandes obstáculos⁵.

1976. EL TERREMOTO DE GUATEMALA

El 4 de febrero de 1976 fue el terremoto de Guatemala. En ese tiempo el Gobierno de Guatemala ya estaba listo para empezar la guerra con Belice; pero con el terremoto, se paró lo de la guerra.

A pesar de todo el trabajo en las Cooperativas, el P. Woods empezó a solidarizarse con los damnificados del terremoto. Organizó a las Cooperativas, y les dijo que así como la Iglesia les había ayudado para conseguir un terreno, también nosotros, ahora, teníamos que ayudar a la gente que había sufrido el terremoto en otros lugares del país. La gente colaboró con mucho maíz; pidió que llevaran el maíz a la pista de cada lugar; el mismo P. Woods, consiguió un helicóptero Chinoc, de dos hélices, nosotros preparamos el gran bulto, como una gran red y el aparato levantó todo aquel cargamento... Llevaba el gran bulto como que fuera un gavilán...

Fue así como el P. Woods no sólo nos hizo ver que la Iglesia colaboraba con nosotros, sino que nos ayudó a ser solidarios y ayudar a los demás. Y nos decía, esto es la vida de la Iglesia, preocuparnos unos por otros. Cuando lo mataron, toda la gente lo lloró, *¡nunca va a llegar con nosotros otro sacerdote como el Padre Guillermo Woods!*

⁵ Ver el documento REMHI de Ixcán realizado por el Equipo REMHI de Ixcán, y publicado por la Diócesis de Quiché, con la presentación de Monseñor Julio Cabrera Ovalle, entonces Obispo de la Diócesis, y que lleva por título: TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA «Memoria del Ixcán» (1966 - 1992). Ixcán, Guatemala, abril 2000. Consultar también la biografía del P. Guillermo Woods escrita por el H. Santiago Otero, 2006.

Recuerdo que un día llegó a una reunión con nosotros, le gustaba sentarse y colocar sus piernas con las botas encima de la mesa, y empezó a decirnos: Hermanos: Un día tendré que morir yo aquí con ustedes, y ya no estaré, pero yo aquí me voy a morir con ustedes. Y lo que yo quiero es que estén unidos en el trabajo, -esto nos lo recomendaba mucho-, quiero que piensen en ver si están preparados para defender el terreno que ya tienen, y que nos preocupáramos del bienestar de cada familia. A los Catequistas nos decía: Ahora estoy con Ustedes, pero ¿qué van a hacer cuando yo no esté? Era su pregunta. Yo creo que Ustedes ya tienen la capacidad de guiar la Iglesia, ¿qué van a hacer Ustedes si a mí me matan?

No teníamos nada que decirle, nos quedábamos en silencio. Como insistía, entonces le dijimos que no deseábamos que le pasara nada, pero cada Catequista quedó con la impresión de que aquellas palabras eran como una despedida. En nuestro corazón sabíamos que teníamos que hacer como Pedro hizo con Jesús: Te seguiremos donde vayas, le dijo Pedro a Jesús. Su preocupación principal estaba en el tema de la tierra, porque no todos estaban claros de lo que había que hacer, el gobierno y otras organizaciones estaban manipulando la cosa a espaldas del P. Woods. Él se movía con autoridades del gobierno, de las gobernaciones, de las municipalidades. Se relacionaba con los responsables del INTA, con organizaciones internacionales. Siempre para buscar el bien de la gente de Ixcán.

La Iglesia le daba todo el apoyo. Monseñor Juan Gerardi era entonces el Obispo de Quiché y, Monseñor Víctor Hugo Martínez el Obispo de Huehuetenango; en lo pastoral, nos coordinábamos con la Diócesis de Huehuetenango, dado que las comunicaciones con la avioneta eran todas con Huehuetenango, aunque estábamos en territorio del departamento de Quiché.

El P. Woods era un sacerdote amigo, fácilmente se acercaba a la gente; no había problema con acercarse a él, no había que cuidarse en colocarle una buena silla, o darle algo arreglado para comer, nada... a veces llegaba y se sentaba sobre trozas, como si fuera un campesino, como nosotros... Cuando veían que se acercaba

la avioneta del Padre Woods y aterrizaba, la gente se alegraba, sobre todo los niños gritaban: “¡Ya viene el Padre... ya viene el Padre...!” Y corrían todos a buscarlo. Era como un papá con sus hijos, todos lo saludaban. No era que les trajera dulces, pero sí le gustaba fregar a los niños, y también a la demás gente... Era como un familiar al que se conoce mucho... y llega a su casa. Su casa era la casa de todos y la casa de todos era su casa; y así sigue ahora, que hay una foto del P. Woods en cada casa de Ixcán.

Y por todo eso es que nos duele tanto que lo hayan matado. En ese tiempo, a mí me habían nombrado para trabajar en el Aeropuerto de Guatemala. Allí la Cooperativa tenía un Hangar, el n° 13, donde estaba el almacén con las cosas necesarias para la cooperativa, los productos que se traían de Ixcán... Se alquilaba. Pero también había una radio para que nos pudiéramos comunicar con las sedes de las cinco cooperativas y otra en Huehuetenango. Yo estuve encargado del Hangar n° 13 casi tres años. Empecé este trabajo en 1976. David, era un joven norteamericano, que trabajaba como piloto con una de las avionetas que tenía la Cooperativa. Cuando nos comunicamos con todas las Cooperativas y nos dimos cuenta que el Padre Woods y los pasajeros que iban con él no llegaron, ya nos asustamos. Luego supimos que su avioneta cayó en las montañas de Cotzal. Nadie sabía si había sido un accidente, o si tal vez lo habían matado. Cuando la gente se enteró de la noticia en todos los pueblos de Ixcán lloraba por el P. Woods como si hubiera muerto un miembro de la propia familia. Todos sabían que él no quiso morir, estábamos cien por ciento seguros que esa avioneta la habían bajado, y así lo creemos porque el control del ejército era muy fuerte; querían terminar con su vida.

Yo me encontraba haciendo llamadas por radio en el Hangar 13 de La Aurora, empecé a llorar. Pero David y otras personas de los padres Maryknoll fueron a Cotzal, al lugar donde cayó la avioneta del P. Woods, ya no encontraron mucho... Cuando este amigo regresó de nuevo al aeropuerto con algunas cosas de la avioneta, al hangar n° 13, nos mostró el sillón en el que iba sentado el P.

Guillermo, el sillón del piloto; tenía sangre y señal de balas... se podían notar las señales de las balas, lo que quiere decir que dispararon desde tierra contra la avioneta del Padre Woods, por lo menos un proyectil cruzó el sillón del P. Woods. Yo guardé el sillón de la avioneta en la parte superior de la bodega del Hangar 13 en el Aeropuerto de La Aurora. Los restos del P. Guillermo los enterraron en Huehuetenango.

Con su muerte sentimos que todo se nos venía abajo; todas las Cooperativas quedaron huérfanas... Con la "ausencia" del P. Woods, el ejército fue el que empezó a trasladar las cosas y productos de la gente de Ixcán, con Arawat o helicópteros... Quisieron ponerse de nuestro lado, para que no fuéramos a sospechar que ellos lo habían matado, porque se oponían al trabajo del P. Guillermo. Nosotros sabíamos muy bien sus intenciones. Llegaba el coronel Fernando Castillo, y parecía dolido por la muerte del P. Woods, nos dijo que había que continuar con el trabajo del sacerdote, y que para eso estaban los aviones de la Fuerza Aérea. Pero esto lo hicieron poco tiempo. Unos meses después llegó el ejército para tener una reunión con nosotros, con toda la Cooperativa, que lo que iban a hacer de ahora en adelante sería para dar seguridad a toda la gente, para que vean que nosotros estamos a favor del pueblo. Y lo que hizo fue poner un destacamento en Cuarto Pueblo, otro en La Resurrección, en Los Ángeles, en todas las Cooperativas. Pero esto también fue el inicio de la represión. Estando allí controlaban mejor a los líderes, y así como empezaron a secuestrar a los dirigentes. Cuando algún tiempo después empezó la guerra en Ixcán, el ejército se apropió del hangar 13, y las cooperativas ya no tienen nada que ver. ¿Qué hicieron con todas las cosas? No sabemos. Más adelante, al hablar de los años de la violencia, quiero detenerme en algunos hechos concretos, para entender lo que fue la guerra en Ixcán.

Lo importante fue que antes de su muerte, el padre Guillermo Woods, ya había dejado arreglados los títulos de los terrenos de las Cooperativas, y pudimos seguir trabajando.

¿SE PUEDE CRIAR GANADO EN IXCÁN? VIAJO A SAN MARTÍN

Esta es otra historia que quiero narrar. Cuando sembré la milpa... un día se me ocurrió la idea de ir a la pista donde aterrizan las avionetas, porque allí había zacate, una especie de grama con buena semilla. Llevé un costalito, y fui a recoger la semilla de la grama, la metí en el costal... Cuando llegué a mi parcela, regué la semilla en el terreno donde estaba de la milpa, y como la bendita agua que nunca falta, siempre llega, al poco tiempo apareció el zacate. En ese momento tomamos la decisión de comprar vacas y traerlas a Ixcán, como ya señalé anteriormente.

Cuando fue el terremoto del 4 de febrero, yo me encontraba en San Martín Jilotepéquez... Había ido al pueblo donde nací para comprar las vacas. Pensé que llevando algunas podría ser como la semilla para reproducir las vacas en Ixcán; compré seis vacas, un caballo y una mula. Los otros compañeros que vinieron conmigo también compraron.

A las tres de la mañana del 4 de febrero estábamos juntando el ganado, para cargar el camión con todos los animales; pensamos que el camión podía llegar hasta Barillas. Pero estaba desatando las vacas, cuando en ese preciso momento, empezó el movimiento de la tierra por el terremoto... Escuché un gran ruido, como un viento que venía... cuando sentí, ya estaba caído en el suelo, también las vacas se hincaron, mugían, con la boca para arriba: ¡muuu... muuu! Es como que las vacas gritaran a Dios, porque se hincaron y mugían, mirando hacia arriba. Se escuchaba el ruido de los animales, de casas que se derrumbaban, de piedras... Ni siquiera me preocupé en amarrarlas de nuevo; corrí hacia la casa de mi papá, pero ya no lo encontré, porque él había salido a buscarnos a nosotros... Volví a buscarlo y lo encontré en el camino de vuelta, regresando a la casa... Nuestra casa se había caído, todo por tierra; en eso vi a mí mamá en medio de la oscuridad, que estaba junto al fuego y le dije: ¡Mamá...! ¿Y qué pasó hijo?, me respondió... Estaba todavía juntando el fuego,

sentada al lado del fuego... estaba rezando... Y casi no se había dado cuenta que se había caído toda la casa, que era de adobe... y a ella no le había pasado nada, ni el menor rasguño. No le cayó ningún palo encima... Y me dijo: ¡Tu hermano ya se murió! Empecé a buscarlo: ¡Edmundo... Edmundo...! Y me respondió, pero como que estaba dormido... Le quitamos los adobes y los palos de encima, gracias Dios, no tenía ningún golpe. ¿No te pasó nada? No, nada... Luego fuimos a la casa de mi sobrino Demetrio, llamamos, sólo el lloro de una niña; tenía una hija chiquita que se llamaba Yolanda... de unos cuatro o cinco años; la sacamos, pero su papá y su mamá ya habían muerto... ¡Falleció tanta gente en la aldea! Pero fue peor en el mero pueblo de San Martín, allí era más fácil caminar por los tejados, no se sabía dónde estaban las calles... Hicimos una lista de todos los fallecidos en la aldea, cavamos una zanja grande, y comenzamos a llevar a todos los fallecidos; cargábamos a la gente sobre nuestra espalda, para llevarlos hasta la fosa... El terremoto los agarró dormidos, y la gente quedó en distintas posiciones, sobre todo, encogidos... Era triste ver cuántos niños fallecieron debajo de los escombros. Los íbamos colocando junto a los adultos en la fosa, encima de unos petates que colocamos abajo; los cubrimos con un nylon... Y echamos la tierra, allí todos juntos. A otros se les dio sepultura cerca de su casa...

Uno quiere llorar, porque siente esa gran tristeza al enterrar los muertos. Pero no se puede llorar. Es la voluntad de Dios, también nos llegará a nosotros. Quieres llorar, pero los ojos ya no tienen lágrimas o no las quieren soltar, ¡tenemos los ojos secos! Estamos enterrando a la gente, sin saber quién nos va a enterrar a nosotros. Estamos como mudos... El terremoto dejó a toda la gente en un solo llanto... Es difícil explicar cómo pudo suceder todo aquello. Fuimos enterrando a toda la gente. Sólo pensando que el Dueño de la tierra es Dios, y que él quiso recoger a la gente... La mayoría de los pueblos de Chimaltenango sufrieron la misma tragedia. En esos momentos de tristeza la gente llora sin consuelo, y uno le dice, qué se va a hacer, Dios lo hizo, él sabe...

Hay una historia... Antes del terremoto, aparecieron por los

potreros de las montañas muchos coyotes aullando... y se miraba que andaban con las crías. Se metían en las casas, y se comían los animales que encontraban. A la gente le daba miedo caminar después de las cinco de la tarde. Yo me preguntaba cómo la naturaleza, la creación, Dios tiene su manera de avisar a la humanidad, pero nosotros no somos capaces de interpretar la naturaleza, nos falta más acercamiento a la naturaleza, para interpretar las señales que el Padre Dios nos quiere comunicar. Lo extraño es que después del terremoto, los coyotes desaparecieron. ¿Dónde se fueron? Nadie sabe. Uno sólo se puede preguntar que lo que pasó, fue que dieron el aviso a la gente y se fueron. Para mí es como un misterio, cómo Dios por medio de la naturaleza nos comunica lo que va a suceder.

REGRESO A IXCÁN

De todos modos, decidí seguir con el plan de llevarme el ganado para Ixcán; pero primero nos pusimos a trabajar para levantar una casita para mi papá y mi mamá; clavamos nuevamente los horcones, y levantamos otra vez la casa... Era más sencilla que la anterior. Pero trabajamos rápido.

Los que habíamos llegado a San Martín desde Ixcán, estábamos con la preocupación de la familia que habíamos dejado. Mi hermano Marcos (que luego murió en la violencia), también había venido, estaban otros paisanos de La Estancia de La Virgen, éramos cinco hombres. Conseguimos reunir unos 32 animales. Pero con el terremoto todas las carreteras quedaron cerradas. Nos pusimos en camino a pie, llevando los animales... En Quiché, conseguimos un mapa del departamento. Habíamos salido de San Martín hasta Joyabaj, luego pasamos por Chiché, luego Quiché, de aquí a Sacapulas, de Sacapulas a Nebaj, luego seguimos hasta cerca de Chajul, para cruzar y bajar a Ilóm; de Ilóm a San Luis Ixcán, de San Luis a Tzabal, de Tzabal a Pueblo Nuevo, y de Pueblo Nuevo a nuestra parcela. Fueron catorce días y medio. ¡Caminaron los animales..! Compramos tubos de goma de las llantas de las ruedas de los vehículos, las vejigas, digamos, y las

arreglamos bien, para colocárselas en los cascotes de las patas de las vacas, se las amarramos bien; sus cuatro patas estaban calzadas con esos “zapatos”; las bestias que traíamos, las habíamos herrado. Así pudieron caminar las vacas. Nunca apresuramos las vacas, sino que las dejábamos a su ritmo, despacio, porque tenían que venir comiendo, y tenían que beber agua; uno pierde la noción del tiempo, en qué día de la semana estamos... Comprábamos comida por el camino, aunque teníamos problema con la gente de lengua k'iché... y con los de lengua ixil... Por ejemplo cuando llegamos a las aldeas de Nebaj, pedíamos tortilla y la gente se escondía; cerraban la puerta de la casa, no sabíamos cómo decirles, se nos ocurrió llevar el dinero en la mano, para que lo vieran, haciendo el gesto de que teníamos hambre... Sólo nos señalaban dónde estaban las tortillas, tomábamos las tortillas del comal o de la canasta, y les dejábamos el dinero. No nos las entregaban. Les daba miedo. Nosotros juntábamos las manos, les agradecíamos y seguíamos el camino. Así caminamos y caminamos subiendo y bajando laderas de montañas. El camino desde San Martín a Ixcán, es un camino tan largo... En Tzabal encontramos un potrero con buen zacate, y hablamos con el dueño, le pagamos para que se quedaran allí los animales pastando y descansando; también había agua. Nosotros seguimos hasta Pueblo Nuevo, cada uno a ver cómo estaban nuestras familias. A los ocho días regresamos por las vacas, las encontramos en el mismo lugar donde las habíamos dejado.

La crianza de las vacas resultó muy buena. Podíamos ordeñar para consumir leche. Las pudimos reproducir, y los animales se fueron multiplicando; funcionó la crianza de las vacas. Aquí lo que no funcionó fue el ejército, que llegó para acabar con todo lo que teníamos.

Pues resulta que después del terremoto llegó el P. Woods a Pueblo Nuevo, y preguntó por los sanmartinecos... Y cuando le contaron que estaban en San Martín, se echó las manos a la cabeza: “¡Ya se murieron..!” Pidió que un Catequista de Cuarto Pueblo lo acompañara en la avioneta, para que fuera a San Martín a enterarse bien de si nosotros estábamos vivos o no; y cuando llegaron a San Martín, ya les dijeron que nosotros íbamos de camino para Ixcán.

Que todos los de Ixcán estaban vivos... El padre Woods quedó más tranquilo. Su preocupación era la gente de la ciudad Capital.

25 DE FEBRERO DE 1976: HISTORIA DE UNA MUJER DE PUEBLO NUEVO

Sucedió que una mujer que se llamaba Rosa y ya vivía con su esposo pero no estaba bautizada se enfermó. La gente decía que esa mujer tenía dos espíritus... Yo no me enteré de cómo comenzó este problema, porque no estaba en el pueblo. Nos llamaron para que la fuéramos a ver a su casa. Me fui con mi difunto hermano, Marcos, porque su esposo nos avisó que tenía un mal espíritu, nos contaba que tenía unas reacciones muy raras, hacía cosas que daban miedo.... Cuando llegamos a la casa, la mujer estaba durmiendo... Hay otros catequistas que ya habían llegado primero. Nos contaron todo lo que ella hacía, que hasta me entró un poco de miedo.

Después de un rato, de repente, se levantó la mujer, saludó a todos y comenzó a predicar; pero yo analizaba que todo lo que decía estaba escrito en la Biblia, y hasta citaba el lugar donde se encontraba lo que decía... Empezó a decir que era María... Yo lo cuento como lo vi yo y mis compañeros, los que estábamos allí. Les dije a los Catequistas que no se asustaran porque decía que la Virgen estaba en ella. Se tiró por el suelo y se puso a caminar como una lombriz, con la cabeza arrastraba todo su cuerpo, sin mover los pies; como una culebra; era algo muy extraño... Después empezó... como que iba a parir un niño, se metió debajo de la pila donde lavan los trastes, se ensució, y luego empezó otra vez a predicar de Jesús; hablaba de las cartas de San Pablo... Yo estaba escuchando atentamente sin decir una palabra, pensando en lo que me habían dicho, ¡cómo podía ser que tenía un mal espíritu! Luego le pidió a su esposo que le cortara unas ramas de un árbol de naranjo que tenían junto a la casa, y se paraba con los pies descalzos sobre las ramas, que tienen espinas... Esto es lo que yo

vi y los catequistas de ese tiempo pueden confirmar lo que estoy diciendo. Eran ya como las once de la noche.

Después ella decía que se le metía un espíritu malo; yo miraba los gestos que hacía. Empezó a dar unos gritos tremendos, que todas las gallinas y los pollos que estaban subidos en los palos junto a la casa, empezaron a revolotear para el suelo... Los perros se ponían a ladrar... Como que algo hubiera llegado a la casa; todos los que estábamos allí nos asustamos... volvió a querer saludarnos a todos, pero nadie le hizo caso, entonces se enojó, se puso roja, se le salían los ojos. Luego llegó hacia mí, otra vez a saludarme..., “¡tú eres mi esposo...!” (su esposo estaba a mi lado y ya me había dicho que llevaba veinte días haciendo esas cosas); se tiró hacia mí con rabia, saludándome fuerte... En ese momento le dije: ¡Rosa!, ¿por qué has recibido ese espíritu malo? Se tiró al suelo, se levantó otra vez, y de nuevo hizo lo mismo... Traté de hacer fuerza, y dije: ¡Si el espíritu malo está metido en el cuerpo de Rosa, que salga...! Otra vez se tiró por el suelo, se estiraba... Yo estaba apenado, pero el esposo me dijo, que no tuviera pena, porque ella actuaba bruscamente, con fuerza. Su pelo se descompuso enteramente, le cubría la cara, comenzó a escupir... y su cabello parecía como ver a un león. Movía su cabeza, y se vino otra vez contra mí... Yo estaba a punto de salir corriendo por el miedo; pero tuve el valor para gritarle con fuerza: ¡Rosa! ¡En el nombre del Hijo de Dios, deja a Rosa libre, sal de su cuerpo, no lo martirices más! La mujer se desplomó, y se quedó por tierra un ratito.

Luego me dejó en paz, y comenzó a bailar como si fuera un payaso, frente a todos. Nosotros estábamos tristes viendo todo lo que estaba sucediendo; volvió hacia mí para decirme que yo era un tropiezo para ella, “porque tú estás apoyado por el viejo de allá arriba... contigo estoy enojada!, ¿por qué no te vas de aquí? -me gritaba-, ¡yo a todos ustedes los puedo mandar fuera; pero con este hombre no puedo, porque está apoyado por el viejo...”

Todo esto nos llevó como tres horas; volví a gritarle recio: ¡Espíritu malo que estás en esta mujer, deja libre su cuerpo! Yo estaba ya molesto y cansado. Su esposo se disculpaba conmigo; les dije a él

y a la mamá de la mujer que tuvieran paciencia por todo lo que le sucedía a Rosa.

Algunos días después hablamos con el padre Guillermo Woods... Después esta mujer y su esposo se acercaron a la iglesia, se bautizó y luego se casaron; tuvieron un camino mejor, y ya no se enfermó más; ese día 25 de febrero de 1976 fue la última vez.

Cuando les hablo a mis hermanos, siempre les recuerdo que los cristianos que hemos aceptado ser los líderes de cada comunidad, debemos tener el valor de acompañar a nuestras comunidades y a las personas necesitadas de nuestro apoyo.

PROBLEMAS EN LAS COOPERATIVAS

Ese mismo año 1976 sufrimos dos problemas muy fuertes en las Cooperativas.

Primero: Algunas familias del Segundo Centro se vuelven inconformes y no aceptan las condiciones del reglamento de la Cooperativa. El problema se hizo grande, porque ellos no están de acuerdo con la distribución de la tierra... La Cooperativa tomó la decisión de sacarlos; hubo que cuidar las casas para que no se volvieran a meter... La Cooperativa les reconoció el trabajo y les pagó la casa que tenían.

Segundo: Los de Ixtahuacán llegaron a Ixcán procedentes de Huehuetenango, y empezaron a invadir los terrenos de las Cooperativas; y tenían un ingeniero midiendo... Llegamos, les quitamos los aparatos y los fuimos a entregar a la Capital. La gente de esa comunidad se enojaron mucho y comenzaron a descombrar las montañas de las Cooperativas, construyendo sus casa en los lugares ya entregados por la Cooperativa...

Dos de esas familias fueron después los primeros cooperativistas de Los Ángeles. Se hicieron reuniones con la gente del INTA, y

el mismo Gobierno les firmó el título de los terrenos; por lo mismo, otras personas quieren invadir nuevos terrenos; la Cooperativa pensaba que por ser gente pobre y necesitada hay que hacer algo por ellos; la Cooperativa les entregó terreno a la gente de Ixtahuacán, pero sin pertenecer a las Cooperativas.

Las cuatro Cooperativas comenzamos a trabajar para que la Comunidad de Los Ángeles se mejorara y pudiera integrarse a la Cooperativa.

EL CONTROL MILITAR

Después de la muerte del padre Woods, el ejército nos dijo que ellos iban a ayudar. Pero en diciembre de ese mismo año 1976, comienzan a reubicar cada Cooperativa, diciendo que es para la seguridad de la gente... Y que los aviones y helicópteros del ejército, también van a trabajar por el bien de la gente. Así lo dijo el coronel Fernando Castillo. Pero así fue cómo comenzó el control de todas las Cooperativas. No solo fue un engaño, no cumplieron con lo que nos prometieron. Empezaron las dificultades.

MUERTE DE MIS HIJOS: UNA HISTORIA DIFÍCIL DE ACEPTAR

Marzo de 1977. Con el tiempo nos fuimos acostumbrando a la vida de Ixcán, al clima de la tierra caliente, tan diferente al clima de tierra fría, como eran los pueblos donde mi esposa y yo nacimos.

Ahora quiero contar una historia muy difícil de aceptar. En este año murieron mis dos hijos. Todos tenemos que morir, pero cuando Dios llama a un miembro de tu familia, y más cuando se trata de un hijo, es muy doloroso. La separación de un ser querido es muy dolorosa...

La niña mayor se llama Catalina, tiene 7 años, y el varón se llama Josué. Se enfermaron los dos de sarampión. Catalina murió el sábado de Ramos. Yo me había ido a toda prisa a Cuarto Pueblo para buscar la medicina. Cuando regresé me encuentro a todos

llorando; cuando entré en la casa, la niña estaba en la cama, y me dice mi esposa: ¡Ya murió...! Sentí en mi corazón un dolor tremendo cuando me dijo eso mi esposa. Estaban con nosotros mi hermana y otras personas.

Al ver que ya estaba muerta, yo me acerqué a ella y le hablé: Catalina, tú eres mi hija, cuando estabas viva te acuerdas que te dije que nuestro Padre Dios nos cuida... Tú ya lo estás viendo a hora, frente a frente. Yo todavía me quedo en la tierra. En ese momento contemplé que ella hizo un movimiento; la senté en la cama, la abracé, quería hablarme y me estaba mirando. La gente estaba asustada, y yo sin hallar qué hacer. Se me vino a la mente algo, y le dije a mi esposa: ¡tráigame un poco de agua! Comencé a bendecir el agua y luego le dije: ¡Hija, te doy un poco de agua; con esta agua fuiste bautizada y con esta agua nos llevan al Reino de Dios! Catalina pudo beber un poco de agua y se persignó con su mano, hizo exactamente la señal de la cruz, sin equivocarse... Tomé su manita, la coloqué sobre su pecho, y falleció.

Es un recuerdo imborrable en mi vida. A veces les hablo a la gente de lo que me sucedió con mi niña, y algunos no lo creen. Pero para mí es importante dar a conocer las maravillas de Dios con uno.

A veces uno tiene problemas en la vida como Catequista, me digo: ¡Ya estoy cansado, ya no tengo ganas de seguir! Y uno recuerda lo que ha visto y piensa cómo Dios sigue luchando a nuestro lado, aunque haya sufrimientos, pero seguimos caminando.

A Catalina la enterramos el domingo de Ramos; Josué murió el sábado de gloria y lo enterramos el domingo de Resurrección.

No fue fácil aceptar la muerte de nuestros primeros hijos, como ya dije más arriba; se nos fueron cuando más los necesitábamos; por ellos es que habíamos decidido salir a buscar tierra, para que también ellos tuvieran un lugar para vivir. La muerte de un hijo siempre te taladra el alma. Mi esposa lloró y sufrió mucho... ¡Siempre nos ha dolido la pérdida de nuestros hijos!

Después Dios nos consoló... vinieron más hijos nuevamente; sin

embargo, el primer embarazo no se logró, nació el niño, pero falleció. Después nació un varoncito, le pusimos por nombre de Josué Amado, recordando al hermanito anterior fallecido; luego nació Joel. Los siguientes fueron Reina Azucena, Olver, Florinda, Eliezer y David Vicente; estos cinco últimos los bautizó el padre Ricardo Falla cuando ya estábamos en las CPR. Hoy ya todos han crecido y están bien gracias a Dios.

UNA MUJER ENFERMA.

Era por el año 1979. Nos llamaron para visitar a una mujer que llevaba varios días enferma, se llamaba Amparo; su esposo se llamaba Santiago. Vivían en el Centro Santiaguito, de Ixcán. Está como loca por un dolor del cuerpo y hacía cosas muy extrañas, platica sola... se enoja con su marido... Nos dijo que le había dado mucha medicina para ver si se cura, pero no se curaba. Pensaron que había que llamar a los Catequistas, para hacerle una oración. Me invitaron a mí; el esposo me previno que me podía maltratar, que no tuviera pena, porque así ha hecho con otros Catequistas. Tuve que caminar bastante para llegar a la casa de don Santiago.

Cuando llegué, tenían a la mujer amarrada a su cama, para que no se golpeará. Al verme, se enoja... y le decía a su esposo: ¿por qué trajeron a este hombre a mi casa?, ¡yo no quiero verlo aquí! Su esposo, el suegro y la suegra, me animaban diciéndome que no me preocupara de lo que decía, porque nosotros te hemos invitado para que nos hagas una oración.

A mí me daba tristeza y sentimiento mirar a los ojos de aquella señora llenos de dolor, pensando: ¿cómo voy hacer la oración? De repente vino en mi mente la idea de traer agua, y le dije a su esposo que trajera un poco de agua de un nacimiento de agua que tenían; su esposo enseguida me trae una tacita de agua, y agarró a su esposa, de tal manera que no me podía ver a mí. Comencé la oración... a mitad de la oración, empecé a bendecir toda la casa, su cama... cuando el agua cayó sobre ella, se tiró en

su cama. Su marido le acomodó un poco la cabecera. Se quedó dormida profundamente. Seguimos nuestra oración y terminamos con un Padrenuestro...

Después de todo esto, me sirvieron mi almuerzo, y caminé para mí casa. Al domingo siguiente, fuimos al pueblo. Encontré a su esposo en un puesto vendiendo tamales, y también la señora vendía tamales, y les pregunté: ¿cómo es que ella se curó? Y don Santiago, que estaba allí vendiendo tamales, me dijo: con la oración ella se curó. Después que se despertó del sueño, estaba consciente de todo lo que hacía.

Yo sentí cómo la presencia de Dios está con uno. Esta es la misión del Catequista, predicar la Palabra de Dios, asistir a todas las invitaciones que nos hacen los Centros de Cuarto Pueblo. Cuando era por varios días, ya teníamos los conjuntos preparados, y se coordinaban los temas que a cada uno le tocaba impartir. Yo sentía que los trabajos que teníamos como campesinos que somos, nos salen bien; yo creo que Dios bendice los trabajos que nosotros hacemos. De un pueblo a otro no había ninguna carretera, menos para ir a los centros. Caminábamos con botas, pero sentíamos la bendición de Dios; no nos enfermamos, hasta nuestras familias están contentas con nosotros.

Nos llegaron invitaciones de los centros que les dicen Retalhuleu y San Marcos y luego de Talismán, que está cerca de la frontera con México, en cada lugar permanecíamos varios días, la gente no nos quería dejar regresar; la gente se sentía contenta con nuestro trabajo, que en realidad, no es trabajo, es servir a la Palabra de Dios.

Yo creo que Dios nos estaba dando fuerza, porque ya se acercaba la guerra, ya iban a venir los tiempos difíciles. En Bullaje nos regalaron mucha miel de abeja, es un lugar con muchos cerros llenos de cuevas, y hay muchas flores...

El amor de la gente nos da más valor para seguir adelante y enseñar la palabra de Dios; uno siente lo que verdaderamente es

ser un misionero, porque trabajamos a tiempo completo como Catequistas.

EL TIEMPO DE LA VIOLENCIA

Tal vez por septiembre o en el mes de octubre de 1975 el EGP dio muerte a un finquero dueño de la Finca La Perla, al norte de Nebaj y Chajul, en los límites con Ixcán, lo conocían como “El Tigre del Ixcán”... La guerrilla pasaba, se sabía que andaban, pero todavía no se había detenido por los pueblos de Ixcán, al menos, que nosotros pudiéramos verlos como tales, sabíamos que había movimientos. A veces dejaban mantas con mensajes y propaganda...; pero después de este hecho, el ejército invadió Ixcán como una tormenta, cuando menos pensábamos, los soldados estaban en la aldea, y la gente con miedo... donde más llegaban era a los pueblos, vigilaban los puestos de las Cooperativas; mostraban la propaganda que según ellos, era de la guerrilla, y atemorizaban a la gente... Empezaron a llamarnos guerrilleros... Cuando el Padre Woods llegaba para celebrar la Santa Misa, siempre aparecían unos dos o tres soldados, que se sentaban a la puerta de la iglesia con sus armas, escuchando todo lo que el sacerdote decía en la celebración. Si nos tocaba a nosotros hacer la celebración, llegaban a controlar de la misma manera... Esto empezó a finales de 1975. Un año después, el 20 de noviembre de 1976, dan muerte al P. Woods⁶.

Con el control militar, ya no teníamos la libertad para hacer nuestras celebraciones con la confianza para hablar y explicar la Palabra de Dios. Peor cuando nos quitaron al P. Guillermo. ¿Cómo íbamos a tener libertad cuando llegaban los soldados a escuchar? Por ejemplo, si nosotros queremos tratar un tema a fondo, hacer un comentario bien concreto de la Palabra de Dios, no lo podíamos hacer. Pongamos por caso el pasaje del evangelio de San Lucas donde Jesús decía: He traído la Buena Noticia a los pobres. Explicar

⁶ Los horrores de los años de la violencia están muy bien descritos en el Informe REMHI de Ixcán, que la misma gente hizo, que lleva por título: TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA «Memoria del Ixcán» (1966 - 1992). Ixcán, Guatemala, abril 2000. Pero en 1992 el padre Ricardo FALLA había publicado un libro sin precedentes en Guatemala, titulado: LAS MASACRES DE LA SELVA. No se puede entender la realidad de la violencia en Ixcán sin la lectura de este libro.

bien a la gente este punto con los soldados delante, no era posible. Ese evangelio nos habla de anunciar que es el momento de que los pobres se levanten, y si nosotros explicamos bien este pasaje, los soldados lo van a entender mal, y por eso no podíamos explicar todo lo bueno que hay en el Evangelio. Nos recordábamos cómo por los meses de marzo o abril de 1976 la habían quitado el P. Woods las licencias de sus avionetas. Ya no podían volar.

1977. RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Como se tuvo que ir el P. Carlos Stetter, se desencadenó un nuevo problema, con la llegada de la Renovación carismática. Un sacerdote Maryknol, llegó desde Huehuetenango con esta nueva religión, era el sacerdote padre Estanislao, entró a caballo, no con la avioneta. Venían desde Barillas o desde San Mateo Ixtatán, Huehuetenango. La gente hablaba de que venía un profeta que curaba a los enfermos y que hacía grandes milagros. Hubo un tiempo que se escuchaban muchas cosas... En Los Ángeles, Tzabal y otros centros empezaban a surgir los grupos de los “renovados”, también en Pueblo Nuevo.

Los Catequistas de Cuarto Pueblo no conocíamos nada de ese movimiento, ¿qué hacer? Y como la rebeldía es rebeldía... los Catequistas de Cuarto Pueblo nos organizamos en el Pueblo y dimos aviso a los Centros a cada uno de los Animadores de la Fe. Por su parte, el Animador de la Fe del Pueblo, que era el Centro principal, es el que se coordinaba con la pastoral de la Diócesis de Huehuetenango; el principal era Venancio Pérez, pero también estaba Francisco Vargas, aunque no era tan decidido, los dos eran Animadores de la Fe en el Centro de Cuarto Pueblo. Hablamos con Venancio para hacer todo lo posible para que la gente no se vendiera rápidamente al llamado Movimiento carismático que estaba llegando... Y el aviso tenía que ser urgente para todos los Centros y comunidades. Quedamos que él fuera a comunicarse con el Obispo de la Diócesis, para ver si este movimiento es de la Iglesia o no. Aunque venía unido a la presencia de un sacerdote, no sabíamos bien si tenía la autorización del Obispo, porque nadie nos había avisado.

Se trataba de observar, participar sin meternos; para nosotros era indispensable comunicar las cosas al Obispo; si todos los sacerdotes estaban ya en la Renovación, cómo es que no nos avisaron; ¿cómo es que ahora se equivocó toda la Iglesia si ya todos los sacerdotes son así...? Nos reuníamos con frecuencia y dialogábamos sobre lo que estaba pasando, y esto era lo que pensábamos los Animadores de la Fe en ese momento, porque las órdenes tenían que venir desde el Obispo, y esa nueva religión no traía la autorización del Obispo de Huehuetenango. Formamos como una red de trabajo para comunicarnos y analizar todo eso que viene... Pero hubo algo de división... algunos Catequistas decidieron obedecer sin más al sacerdote que venía con la Renovación. Estos no quisieron acatar nuestras disposiciones.

Primero dieron un curso en Tzabal. Nos invitaron al Curso para entrar en la Renovación, y participamos en él. Lo impartió el padre Estanislao con algunas otras personas, fue en Pueblo Nuevo. Nosotros llegamos a escuchar, nada más. Estábamos convencidos de que primero teníamos que esperar las órdenes del Obispo, para ver si es de la Iglesia o no. Por eso digo yo que éramos rebeldes. Conseguimos que en todos los grupos de trabajo hubiera algún representante de nuestros Catequistas... No sé si esto estaba bien, pero fue lo que se nos ocurrió en ese momento. El problema es que sentimos que lo que se estaba haciendo venía en contra de la misma Iglesia, ¿cómo podía ser posible...? Después de la reunión de los grupos nos juntábamos por nuestra cuenta, para ver qué decisión tomábamos... Analizábamos todo lo que se decía. La verdad es que sentíamos mucho dolor por lo que estaba sucediendo. Nunca habíamos visto algo parecido. No rechazábamos la propuesta que traía el P. Estanislao, pero estábamos conscientes de que antes de aceptarla teníamos que analizarla bien. Nosotros acordamos mantenernos firmes en la fe que siempre habíamos profesado.

Pero se dieron cuenta de quién era el dirigente de todo esto... Y me llamaron a mí; me mandaron llegar frente al sacerdote, el padre Estanislao; me presentaron delante de todos; el P. Estanislao estaba presidiendo la reunión. Y preguntaron: ¿Por qué razón ustedes no dejan que todos los catequistas sean “renovados”? Era

una pregunta directa. Entonces presenté el Catecismo que llevábamos por parte de la Iglesia, la Instrucción religiosa, las guías de la Biblia, con el sello de la Diócesis de Huehuetenango y la carta del Obispo... Y yo les dije que el libro de cantos que ellos llevaban tenía la firma del P. Estanislao, pero no el sello del Obispo. Que necesitábamos que estos libros estuvieran registrados en la Diócesis, y que tuvieran el sello del Obispo de Huehuetenango, con esto no había problema para aceptar todo aquello. Todas las cosas que están autorizadas por el Obispo de la Iglesia Católica, le dije, son bien recibidas, todas las cosas que no están autorizadas, tenemos que esperar. El mismo Jesús obedeció la ley de Moisés. El orden es uno, y tiene que partir de la jerarquía. Si ustedes traen esta orden, nosotros nos vamos también... Le recordé lo que pasó en 1963, con los cambios del concilio Vaticano II, que la Iglesia celebraba la Misa en latín, que el pueblo no entendía nada... Pero para hacer los cambios que pedía la Iglesia, -le dije-, se promovieron cursillos para preparar a la gente, se fue comunicando a toda la gente los cambios con el fin de que todos estuvieran de acuerdo. Y usted quiere entrar con la renovación pero sin comunicarlo a nadie... Y seguimos la discusión. Yo sentía una gran preocupación, por tener que estar peleando con un sacerdote, eso era algo que nunca había querido hacer en mi vida. Esto no le debió gustar al P. Estanislao ni a la gente que lo seguía.

EXCOMULGADO

En las pláticas que nos daban, la gente estaba escuchando con atención. Pero no había mucha gente de Cuarto Pueblo, yo era el único guiador y los delegados de los Centros... Yo no era el Catequista más indicado para estar allí presente, pero los otros Catequistas tal vez eran más tímidos, obedecían más, y no querían buscar problemas... Yo no tenía la autorización del sacerdote como ellos; de tal manera que a mi regreso a Cuarto Pueblo, comuniqué al resto de Animadores de la Fe lo que había pasado; les hablé de lo que nos dijeron en el Curso y también les hablé de lo que yo pensaba. Y lo que yo pensaba era que había que hacer una visita al Obispo Víctor Hugo Martínez y llegar también con Monseñor Juan Gerardi de Quiché, para comunicarles lo que pasaba, eran los dos Obispos encargados de ambas Diócesis. Si

el Obispo de Huehuetenango nos decía que el sacerdote iba con su autorización, pues no había más que hacer, quieras o no quieras, eres parte de la Iglesia. En ese tiempo yo era el tesorero del Comité para la construcción de la Iglesia de Cuarto Pueblo.

Nos sorprendía mucho la religiosidad de la Renovación, porque era muy exagerada; decían que conocían a Dios, que veían cómo llegaba el Espíritu Santo hablando en profecías... Una señora decía que viene la Virgen María conmigo... Que ya no me llamo Ana, soy María... el Espíritu de Dios ha prestado el cuerpo de Ana para que yo sea María... Había cosas que no podíamos entender. Cuando se iniciaba la Santa Misa empezaban a aplaudir, y luego venían los gritos, la música, los llantos.

Yo era como algo juzgador, cuando muera sabré qué me va a decir Dios, algo me va a decir, creo yo, si estaba en lo correcto o equivocado. Yo analizaba las cosas, y en Pueblo Nuevo llegó un conjunto, y repetían un canto titulado “Sólo Cristo es nuestro Rey”, y en una estrofa decía: “En Cuarto Pueblo no han recibido la renovación, pero sí en La Resurrección, Xalbal, Mayalán... todos ellos ya recibieron la renovación”. Tenían un coro que cantaba todas estas canciones, y las repetían en todos los pueblos... Decían que en Pueblo Nuevo había un profeta que veía los pecados de la gente, y miraba a una persona y los iba juzgando de una vez, le adivinaba los pecados, y les daba las penitencias... Yo me acordaba que en el Evangelio, Jesús no hacía así las cosas; cuando se encontró Jesús con María Magdalena, la perdonó, pero ella reconoció sus pecados. Y es que cuando uno comete algún error, tenemos la confesión para cambiar de conducta. Pero había más problemas, porque empezaban a discriminar a la gente, si veían que uno no estaba “renovado”, gritaban: ¡Ahí está el demonio! No todos los Catequistas, entraron en la Renovación... Entre nosotros hicimos un Equipo, nos organizamos para ver qué podíamos hacer.

Pero también del otro lado trabajaban... Y un día el sacerdote Estanislao llegó a Cuarto Pueblo con un plan bien trazado, era algo estratégico. Cuando llegó lo invité a comer, le desensillé el

caballo... Comí con él en mi casa. Le dije que todo estaba listo para la Santa Misa; entramos juntos a la iglesia. Comienza la Santa Misa, con la bienvenida y los cantos. Pero él empezó a hablar, y dijo: Hermanos, les quiero decir que la Renovación ya está por toda la diócesis de Huehuetenango, tal vez faltan algunos pueblos... pero aquí hay una persona que es catequista, y está contra la Renovación y, lo siento mucho porque es Catequista, pero quiero informar públicamente a toda la comunidad, que este Catequista se llama Marcelino. Sentí como que me hubieran puesto una piedra encima de mí cabeza; y pensé: ¿por qué no me avisó personalmente, a solas, cuando estábamos almorzando? Siguió hablando: Yo como Párroco quiero comunicar a toda la gente de la comunidad, que él en este momento queda fuera de servicio, no va a ser catequista, no tendrá ningún cargo... Los libros que tiene van a ser recogidos por los otros Catequistas... El pasa a descanso... Yo me quedé callado, no hablé nada... Si es así, ni modo. Yo sentía que esto podía venir... Después de un rato volvió a decir: Yo le ordeno a Marcelino que pase los libros a los otros Catequistas, y que sepan, que desde este momento queda excomulgado de la Iglesia; lo dijo delante de todos, no a mí personalmente. En ese momento, yo le pregunté: ¿Qué quiere decir esto, padre? Que queda excomulgado de la iglesia. Yo no salí de la Misa, me quedé sentado. Ya no canté... no sentí cuánto tiempo duró la Misa... A la hora de la Comunión empecé a llorar... no podía ir a comulgar, porque estaba excomulgado... Pensaba: ¡qué sabe él de mi corazón, si yo fuera un paralítico, hasta el paralítico tiene derecho a la comunión, si soy pecador, precisamente para eso es la comunión... Como a las cinco de la tarde el sacerdote se fue el P. Estanislao.

Los Catequistas llegaron y me dijeron: don Marcelino, nos acompaña a la Iglesia... Pensé que seguro era para que les entregara los libros y todos los materiales... Yo tenía los libros de Bautismos... cuando llegué a la iglesia ya estaban todos reunidos. Aquí traigo todos los libros de los que habló el padre, les dije, y aquí los vengo a dejar con ustedes como dijo hoy el padre en la Misa. Ustedes saben que ya no puedo ser catequista. Tal vez soy un monstruo, y si ustedes van atrás de mí y me voy al fuego, todos se van a quemar, ustedes tienen que pensar qué van a hacer. Se levantó

Carlos Batres, que es uno de los Catequistas fundadores... Aunque el sacerdote te excomulgó, nosotros no te vamos a dejar. Tenemos que hablar con el padre Estanislao, que por qué razones hizo eso. Nosotros no te podemos dejar. No compliquemos las cosas, les dije; el padre es el padre, él tiene el orden y el mando... Y yo tengo que obedecer. Ahora, si ustedes me apoyan, les digo que yo mañana voy a Huehuetenango, para ir a hablar con el Obispo. Si él me excomulga, salgo de todo. Pero quiero saber por qué razones. Y si antes la iglesia tuvimos fallos, por qué no nos dieron las razones, por qué no hubo un curso para que supiéramos los cambios que ahora trae el nuevo sacerdote. Ahora, si nosotros no estamos en lo correcto, entonces es culpa de la Iglesia, y el padre Estanislao tiene razón; pero si la Iglesia no ha dicho nada, entonces es culpa del sacerdote. Una de las dos cosas. Yo tengo que ir a Huehuetenango.

VISITO A LOS OBISPOS DE HUEHUETENANGO Y QUICHÉ

Si tú te vas, me dijeron los Catequistas, nosotros te ayudamos con el pasaje de ida a Huehuetenango, el de regreso tú te arreglas... Hacía viajes en avioneta un piloto que hacía viajes a Santa Cruz de Quiché, en Alas de Esperanza, de Santa María Tzejá... con él me fui, yo sólo. Llevé los libros. Cuando llegué al Obispado no estaba el Obispo, pero el secretario me dijo que esperara, porque iba a llegar. Salí al parque todo desconsolado, todo triste, como que algo se le murió a uno. Yo no me di cuenta cuando entró en el Obispo, seguro que tenía entrada por otro lado, porque yo era nuevo en esto. Y vino el secretario a llamarme. Entré, salude al señor Obispo, y enseguida me preguntó de dónde venía; le dije que vengo de Ixcán... de Cuarto Pueblo; pasa, me dijo. Le conté todo lo que había pasado... Yo no lo había saludado con anterioridad, sí sabía su nombre... Todavía tenía la tarjeta de Catequista, desde los tiempos de San Martín. Yo estaba trabajando en la Iglesia, pero llegó el padre Estanislao este domingo, y dijo delante de todos que yo estaba excomulgado y que entregara todos los libros de la Iglesia. Que ya no podía comulgar. Por eso vengo contigo, Obispo, ¿qué voy a hacer? Si es orden de la Iglesia, tal

vez no soy el único que estoy excomulgado, que son más los que estamos excomulgados... Platiqué con él sobre las clases que daba, que trabajaba de acuerdo con los materiales de los Animadores de la Fe, porque Francisco Vargas nos daba la formación... Después de hablarle me dijo: Ven conmigo; me llevó a su capillita; Ahora no estamos en la Santa Misa, pero aquí está el Santísimo Sacramento; hagamos un ratito de oración, nos arrodillamos. Luego tomó la llave y abrió el Sagrario: ¡Marcelino, -dijo- el padre Estanislao te ha excomulgado, pero no fue mi orden, yo soy el Pastor de esta Diócesis, y te digo que comulgues, y sigue trabajando, no te quito de que sigas trabajando; bienvenido a la Iglesia”. Comulgué... Estuve un ratito allí... Me hizo una carta para los Catequistas. Les entregué la carta para mis compañeros. El recordar esta historia todavía me duele; fue a finales de 1978.

Fui a Quiché a visitar a Monseñor Juan Gerardi. Pedí hablar con él y me recibió, y le platiqué todo lo que había pasado en Ixcán, y que ya había visitado a Monseñor Víctor Hugo Martínez. ¿Qué te dijo, pues el Obispo? Me preguntó... Que ya estoy nuevamente en la Iglesia. Pues ahora quédate conmigo, no te vas. Si tú dices que me quede, me quedo... -le respondí-. Vamos a cenar, me dijo. Me senté con él a la mesa, y empezamos a hablar de todo, me hacía preguntas... El me animaba mucho. Yo no lo conocía a él personalmente... Hablamos de la “renovación”... que también había por otros lados de Quiché. Me dijo: Tú tienes que saber que estás en la Iglesia, así que mantente firme y claro en tu fe; tampoco te tienes que pelear con los de la renovación. Tú sigue con tu fe, no estás excomulgado, sólo Dios es el que nos va a juzgar, yo no tengo otra cosa que te pueda ofrecer, pero sí que cuentes con mi apoyo. De Quiché me fui a Chimaltenango, a visitar a unas religiosas que yo conocía; también hablé con el P. González Herrera de San Martín, y me dijo: Si no te has desviado de tu trabajo, sigue adelante; reza al patrono del pueblo, el Obispo San Martín, y lleva el ejemplo de este Santo a la gente donde tú trabajas.

Visité después a Monseñor Rafael González Estrada en La Lagunilla; hice un cursillo allí, con el Obispo, estuve unos ocho días; le presenté mi situación y le expliqué todo lo que me había pasado, que tenía el apoyo de los Obispos, y él me apoyó con otra

carta. Luego en la Capital pasé con el Cardenal Casariego, y me dijo que no estaba de acuerdo con lo que había pasado en Ixcán.

Regresé a Ixcán a trabajar nuevamente. Les hablé a los compañeros Catequistas, y llevaba la carta. Pero también tengo que decir que me dio mucha pena, porque después que el padre Estanislao llegó a Ixcán y me excomulgó a mí, ya nunca volvió a regresar; fue su última vez... No sé si el Obispo le dijo que no regresara. Yo siento que tal vez yo lo ofendí. Tal vez yo lo ofendí primero... pienso yo. La Renovación Carismática, siguió por su parte, igualmente. En algún momento llegó a Ixcán el padre Antonio, de San Pedro Carchá, pero no hizo muchas visitas... Llegaron otros sacerdotes, alguno que entregó recursos de Cáritas. El P. W. Donnelly, MM, también llegó desde Huehuetenango, pero sólo en plan de visita. También llegó el Licenciado José García Bauer, para mediar en el conflicto con la renovación católica, y ofreció algunos talleres y retiros para lograr la unidad, y los daba en Pueblo Nuevo...

Después del año 1980, ya no hay visitas, sin sacerdotes ni párrocos... Ni siquiera nos enteramos de la salida de Monseñor Juan Gerardi y los sacerdotes. Supimos que habían matado al Padre José María Gran, eso sí...

EL PADRE CARLOS STETTER

Luego llegó otro sacerdote, pero este era alemán, se llamaba Carlos Stetter; también era piloto y sabía manejar la avioneta. En este momento, es Obispo de una Diócesis en Bolivia. Dimos gracias a Dios, porque los Obispos se habían acordado de nosotros y nos mandaron otro sacerdote que también era piloto, llegó con su propia avioneta. Su preocupación era la unidad de la gente, pero ya estábamos divididos. El padre Stetter pensó en la importancia de una emisora de radio, con una frecuencia local; mandó construir una casa para la radio en Pueblo Nuevo... Estaban levantando la antena para la frecuencia. El ejército no debió mirar con buenos ojos este proyecto; el sólo hecho de que un sacerdote estuviera en Ixcán en las mismas condiciones que lo había hecho el padre Guillermo Woods, causaba inquietud en los jefes militares; por las

mismas razones emprendieron el control y la persecución contra el padre Carlos. Lo acusó de ser subversivo. De modo que cuando llegó un día a Huehuetenango lo secuestraron; lo bueno es que no lo mataron. Fue a mediados de diciembre de 1978. Nuevamente nos quedamos sin sacerdote que prestara el apoyo espiritual y material en las Cooperativas.

Donde está ahora Cantabal, Playa Grande, no existía nada; se conocía con el nombre de Polígono 19. Había sólo algunas familias; de hecho me invitaron en alguna ocasión para la celebración, cerca de donde está hoy la iglesia de la Parroquia, había una capilla... Hicimos un día de camino desde Pueblo Nuevo, para llegar a estar con las familias que allí se encontraban; era por el año 1977. Este fue un año en el que experimentamos con mayor agresión la presión del ejército... Cuando empezó 1980, yo decía: Padre Dios, ¿por qué has abandonado a este pueblo donde vivimos nosotros?

Cuando llegó la represión, en toda la Diócesis de Quiché, los sacerdotes tienen que dejar sus parroquias; ya no podemos tener comunicación con ellos. Los Catequistas fueron perseguidos, secuestrados, desaparecidos... Llega el dolor y ya no se pueden tener las celebraciones. Ya no hay Obispo en Quiché; a Monseñor Juan Gerardi, lo expulsaron del país.

Celebramos la Navidad de 1980 con mucha tristeza, pensando únicamente en lo que nos podría pasar. Hubo Animadores de la fe que buscaron la frontera con México, y pasar del otro lado. Otros decidimos seguir trabajando por la Iglesia.

MASACRES

Primera masacre en Cuarto Pueblo

La primera masacre de Cuarto Pueblo, fue el 30 de abril de 1981; en esta masacre perdí a mi papá, Catarino López Coj y, a mi hermano, Marcos López Balan; en total murieron 16 personas, miembros de la Cooperativa. Luego siguió la matanza selectiva, un día un Catequista, algún miembro del Comité..., que

escuchábamos que secuestraron a otro... Por ejemplo, Ramón Díaz Jiménez, encargado del Puesto de salud, se lo llevaron vivo, pero nunca más apareció. Era promotor de salud de Cuarto Pueblo. Su pobre mujer después de muchos años seguía pensando que algún día su marido podría regresar vivo. Había nacido en Huehuetenango.

Todo comenzó en la mañana del 30 de abril, cuando llegó la guerrilla y atacó el destacamento de Cuarto Pueblo; hubo un gran enfrentamiento entorno al destacamento de Cuarto Pueblo. Podemos decir que desde ese momento, el accionar de la insurgencia fue un hecho público para todos. Hubo muchos soldados muertos, no sabemos cuántos, tal vez unos cien o más. Al parecer sólo un guerrillero murió; esto es lo que sabemos nosotros.

Después el ejército reunió a toda la gente, fue directamente a la casa de la Cooperativa, y dio muerte a todas las personas que estaban allí, algunos quedaron muertos en el mismo lugar, dentro de la Cooperativa, y otros se los llevaron y nunca se supo de ellos. Ahí murió mi hermano Marcos, que era tesorero de la Cooperativa, que lo mataron a culatazos, le destrozaron la cabeza... Estaba también... Manuel Francisco, encargado de la secadora de la Cooperativa; mataron también a Efraín López, un maestro que daba clases a los niños, y traía un niño con él, que también se llamaba Marcos, y también murió. Los mataron en la escuela, cuando estaba dando la clase⁷.

Yo me encontraba en mi casa, escuchando la gran balacera... porque todo nos agarró por sorpresa. Nos habíamos metido en un zanjón que había hecho, por si llegaban los bombardeos... El ejército la emprendió contra las autoridades, no se metió mucho en las casas. Pero la mayoría de la gente se retiró a las parcelas, no toda. Después de la gran balacera, cuando ya se calmo la cosa un poco, salí al corredor de la casa; llegaron los soldados, y yo tenía conmigo a uno de mis hijos pequeños, me quitaron al niño, se lo pasaron a mi esposa, y tres soldados me empujaron contra la casa, delante de mi familia, y los tres me pusieron el arma en

⁷ TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA «Memoria del Ixcán» (1966 - 1992). Ixcán, Guatemala, abril 2000, p. 71.

el pecho para matarme... Yo sólo pensaba en Dios, mirando a mi lado izquierdo, pensando cuándo me van a disparar... En eso llegó un teniente, y les dice: ¡Déjenlo, revisen la casa! Revisaron y luego me dejaron libre... El teniente me preguntó si sabía algo de la guerrilla, y yo realmente, no sabía nada de por qué había pasado todo aquello. Solo supimos, porque a las cinco de la mañana pasó una persona avisando que no saliéramos de la casa... Y después fue cuando comenzó el combate...

Mi papá se encontraba en Ixcán por casualidad, había venido a visitarnos. Lo agarraron ese mismo día como a las seis de la mañana, se lo llevaron al destacamento, nos dijeron cómo habían visto que los soldados se lo habían llevado... y allí lo mataron; murió por asfixia, le amarraron por el cuello con una cuerda; y así falleció, a consecuencia de esa tremenda tortura. Muy posiblemente fue enterrado en la misma fosa que abrieron para enterrar a los soldados que murieron del ejército. Después de estos hechos, tuve que sacar a mi mamá, que también estaba con nosotros, y la llevé para San Martín.

Yo me escapé de esta masacre casi milagrosamente... Me entró una gran tristeza, me quedé en la oscuridad, no sabía qué podía hacer. Como me habían dicho que a mi papá se lo habían llevado al destacamento, allí me presenté, aún pensando que por preguntar por él, algo me podría suceder también a mí. Pregunté por él, y me dijeron que sí, que allí estaba. No sospeché en ese momento que lo pudieran estar torturando y que después lo fueran a matar. Como ya sabía que estaba allí, agarré camino para ver qué había pasado con mi cuñado y a mi sobrino... Los soldados me siguieron, y se colocaron delante; luego pasé yo delante de los soldados, llegué donde estaba Manuel Antonio, y ya lo vi muerto, me arrodillé ante su cuerpo y le hice la cruz sobre su cabeza, y dije:

“¡Qué buen hombre!” Un soldado me escuchó, y me pegó una tremenda patada la espalda... me caí sobre su cuerpo... Cuando llegué a la tienda de mi hermano, los soldados estaban quemando la tienda, pensé que a mi sobrino también lo habrían quemado... Yo quería entrar, quería ver si estaban vivos y sacarlos, no pude... Luego fuimos a la tienda que yo tenía, les abrí la puerta, la dejé

abierta para que entraran; se quedaron allí y ya nunca más recuperé aquella tienda... Se llevaron las cosas y luego la destruyeron.

Me condujeron de nuevo al destacamento, pensé que me iban a matar. Yo quería ver a mi papá; caminaba yo en medio de los soldados... Pensé que iba a la muerte... Ya habían matado a la Junta de la Cooperativa, a mi papá, a mi hermano...

Yo quería rezar, pero no era capaz de rezar... Sólo se me venía a la cabeza: "Padre, tú sabes lo que puedo hacer. Si voy a vivir, voy a seguir trabajando por la Iglesia, y si voy a morir, sólo tú lo sabes". Sólo estas palabras se me vinieron a la mente. Quería rezar un Padrenuestro, pero no era capaz... se me borraba todo en la mente... Las oraciones que sabía se me borraron... Es difícil describir lo que uno siente en tales situaciones. Sé que Dios nos da las fuerzas, porque si no, no hubiera podido hacer lo que realmente hice.

Entrando en el destacamento llegó un señor, Antonio Agustín, lo conocía, porque es mi compadre... Estaba muy afligido. Le habló al comandante de los soldados: ¡Ven, le dijo, la bomba cayó en mi casa...! El comandante salió a toda prisa detrás de él con otros soldados... Y yo me quedé parado en el destacamento. Nadie se fijó en mí... Quedaron únicamente los vigilantes, el resto de soldados se fueron... Pensé que era un buen momento para librarme de ellos, como si Dios me hubiera escondido a su vista... ¿qué hacer?, esperé que se fueran los soldados... ¡Andá...! Me dice uno de los vigilantes... ¡Tú papá es aquel gordo, andáte...! Porque el comandante ya dijo que te fuéramos a buscar. No esperé más. Entendí por estas palabras, que mi papá ya estaba muerto.

Buscando correr por los lugares menos visibles, llegué a mi casa, le dije a mi esposa, a mi mamá y mi hermano mayor: ¡vámonos...! Y con mi mamá, los niños... José Amado, Joel... llegamos a la parcela para escondernos. Hable con mi cuñado Domingo, ¿qué podemos hacer? Me buscan para matarme, y ya mataron a mi papá y a mi hermano... Me dijo: A ti te conocen, y van a venir a buscarte a la parcela. Inmediatamente tomé la decisión de escaparme camino de Pueblo Nuevo, donde están mis paisanos

sanmartinecos... Les conté... Uno era Modesto Martín, que me dijo: ¡cómo te vas a liberar, eres Catequista, y todos te conocen, tú no te puedes esconder, si te vas a Mayalán, te conocen igual... No te podemos esconder...! ¡Es menor que salves tu vida antes que te suceda como a tu papá y a tu hermano!

Después siguieron secuestros y muertes selectivas... En Tzalbal hubo muchas muertes, recuerdo por ejemplo, la familia de Lucas Paiz, de la renovación carismática; no quisieron huir del ejército, llegaron los soldados y los mataron. Esto fue ya en 1982.

SALGO CON MI FAMILIA DE IXCÁN

Pensé que tenía que salir de Ixcán; recordé que para el día 3 de mayo estaban los programas de la fiesta de Pueblo Nuevo; era un día que posiblemente iba a llegar mucha gente. También había anunciado su llegada el coronel Fernando Castillo, piloto de la FAG, que había sido nombrado coordinador de las Cooperativas por el gobierno militar del Presidente Kjell E. Laugerud. , Tenía que inaugurar el Hospital que habían hecho en Pueblo Nuevo...

Le dije a Modesto: dame posada por lo menos un día o dos, porque ya se acerca el 3, y como viene mucha gente es más fácil salir en medio de toda la gente... Le pedí posada para el día uno y dos de mayo...

Salimos tempranito el tres por la mañana, dejamos Pueblo Nuevo y nos dirigimos a Veracruz, en ese momento vimos que llegaba un Pick-up de Playa Grande, le pedimos el favor y nos subimos... Llegando al entronque del Polígono 19, vimos que una camioneta iba en la misma dirección, ya cerca del puente del ferri; me dijo el que manejaba el pick-up; ¡por qué no se suben a esa camioneta, va para Guatemala!; aquella camioneta había ido a dejar trabajadores a una finca del Polígono 19. Detuvo a la camioneta... y le dijo al conductor: estos pasajeros van para la Capital... Éramos cinco personas mayores y los niños... Cuando llegamos al destacamento militar, donde está ahora la Base militar de Playa Grande... Llegó un soldado, y preguntó: ¿Y esa gente? La traigo

de la finca, respondió el conductor. ¡Ah, de la finca... a bueno, pasen! No nos registraron... Cuando estábamos para embarcar en el ferri, miramos hacia atrás, y aquel pick-up que nos había ayudado un buen tramo, lo desarmaron entero... Fue otro milagro de Dios el que nosotros pudiéramos pasar. Yo lo sentí como un milagro, ¿cómo es que al piloto de la camioneta se le ocurrió decir que nosotros veníamos de la finca y que íbamos para la Capital sin haber hablado una palabra con él? En mi corazón le dije a Dios: siento que tu presencia está con nosotros.

Todo esto que estoy escribiendo no es todo lo nos ha tocado sufrir, es difícil dejarlo todo escrito. Para mí, en ese momento, lo más duro de entender, era pensar cómo es que yo estoy libre y otros por la misma causa sufren... Me costaba entenderlo.

Nos fuimos en dirección a Raxrujá, pero en Chisec cruzamos hacia Cobán y luego a la Capital... Cuando llegué al Hangar 13 del Aeropuerto La Aurora, quise hablar por radio con el Coronel Castillo, lo conocía por todo el trabajo relacionado con las Cooperativas; él también me conocía, no lo encontré... Al fin llegamos de nuevo a San Martín, sin mi papá, con toda la tristeza. Me quedé allí unos cuatro meses...

TRABAJO COMO SASTRE EN SAN MARTÍN

Regresamos a la casa de mi papá; él ya no pudo venir con nosotros. Me puse a trabajar como sastre... Pensé dejar la parcela de Ixcán... Compré una máquina de coser y empecé a hacer pantalones a la gente, tenía bastante clientela... Había aprendido la sastrería en Ixcán... llegaba mucha gente conmigo. Un día llegó a nuestra casa un pariente, que era medio primo de mi mamá, le decíamos tío. ¿Dónde aprendiste a ser sastre..., me puedes hacer un pantalón...? Le dije que escogiera las telas, había comprado en la Capital algunas telas y las tenía allí mismo; le tomé las medidas y empecé a trabajar el pantalón para mi pariente; él se fue a platicar con mi mamá...

Como era mi tío, mientras yo trabajaba, él hablaba con mi mamá... Le contó todo lo que había pasado en Ixcán, que mataron a mi papá y a mi hermano... se les pasó el tiempo hablando. Yo le hice el pantalón, lo probó, le quedó bien... Y me dijo: ¡Llevo tres horas hablando con tu mamá y tú me hiciste el pantalón, te felicito...! Se fue.

Al parecer, la información que le dio mi mamá, la pasó a la G2... Pocos días después, llega un grupo de gente a tomar la casa de mi hermano Edmundo. Esto fue un martes de la primera semana de agosto, como a las cinco de la tarde. Lo agarraron, sin preguntarle quién era lo empezaron a golpear. Era el más pequeño de mis hermanos, y ya estaba casado. Su esposa escuchó los gritos, y entró en la casa diciendo: ¡El es Edmundo, es Edmundo...! Le pidieron la cédula y su mujer se la entregó; le pidieron disculpas. Pensaron que era yo... Cuando lo golpeaban le gritaban: ¿Qué hiciste en Ixcán, verdad que eres guerrillero...? No, -respondió mi hermano- ¡yo son Edmundo... soy Edmundo...! Cuando se dieron cuenta del error, hasta le ayudaron a curarse, y le dejaron medicinas... Sólo le dijeron: Si no te metés con la guerrilla, quedas libre. A mí me dolió mucho esta paliza que le dieron a mi pobre hermano, que no tenía nada que ver... Pero no fue todo.

Su esposa salió corriendo para avisarme de lo que había pasado, y me escondí en el palizal de pinos, yo solo... Me fui lejos de mi casa. Pensé que me iban a encontrar... Esto me obligó a tomar todas las precauciones, para no dejarme ver. Tres días después se metieron en mi casa, pero no me encontraron, sólo encontraron a mi mamá. Luego se metieron por la milpa, y empezaron a pisotear las plantas de frijol y de la milpa... Me dio mucha tristeza ver aquello.

El domingo, es el día de la Celebración de la Santa Misa en la iglesia del pueblo; le dije a mi esposa que era mejor que no fuera... ¡Quédate en la casa con el niño! Me dijo mi esposa. Ya teníamos a José Amado, el segundo... No, le contesté, no quiero que se quede el niño conmigo. Déjame sólo... Porque pensé: no hay cosa más triste que me maten delante del niño, era mejor que ella se llevara al niño. Se fueron con mi mamá a la Misa. Así empezó

otra etapa en la que tenía que esconderme; en la noche me iba al monte, y en un momento del día, regresaba con cuidado a la casa para comer.

Al momento llegó mi sobrino Cornelio, y empezamos a hablar de la paliza que le habían dado a mi hermano Edmundo... Y me dice: ¡yo vengo a cuidarte, tío...! No, le dije. Me mandó mi papá, me dijo. Mejor andáte al pueblo a ver a tu novia, hoy hay gente en el pueblo, así te diviertes. ¡Yo vine dispuesto a estar contigo, para ver quién te quiere a matar... o qué te van a hacer...! Se quedó conmigo. Me dejé caer en la cama, y me vino una gran tristeza, como esperando la muerte. “Dios mío, qué voy a hacer, no caí en Cuarto Pueblo, y ahora aquí estoy en peligro, seguro que voy a morir...” Se me salieron las lágrimas... No quería que mi sobrino me viera triste. Empecé a pensar: “Qué cosas he hecho buenas y cuáles no, cuáles son mis culpas... se me olvidaban las oraciones... Yo sólo esperaba la muerte”.

Le dije a mi sobrino: “Yo estoy esperando la muerte y tú, Cornelio, estás esperando a ver cómo me muero. Mirá, ¡el conejo se muere con el zacate en la boca!, como dice la gente. ¡Vamos a ver cómo está la milpa...! Voy a buscar el caballo, para ensillarlo. Me subí al caballo, que pronto agarró el trote, y en pocos minutos había llegado; mi sobrino se fue corriendo. Por el camino no nos dimos cuenta que unos hombres nos vigilaban; habían puesto una emboscada. Al regresar, preferí que mi sobrino se llevara el caballo; porque luego lo tenía que ir a dejar al potrero; le dije que no se preocupara, que me iba por la vereda, que pasara a ver a mi esposa, y que le dijera que íbamos a cenar juntos en la casa; me esperas en la casa, le dije. Luego vemos dónde dormimos...

Se subió Cornelio al caballo... y cayó en la emboscada... Lo bajaron del caballo a culatazos... ¡Que yo soy Cornelio..! Gritaba mi sobrino, pero ya tenía la cara hinchada de los golpes que le dieron...

Cuando llegué a la casa, me enteré de lo sucedido, y les dije: ¡Por mi causa ustedes están sufriendo... Yo no lloro por el dolor, lloro por Cornelio...! Todos en mi familia pensaban lo mismo: ¡Cuando

encuentren a Marcelino lo van a hacer pedazos...! Todos andábamos preocupados, ellos y yo. Tengo la sensación de que estoy con una deuda al ver a los demás sufrir, porque ellos no estarían sufriendo si no hubiera llegado yo a tierra fría, a San Martín. Cuando uno hablaba de Ixcán en San Martín, había gente que pensaba que allí sólo había guerrilleros... ¡Dios mío!, me puse a pensar; quería rezar, pero no se me veía nada a la mente. Dios sabe qué me van a hacer, -pensaba-. Y luego le repetía a Dios: Si tú me das vida, yo seguiré trabajando en la Iglesia como Catequista, para acompañar a la gente...

Me puse a pensar: Otros sufren por mi causa, y sólo por estar aquí para visitar a mi familia. Sólo Dios por mí, cuando yo le entregue cuentas en la hora de mi muerte.

DECIDO REGRESAR SOLO A IXCÁN

Tenía que trabajar, no podía andar siempre escondido; así que decidí regresar a Ixcán. Dejé a mi esposa María en San Martín, junto con mis hijos Amado y Joel, porque eran pequeños... Tenía el sentimiento que regresaba entre la vida y la muerte. Para no afectarlos, quería andar solo.

Siento un gran dolor al recordar esta historia de mi vida; me despedí de mi esposa y mis hijos; todos quedaban llorando, y yo empecé a caminar llorando; sin saber si me iba a quedar por el camino, porque los soldados registraban las camionetas. Cuando a uno le llegan estos momentos difíciles, en los que uno cree que se va a morir, siente cómo Dios lo protege, aún en medio de los enemigos, Dios siempre va caminando con uno.

Me metí en la camioneta de San Martín - Guatemala; en el camino los soldados detienen la camioneta; empiezan a registrar a las personas... apuntan en una lista. Yo también bajé, pero no me registraron; estaba esperando qué me iban a decir. Al grupo donde yo estaba, nos ordenaron subir de nuevo a la camioneta, pero al otro grupo no supimos qué hicieron con él, no los dejaron subir a la camioneta. Yo agradecí a Dios por mi vida, pero los que

quedaron, saber qué sufrimientos padecieron...

Llegué a Cobán, fui al aeropuerto, y pude alcanzar la avioneta que hacía el último viaje a Ixcán; eran las avionetas de un señor que se llamaba Antonio, nos conocíamos; estas avionetas transportaban cardamomo. La preocupación que llevaba, me pesaba más que los costales que cargué. Llegué a Pueblo Nuevo. Apenas me bajé de la avioneta, una señora de Todos los Santos, Huehuetenango, que tiene un comedor... aparece inmediatamente en la pista, y al verme me pregunta: ¿Acabas de llegar? Métete en el monte, rápido, porque los soldados están en mi comedor ahorita, y te están buscando, siempre que llegan preguntan por Marcelino... Esa señora me salvó la vida. Yo traía azúcar, sal, jabón... Le dejé todo a la señora... Y me dijo: Métete al monte, no te quedes en Pueblo Nuevo... y ya vendrá una persona a buscar las cosas.

Me adentré en las veredas de la selva, haciendo lo posible para no encontrarme con nadie. Caminaba triste, muy triste. En mí corazón no me quedaba más recurso que pedirle a Dios, porque mi cuerpo ya no tenía fuerzas. Llegando a Cuarto Pueblo iba llorando: “¿dónde me voy a quedar? ¿a qué lugar puedo ir que no se entere nadie? Salí de aquí por la situación de la guerra, porque me iban a matar; me fui a San Martín. Estando en San Martín dejo a dos torturados, que han sufrido por mi causa; llego a Pueblo Nuevo, y me dicen, ¡escóndete!, porque te están buscando, ¿dónde puedo estar?”

Dejé Cuarto Pueblo y fui directo a mi parcela, caminé por las veredas, poco a poco. Me había quedado con un machete nuevo que compré en Cobán, una lima y un “hule” para bajar pájaros... Lo demás se lo entregué a doña Felisa. Llegué al Centro al que pertenecía, Champerico, fui directo a la casa de uno de los vecinos, se llamaba Juan, no recuerdo bien si era Juan Hernández... Le hablé; se extrañó que llegara. Entra, no te quedes en la puerta, me dijo. Si te ven te van a matar. Los soldados pasan por aquí... Me dice: ¡Marcelino, todo lo tuyo se acabó, no tenés nada, todo se lo llevó el ejército, los animales, las gallinas... lo de la tienda...! Me dio de comer. La misma gente lloraba al verme como al Job

de la Biblia, sin nada, sin trastes para cocinar, porque todo se había terminado...

Quería pasar por el pueblo para ver a mi hermana y a mi cuñado, pero pensé que si llegaba con él, podían matarlo a él por mi causa; estaba casado con mi hermana Teresa. Por su seguridad, no me fui con ellos. Decidí quedarme bajo los árboles en la montaña. Recordé lo del Evangelio: “las zorras tienen cuevas y las aves tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”. Juan, que era el líder de la comunidad, fue a avisar a la gente; se reunieron... Y cuando vi que llegaba el Catequista Venancio Pérez, me abracé a él y comencé a llorar... Me preguntó si me iba a quedar, y también me preguntó cómo estaba la familia... Les dije que se habían quedado en San Martín. Me ratificó: aquí ya no tienes nada... Acabaron con todo lo tuyo... Me recibieron con cariño, estaban tristes por todo lo que me había pasado. ¡Vamos a ayudarte a hacer la casa en tu parcela, en un lugar donde te sientas seguro! Ellos trabajaron conmigo.

Llegaron bastantes vecinos, yo los miraba chapear en la parcela, enmontañados, bajo los árboles; pero sobre todo miraba y agradecía el cariño de la gente. Se preocupaban por mí como que fuera alguien de su familia. Me entregaron una hamaca para que hiciera el intento de descansar. Al día siguiente llegaron de nuevo y poco a poco terminamos la casita. Venancio Pérez, de acuerdo con Juan, compraron un molino de mano, me dejaron una olla, una jarrita... con el molino podía moler maíz, me dejaron un comal... Me quedé solito en la casa... Los jóvenes se organizaron por turnos, y cada noche llegaba uno o dos, empezaban a platicar conmigo, a veces me traían la comida que les había dado su mamá para que me la entregaran, les decían: Llévela esta tortillita a Marcelino...

En ese momento sentía que ya estaba entregado a la muerte. Pero logré sobrevivir a la soledad, la tristeza y el pesar de estar lejos de mi familia. También tenía mucho tiempo para rezar, me dirigía a Dios para pedirle por todos; podía estudiar, me dieron un Nuevo Testamento... para leer; me iba a trabajar el cardamomo...

Pasaron unos veinte días, el cardamomo estaba bien cargado, en

ese tiempo lo pagaban a buen precio... La gente me ayudó a hacer la cosecha... Lo fueron a vender y me trajeron dinero... Compraron café, comida... Y todo esto lo hacían en silencio, trabajando, limpiando, pero siempre pensando y vigilando para ver si el ejército no se asoma para buscarme; pero la gente del Centro se portaron conmigo de manera fraternal... Yo creo que el ejército nunca se dio cuenta de estas cosas.

Pregunté si sabían de alguien que vendiera una bestia... (Después me enteré que el ejército había vendido o regalado mis bestias y animales por Los Angeles...). Es triste saber que los animales de uno se los llevaron a otro lado... Había seis vacas, una mula y un caballo... De todos modos, compré un caballo grande, blanco, al que se le podían cargar dos quintales. La gente lo llevaba con quintal y medio. Con esto conseguía mover poco a poco el dinero. La gente me ayudó mucho.

CARTA PARA MI ESPOSA

Un paisano sanmartineco se enteró de que estaba en la parcela, viene a visitarme... Me dijo que quería ir a San Martín, yo le dije que si se iba a San Martín, le daba medio pasaje para que me llevara una carta para mi familia. Se fue, y llevó mi carta para María, mi esposa. Le decía que estaba en la parcela, que toda la gente me ayudó, que había conseguido una vaquita con su cría, también un caballo... “La comunidad me hizo una casa bajo los árboles... Estoy sólo...”

Cuando le llegó la carta a mi esposa decide venirse; se vino en camioneta hasta Cobán... En carro de Cobán a San Lucas, cerca de Pueblo Nuevo, y después caminando hasta la parcela. Eran como las once de la mañana; ese día había estado trabajando en la parcela, y regresaba a almorzar, y cuando siento algo de ruido, observo y miro que llegaban mis dos hijitos, nos abrazamos con una alegría tremenda, al ver llegar a mi esposa, a mis hijos me llenó de claridad... Bueno, le dije a mi esposa: “Aquí nos tendremos que morir los dos”. Fue el día 20 de septiembre de 1981, yo había dejado San Martín casi dos meses antes.

Al recordar estos hechos, podemos decir que la vida es como un rosario de sufrimientos, pero si uno es fiel a la esposa, y si la esposa te es fiel, puede haber sufrimientos, pero cuando uno está con la familia encuentras la alegría de vivir.

Llegó el 26 de noviembre de ese mismo año 1981; los militares ya habían conseguido colocar en cada comunidad a un comisionado militar para vigilar más de cerca a la población y tener la seguridad de que la estaban controlando; se juntaron los comisionados del pueblo, porque se enteraron que yo ya estaba de nuevo en Cuarto Pueblo, y me escribieron una carta para que me presentara con el jefe de comisionados; la carta era del día 14 de noviembre.

Uno de mis paisanos, que se relacionan con esta gente, me entregó la carta, donde se especificaba que me presentara con el jefe de comisionados en fecha y hora allí indicada, con un tal Santos Luis Velásquez. Era un señor de San Marcos. No le podía decir nada de esto a mi esposa, para que no estuviera preocupada, para que no empiece a llorar y se preocupen los niños... entonces le dije simplemente, que iba a hacer una celebración y después regreso. Ella quiso venir conmigo, pero le aconsejé que mejor se quedara con los niños. Yo sí sabía a dónde iba a ir; salí un día por la mañanita, por el camino iba rezando, me encomendé a Dios, y recordé lo que dijo Jesús: “yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. Me presenté en la casa del comisionado, su señora sabía que iba a llegar, habían matado una gallina y me invitaron a comer. Yo les dije que cuál era el mandado conmigo. Estaban otros comisionados.

Empezaron a decirme que era necesario que los acompañara al destacamento de Cuarto Pueblo, “para que la autoridad te vea y quedés libre, para que puedas venir al pueblo a la vista de los militares, tienes que aclarar que has estado escondido”... Yo les pregunté, si ellos eran capaces de defenderme o no eran capaces. Lo que va a pasar es que a mí me quieren dejar en el destacamento, y luego ustedes se regresan. Así les hablé yo... Nosotros te podemos sacar, respondían... Y de todos modos ya estás en nuestras manos y tienes que cumplir las órdenes... Y yo pensando en mis adentros, ¿y para esto me dan de comer, y matan un pollo...? Me arrepentí

de haber venido. Sólo terminamos de comer y nos vamos al destacamento, me dijeron. Ya no sentí ganas de comer, no quise probar la comida, sólo tomé un poco de fresco... Se me fue el hambre... Terminaron ellos de comer y nos fuimos... Estábamos caminando, cuando vimos que llegaban aviones Arawak y un helicóptero empezaron a dar vueltas, aterrizaron en la pista de Cuarto Pueblo, no sabía qué objetivo tendrían.

Estaba tan afligido que me puse a rezar dentro de mi corazón; ya podía rezar un poco: le pedía a Dios y, le decía que hoy sí había llegado la hora, ¿qué puedo hacer, Dios mío? Pero tendré que pasar este día... ¡Qué puede hacer ahora mi pobre familia! Llegamos al destacamento, y nos encontramos con el teniente que estaba intranquilo, como preparando viaje...

Y el jefe de los comisionados le dijo que llegaban para ver qué había pasado, a preguntar por qué estaban sobrevolando tantos aviones y helicópteros... Y en eso se me ocurrió decirle al teniente: Usted necesita que yo le apoye en algo... Y me dijo, hay que llevar esta mochila a la pista. Yo agarré la mochila al hombro, y caminé detrás de ellos y, dejé la mochila en la pista como me había ordenado, era una mochila militar... Y el teniente nos dijo, que ya que habíamos llegado los comisionados militares, nos encargaba cuidar las mesas y todas las cosas que había en el destacamento; yo le dije: ¡No tenga pena, teniente, de esto yo me encargo, y ya veremos qué hacemos con las cosas! En eso el teniente me dijo que ya se iba y se despidió. Al parecer, era el último viaje del helicóptero... En ese momento se fue... Alcancé a ver que subió al helicóptero la mochila que le había dejado en la pista.

Y yo me quedé allí solito, no había ya ningún militar; yo creí que se habían olvidado de la cita. Entonces les dije a los comisionados militares, ¿y ahora qué? Pues ya estuvo, -me dijeron- porque ya se fue el ejército... No lo pensé más. Dios había estado en mi camino. Regresé lo antes posible a mi parcela, pensando en aquel pasaje del evangelio donde dice Jesús: ¿Dónde están los que te condenan? ¡Pues ya no había nadie...! Se fueron, y yo quedé libre. Y pensaba, ¡cómo es el poder de Dios! Le agradecí a Dios por la vida, porque ya puedo caminar nuevamente con libertad... Me

recordé de las palabras de Jesús, donde le dice a la mujer pecadora: “¿Dónde están los que te habían condenado? No hay nadie, Señor”. ¡Cómo es Dios con uno; yo llegué a ver qué querían, y los enemigos se fueron del lugar!

Recuerdo que medité que cuando Dios lo tiene en vida a uno, puede pasar por muchas pruebas, y es como reforzar la fe para confirmar que Dios no nos abandona, y afianzar los pasos que llevamos en nuestra propia historia.

Mucha gente ha pasado por esos mismos sufrimientos, pero no han tenido la oportunidad de escribirlos; al volver sobre nuestros pasos podemos ver cómo está marcada la vida de uno. Me imagino que la vida de los santos fue también un camino de sufrimientos, pero ellos cumplieron con la misión que Dios había marcado para sus vidas.

Me dirigí hacia Pueblo Nuevo y llegué a mi casa en la parcela... Iba contento, chiflando y cantando. Cuando saludé a mi esposa, le dije: ¡ya estamos libres, se fue el ejército! Y fíjate que allí vi en el destacamento que tenían nuestras cosas, la mesa que yo tenía de sastre, con las reglas... ¿Por qué no lo sacaste? Me preguntó... Porque me podía controlar los comisionados... Eso ya se perdió, le contesté. Sentí que desde ese momento ya podía de nuevo aparecer públicamente, y caminar con gran alegría donde me necesitara la gente. Esto fue en noviembre de 1981.

La comunidad me pidió que de nuevo volviera a presidir las Celebraciones en la iglesia; les dije que mejor me invitaran a los centros. Cuarto Pueblo tenía 14 Centros: La Democracia, Tacaná, Champerico, Villa Nueva, Argentina, San Luis, B6, Centro Maravilla, B8, Santiaguito, Belén... si llegaba a cada centro, podría encontrar más libertad. Me conocía los caminos y senderos de cada centro; estaban los Catequistas que también hacían la celebración; yo celebraba normalmente. en mi centro de Champerico.

Ese año 1981 no celebramos la Navidad en la iglesia, porque hay muchos rumores de que el ejército quiere meterse a las Cooperativas

para matar y si nos encuentran juntos o en las celebraciones terminan con nosotros. Los que sí se juntaron fueron los carismáticos para hacer sus oraciones en las casas.

MASACRE DEL 14 DE MARZO DE 1982 EN CUARTO PUEBLO

Llegó el 14 de marzo de 1982. Era un domingo; fui al pueblo, porque era día de mercado. Llevaba mi caballo porque iba con la intención de comprar algunas cosas para la casa. Cuando estaba en el Pueblo, llegó un helicóptero color blanco y azul a inspeccionar el mercado a eso de las ocho de la mañana. Cuando nos dimos cuenta, el ejército ya casi tenía acorralado todo el pueblo; eran como las diez de la mañana. Inmediatamente empezó el bombardeo del pueblo. La gente empezó a gritar, las casas se llenaron, y yo me metí en una tienda con mi compadre Antonio Agustín, pero había tanta gente, que mejor salí... Se escuchaba que el ejército bombardeaba el mercado. El comisionado militar encargado, el señor Santos Luis Pérez, que era Catequista, pero también comisionado, fue el que dijo a la gente que se metieran en las casas: Trataré de ver si puedo hablar con el ejército... Lo mataron también; fue un catequista que trabajó por la gente... Mi caballo saltaba y relinchaba... Me monté en el caballo y salgo al galope, a toda velocidad... Pero con tan mala suerte que me fui a topar con el ejército, que venía por la punta de la pista,, por donde pensaba salir yo; mi caballo pasó muy cerca de ellos. Nos dispararon, caí con el caballo.... Vi que había sangre en mi ropa, pensé que me habían pegado... El caballo ya no se levanto, le pegaron de frente, en el pecho..., pero yo seguí corriendo. Mi pobre caballo allí se quedó. Miraba que la gente corría por todos los lados sin rumbo buscando dónde esconderse, algunos cayeron heridos, que gritaban, lloraban..., otros quedaron muertos; pude ver a varias personas que gemían entre la vida y la muerte. Se vino sobre nosotros como una lluvia de balas, las hojas de los árboles caían... Fue terrible, hasta que conseguí salirme de todo aquello corriendo, y a veces saltando sobre personas ya fallecidas. Me encontré con el presidente de la Cooperativa, Rafael, y otro de la Cooperativa, que querían llegar al pueblo; les conté que el ejército había acabado

con todo... De todos modos siguieron, sólo a encontrarse con la muerte. Salí del pueblo, y como a unos dos kilómetros me metí en un río, para ver dónde era que me habían pegado... pero no, no había heridas; lavé la sangre que había en mi pantalón, era la sangre del caballo... Me metí en la montaña, no me fui por el camino. Esta masacre acabó con nuestro pueblo, y puedo decir que soy un testimonio vivo, porque increíblemente me pude librar de esa matanza.

Allí me entregué a Dios; le dije: Señor, tú me salvaste de la muerte, yo me comprometo mientras esté vivo a trabajar con la gente como Catequista; en tu nombre. Era la cuarta vez que me liberaba de la muerte.

Leyendo mi propia historia hasta este momento, quiero recordar las veces que me he librado de la muerte, o mejor, que Dios me ha librado de la muerte:

1. En el terremoto del 6 de febrero de 1976.
2. El 30 de abril de 198, en Cuarto Pueblo, primera masacre del ejército.
3. En agosto de 1981 en San Martín, de no caer en manos de la seguridad, de la G2.
4. El 14 de marzo de 1982, en la segunda masacre de Cuarto Pueblo.

VÍCTIMAS DE LA MASACRE DE CUARTO PUEBLO

¿Cuántos fueron los muertos? En un primer momento calculamos que más de 375 personas murieron en esa masacre. Un domingo que nunca podremos olvidar. Como los soldados habían abandonado el destacamento, no podemos dar otra explicación a la actitud del ejército que la de querer acabar con la población

de Cuarto Pueblo. Hay personas que hablaban de que la guerrilla llegaba a hablar con la gente que manejaba la secadora de cardamomo.

Algunas personas que teníamos familiares en el pueblo nos arriesgamos a caminar el lunes de regreso a Cuarto Pueblo, queríamos saber qué había pasado. Veníamos con mucho cuidado, gateando y arrastrándonos por el suelo... Desde lejos, pudimos ver a los soldados que seguían encerrando gente en la casa del Juzgado, porque en Cuarto Pueblo también había Juzgado. Vinos en otro lado que el ejército andaba trayendo y llevando a varias mujeres, cerca de la casa de la cooperativa que se estaba quemando, y luego por donde otra casa que servía de prisión. No podíamos ver bien qué hacían con ellas realmente, si las estaban violando o torturando, allí las dejaron muertas... Ese día no vimos más, era el 15 de abril, lunes; seguir adelante era arriesgarse mucho. Regresamos el martes de nuevo todo seguía lo mismo... El día 18, vimos a muchos soldados y a otras personas acarrear los cuerpos de las personas muertas, y los iban amontonando junto a la escuela, algunos los llevaban en carretas; ¿será que están todos muertos? ¿Habrá algunos vivos? Nos preguntábamos. Después que estaba la gente amontonada, empezaron a arrancar el cerco de madera de la casa de la secadora y fueron colocando la madera encima de los muertos... Rociaron todo con gasolina, es posible que hayan encontrado la gasolina que había en los tambos en la casa de la secadora del cardamomo... Nosotros mirando, ¿qué van a hacer con la gente, Dios mío? Era un poco después del medio día, como a la una o dos de la tarde, sólo vimos que todo aquello empezó a arder. El cielo se volvió oscuro, y llegaba el olor de la carne quemada de la gente. Estábamos seguros de que debajo de toda aquella madera había gente todavía viva, se notaba por la forma en que los habían llevado. Estas pobres personas sí que son santos, -me dije-, ¿cómo es posible que los estén quemando así? Nosotros no podíamos aguantar las lágrimas por toda aquella gente. ¡Cómo es que el ejército mata a tanta gente si no deben nada a nadie, son gente humilde, ancianos y ancianas, niños y niñas, que estaban tranquilos en el mercado... Sólo los capturan, les ponen el nombre de “guerrilla” y los matar! ¡Son unos demonios!, les decía yo, ¡no piensan que a los que están matando son sus mismos hermanos...!

Cuando escuchamos que el 23 de marzo había habido golpe de Estado en Guatemala Nos atrevimos a entrar en Cuarto Pueblo. Puedo decir con dolor que me tocó ver todo esto, no me lo contaron, lo vi con mis propios ojos. Ese día nos dimos cuenta que ya no había personas vivas en el pueblo. Tampoco hay soldados, ya pudimos entrar con algo de más confianza, siempre con todo el cuidado. El ejército comenzó a matar a los niños ese mismo día, y se puede decir, porque revisamos al otro lado del bordo, la casita de la Clínica, ya quemada, y nos encontramos con los huesitos quemados de los niños. Pasamos por donde estaba la capilla evangélica; estos hermanos estaban orando en su iglesia cuando empezó el bombardeo y llegó el ejército a quemarlos dentro de la iglesia; allí perecieron todos. Al ver aquello sentí que la fe se me fue... Quemaron la capilla y dentro se podían mirar los cadáveres ennegrecidos, los huesitos de la gente... Era una capilla de lámina y todo lo demás de madera, no quedaba nada de la construcción, todo lo habían reducido a cenizas. “Dios mío, cómo es que dejaste a estas personas que murieran, si no te están ofendiendo, estaban orando, y murieron estas pobres gentes... ¿Cómo Dios permitió la muerte de tantas personas? Pensé mal de mi Creador... Me acordé, de que también a su Hijo lo dejó morir en una Cruz, como que me consolaba acordarme de que también a Jesús lo habían matado”. ¡Pobre tanta gente que encontró la muerte! Yo comencé a llorar... viendo aquellos huesos blancos como la nieve: “¿Qué deben estos hermanos, si estaban haciendo oración?” Me dije: Terminaron con todos los evangélicos. Y yo sentía la necesidad de que si quedaba vivo, algún día iba a denunciar esto por todo el mundo, el ejército acabó con la gente de Cuarto Pueblo. Me fijé que a una hermana con la cabeza quemada, le quedaba su orejita, de la que colgaba un arete, entonces me dije: “Pobre, esto es lo que hace el ejército, esta es la democracia de la que nos hablaban”. Encontramos cerdos y perros rebuscando entre los huesos.

Seguimos después para ver qué había pasado en el mercado, y cerca de la escuela comprobamos que habían cavado una fosa muy grande, tal vez de unos diez metros de largo, por unos dos metros de ancho; comprobamos que allí amontonaron a toda la gente que habían matado y los que habían quemado junto a la

escuela. Había un olor insoportable. Los cuerpos no los enterraron bien, se notaban los huesos de la gente. Cortamos un palo largo y lo pusimos como señal, sin pensar que algún día, años después los íbamos a exhumar...

Los que se pudieron salvar se escondieron en la montaña; pudimos visitar algunas persona o familias, estaban aterrorizados, rezando, pidiéndole a Dios; yo hice un recorrido por los centros de Champerico, Tacaná, La Democracia... (Centros de Cuarto Pueblo); encontramos la gente escondida, unos por aquí, otros por otro lado... Los convencimos que así no podíamos hacer nada, que teníamos que juntarnos más personas, cinco o seis familias; era mejor estar reunidos por grupos pequeños. El ejército empezó a rastrear toda la zona, y donde encontraba casas quemaba y lo mismo hacía con los cultivos... Pensamos que quedando dispersos era la mejor manera para caer en manos del ejército. Empezamos a hacer comunidades de centros... Fuimos organizando poco a poco a la gente que quedó escondida bajo la montaña.

Sentí que había llegado el momento de ayudar a la gente como Catequista, ya no tenemos sacerdote, ya no tenemos nadie de la Iglesia con quien hablar, pero tenemos que hacer algo.

Dejé a mi familia cerca de una quebrada, para que si lloran los niños, no se escuche. Y empiezo a buscar a la gente. Me encuentro con gente rezando debajo de los árboles, otros lloran entre el cardamomo, otros tristes porque no encuentran a sus familiares. Y les decía: ¡Hay que esperar en Dios, él sabe lo que nos hace falta y va a proteger nuestra vida. Y los pobres huérfanos... sólo llorando por sus papás y por sus mamás; recogimos varios niños pequeñitos, y encargamos a ciertas personas para cuidarlos, pero muchos murieron...

Yo empecé a sentir en ese momento que para mí el camino de la Iglesia es estar con los que sufren.

EL REFUGIO Y LAS CPR

Aquí empieza la gran Pastoral con las Comunidades de Población en Resistencia, porque toda la gente decidió esconderse en la montaña. El nombre como tal, se empezó a utilizar a finales de 1983. En un primer momento, la gente llegó a sus propias parcelas, yo las visitaba, quería saber quiénes habían quedado vivos, o heridos... No les llevaba nada, solo el consuelo. En la segunda gira fui tomando los nombres de las personas que estaban en las comunidades, pero esto ya fue como en diciembre de 1982. Cuarto Pueblo después de la masacre quedó sin nada.

La gente decía que el ejército se había marchado a Los Ángeles... Cuando les conté todo lo que habíamos visto en el pueblo, la gente del centro al que yo pertenecía, se soltó en lágrimas, la gente lloraba... Porque algunas mujeres se enteraron que sus esposos o papás estarían entre los muertos, allí los agarró la masacre... Fue un gran dolor para muchas mujeres que quedaron viudas, niños huérfanos, personas desamparadas. Buscábamos la forma de consolarlos, tenemos que cuidarnos nosotros, les decía... Se nos morían los huérfanos... Algunos resistieron, por ejemplo Julia, de Cuarto Pueblo, quedó solita, toda su familia murió en la masacre de Cuarto Pueblo.

Aquí comenzó la otra etapa de la vida de la iglesia, el tiempo de solidaridad con la gente al ver el sufrimiento de la gente. Antes yo era muy espiritualista, algo así como son los carismáticos; pero al ver la realidad de la gente, cambió completamente mi forma de ver: Era a Dios, a Jesús al que veía sufriendo en toda aquella gente. ¿Qué puedo hacer?

HACEMOS GESTIONES EN EL REFUGIO

El 22 ó 23 de octubre decidí viajar a México, para visitar al señor a don Antonio Sánchez, en Puerto Rico. Tenía una pequeña finca; le pedí si no podía acoger unas cien familias en su finca, y por

supuesto, que sí, me dijo. Fui a pedir posada. Fuimos en cayuco por un río, y me mostró el lugar donde podíamos estar; a mí me pareció bien el lugar. Me regresé al Centro, coordiné con el Centro San Luis, guardamos unos 28 quintales de maíz, hicimos una coordinación con los Centros, y les dije que don Antonio Sánchez nos recibía.

Pero resultó otra cosa... Como el aviso llegó, la gente de Mayalán, de Santa María Dolores, y los de San Juan Ixcán... empezaron a salir; fue el 26 de octubre. Llegaron primero a la Finca, y mi gente, se tuvo que quedar... Así quedó la gente resistiendo bajo la montaña. Y así empezaron los años de la Resistencia, que luego llamamos las CPR, que se formaron como en octubre de 1983. Estos eran los meses del gobierno de Ríos Montt, cuando se masacraron a tantas personas... Aquí empieza la vida y la historia de la Iglesia en las CPR. En un primer momento pensamos en salir para el refugio, pero como no pudimos salir, y yo era el Catequista, me preguntaba en mi corazón, ¿qué camino voy a agarrar? Comprobé que entre la gente que se fue a Puerto Rico ya había catequistas, y Animadores de la Fe; entonces me comuniqué con otro Animador de la Fe para decirle que me iba a quedar con la gente; si vemos que podemos salir, salimos todos, yo me quedaré hasta que salga el último.

Del lado de México hablé con un sacerdote que ya estaba con la gente del refugio; él no me conoce, y yo tampoco lo conozco a él... Quedamos en hablar por la noche. Buscamos un árbol donde platicar, y me cuestionaba el por qué yo no me quedaba con los refugiados. Y le dije que yo como Catequista, había decidido quedarme en la montaña con la gente, si ellos se mueren, yo moriré con ellos; y si logramos vivir, viviremos juntos.

Le conté al sacerdote que había visitado a la gente escondida debajo de la montaña, sólo esperando la muerte... Me pregunta: Tal vez sos guerrillero... Mejor es que aclares la situación para no tener problema. Y le dije: Soy Catequista, yo no le puedo decir mentira. A los ocho días me citaron con otro sacerdote, porque eran dos los que allí trabajaban. Me comunicaron que habían aceptado mi petición de ayuda y que me iban a dar diez mil pesos

para que comprara recursos para la gente. Les dije: No quiero dinero, yo quiero los recursos. Aceptaron que me iban a entregar más recursos. Así logramos entregar los primeros recursos a las comunidades de la montaña.

Pero la gente que no pudo salir y se quedó en la selva nos enteramos que en el refugio había muchos problemas, que empezó el hambre entre la gente refugiada, porque si bien llegó ayuda, no fue suficiente. Nosotros teníamos todavía maíz; el ejército no consiguió destruir o quemar todo lo que teníamos. En ese momento decidimos quedarnos, aunque fuera con un poco de maíz, pero podíamos comer. Hicimos una reunión para tratar todos los problemas; la gente empezó a opinar que nos teníamos que quedar, porque si esta era nuestra tierra no teníamos por qué salir.

En diciembre de 1982 entró a visitarnos un sacerdote. Celebramos en medio de la montaña la Navidad, celebró la Santa Misa y hubo bautismos. Yo sentí que habíamos logrado un gran objetivo, pensando en el camino de Moisés para salir de Egipto, es posible hacer las cosas, si el pueblo está unido. Recordé a la gente cómo Moisés se encontró con aquella zarza ardiendo, y no se consumía (Exodo 3, 1-6).

Después de una alegría comienza una tristeza por no conocer qué es una guerra. Terminada la celebración del padre, lo fuimos a dejar en la frontera de México. Cuando regreso a la comunidad, hay una cita que dice que me tengo que presentar con la guerrilla, ya que la comandancia me esperan para hablar conmigo; y le dije al que llevó el correo, que en ese momento no puedo, pero que otro día sí podré ir. Me mandaron razón que ellos iban a llegar.

Cuando llegaron me llevé un gran susto... Inesperadamente, se presentó la guerrilla; y me hablaron de la venida del sacerdote, si tenía el permiso de la guerrilla. Yo me asusté y les dije: Ustedes saben que yo soy un Catequista, y ¿ustedes pidieron permiso a la Iglesia para organizar a toda la gente católica?

Este fue el error grande que cometí delante de ellos. Se enojaron conmigo. Mejor se desaparece, y se va a otra comunidad; pensé que me iban a matar. Y me dije: los soldados no me mataron y

ahora la guerrilla me va a matar. Pero antes de que me maten, pensé que sería bueno platicar. Me senté con ellos y les dije: Yo como catequista estoy con la gente, estoy animado su lucha y ayudándoles para que no olviden a Dios; si ustedes están luchando por los pobres, ¿por qué no me dejan trabajar, qué mal estoy haciendo yo en estos momentos? Ya les traje los primeros recursos para las comunidades. La organización se dio cuenta que los recursos entran a través de la Iglesia; y les pregunté: ¿y ustedes qué están dando a la gente?, bien les dan tareas, pero no les dan nada a la gente pobre. Les hice ver lo que estaba pasando... y me puse a llorar, por lo que estoy haciendo.

Pensé: estos no me van a matar delante de la gente, pero sí me van a matar por el camino, así que voy a ir a avisar a la gente... Me levanto, para marcharme... ¿Dónde va? Me preguntaron. Voy a avisar a la gente que ustedes me van a matar... A unos cuatrocientos metros, me salen otros guerrilleros en el camino, y me dicen que regrese, que era una orden del mando.

Por un lado pienso que todo lo que sucedió en ese momento tuvo un lado positivo, fue un buen entrenamiento. Entendieron cuál era mi trabajo de Catequista. Conocí cuáles eran sus disposiciones, las órdenes que daban; y que nos debíamos respetar. Tomamos un acuerdo: Cuando un sacerdote entre, hay que darlo a conocer al cuadro de la organización y al DR. Y si de parte de la organización iba a entrar un sacerdote, también me avisarían a mí, para que no haya problema. Así terminamos la reunión, y terminó el año 1982.

GESTIONES EN LAS CPR

Quiero añadir algo más del triste año 1983. Un año en el que vimos cómo todo se terminaba y se iniciaban los ataques contra la población civil, que no tenían otro objetivo que la tierra arrasada. El ejército comienza la guerra, con aviones y helicópteros, y con los soldados, que se meten en las comunidades, cortan las siembras, como la milpa, los frutales; matan o se llevan los animales, terminan de quemar las casas, si dentro de la casa encuentran maíz, lo

quemar. No respetan a nadie; a las personas que encuentran, las matan. Creímos que había llegado el momento que iban a acabar con nosotros. Nosotros vivimos directamente debajo de los grandes árboles, en medio de la selva, no tenemos casas, sólo un nylon, para cubrirnos.

En este año llegaron a visitarnos algunas personas, entró un sacerdote y un seminarista o estudiante; era una visita coordinada, pero nos parecía increíble que en aquella situación recibiéramos una visita. Era el padre Ricardo Falla. Este sacerdote jesuita empezó a hacer públicos los testimonios de la gente que vivía debajo de la montaña, y de los hermanos que ya estaban refugiados en México. Así fue como pudo publicar el libro: *Las Masacres de la Selva*⁸.

En mayo de ese mismo año me enfermé gravemente, y me tuvieron que sacar para llevarme al hospital de Comitán, en México. Me quedé un tiempo con los refugiados hasta que terminé el tratamiento. Cuando sentí que ya estaba curado, comienzo a sembrar hortalizas para mandar apoyo a las familias que se habían quedado bajo la montaña. Empezamos a atender a las enfermas también.

Sucede que un día la esposa del representante de los refugiados en México viene conmigo, porque está casada con él, pero su esposo tiene otra querida, y tuvieron un serio problema, porque vivían juntas en la misma casa; y llegó conmigo para ver qué consejo le daba, porque no sabía qué podía hacer. Yo le dije: Haga su casa aparte, para no vivir juntas; y así lo hicieron. Cuando el esposo se enteró que yo le había dado este consejo, se fue con los representantes de la migración para presentar su queja, para que me sacaran del lugar donde me encontraba en ese momento refugiado. Cierta día recibí una citación del representante de migración, para que me presentara en su oficina con urgencia. Me presenté a la hora indicada. Me empezó a hablar de que por órdenes superiores yo tenía que salir del refugio donde estaba y

⁸ FALLA, P. Ricardo, SJ, *MASACRES DE LA SELVA*. Ixcán, Guatemala (1975 - 1982). Editorial Universitaria, Guatemala 1992.

pasar a otro campamento; que ellos se encargaban de avisar a los representantes.

En ese momento, me quedé preocupado; pero pensé que mejor debía decirle que me presentara dónde estaba esa orden superior, para saber los motivos por los cuales me estaban trasladando de lugar, y poder informar a las comunidades. Y le dije: ¡No salgo, sin conocer los motivos!, porque si se me acusa de haber cometido alguna falta, mejor quiero que aclaremos cuál es el problema. Yo soy un extranjero en este país, y si el motivo es serio, no me queda más remedio que salir. El jefe de migración me comunicó que era una orden, y que como refugiado que era, las órdenes había que cumplirlas. Le respondí: Es cierto que soy un refugiado, pero legal; y como tengo el carnet de refugiado, -le dije-, tengo derecho a saber cuáles son las disposiciones superiores. Le manifesté que iba a solicitar una reunión para que esa misma tarde se aclarara todo. Se tuvo la reunión. Al escuchar la gente que me quieren sacar, dijeron: ¿por qué motivo...? porque las familias de las enfermas a las que Marcelino atiende con la provisión de las hierbas que cultiva, piensan que no me van a dejar salir. Y ellas también estaban enteradas de los problemas en los que andaba metido el representante de migración, y entonces sugirieron otra solución: mejor se saca al representante, se nombra otro y se soluciona el problema. Y así lo hicieron. Hasta ese momento me enteré yo del verdadero problema que tenía; sacaron a esta persona, y yo seguí trabajando con la gente con el apoyo del nuevo representante de migración.

Pero en mi corazón también me preguntaba: ¿Qué estoy haciendo aquí? Mejor es no tener problemas; pero qué voy a hacer, ya me enfrenté, ya no se puede hacer nada. Llegó conmigo el compañero que sacaron de su puesto de representante con la migración, a pedirme disculpas, que perdonara lo que me había hecho. Yo le dije que no volviera a hacer esas cosas... Empezamos a hablar, y aquí ya era mi trabajo de Catequista, para ayudarle un poco también a él; le dije: Dios siempre perdona; traté de hacerle ver que podía cambiar. De todos modos, yo tenía que hacer un esfuerzo, para decirle: ¡No tenga pena, ya pasó todo, ya no hay ningún problema!

Después me acordé de aquel pasaje del Evangelio: “Yo les envió como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, precavidos como las serpientes y sencillos como las palomas. Cuidense de la gente, porque los llevarán a los tribunales, los azotarán en las sinagogas, los llevarán ante los gobernadores y reyes por mi causa; así darán testimonio de mi ante ellos” (Mateo 10, 16-18).

Tendría muchas otras cosas que contar, pero dejo aquí la narración de este año. Así terminó este terrible año 1983.

AÑO 1984

Fueron desalojados los refugiados que estaban en la frontera de México, cerca del territorio de Guatemala, y fueron llevados a campamentos situados en los Estados mexicanos de Quintana Roo y Campeche. Yo pasé la frontera, y me regresé con mi familia nuevamente a las montañas de la Selva de Ixcán en territorio guatemalteco. La gente vivía con mucho sufrimiento; era un sufrimiento horrible. Allí me quedé con ellos. Mi esposa no estaba de acuerdo; pero me siguió, nunca se separó de mí. Y lo que digo de los demás, es parte del sufrimiento de mi propia familia. Entramos en Guatemala nuevamente el 15 de agosto de 1984. Uno quisiera ver contenta a la gente, pero el sufrimiento, el dolor no los abandona ni de día ni de noche. Entonces me dije: Yo tampoco los voy a abandonar.

Y por eso estoy escribiendo. Muchas personas me han pedido que escriba todas estas cosas. Me cuesta escribir; me gusta más hablar. Pero estoy recordando la situación, y me pregunto: ¿Cómo pudo aguantar la gente tanto sufrimiento? Cuando uno miraba palpablemente que la gente de las Comunidades de Población en Resistencia padecían tanto, me acordaba de la parábola del buen samaritano, que al ver al herido que se había quedado en el camino, tuvo compasión. Así lo sentí yo, no podía dejarlos y ver las lágrimas de la gente que sufre por causa del ejército de Guatemala, y del Gobierno, que constantemente amenazaban a la gente con todo tipo de persecución, para acabar con la pobre gente.

Contemplamos las maravillas de Dios en medio del sufrimiento; realmente, cuando uno siente que Dios es Padre, que existe... A veces uno no se da cuenta en el momento, pero después podemos meditar, y entender que es por obra de Dios que podemos superar tantos sufrimientos. El ejército nos persigue y nosotros con todas las familias caminando en medio de la montaña, bajo los árboles. La montaña es como nuestra madre, nos protege y nos esconde de la vista del enemigo.

Como trasladaron más lejos a nuestros hermanos refugiados, nosotros nos quedamos más solos, más aislados, con menos apoyo. Fue un momento en el que la Iglesia empezó un proceso de presencia con agentes de pastoral, sacerdotes y religiosas con los refugiados, pero era un apoyo que llegaba desde México. La Diócesis de San Cristóbal de las Casas, con su Obispo, Dom Samuel Ruiz, empezó a apoyar; los sacerdotes visitaban con mucho amor a la gente.

Recuerdo que en la Navidad de 1982, llegó con nosotros un sacerdote para la celebración; le decíamos padre Carlos. Un sacerdote bastante alto, que trabajaba con los refugiados. Los agentes de pastoral de la Iglesia nos empezaron a apoyar con medicinas, con botas, con ropa, en ese momento comenzó una gran hermandad de la Iglesia que estaba en Ixcán, los que nos quedamos, con los que estaban fuera.

Pero la llegada de sacerdotes no era muy seguida. Así pasamos desde finales de 1982 y 1983, que no tuvimos celebración de la Navidad. Durante 1984 no entraron muchos sacerdotes. Hacia el año 1986 los Catequistas nos organizamos mejor para atender las necesidades pastorales de la gente; se formó el Equipo de Trabajo Pastoral. Entraron algunos sacerdotes que nos dieron los Cursillos... quedamos que por lo menos debía haber un coordinador de Catequistas en cada una de las comunidades que se habían formado bajo la montaña. Éramos 23 comunidades.

Durante 1985 tuvimos un sacerdote que nos acompañaba, era de los Misioneros del Sagrado Corazón, y nos sentimos muy animados, porque podíamos fortalecer nuestra fe. Le decíamos “padre Julio”

(su nombre: Luis Gurriarán). Organizamos las celebraciones y los ministros de la Comunión. En cada comunidad se trató de hacer una casita con palos y hojas, de las que hay bastantes en la Selva, y cada domingo teníamos celebración de la Palabra de dios, recibíamos la comunión, y teníamos la adoración del Santísimo Sacramento. El ministro de la Comunión era también el encargado de sacar el Santísimo... Así, el Santísimo caminaba con nosotros, cuando el ejército nos perseguía. Se dieron cuenta de que con nosotros caminaba un sacerdote; lanzó una ofensiva muy fuerte contra las comunidades, acabó con nuestras siembras, con las capillas, pero con la gente no puedo acabar. El sacerdote que nos acompañaba se enfermó, y hubo que sacarlo hacia México. De esa manera se salvó su vida. Con la ofensiva del ejército del año 1985, empezó a padecer de una úlcera, y ya no pudo seguir a nuestro lado. Pero fue en ese tiempo que el padre Ricardo Falla entra para quedarse con nosotros. Cuando estábamos en lo mejor de este trabajo con la Iglesia, empezó la gran ofensiva del ejército de 1987 y 1988.

¿Cuál fue el trabajo que hizo la Iglesia? En primer lugar, apoyar pastoralmente toda la zona de Ixcán donde estábamos. Segundo, colaborar en el apoyo económico a las comunidades, para resolver todas las necesidades de la gente, con medicinas, ropa... Tercero: tomamos la decisión de ser voz profética de la Iglesia; por tanto teníamos que denunciar los hechos de muerte que causaba el ejército en medio de la gente; esto lo tenían que hacer los catequistas, cada uno en su centro tenía que tomar nota de cuántas bombas tiraba el ejército, cuántas caen en un día, por ejemplo; y el coordinador lo anotaba en un papel, y contábamos por mes todo eso. Si llegaba algún sacerdote, le dábamos toda la información, que se remitía al apoyo de la Iglesia que estaba fuera, para hacer las denuncias. Después conseguimos grabadoras pequeñas, para grabar las denuncias.

Los Catequistas teníamos la responsabilidad de que el trabajo del anuncio de la Palabra de Dios no se detuviera, por más que nos combatiera el ejército, había que estar agarrados a la Palabra de Dios. Había catequistas que se encargaban de trabajar con los niños. Yo trabajaba con los matrimonios y las Celebraciones de

la Palabra. Y estábamos todos de acuerdo en denunciar las injusticias que cometía el ejército contra nosotros. La Iglesia no se podía tapar los ojos ante la situación. La lectura de la Palabra de Dios nos ayudaba, la reflexión sobre la vida de Jesús, el recuerdo de la vida de Moisés y de Aarón frente al faraón... Nosotros no solicitamos la presencia de un licenciado para hacer las denuncias, nosotros mismos escribíamos en papeles lo que pasaba en las comunidades, con nuestro puño y letra, escribimos, aunque fuera con muchos errores de ortografía.

¿Por qué les hablábamos a la gente de la vida de Jesús en medio de la guerra, de los bombardeos? La vida de Jesús era fundamental para nosotros; Jesús fue sencillo, fue pobre, nació pobre ¿verdad? Sus padres son gente pobre y él no nació en un país principal, no nació en una gran ciudad, sino que nació en una aldea, que es Belén, vivió en Nazaret. Yo creo que son tierras humildes como estas de Ixcán. Nosotros nos imaginamos que Nazaret está como en una gran joyada, algo así como vemos que están los hermanos de las Comunidades de Población en Resistencia. Nosotros hemos mantenido una fe muy grande en la vida de Jesús. Los sacerdotes nos decían que aunque no tuviéramos la Santa Misa, hiciéramos siempre la celebración, y pudiéramos comulgar, que tuviéramos el Santísimo en cada comunidad; porque en la celebración es el momento de estar juntos y de recibir la comunión. Recuerdo cuando un sacerdote nos dijo: Les vamos a dejar el Santísimo, pero lo van a cuidar bien, que siempre haya algunas flores, ya que ustedes no le pueden poner una luz, que tenga algunas flores; si estuvieran en la catedral lo adornarían muy bien, pero aquí no tenemos luces... Le respondimos: Está bien, padre. Hicimos una capilla en cada comunidad para el Santísimo, clavamos los horcones para la casita, y lo cubrimos con hoja que se consigue en la montaña. Les pusimos una cruz grande, alta, para que se pudiera ver bien.

Por desgracia, cuando fue la ofensiva del ejército en 1987 no respetó nada; quemaba todas las casas y también nos quemaron la casa del Señor, la capilla, aunque se veía la cruz bien alta, y que aquello era una capilla. Entonces nos dijimos: Terminaron con nuestra capilla, pero nosotros que somos la verdadera imagen de

Dios seguimos vivos, nosotros somos la imagen de Dios, y empezamos a hablar que la capilla la quemaron porque es una construcción de los hombres, pero Dios ha dejado su imagen dentro de cada uno de nosotros, y a nosotros todavía no nos ha podido destruir el ejército, y si no nos ha destruido tenemos que mantener la fe firme, y decidimos que como teníamos que caminar, también el Santísimo tenía que caminar con nosotros a cualquier lugar que fuéramos, si no hay casa para el Santísimo, no importa, porque tampoco nosotros tenemos casa. Su casa es nuestra fe. Y sucedía que cuando nos avisaban que llegaba el ejército, o venían los bombardeos, metíamos el Santísimo en el MORRAL, y lo colgábamos al cuello. Y toda la gente sabía que si el coordinador lleva el morral al cuello, es que va el Santísimo adentro, y va también con nosotros. El Coordinador de la pastoral lo llevaba colgado hacia adelante, ya sabíamos que esa era la señal de la presencia del Santísimo, que también el Santísimo sale en la emergencia, nos acompaña la presencia de Jesús, esta es nuestra fe.

Todavía me provoca las lágrimas el recordar todas estas salidas de emergencia... Salimos en carrera, y llegamos a otro lugar muy cansados... La gente se tira en el suelo; a veces tienen un nylon para taparse y otras veces no... A veces con el helicóptero encima buscándonos para poder bombardear. Cuando llegaba el Coordinador, colgamos el morral del Santísimo en el tronco de un árbol de manera que lo pudieran ver todos, y junto al morral colocábamos, si podíamos una cruz, aunque fuera chiquita... Y todos vemos que junto al Santísimo está el signo de la cruz, y quedaba allí como un lugar que todos respetábamos, y cuando tenemos la Celebración, podemos recibir la comunión. No podemos cantar, porque se escucha, pero sí la oración. Esta era nuestra misión de Catequistas, acompañar a la gente.

EL PADRE MARCOS (RICARDO FALLA)

El padre Ricardo Falla, jesuita, llegó a visitarnos en 1987. Yo era Catequista; a finales de ese año empecé a trabajar como miembro

del Equipo de Trabajo Pastoral (ETP). Mi trabajo era acompañar al P. Ricardo para visitar las comunidades. Cuando lo vimos llegar y estar con nosotros, sentimos mucha alegría, pero teníamos la preocupación de si iba a aguantar la vida que llevábamos nosotros en la montaña. Personalmente no creía que fuera capaz de aguantar la vida en la selva. Pero vimos que él empezó a resistir, como nosotros. Se fue quedando muy flaco, se quedó delgado. Con la Ofensiva del ejército en 1987, había entrado otro sacerdote, y con el P. Ricardo ya eran dos los que estaban acompañándonos para atender todas las Comunidades de Población en Resistencia. Al padre Ricardo le llamábamos Marcos; en aquel tiempo quería que lo reconociéramos con ese nombre... Nos acompañó durante la ofensiva del ejército, caminaba con nosotros, y le tocó sufrir bastante. Recuerdo que en una comunidad que le llamábamos Irlanda, los compañeros Catequistas vieron como el padre Marcos tenía que correr bajo el bombardeo al lado de la gente, cuando la gente se tiraba al suelo, él también se tiraba al suelo, si la gente encontraba refugios bajo tierra, también él se mete al refugio. Llevaba una grabadora, y podía registrar todo lo que le contaba la gente de lo que sucedía en los bombardeos y después del bombardeo.

Sentíamos un gran alivio el poder salvar la vida después de un bombardeo, los bombardeos son como un bautismo, porque en ese momento uno no sabe si va a salir vivo de los bombardeos o no... Booom por allí, boom... por otro lado, las bombas explotan cerca de nosotros... Nos movíamos entre la vida y la muerte. Lo que nosotros hacíamos era entregarnos totalmente a Dios: Señor, hoy es el momento, protégenos, danos tu ayuda...

Se organizó una actividad con los coordinadores de los Catequistas de cada comunidad, para escribir cada ocho días una carta y hacerla llegar al ETP. Esto nos ayudaba para saber cómo se encontraban todas las comunidades; así podíamos saber la situación de la gente que estaba en Ixcán, y todo esto lo enviábamos a México, para informar a las personas de solidaridad con las CPR.

Vivir debajo de los bombardeos un día y otro día, es un tiempo para transformar la vida... Cuando pasa el bombardeo sentimos

que quedamos libres nuevamente. Sentimos la felicidad; tal vez hay gente apenada porque perdieron sus cosas, algunos que se lamentan de haber perdido a sus gallinas o pollitos, pero eso se puede volver a conseguir. A otras personas se les rompió tanto la ropa, que ya casi no tenían cómo vestirse, o quemaron su casita con las pertenencias que tenía, lo consolábamos, y le decíamos: Lo importante es que tú estás vivo. Y así había que ir consolando a la gente. Porque no era uno solo, no: uno te contaba lo que había perdido, otro te contaba otra cosa, otro que se le extravió un niño, y había que buscarlo... Repartíamos entre nosotros las cosas. El mismo padre Marcos, en más de alguna ocasión le tocó apoyar a otras personas con su ropa personal. Cuando los del Equipo de Trabajo Pastoral recibíamos ayudas, como ropa, la metíamos en bolsas y la colocábamos en una especie de subterráneo hasta que se lograba distribuir, la escondíamos, para entregar luego a la gente su ropa. Había que visitar a las personas que se enfermaban, consolarlos y preguntarles que si ya les habían dado las medicinas, porque ese era el deber del encargado de salud.

El trabajo en el ETP, estaba bien organizado. Nos coordinábamos para permanecer más tiempo con la gente de cada comunidad; el padre Marcos visitaba a las comunidades del sur y, yo, estoy con las comunidades situadas más al norte. Después nos juntábamos para evaluar las actividades. Siempre terminábamos hablando de los sufrimientos de la gente.

El padre Marcos es una persona abierta, no es nada enojado, durante los cuatro o cinco años que yo trabajé con él, nunca lo vi maltratar a nadie. Si se molestaba un poco, nos dábamos cuenta, porque se le ponía roja la cara... Y si yo lo miraba así, esperaba un rato... y ya se calmaba. Pero nunca señaló a nadie; si tenía que llamar la atención, lo hacía de buena manera. Tal vez esto le costaba también a él. Recuerdo que durante las comidas, si le ofrecíamos un blanquillo, un huevo, por ser el sacerdote, él se fijaba en los niños para ver si comen o no, y si veía que faltaba para los niños, partía la mitad y se lo daba al niño, se lo entregaba en medio de una tortillita doblada. Si la comunidad le daba algún guineo, y él sabía que había alguna persona enferma, iba donde estaba el enfermo y le llevaba el guineo para que comiera. El padre

Marcos recorría todos los centros con nosotros. No descansaba. Teníamos reuniones, a veces de dos días, si todo estaba tranquilo, y luego salía para visitar las comunidades. Celebraba la Santa Misa en cada comunidad, deteniéndose en cada comunidad uno o dos días, de manera que a veces regresaba como a los 23 ó 25 días de nuevo, a la sede, es decir, donde tenía la casa, que era en Los Ángeles. Vivía con toda la gente. Cada día llegaba con una familia para compartir la comida con esa familia; es como si dijera, yo no tengo hijos propios, pero todos ustedes son mis hijos, sus hijos eran toda la gente, y por eso le gustaba ir a comer en cada casa... Las casas estaban abiertas para todos.

RETIRO ESPIRITUAL EN LA SELVA

Una de las experiencias más bonitas que recuerdo del trabajo pastoral en la selva, bajo la montaña, en tiempos de las Comunidades de Población en Resistencia, fue el retiro espiritual que nos impartió el padre Marcos. Lo planificamos bien. Buscamos un lugar silencioso, donde sabíamos que no iba a pasar mucha gente; estuvimos en un cerro, algo retirados de la gente; un retiro en silencio. El padre Marcos quería que tuviéramos tranquilidad, para poder hacer oración, para entrar en nuestro corazón, para hacer cambios en nuestra vida, que eso es la conversión, para fortalecer nuestra espiritualidad profundamente. En primer lugar, fueron tres días de oración; en segundo lugar, fueron tres días de examen de conciencia. Sólo invitamos a personas que tienen cargos en la comunidad, Catequistas, coordinadores de salud, comités de los proyectos... Como tercer aspecto, hicimos un verdadero examen de conciencia para ver si estamos desempeñando nuestras responsabilidades con dedicación. Nuestro trabajo lo colocábamos ante Dios, y a la luz de la fe nos examinábamos. No se trataba de cumplir porque había un nombramiento; el trabajo por el pueblo necesitaba una fe viva.

La montaña era nuestra casa de retiro; bajo los árboles que buscan la luz del sol y se proyectan en el cielo, como queriendo alcanzar alguna estrella. La selva es también un lugar de silencio; sólo se escucha el canto de aves y pajaritos; bajo los árboles hay penumbra,

porque en el día los rayos de sol son detenidos por sus hojas. En la montaña hay espacio para caminar, para perderse. Es un lugar ideal para el encuentro con Dios. Sabemos que Dios nos acompaña, que está con nosotros, pero queríamos dedicarle un tiempo especial. La montaña era también la iglesia, el templo donde nos movíamos. Nos podíamos sentar, arrodillar, pasear. Era la montaña de la comunidad, por tanto era la montaña de los hijos de Dios; era como una montaña sagrada que nos protege, nos defiende y nos da lo necesario para vivir. Cuando estás acostumbrado a caminar por la montaña, no hay miedo, puedes distinguir todos los sonidos; distingues el ruido de los árboles, como si nos estuvieran hablando. No era necesario que el padre Marcos hablara muy fuerte, porque se escucha perfectamente.

En ese retiro el padre Marcos también nos pidió que escribiéramos nuestra situación de vida, desde la niñez hasta la juventud, y después hasta el tiempo presente. Nos iba guiando para hacer un examen de toda nuestra vida. Por ejemplo, si te has peleado con alguien, si has maltratado a alguien, cómo has desempeñado tus responsabilidades... La parte final buscaba fortalecer el compromiso de nuestro trabajo como Catequistas. ¿Vas a seguir trabajando como Catequista, o eres un catequista sólo de bulto?; de bulto, porque sólo llevamos la Biblia, pero nada más. ¿Eres capaz de enfrentar los problemas o dejas las cosas para que las haga otra persona? Porque así como Jesús estaba haciendo oración en el Huerto de Getsemaní, el Huerto de los Olivos, en Jerusalén, tenemos que abrir nuestro espíritu a Dios. Había algunos que empezaban a escribir todas estas cosas llorando. ¡Vaya, nos decía el padre Marcos, escribe también con tus propias lágrimas!

El resultado fue bueno. Hubo personas que salieron del retiro con mayor decisión para el trabajo; también hubo algún compañero que no aguantó el ritmo del retiro. No podemos que vamos a trabajar por los más necesitados como verdadera Iglesia de los pobres si nosotros no estamos de corazón en medio de la gente. Lo contrario, es no entender el evangelio... El que quiere vivir de acuerdo con el evangelio de Jesús, el que quiere pertenecer a esta Iglesia de los pobres, tiene que estar al tanto de las necesidades de los más humildes. Yo mismo me examinaba si estaba desempeñando

bien mi trabajo; si pensaba más en marchar al refugio o realmente me quedaba en la resistencia. El retiro me ayudó para seguir fortaleciendo mi espiritualidad para permanecer en la resistencia y luchar para que nuestro pueblo tuviera voz, para ayudarles a reclamar los derechos humanos, para que el pueblo reavive su compromiso por el Reino de Dios.

Cada uno buscó descubrir a Dios a partir de sus propias responsabilidades con la comunidad. Al final decidimos ser la voz profética de nuestra gente. Recuerdo que uno de los catequistas le preguntó al padre Marcos: ¡Padre!, ¿qué es un profeta? Un profeta, -nos explicó- es aquella persona tocado con la fuerza de Dios, para estar con la gente que más sufre; tiene que denunciar estos sufrimientos, y a la vez tiene que anunciar la buena noticia de la salvación. ¿Cómo encontrar salvación en la Selva?

Personalmente experimenté en este retiro grandes cosas: Uno hace un compromiso con uno mismo y al mismo tiempo se compromete a estar con la gente, con los que sufren. Se comparten sus sentimientos también. Vivir cara a Dios en un cerro, en medio de la montaña, no se le olvida el compromiso que hicimos... Gracias a los padres jesuitas, nosotros pudimos hacer este retiro espiritual ignaciano; nos ayudó a conocer nuestra propia vida.

Donde él vivía siempre había gente con él, llegaban a platicar con él, de todos los lugares visitaban al sacerdote. Su misión principal era la de dar esperanza a la gente; nos decía que vivir en la resistencia es como un don de Dios, pero no tenemos que entenderlo sólo así, tenemos que buscar la seguridad de la gente. Había personas que pedían ir al refugio, porque la selva se les hace muy duro. El padre Marcos, les decía que estaba bien, que era bueno que se fueran al refugio; nos pedía que rezáramos por ellos, para que Dios los acompañara. Y les prometía que si regresaban nuevamente, allí estábamos para recibirlos de nuevo. Por eso que cuando ya supimos que no podía seguir presente entre nosotros, la gente empezó a llorar de tristeza.

LA OFENSIVA DE 1987

En Guatemala ya se había instalado un gobierno no militar, pero el ejército seguía sus campañas contra la población civil. La ofensiva del año 1987, fue terrible. Esta ofensiva fue como si el terror se lanzara contra nosotros. Aviones de guerra y helicópteros sobrevolaban toda la región de Ixcán. Parecía que Ixcán se hubiese transformado en un aeropuerto, de tantos aviones.... El ejército por tierra comenzaron el rastreo... Nosotros corriendo delante del ejército, los Catequistas éramos como los guías de la fe. Llevábamos el Santísimo en un morral, sobre nuestro pecho colgaba el morral... Cuando ya cansados llegábamos a un lugar, y sentíamos que el ejército ya no nos sigue..., colocábamos el Santísimo y empezábamos a rezar. No podemos cantar por miedo de que el ejército todavía estuviera cerca, y nos pudiera escuchar. Comulgamos, y sentimos la fuerza de dios, es su ayuda para estar preparados en este camino, que es un camino de auténtica liberación; era lo que le pedíamos diariamente en nuestras oraciones, que nos liberara.

Donde llegábamos y creíamos que era un buen lugar para que se quedara la comunidad, extendíamos un nylon en el suelo; colocábamos un crucifijo en el lugar, y comenzábamos nuestra oración... Podíamos seguir celebrando nuestra fe, para seguir caminando como Pueblo de Dios en medio de la montaña... Y el pueblo llegaba a comulgar; todos sentíamos que somos uno. Y los catequistas seguimos con la misión de la Iglesia en medio de los sufrimientos, y esto lo informábamos a la Iglesia. Había una organización que se llamaba Iglesia Guatemalteca en el Exilio (IGE), en México; a ellos les mandábamos la información de la solidaridad.

Luego también ellos nos mandaron una carta que decía: Procuren que el Santísimo no se tenga en la montaña en los momentos de emergencia, es decir, cuando han ofensiva del ejército... Mejor esperar que el sacerdote llegue para poder comulgar, para no descuidar el Santísimo, y respetar el lugar. Nosotros sabíamos que allí no podíamos tener un lugar como el que hay en las iglesias, bien arreglado.

Hicimos una reunión para hablar de aquella carta que nos habían mandado... Y los Catequistas dijeron: ¿Qué haría Jesús si estuviera con nosotros en esta guerra? Porque, pensando bien, de acuerdo con lo que nosotros pensábamos, al tener en medio a Jesús, él nos protege y nos anima.

Les mandamos una carta de respuesta, y les agradecemos el mensaje; pero les escribimos que nosotros ya habíamos tomado la decisión mantener con nosotros el Santísimo, porque era llevar a Jesús con nosotros.

Yo era el encargado de llevar el Santísimo; y donde nos quedábamos para dormir, yo dejaba el santísimo a mi lado. Llevaba el Santísimo en un morral; así lo hice desde 1989 hasta 1996. Cuando el ejército nos saca de las comunidades, y nos persigue, o cuando nos despierta temprano... Yo sé dónde está el Santísimo, cuelgo el morral sobre mi pecho, y ahí va el Santísimo con nosotros. Que Dios me perdone, pero no lo dejé descansar en ningún lugar, porque no se podía, por motivo de la guerra.

El Santísimo lo tuve hasta el 15 de agosto de 1996, el mero día de la fiesta de la Asunción de la Virgen. Ese día se lo entregué a Monseñor Julio Cabrera, que estaba visitando Ixcán. Cuando se lo dejé comencé a llorar, en el momento que lo coloqué sobre el altar y ya lo pusieron en el sagrario, allí descansó el Señor de tantas caminatas. Para mí es un día muy significativo, y cada año recuerdo la historia en la misma fecha.

NO TENEMOS ALTARES

Los momentos de emergencia por las constantes ofensivas del ejército, eran muy difíciles para la gente. Los Catequistas teníamos que andar consolando y explicando: Hermanos, cuando uno está en emergencia ya no hay altar, no hay nada. Sólo llevamos el nylon para cubrirnos cuando llueve. Y si llegamos a otro lugar y se calman los bombardeos, preparamos todo para celebrar la Eucaristía; colocamos una cruz... y nos reuníamos para celebrar, a veces bajo el agua. Es bonito ver ahora que uno llega a la iglesia está todo muy limpio, bien preparado, hay luces, se pone el aparato de sonido; entonces no podíamos hacer nada de eso; era como dice el evangelio, que los zorros tiene madrigueras, y las aves tienen sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene ni un lugar para reclinar su cabeza; así decía Jesús. Algo así, creo yo, nos pasaba cuando estábamos en las Comunidades de Población en Resistencia... Ahora vemos que se habla de la transformación de todo, nos vienen los apoyos de las organizaciones, de la solidaridad, de la Diócesis... pero en aquel tiempo las cosas eran bien difíciles. La gente entendía que aunque no había altar, sí había comunidad. Teníamos un templo grande, que es toda la naturaleza; la selva es como una gran catedral. Y el altar lo podíamos arreglar en el suelo, si es que estamos en emergencia. Nos gustaría tener un altar bonito, pero no tenemos mesas.

Los Catequistas teníamos que acompañar las comunidades; el trabajo pastoral era importante. Yo tenía dificultades para cumplirlo bien, porque tengo la responsabilidad de una familia, es difícil llevar las dos cosas a la vez; es como que se me presentaran dos evangelios en el mismo camino. Cuando me venían estos pensamientos buscaba un árbol, me sentaba al pie de ese árbol grande, y comienzo a hacer mis planes: ¿Qué es lo mejor que debo hacer? Encuentro que los dos son importantes, la familia y las comunidades. Siempre sacaba la conclusión que tenía que hablar con mi esposa, si ella también estaba de acuerdo con mi trabajo, porque el evangelio no sólo es predicar. Y siempre me apoyaba. Gracias a mi esposa he podido tener fuerza para seguir con el trabajo pastoral. Pero creo que también la sacrifiqué, y tengo que

pedir perdón a Dios. Mis hijos también me ayudaron porque ellos ayudaban a su mamá, y yo ayudaba a las comunidades. Yo sabía que cuando llega el ejército, mi familia está en peligro, pero a mí me agarraba la emergencia en cualquier lugar, y tenía que llevar el mensaje de esperanza a la gente.

Lo bonito del año 1987, es que ya supimos que había un nuevo Obispo en la Diócesis de Quiché; llegó el 17 de enero de ese año a Santa Cruz del Quiché. Pero ni la gente ni yo lo conocíamos. Yo creo que tampoco él sabía que había comunidades en la Selva del Ixcán, o tal vez sí, no lo sabemos.

VISITA A LAS COMUNIDADES DE LA SIERRA Empezando por Santa Clara

En ese entonces determinamos que sería bueno visitar las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra, que están en el municipio de Chajul. Era un lugar muy lejos de nosotros. Sabíamos que estaban sufriendo y necesitaban nuestro apoyo pastoral. Y le dije al padre Marcos: Si tú vas a ir a la Sierra yo voy contigo, vamos juntos a hacer la visita. Pero si a mí el Obispo no me deja qué vas a hacer tu solito; y yo le dije, que aunque a él no lo dejara ir el Obispo, yo sí iba a visitar la Sierra.

El padre Marcos se comunicó con el Obispo, y el Obispo le dijo que no había ningún inconveniente para que llegara a visitar las Comunidades de la Sierra; entonces me consultó si yo estaba dispuesto a realizar la gira, y yo le ratifiqué lo que ya había dicho: Yo voy a visitar para ver cómo viven los pobres de la Sierra. El padre Marcos me preguntó en nombre del Obispo si me sentía de acuerdo para hacer esa misión; y le dije que para mí la misión es un regalo de Dios, para conocer la vida de las comunidades, porque es descubrir cómo Dios está con ellos.

Pero la visita no se pudo hacer sino hasta el año 1989. Preparamos el viaje, planificamos qué era lo que yo tenía que hacer; con el

padre Marcos preparamos todo lo que se podía hacer con las comunidades de la Sierra. El padre Marcos nos reunió en oración. Era como un envío de misioneros. Me impuso sus manos, rezó por mí y por mi compañero, que me tenía que acompañar. Me dijo: Bueno, Natán, -porque así me conoce la gente-, vas a empezar tu camino, llevas la carga, lo necesario para los hermanos de la Sierra; contigo va el Santísimo, tienes que estar confiado de nuestra oración, sabemos que es una misión difícil, pero Dios te va a proteger. Me puso en medio, comenzó a hacerme preguntas delante de la gente: ¿Estás claro en la misión para la que Dios te escoge, y que vas a ser enviado para anunciar el Reino de Dios? ¿Estás dispuesto a trabajar por lo más difícil que vas a hacer en tu vida? ¿Qué piensas si Dios te pidiera la vida por el trabajo de la misión?

Para mí fue como una ordenación que yo nunca pensaba recibir en mi vida; y me puso un listón sobre mis hombros: Esta señal te acompañará en la misión que te encomienda la Iglesia. Y luego nos dio la bendición a mi compañero y a mí, y nos envía a la Sierra.

Hoy, cuando recuerdo aquel viaje, no es por alabarme, pero no cualquiera es capaz de emprender aquel viaje. Cuando empezamos el camino, nunca creíamos cómo iba a ser aquel largo viaje. Me acompañaba Ramón. Sabíamos que era una misión de la Iglesia, y teníamos que estar dispuestos a caminar entre la vida y la muerte. No tengas miedo, sigue adelante porque es el Señor Jesús y su Santísima Madre los que te van a ir guiando. Cada uno llevábamos como 70 u 80 libras de carga con mecapal.

Caminamos durante ocho días para llegar a la primera comunidad; ocho días y siete noches... para llegar a Santa Clara. Durante estos ocho días nunca dormimos en una casa... Teníamos que tratar de que no nos vieran los patrulleros civiles, porque si te encuentran ya no podemos seguir. Y por la gracia de Dios, no nos encontramos con nadie. Teníamos que ir escogiendo los caminos. Yo había solicitado una brújula; pedí a la Iglesia que me consiguieran una brújula, y fuimos con compañeros que saben manejar este aparato... Y la brújula nos sirvió de guía. Caminamos por

barrancos, entre zarzas, entre espinas, por lugares con zacate, bajo los árboles, con lluvia, con calor... durante los ocho días nunca caminamos por donde caminaba la gente que comercia o que conocen las personas que van de un lugar a otro. Un día no fuimos capaces de conseguir agua para beber... Y teníamos necesidad de beber agua. Pues buscamos unos bejucos, los cortamos, y con esto conseguimos sacar dos vasos de agua para cada uno; llevábamos el machete, eso nos ayudaba cuando había dificultades por la montaña.

Tampoco nos cruzamos con tropas militares; a veces escuchábamos a lo lejos los disparos. La gente que de Santa Clara ya estaba avisada de que íbamos a llegar, pero no sabían cuándo; les habíamos mandado una carta. Al fin llegamos a nuestro primer destino... Cansados, pero no tanto, al ver la alegría de la gente, todos se acercaban a saludarnos... Les dijimos: Aquí nos envía la Iglesia con ustedes... Les llevábamos Biblias, libro de cantos, catequismos... pero nada más. Programamos tener un Cursillo con los Catequistas de Santa Clara. Hicimos la Celebración de la Palabra de Dios; después les hablamos del Rosario a la Virgen María, cómo se rezaban los misterios del Rosario. Era por los días de la Navidad; pasamos la Nochebuena en Santa Clara, había mucho frío. Me encontré con mi tocayo, Marcelino Cano, que también era Catequista en la Sierra. Para la celebración se reunió muchísima gente... Después les dije que ya había mandado una carta a Amajchel, que era la siguiente comunidad que íbamos a visitar.

La siguiente etapa era Amajchel; sabíamos que cerca estaba el ejército; allí la guerra era como en Vietnam. Tuvimos el Cursillo, luego tuvimos la celebración de Bautismos, preparamos a los papás, a los padrinos, hicimos el Bautismo de los niños. Pienso que a lo largo de dos meses de trabajo pastoral bauticé a unos 800 niños; y quedaron otros todavía sin bautizar. Visité 21 comunidades; y si comparamos el tener que visitar 21 comunidades, en sesenta días, es poco tiempo el que podíamos estar en cada comunidad, apenas tres días.

Después de Amajchel visitamos Cabá... hicimos lo mismo. Pero luego había que llegar también hasta Xeputul... en cada lugar

dábamos los cursos para los Catequistas, sobre los sacramentos, cómo debían bautizar, cómo tenían que anotar los nombres de los niños en los libros, con el de los papás y el nombre de los padrinos... Le dije a Ramón: tú te quedas en Cabá para presidir las celebraciones y bautizar, y yo voy a seguir para Xeputul. Está bien, me dijo; si tú me autorizas... Y como no podíamos pedir más autorización. Sabíamos que ya había nuevo Obispo en Quiché, y nos dijimos, es seguro que el Obispo Julio Cabrera va a estar de acuerdo con el trabajo. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que hacer todo en nombre de Dios. Tú vas a bautizar... y yo me voy a Xeputul.

CAMINO DE XEPUTUL

Las comunidades de Xeputul estaban más al sur, en dirección de la Finca San Francisco. Me acompañaban tres Catequistas. Nos pusimos en camino un día a las seis de la mañana; empecé a caminar bien... Pero sucedió que al subir por una montaña bastante alta, en un camino empinado, me siento fatigado y las fuerzas me empiezan a fallar. Me sentí tremendamente cansado; siento que me estoy rindiendo. Habíamos pasado días de desvelos por el trabajo; nos enfrentamos a la subida, como digo, de esa montaña tan alta que nunca se terminaba de llegar, la conocen como Buena Vista, arriba de Xeputul. Fue allí cuando me vino la tentación, porque llegando a Buena Vista, les dije a los compañeros: Quiero descansar, porque ya no aguanto más... Sentía sed. Busqué unas piedras para sentarme, me quité las botas... Me quedé con los ojos cerrados, acostado. Por mi mente empezaron a pasar un montón de preguntas: ¿Dónde estoy, dónde dejé a la familia, qué estarán haciendo? Ya llevaba catorce días de caminata desde que salí de mi comunidad, ¿qué estoy haciendo aquí? Después de tanta caminata, yo entendí que lo que me había pasado fue una tentación; en aquel momento no lo experimenté así, creí que era un desfallecimiento por el cansancio. ¿Qué estoy ganando yo con todo esto? La Iglesia no nos daba ni un centavo... Estos fueron los pensamientos que me iban llegando... Pero no era cierto, porque el padre Marcos sí nos había dado unos centavos. ¿Dónde se quedó mi gente, qué hago ahora en tierra fría? Habíamos

logrado subir aquella montaña, y corría aire fresco; desde aquel lugar se puede divisar toda la región de tierra fría; me puse a pensar mirando al horizonte, ¿dónde estará mi pueblo San Martín? Pensé que se podría ver desde allí... Pero me dije, creo que lo que estoy pensando no es bueno. Les dije a mis compañeros, sigamos caminando. Después yo analicé este momento como una tentación, porque empecé a pensar si valía la pena seguir con el trabajo pastoral, porque no tenía ningún tipo de reconocimiento... cuando se me borraron esos pensamientos, caminamos de nuevo y llegamos a la comunidad... Llegamos, y había alegría en todos. Me esperaban los Catequistas... Pude dormir y descansar para seguir trabajando al día siguiente. Les propuse a los Catequistas si querían que tuviéramos un cursillo de formación. Acordamos cómo se iba a realizar el cursillo, que se realizó en una finca, de la que no recuerdo el nombre; era una finca en la que se cultivaba café. Tenía un buen patio, y allí hicimos el cursillo. Fue después del quince de enero de 1990, como el día 18 de enero. Fueron tres días de trabajo con los Catequistas; llegó muchísima gente, me dijeron que habían llegado 618 personas. ¿Qué puedo hacer con tanta gente...? Me dije... Sentía que me faltaban las fuerzas. Los Catequistas me pusieron encima de un muro de cemento de un lugar que servía para arreglar el café, y desde allí tal vez puedes gritar. Me ayudaron a subir a aquel muro, porque no era tan fácil, había que agarrarse con las manos y hacer esfuerzo.

Lo primero que hice fue felicitar a la gente, en nombre de Dios y de la Iglesia; en nombre de Monseñor Julio Cabrera, que es el Obispo de la Diócesis de Quiché; le dije que él sabía positivamente que yo andaba visitando las comunidades. Que Monseñor Julio les mandaba saludos a todos, y que también les traía los saludos del padre Marcos, que se había quedado en la selva de Ixcán. Les dije que daba gracias a Dios porque me había permitido llegar con la comunidad... porque el camino había sido muy largo...

Luego empezó la formación; formamos la coordinación de los Catequistas, con los responsables del Equipo de Trabajo Pastoral (ETP)... Todos los catequistas se presentaron delante de la comunidad para que los pudieran conocer bien. Les anuncié que al día siguiente íbamos a celebrar los Bautismos de los niños y de

los patojos que no estuvieran bautizados. Aunque no tenía muchas ganas de hablar, cuando ya empecé el discurso, estuve hablando como hora y media a la gente... En la noche seguíamos las pláticas. Yo quería descansar, pero la gente llegaba: ¡Natán, queremos hacerte algunas preguntas...! En algunos momentos me agarraba un sueño tremendo... Y la gente con uno. Ya me dolía la garganta de tanto hablar... Los Catequistas me trajeron una jarra con café caliente y con chile; nunca había tomado café con chile: ¡Hermano, tómete este cafecito con chile, que lo va a mejorar...! Me dije, lo voy a tomar, porque si me lo dan mis hermanos, tiene que ayudarme para que me ponga bien... Empecé a sudar y a sudar... Y allí hacía calor. Pero me compuse del dolor que sentía en la garganta. A las cinco de la tarde ya estábamos coordinando todo para el día siguiente, con los conjuntos, para tener la celebración.

Al día siguiente, que creo ya era el cuarto día, empezamos la Celebración de la Palabra de Dios... en aquel patio de la finca, y como ya estaba preparado el conjunto, empezamos a cantar... tuvimos el Bautismo de 128 personas... Pensé que eran muchos, y que mejor me debían ayudar... Ellos estaban a mi lado, con todo preparado... Empecé a hacerles las preguntas y las renunciaciones que se hacen en el Bautismo, si de veras querían que fueran bautizados los niños, y si van a mantener la fe de la Iglesia, si se comprometen a seguir educando a los niños, hice las preguntas para todos, pero eran los papás y los padrinos los que se tenían que comprometer a educar más adelante a estos niños. Luego hice la bendición del agua, adornamos con flores las tinajas de agua, había tres tinajas con agua... Uno de los Catequistas llevaba la sal, para ponerle en la boca del niño, y otro el aceite para ungir en la frente, otros las candelas, las flores... todo estaba bien coordinado con los Catequistas. La verdad es que las candelitas no eran muchas; la candela se iba pasando de unos a otros. Yo sentía que en ese momento éramos como los apóstoles de Jesús... Y pudimos bautizar a las 128 personas que nos presentaron...

En Vicabac nos sucedió que como a las cuatro de la tarde, llegó el ejército persiguiendo a la gente; estaban todos huyendo. No pudimos tener la celebración. Se puso a llover muy recio, y hacía bastante frío. Estábamos todos temblando de frío sin un lugar para

dormir. Encontramos un árbol grueso en el suelo, ya estaba casi podrido; sacamos todo lo que estaba podrido y pudimos meter allí a los niños, para protegerlos un poco. Es un hecho de sufrimiento que me tocó ver. Pude ver a señoritas, con sus cortes rotos y remendados con pedazos de nylon; casi nadie tiene cobijas para dormir; es un sufrimiento que no se puede explicar. Les falta sal para la comida. Yo había llevado un poco de sal, y empecé a repartir... La gente amanece con los ojos hinchados; les pregunté a qué se debía, y me dijeron que era por la falta de sal. Era como el pueblo de Israel buscando la tierra prometida.

También visité a los hermanos evangélicos, les había llevado libros de cantos... tienen guitarras. Tuvimos una reunión y los invité para un curso con los Catequistas; no es para que se hagan católicos -les dije-, sino para que se fortalezca su fe, para que puedan seguir adelante en sus iglesias. Aceptaron. Tuvimos la formación bíblica y hablamos del tema del éxodo, la vida de Moisés y la de los apóstoles, sobre el bautismo. Cuando pasamos a la parte de los sacramentos les dijimos a los hermanos evangélicos, que en ese momento podían ellos tener otra reunión.... En el primer día todos habían llevado comida para la reunión, y se juntó la comida, de los hermanos evangélicos y de los católicos... Se multiplicó la comida: malanga, Güisquiles, tomates de palo... probamos de todo. Para mí fue una enseñanza muy profunda de amor a los hermanos. Agradezco a Dios el haber podido tener estas reuniones con los hermanos evangélicos, que también obedecían a nuestro trabajo, para seguir con la Palabra de Dios.

Al siguiente día tuvimos la celebración; el tema era sobre la comunión. Pusimos el Santísimo en un altarcito pequeño... Y la gente empezó la confesión... Cada persona comenzó a hacer su confesión frente al Santísimo. Mientras tanto, yo les explico los cinco puntos para confesarse bien; muchos de ellos se fueron a confesar con su esposa... También algunos hermanos evangélicos estaban allí haciendo esta confesión. Estaba admirado de ese encuentro con los hermanos evangélicos, todos unidos. Cuando terminé mi conferencia, algunas personas vinieron a hablar conmigo, para que los aconsejara; estuve unas dos horas escuchado a las personas que quisieron hablar conmigo.

Cuando terminamos nuestro trabajo en Xecoyeu, salimos de nuevo para Santa Clara... Volvimos a reunir a los Catequistas. Recuerdo que les recordé el evangelio: Ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo... Y les hablé de los deberes del Catequista; fue un cursillo de mayor compromiso... Así terminó esa primera gira a las comunidades de las CPR de la Sierra en Chajul. Estas giras han sido para mí inolvidables; celebré algún matrimonio con la autorización de la Iglesia que tenía; los nombres de estas personas están archivados en la parroquia Candelaria de los Mártires, en Ixcán. El libro de Bautismos se llenó. Está la firma de Natán, que era el nombre que yo usaba en ese tiempo.

Durante la gira nos encontramos con el padre Javier Gurriarán, que había dejado el ministerio; él había sido el párroco de Nebaj antes de la guerra, y en las CPR había mucha gente de esa parroquia. Cuando lo vio la gente se amontonaron para saludarlo, y le pidieron que les celebrara la Santa Misa, pero les contestó que no estaba allí para la celebración de la Misa, porque ya no era sacerdote. Nos dijo que iba ayudar a la gente para que pudieran salir al claro. Natán es el que les va ayudar para los sacramentos de la Iglesia. La gente estaba admirada de que un Catequistas como yo hubiera sido nombrado por la Iglesia.

Durante ese año me tocó sufrir bastante por las caminatas con la mochila en la espalda. Se me infectó la espalda, por el sudor, los roces de la mochila me provocaron heridas; esto fue en el camino de regreso de la Sierra de Chajul. Llegó un momento en que ya no podía caminar ni cargar la mochila; tenía que tomar mucha agua... volvía a caminar unos 300 metros, y a tomar más agua... Así bajé al Ixcán. Me costaba respirar y hablar. Hicimos el camino muy despacio. Cuando llegué a mi comunidad, la gente me quería sacar para México, para curarme, pero ni tan siquiera me pudieron sentar en una silla para sacarme. El encargado de salud me atendió, y me dijo que con las curaciones, en unos veinte días, ya estarás mejor.

La primera visita la hicimos a finales de 1989; Visitamos Santa Clara, La Gloria, Amajchel, Santa María Vixabac, Cabá, Vicabá, y Xeputul. La segunda visita la hicimos en mayo de 1990; luego

les dejé fecha para otra visita, que hice en febrero de 1991.

REUNIÓN CON EL OBISPO DE QUICHÉ

El obispo de Quiché, Monseñor Julio Cabrera, tenía prevista una reunión con nosotros en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México. Quería conocerme, y hablar sobre el trabajo pastoral que hice en las CPR de la Sierra. Desgraciadamente, como estaba bien enfermo, me dio una gran tristeza no poder asistir a la reunión. El padre Ricardo Falla me sugirió que hiciéramos una grabación para que la pudiera escuchar el Obispo, y que le explicara todo lo que fui a hacer a la Sierra. Hice la grabación, pero me costó, porque no me podía ni sentar; busqué un lugar solitario, debajo de un árbol de zapote, me acosté debajo del árbol y comencé a hacer la grabación. Le hablé de todo el trabajo, y le conté las necesidades que yo miraba tenían las comunidades; que lo que se necesita es que el Obispo y la Iglesia tengan la voz de las comunidades. Así nos pudimos comunicar con Monseñor Julio Cabrera. Ese casset lo escucharon todos los sacerdotes, religiosas y agentes de pastoral de la Diócesis⁹.

La Asamblea de la Diócesis solicitó a Monseñor Julio Cabrera la posibilidad de que algunos catequistas de las Comunidades de Población en Resistencia pudieran llegar a las Reuniones de la Diócesis. Para que yo pudiera llegar tenía que salir a México y volver a entrar a Guatemala, para viajar a Santa Cruz del Quiché. Para esto necesitaba varios documentos... Empecé a tramitar mis papeles, para poder estar presente en las reuniones de la Diócesis.

En el año 1990 me decidí a viajar a una reunión de la Iglesia en Guatemala; conseguí un documento de un refugiado en Chiapas,, pero al llegar a Comitán, caí en manos de la policía de migración;

⁹ Monseñor Julio Cabrera presentó este casset a los agentes de pastoral el día 7 de septiembre de 1990, durante la Reunión diocesana, en el Centro Pastoral Marista de Chichicastenango; se escuchó el mensaje con un respeto reverencial por todos los presentes; mucha gente lloró al escuchar las palabras de don Marcelino López, a quien nadie conocía, pero bastaba saber que era un Catequista que estaba sirviendo a los más pobres en condiciones terribles para experimentar la cercanía de corazones.

fue un día como a las 5 de la mañana. Me detuvieron y me enviaron a un lugar donde se interroga a la gente; vi que había mucha gente en la cárcel. Cuando llegó mi turno, me llamaron por el nombre del documento de refugiados y se reían de mí. Me dijeron: Este no es su documento. El jefe de la policía de migración me dice que hay que llamar al representante del campamento donde yo vivo. Le pedí que no hiciera eso, que iba a escribir una carta para la Iglesia para que intercedieran por mí ante la Organización de las Naciones Unidas... Le pedí el favor que me concediera el permiso de mandar las cartas... Así fue como me consiguieron el permiso. Mandé la carta con un de taxi; pero el jefe de la policía de migración de ese lugar, me dijo: Mientras llega la respuesta, usted tiene que entrar en la cárcel. Yo les dije que por qué me iban a hacer eso. Les pedí que me dieran trabajo para limpiar la oficina, porque estaba bien sucia... Usted, si quiere se queda con mi mochila, y a mí me deja libre... que yo puedo limpiar la casa. Me dijeron: Está bien...

Limpié la casa hasta en la parte de afuera, quemé la basura...; cuando llegó un vendedor de café ofreciendo, y le dije que me diera un café. Pasé de nuevo adentro; vi a una pobre mujer llorando en la cárcel; le dije al vendedor que le diera un café a la pobre. Y así lo hizo. Después el jefe me dice: ¿por qué le mandó café a la señora, usted no sabe la razón del por qué la tenemos encerrada. Le dije: Yo no conozco a la pobre mujer, de lo que me di cuenta es de la tristeza y el sufrimiento; y es verdad -le dije-, no conozco a la mujer ni de dónde es. Entonces le pregunté a la señora que de dónde era; me dijo que era del Pacayal.

Cuando terminé la limpieza, regresé con el jefe y le dije: ¿Qué puedo hacer ahora? Me mandaron a sembrar flores; estaba arreglando la tierra... cuando llegó un vehículo de la ONU preguntando por mí. Todavía tenía las herramientas en las manos; les dije: sí, yo soy el que escribí la carta. Aquellos señores certificaron que yo tenía que quedar libre, por ser de las CPR que no me podían detener. Y me preguntaron si algún otro andaba conmigo, y yo les dije: También esa mujer que está en la cárcel. Los guardias de migración, como estaban allí los de la ONU, abrieron la puerta

de la cárcel, y sacaron a la señora, que se la llevaron los de la ONU. Cuando salió de la cárcel empezó a llorar de alegría porque no supo cómo es que pudo salir, sin esperarlo le llegó la liberación.

Cuando esto sucedió, sentí una gran alegría; ni siquiera yo me puedo explicar cómo pudo ser... Di gracias a Dios por los pensamientos que tuve y de la forma en que me liberé de las manos de los guardias; y luego, después de una reunión con los representantes de la ONU, ellos mismos me sacaron hasta cerca de la frontera de Guatemala para que regresara nuevamente a las CPR. No pude seguir el viaje a Guatemala. Pero los documentos sí me sirvieron para poder entrar en Guatemala, para visitar a Monseñor Julio Cabrera y explicarle qué había pasado con los archivos robados por el ejército en la sacristía de las CPR de Ixcán.

Tanto en México como en Guatemala la situación es dura. Empezamos a pensar: ¿Y qué hacemos con los archivos de la Iglesia? En él tenemos los libros de Bautismo... hablamos con el Obispo de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, Monseñor Samuel Ruíz; él nos dio un lugar para los archivos, allí guardamos todos los libros de bautismo que hemos realizado en las CPR. Yo quería entregárselos a Monseñor Julio Cabrera, Obispo de Quiché.

JUNIO DE 1992

Fue una tarde como a las 4:30; el padre Marcos y yo llegábamos a mi comunidad, cuando un helicóptero se fijó en nuestro campamento. Primero dejó caer una bomba de humo para que llegaran los aviones de guerra. Cuando escuchamos el gran ruido de los aviones de guerra, vino una tremenda tempestad de lluvia, las nubes cubrieron el campamento donde estábamos nosotros, ni siquiera nosotros que nos encontrábamos allí, podíamos ver bien. Los aviones no pudieron entrar, ni mirar dónde quedaba el humo de la bomba del helicóptero. Escuchamos que tiraron una bomba por otro lugar... Las nubes eran oscuras... La gente estaba muy contenta, porque ya no se escuchaban los ruidos de los aviones....

Empezamos a salir nuevamente... Llegamos a un lugar que nos pareció bien como a las dos de la madrugada; limpiamos el suelo un poco u empezamos a cocinar, para que cuando amaneciera el humo de nuestros fuegos ya no se note. El padre Marcos colgó su hamaca... A los dos días, como el ejército ya detectó el lugar, llegaron nuevamente los aviones de guerra... a tirar bombas... En unos minutos acabaron con todo. Nosotros ya no estábamos. Cayeron bombas de 500 libras; dejaban un hoyo grande... Destruyeron todas nuestras champitas. Tuvimos que buscar otro lugar para la gente. Pero dimos gracias a Dios que a ninguno nos había pasado nada, estábamos todos vivos. Pensamos que era Dios el que nos había defendido con las nubes cuando se oscureció la montaña.... Fue el día de San Juan, el 24 de junio.

Esto es como un gran milagro de Dios con las comunidades; no nos pasó nada, y quiero dar testimonio de lo ocurrido en ese tiempo.

EL EJÉRCITO DESCUBRE LA SACRISTÍA EN LA SELVA

Para las cosas de la Iglesia, en las Comunidades de Población en Resistencia de Ixcán, habíamos cavado una cueva bajo tierra, como un subterráneo. Teníamos allí las cosas que nos sirven para la Santa Misa, libros de cantos, libros para las celebraciones, algunos ornamentos, máquina de escribir...

En ese año 1992, el ejército encontró la sacristía, el subterráneo. Se llevaron los archivos... Allí teníamos también listas de la gente que se encontraba en las Comunidades de Población en Resistencia.

Había bastante información que únicamente pertenecía a la Iglesia. Inmediatamente decidimos comunicar todo esto al Obispo de Quiché, para que cuando a él le reclame el gobierno, ya tenga la información necesaria para que pueda defender la presencia de la Iglesia católica en las Comunidades de Población en Resistencia.

También se llevaron los archivos del padre Ricardo Falla, por este motivo, el padre Falla ya no pudo seguir apoyando el trabajo

pastoral con su presencia en las CPR. Pero el Equipo sí pudo seguir en las comunidades de las CPR¹⁰.

Después de todos estos acontecimientos, conseguí arreglar mis papeles para poder participar en las Asambleas Diocesanas de la Diócesis de Quiché, que se realizaban en Chichicastenango.

En la reunión de los laicos, me pidieron que diera el testimonio de cómo estaban las comunidades en resistencia; participé junto con otro compañero de las CPR de la Sierra.

En relación con esto, voy a escribir lo que sucedió con el señor Nuncio, en abril de 1993. En ese año la Diócesis de Quiché invitó al señor Nuncio Apostólico del Papa, para que pudiera escuchar a los agentes de pastoral de la Diócesis durante la Reunión que se hace cada cuatro meses; Monseñor Julio Cabrera me invitó también a mí, para participar en la reunión con el señor Nuncio; se llevó a cabo en el salón de la Casa Social de Santa Cruz del Quiché. También los párrocos de las parroquias de Chajúl y Nebaj hicieron una presentación para hablar de cómo están sufriendo las comunidades por causa del ejército; de las masacres, de los sobrevivientes que estaban bajo una constante represión. Los sacerdotes dijeron que era muy importante seguir con el acompañamiento de la gente, para denunciar las violaciones de todo tipo, que contra la gente cometía el ejército.

Yo quería hablar, y hubo un poco de silencio con aquellas intervenciones, y me pareció bien decir al señor Nuncio unas palabras: “Que si algo de lo que estábamos haciendo en la Iglesia no estaba bien, nos deberían perdonar, porque el mensaje de la Iglesia es de perdón; que recordara lo que se decía en el Padrenuestro, «perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...» Y añadí todavía un poco más: Señor Nuncio, todos vemos que usted lleva una cruz sobre el pecho... Esa es una cruz bonita... Pues la iglesia ahora es como esa cruz, porque la iglesia está sufriendo, y sufre en las comunidades donde son perseguidos por el ejército. Usted lleva la cruz sobre el

¹⁰ FALLA, P. Ricardo, SJ., HISTORIA DE UN GRAN AMOR. Recuperación autobiográfica de la experiencia con las Comunidades de Población en Resistencia. Ixcán. Ed. Universitaria, Guatemala 1995

pecho, ahí pegada a su corazón. Pues yo también le quiero suplicar que así como esa cruz, lleve junto a su corazón la cruz en la que están clavadas las Comunidades de Población en Resistencia”.

Yo hablé así, porque con las palabras del señor Nuncio, nos sentimos ofendidos, porque no estaba nada a favor del pueblo que está sufriendo. Mientras él hablaba, estaba escuchando atentamente, sentado entre los sacerdotes y las monjitas; ¿qué le puedo decir?, reflexionaba yo en mi corazón; si hablo o no; pero me dije, si no hablo, a qué vine a esta reunión, porque yo estaba pensando en el sufrimiento de las comunidades, ¿qué puedo hacer? Aunque sabía que el que hablaba era el Nuncio, pensé que también él era humano aunque tenía poder... Me decidí y le pedí la palabra... Los sacerdotes presentes estaban se los veía contentos cuando empecé a hablar, esto me animó. En primer lugar, le pedí disculpas, porque era un laico, pero que estaba de acuerdo con lo que habían dicho los sacerdotes... Y creo en la oración del “padrenuestro” que Jesús nos enseñó. Podemos perdonar, pero se perdona cuando el ejército reconozca los errores, pero el ejército no reconoce nada de las violaciones que están haciendo, con el fin de acabar con la pobre gente de las aldeas donde vivimos. Di un ejemplo: ¿Qué puede hacer en este momento el señor Nuncio, si aquí en este lugar, mientras está el Obispo, los sacerdotes, las religiosas, entra el ejército a maltratar y matar a los que están presentes...? Le pregunté: ¿Será que usted, Monseñor, sería capaz de aguantar, si queda vivo, sin denunciar todo lo malo que aquí se hizo? Y creo es un pecado -le dije-, estar a favor de los que hacen mal, aunque uno diga que está entregado a Dios, pero si no denuncia lo malo, no será un discípulo bueno... Y terminé: “esto es lo que yo le tengo que decir, Monseñor, ahí me disculpa...” Todos los presentes, los padres y las religiosas se sintieron contentos.

Algunos meses después, el señor Nuncio, que se llama Juan Bautista Morandini, cumplió lo que había prometido, y llegó a visitar las Comunidades de Población en Resistencia, con los Obispos de Quiché y Huehuetenango: Monseñor Julio Cabrera y Monseñor Julio Bethancourt. Llegó a Cuarto Pueblo, y me dijo: “Hoy sí creo lo que me dijiste, porque estoy escuchando los testimonios de las comunidades, y es como tú nos hablaste en Quiché”.

Para mí esas palabras fueron un regalo de Dios, de poder hablar en las reuniones importantes de la Iglesia.

ACUSACIONES CONTRA EL PADRE RICARDO FALLA

Ahora empiezo la narración de otra historia que nos sucedió cuando el ejército entró en aquel lugar sagrado para nosotros, pensó que había dado con el archivo de la guerrilla o saber qué pensaron. Unos días después los medios de información empezaron a hablar del tema, se acusaba al padre Ricardo Falla de guerrillero. Era una forma de desacreditar la labor pastoral del padre Marcos. Era una acusación sin ningún tipo de fundamento... Lo acusaban de comandante, que yo sepa no hay comandantes en la Iglesia; ¿cómo es que un comandante va a bautizar y al mismo tiempo lo llaman guerrillero?

¿No dice el ejército que la guerrilla es gente atea? Y entonces, ¿por qué acusan al sacerdote que nos acompaña con tanta dedicación, de guerrillero? ¿O es que los de la guerrilla ahora ya creen en Dios? Bueno, a mí me venían unas cuantas palabras a mi mente para demostrar que el padre Marcos era nuestro sacerdote y no un guerrillero. La gente esto lo entendía. Pero el ejército se aprovechó de la ocasión. Uno puede examinar los documentos que se llevaron con lupa, y no encontrarán por dónde acusar al padre Ricardo Falla.

Los que conocíamos la relación con la guerrilla, con los miembros del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), sabemos que había diferencias con la Iglesia y también hubo roces. El padre Ricardo Falla y el Equipo de Trabajo Pastoral de los Catequistas, manteníamos nuestra autonomía como miembros de la Iglesia. Nosotros sabíamos quiénes eran ellos y quiénes somos nosotros; la guerrilla es la guerrilla, y esto lo puedo decir porque lo conocí y puedo dar testimonio, porque en las relaciones de los Catequistas con el EGP también había diferencias y discrepancias. Se daban situaciones en las que el EGP no estaba de acuerdo con las decisiones que tomaba la Iglesia; del mismo modo, nosotros no

estábamos obligados a seguir sus consejos. Nosotros mantenemos nuestra fe y seguimos con el pueblo en la resistencia aunque estemos en medio de los lugares donde también se mueve la guerrilla... Por otro lado, nos dábamos cuenta de que la guerrilla no atacaba nuestra fe, no perseguía ni mataba a los campesinos, nunca quemaba nuestras casas, ni macheteaban nuestras siembras, no llegaban a secuestrar a nuestra gente... No teníamos que acusarlos de cosas malas en este sentido.

Había colaboración y entendimiento, porque cuando entraba el ejército en una ofensiva contra la gente, la organización de la guerrilla lo que hace es mandarnos un aviso rápido, porque que os avisaban, nos avisaban, y esto era algo que siempre les tenemos que agradecer. Los desacuerdos eran en aspectos pequeños. Para el EGP la labor de los Catequistas debía reducirse a lo estrictamente religioso, a celebrar los Bautismos, a tener las Celebraciones de la Palabra de Dios, a preparar a los niños para la Primera Comunión... Es decir, las cosas estrictamente religiosas. Pero si el Catequista entra en otras situaciones empiezan las dificultades, por ejemplo hablarles a la gente de la situación política, de cómo la ve la Iglesia. Yo creo que es un deber del Catequista acompañar a la gente también en este aspecto. No podíamos dejar de hacer las denuncias. El EGP entendía que todo esto les correspondía a ellos, no a nosotros. A pesar de este problema, nosotros siempre seguíamos haciendo las denuncias... Años después pasó lo mismo con el tema de la “salida al claro”, para que se nos conociera en el ámbito público. La gente de las comunidades apoyaba nuestra propuesta de salir al claro, y los Catequistas en nuestras reuniones preguntamos a la gente sobre qué les parece... Y la gente nos empezaba a decir que sí, que era necesario, que “estamos cansados de vivir bajo la montaña y es bueno que la Iglesia o la solidaridad Internacional nos apoye con los acompañamientos y así podamos salir al claro”. La gente quería también estar en su tierra, criar animales, hacer sus siembras con tranquilidad... Pero ¿cómo se podía tener esto si siempre estábamos hostigados por el ejército? De esta manera dialogábamos con los dirigentes del EGP, y con frecuencia no les gustaban nuestras propuestas...

Cuando acusaron al padre Ricardo Falla era el tiempo de las negociaciones de paz; me parecía que si el Gobierno estaba tan seguro de lo que decía el ejército, y tenían pláticas con los Comandantes de la URNG, ¿por qué no les preguntaron a los Comandantes a ver si el padre Falla era guerrillero? Si llevaran al padre Marcos a una de esas reuniones para ver qué son capaces de hablar ante su presencia, seguro que el padre Marcos se iba a reír de todos ellos... La Iglesia católica no puede pensar como el gobierno, ni como el ejército. La Iglesia siempre tiene que ver las cosas que necesita la comunidad, la gente, tiene que velar por los derechos del pueblo... El ejército en cambio, nos reprime, nos persigue, siembra el sufrimiento entre la gente...

HERMANOS EVANGÉLICOS

En las CPR se vivió mucha hermandad entre todos. Entre nosotros había hermanos evangélicos de las iglesias Pentecostés y Centroamericana. Es cierto, ellos se sentían un poco más solos porque no tienen un pastor evangélico que los dirija, nadie entró a la resistencia, como los sacerdotes católicos. Los Catequistas, al ver su situación, solicitamos la posibilidad de que entrara algún pastor evangélico. Pero no se pudieron encontrar pastores que directamente quisieran entrar para consolar a la gente y quedarse con ellos. Entonces pensamos otra solución, y decidimos tener encuentros y oraciones que llamamos ecuménicas; cuando nosotros teníamos algunas jornadas de oración, los invitábamos a ellos para que nos acompañen... Había cantos, había coros que tocaban con guitarras... A veces ellos proponían las lecturas de la Palabra que podíamos hacer, y también entonaban los cantos. Eran encuentros muy bonitos, había mucha convivencia y hermandad. El apoyo siempre llegaba por medio de la Iglesia católica, y a los evangélicos les hubiera gustado que algún pastor entrara con la solidaridad; pero no. De todos modos, lo que nos llegaba se repartía entre todos por igual.

COMPRENSIÓN EN MEDIO DE LOS PROBLEMAS

Quiero referirme ahora a los problemas que siempre hay en las familias. Vamos a suponer que un matrimonio estaba peleado, no se entendían... o se separaron, tal vez la mujer se había marchado a vivir con su mamá y el hombre se quedaba sólo... cuando venía la emergencia por la ofensiva del ejército, ¿qué hizo la mujer? Llegó luego a la casa del marido, para platicar con él y ver qué hacían con las cosas... Y se terminaba el pleito... de alguna manera tenían que ponerse de acuerdo para salir con las cosas o ver qué hacían con ellas... Y tal vez ya se fueron a dormir juntos, y así se terminaban las peleas.

Lo mismo se puede decir con la religión. Antes de la represión sí había problemas entre nosotros, que unos católicos, que otros evangélicos... Los evangélicos con sus capillas grandes, a veces hacen las reuniones en la plaza, empiezan a gritar en los mercados... Porque hay que distinguir, que una cosa eran las capillas y otra los misioneros que gritaban en los mercados... Pero cuando vino la represión, los que eran más gritadores, fueron los que primero se fueron al refugio... También pasó en la Iglesia católica, que casi todos los Animadores de la fe se fueron también al refugio... Pero los que nos quedamos tratábamos de entendernos mejor; ¿cómo íbamos a pelear, si teníamos el ejército detrás de nosotros? Yo digo que el ejército nos hizo el favor de unirnos, ellos con su represión sólo consiguieron que nosotros nos amáramos más... Desgraciadamente, cuando han venido los tiempos en que ya se firmó la paz, las cosas empezaron a cambiar; porque ahora sí llegaban los pastores evangélicos con sus ideas, y no favorecieron el ecumenismo que nosotros teníamos cuando vivíamos bajo la montaña.

Lo mismo pasa con nosotros, queremos que los sacerdotes que lleguen a nuestras comunidades nos ayuden a vivir unidos, no a fomentar la división; no queremos que pase lo que sucedió con el padre Estanislao. Monseñor Julio Cabrera, que es el Obispo de

Quiché estaba muy de acuerdo con nuestra manera de pensar, nos apoyaba, y quería que siguiéramos trabajando de la misma manera.

Para nosotros siempre ha sido un problema el tener que pensar que muchos de los soldados que llegaban a nuestras comunidades eran indígenas, personas de familias muy humildes. Primero, tal vez los agarraron y se los llevaron obligadamente al cuartel. Esto pasaba. Es doloroso pensar cómo el ejército les turbó la mente y los obligaba a matar... Esto era lo que pensábamos al ver lo que hacían con la pobre gente de las CPR, los perseguían como si la gente fueran demonios... El ejército les enseñó a creer que son subversivos, y los subversivos hay que eliminarlos... Era la ideología que les metían en su mente. Es como su un padre de familia tiene varios hijos que viven en un pueblo, y les dice que la gente de la otra aldea son cabritos, son malos... Pero ellos no se han parado a pensar si de veras es así... Y llegan a aquel pueblo considerando a toda la gente negativamente, que son puros cabritos, porque así les enseñó su papá. Lo mismo los soldados, se meten en las comunidades sin saber, sólo con la idea que el ejército les ha metido en su cabeza. No piensan. Nosotros cuando decidimos salir al claro no fue porque nos rendimos... Nosotros durante 11 años hemos mantenido nuestras propias autoridades... No creo que el ejército cambie o vaya a reconocer todas las injusticias que cometieron; pero sí creo que los evangélicos pueden caminar hacia adelante, y no volverse a lo anterior.

MARZO DE 1993

En marzo de 1993 los representantes del Trabajo Pastoral de las Comunidades de Población en Resistencia tuvimos nuestra primera reunión oficial con los agentes de pastoral de la Diócesis de Quiché. Anteriormente mencioné, la situación que se dio con la visita del señor Nuncio. Pero uno de los problemas que teníamos que plantear a la Diócesis era saber qué parroquia se podría encargar de las distintas Comunidades de Población en Resistencia, de acuerdo con la ubicación geográfica de cada una. El padre Bernardo, que estaba en la parroquia de San José Ixcán, en Tzalbal, dijo que

como parroquia, él no podía ayudarnos. Tenía razón, porque el ejército lo estaba controlando constantemente; y en ese tiempo las CPR, son para el ejército lo mismo que la guerrilla.

En agosto de ese mismo año tuvimos una Asamblea de Catequistas de las CPR, con los Catequistas de los Retornados, en la comunidad de Santiaguito... Estaba presente un seminarista jesuita, Francisco Iznardo, "Paco". El problema era tratar la manera de colaborar con más unión porque las dos partes estábamos sufriendo mucho. Hicimos un recuento de todos los catequistas asesinados, de los secuestrados..., a ellos los llamamos nuestros mártires, junto con el padre Guillermo Woods, el primer mártir en Ixcán. En esa Asamblea decidimos qué nombre le íbamos a poner a la nueva Parroquia: Candelaria de los Mártires.

Esta decisión fue aceptada por el Obispo de Quiché, Monseñor Julio Cabrera; aceptó que la fiesta se celebrara el día dos de febrero, fiesta de la Virgen de Candelaria, en el aniversario del nacimiento de nuestra parroquia. Abarca las siguientes comunidades: Primavera del Ixcán, Cuarto Pueblo, Los Angeles, Ixtahuacán Chiquito, Mayalán, San Lorenzo. Hicimos dos celebraciones grandes ese año: El dos de febrero, día de la Virgen de Candelaria, celebramos en Pueblo Nuevo; y el día 14 de marzo, día de los Mártires, celebramos en Cuarto Pueblo, porque allí fue la gran masacre.

En ese tiempo la parroquia se empieza a formar, pero sigue funcionando el Equipo de Trabajo Pastoral. No existe todavía un lugar para guardar las cosas de la iglesia... Había gente de las CPR pero también "retornados", que habían regresado de los campamentos de México... No tenemos iglesia; la gente vive en champitas. El Santísimo lo seguimos llevando como en las CPR. El padre Paco nos dice que no pensemos ahora en construir una iglesia; pensemos mejor en la gente, en cómo se va a ubicar, que primero tengan sus casas y luego emprendemos los trabajos para la iglesia.

Quisimos que la parroquia se llamara Candelaria de los Mártires, porque el día 2 de febrero, las Comunidades de Población en Resistencia, pudimos sacar un comunicado en los medios de prensa,

nacional e internacionalmente, para que todo el mundo sepa quiénes somos, y que ya podemos salir con libertad de la montaña, sin miedo, de tal manera que se reconozcan los derechos de toda la población, se respete su vida y ya no sean perseguidos por el ejército. Esto fue el 2 de febrero de 1994; hubo una celebración con varios sacerdotes, y presidida por el padre Melo, que es jesuita, y fue el que sucedió al padre Falla en Ixcán. Esto es algo importante que tenemos que recordar.

En el año 1995 las parroquias de Ixcán, se organizan para formar la Zona Pastoral de Ixcán, de la Diócesis de Quiché; pero en la siguiente reunión se volvió sobre el tema, y se cambió el nombre: Región Pastoral, y ha quedado.

REMHI

Ese año empiezan los trabajos para la Recuperación de la Memoria Histórica de Ixcán (REMHI); se organizó un Equipo de agentes de pastoral, sacerdotes y laicos o laicas, para empezar a escribir el testimonio de las personas de cada comunidad.

Pero sucedió que la gente no está conforme, hay división. Y esto se vio cuando hicimos una reunión para los cursos de preparación al trabajo. Los Catequistas de las comunidades donde la gente tuvo que participar en las patrullas de autodefensa civil se juntaron a parte, los de los retornados hicieron lo mismo, separados, los Catequistas de las CPR, igual. Yo sentí una gran tristeza, porque la división es clara... Y lo que queríamos era que con la devolución del trabajo se buscara la unidad de la gente.

El primer trabajo de ese año fue el de la reconciliación entre la gente; sabíamos que los muertos habían quedado enterrados en diversos lugares, otros habían sido quemados... Se pensó en las exhumaciones, empezando por Cuarto Pueblo, para enterrar con dignidad a todos los masacrados por el ejército.

Las CPR y los retornados nos unimos en este trabajo, y le pedimos a CALDH que nos ayudaran para hacer los trámites legales que se necesitan para la exhumación, y asumieron el trabajo de las exhumaciones una organización, el Centro de Antropología Forense

Centro de Acción (CAFCA). Los policías hicieron la vigilancia durante todo el tiempo que duró la exhumación. Lo que encontramos eran huesos en medio de cenizas, pedacitos de huesos... Sacamos 30 quintales de huesos. La gente lloró por sus familiares al ver que estaban allí enterrados.

AÑO 1996

Como iglesia se pensó que para unir a los diversos sectores, era bueno tener promotores de derechos humanos. Lo logramos. Luego pensamos en promotores agrícolas, y el IBIS nos ayudó a promover el proyecto. Con esto se pudo capacitar en agronomía a los promotores de las comunidades. Con esto, comienza a caminar la Pastoral Social de la Iglesia en Ixcán. Fueron también frutos de unidad para la gente.

15 de Agosto 1996. Dejé la Sagrada Eucaristía en la iglesia de Cuarto Pueblo, la puse en manos del párroco, que llegó para la celebración. Cuando se la entregué, sentí una gran tristeza, porque durante 12 años yo la llevé, y fui el responsable de cuidarla durante todo el tiempo que trabajamos con las CPR. Sintiendo profundamente lo que estaba haciendo, creí conveniente que ya había llegado el tiempo de dejar el Santísimo en el sagrario de la iglesia. Cuando estábamos en la montaña, en las horas de emergencia y el ejército nos perseguía, traté de cuidar bien el Santísimo durante ese tiempo, tal vez, nunca permití que cayera en manos del ejército durante doce años. Es cierto, no tuve un lugar donde descansar, no tuvimos una capilla, Jesús camina con nosotros. El día que dejé el Santísimo en el altar lo hice pensando que era la fiesta de la Asunción de la Virgen María, patrona de Guatemala, pidiendo por la paz y la reconciliación de toda la gente de Guatemala.

En este año llego de nuevo a mi tierra de Cuarto Pueblo, empiezo a reconocer nuevamente la tierra que había cultivado muchos años antes. Se siente una gran alegría al ver la propia tierra. Comencé de nuevo a construir mi casa... Es como empezar la vida de nuevo, porque durante doce años habíamos permanecido fuera de nuestras parcelas.

LOS MÁRTIRES

En 1997 hicimos un monumento, la casa de los mártires, como un monumento, para guardar los restos de las exhumaciones; se escribieron los nombres de los mártires. Este lugar era para nosotros como un museo o lugar sagrado, para tener la presencia de los restos de todas las víctimas, con sus nombres... Los fuimos colocando en tinajas, uno puede tomar los restos con sus manos, y sentimos como que uno está platicando con sus familias; nos hace recordar la historia, la vida de ellos. Cada 14 de marzo celebramos el aniversario. Llega muchísima gente a visitar los restos de sus familiares; también llegan el día de los difuntos, el 2 de noviembre, cada año.

El 7 de diciembre, día de Concepción, se bendijo la casa de los mártires; se hizo la inhumación de los restos de los mártires. El día anterior, 6 de diciembre, se hizo una caminata por todos los caminos del municipio, para recordar todo lo sucedido en los años de la violencia. Presentamos los restos frente a la Municipalidad de Playa Grande. Los policías de la Municipalidad nos dieron todo el apoyo para realizar con libertad este acontecimiento. En la tarde la caminata siguió de regreso a la comunidad, agradeciendo a Dios por el trabajo de toda la comunidad; así hicieron las otras cuatro comunidades que forman parte de la Cooperativa. Teníamos acompañantes internacionales que aterrizaron tranquilamente en la pista en avionetas, y la visita a Playa Grande, se hizo con confianza y libertad. Vino el Vicario General del Obispo a dar la bendición a la casa de los mártires. Esto lo quiero dejar como una Historia para la comunidad.

En el año 2004, acordamos hacer 12 estaciones de viacrucis, para recordar la historia de los mártires. Estas pinturas se quedaron en el pueblo. Nos recuerda cómo fue la muerte de los mártires. El tiempo que llevó la realización de estas pinturas fue de tres años. Y esto fue lo que hicimos:

- 1º. Se hizo un viacrucis recorriendo los lugares donde murió cada una de las personas, pensando cómo estos hechos fueron tan

cruels. Tardamos dos días en sacarlo, escribiendo estación por estación. Este recorrido me costó mucho, al recordar la vida de los mártires.

- 2°. Estos escritos los llevé con algunos sacerdotes, para dar bien la forma a cada una de las estaciones; lo que cuesta es encontrar a un pintor que lo pueda hacer; y luego, no tengo dinero para las estaciones. Cada cuadro de pintura cuesta dos mil quetzales, y para las doce estaciones se necesitan 24 mil. Acabó el año y estoy triste, porque no encuentro la forma de hacer las estaciones, no tengo dinero.
- 3°. Hablé con las Hermanas Esclava del Sagrado Corazón de Jesús, ellas me dijeron que van a platicar con sus Hermanas religiosas para ver si podemos encontrar los pintores y ver cómo se puede hacer para el fondo que se necesita para pintar las estaciones. Al fin encontraron a una mujer pintora, de Italia, se llama Teresa. Empezó a leer todos los escritos que teníamos, y luego comienza a hacer las primeras pinturas; por mi parte, la acompañaba y trataba de corregir algunas, para dar mayor significado a las pinturas. Así fue como se pudieron hacer las estaciones para la comunidad Cuarto Pueblo.
- 4°. La comunidad recibió las estaciones como si fueran el propio sufrimiento del pueblo. Desde entonces tenemos las estaciones, y cada Semana Santa, nos permite recordar la vida de los mártires que juntamos con la pasión de Jesús. Al contemplar las estaciones, resulta muy duro de aceptar cómo el ejército de Guatemala cometió tantas violencias con la gente. Estas imágenes se llevaron a otros países, para que también conocieran la vida de los mártires, con las estaciones del sufrimiento del propio.
- 5°. Cuando terminamos este trabajo, el padre Paco me dijo: ¡Marcelino, ahora ya puedes descansar de todos tus trabajos de Catequista! Es bueno que la comunidad nombre otros Catequistas para que puedan continuar el trabajo. También pensé que estas pinturas podían ofender al ejército y al gobierno, porque con las estaciones, quedó para siempre plasmado en

pinturas los horrores de la violencia, para que nadie olvide lo que el pueblo padeció, con las grandes masacres con las que quisieron acabar con toda la gente. Obedecí al padre Paco, y dejé en ese tiempo de ser Catequista en la comunidad, pero seguí con otra misión, la Pastoral Social.

VISITAS A OTROS PAÍSES

Trabajando con la Iglesia acompañando a las Comunidades de Población en Resistencia, fue un tiempo difícil, pero también se aprende mucho. Pudimos aguantar esos años. La convivencia de esos años nos dejó muchas cosas positivas; con la gente aprendimos qué es en verdad ser un cristiano. De la misma manera, yo también tuve la oportunidad de conocer otros países.

Mi primer viaje fue en 1991, por medio de Acción Cristiana Guatemalteca ACG. Visité Holanda y Bélgica, En Holanda tuvimos que presentar los testimonios de las CPR. Y los refugiadas en México, hicieron lo mismo. Luego tuvimos un encuentro en la Parroquia de Don Bosco, con la que hicimos una hermandad. Se hizo como el símbolo de un matrimonio; pusimos el anillo, y nos comprometimos que nosotros pasaríamos toda la información sobre los sufrimientos de la gente en las CPR, y las personas de la solidaridad, iban a platicar con el Gobierno de Guatemala, para que dieran el respectivo reconocimiento a las CPR como población civil en resistencia. Fue un gran apoyo el que nos dieron.

En 1993 fui a Suecia y Holanda. En Suecia participamos en un encuentro con la Iglesia Luterana de ese país, ellos nos hicieron la invitación y consiguieron el fondo para que pudiéramos viajar. Escucharon los testimonios de las CPR y de los Catequistas. Hicimos un acuerdo con ellos para que nos ayudaran con una publicación en los medios de información, para la “salida al claro” de las CPR. Se hizo de la misma forma que en la Parroquia Don Bosco de Holanda. Para mi fueron dos momentos muy importantes: una la salida al claro con su apoyo y, la otra, la cofinancia con la Iglesia de las CPR.

El Obispo Monseñor Julio Cabrera, que en ese tiempo era nuestro Obispo en la Diócesis de Quiché, también hizo una gira por esos países, y le contaron que yo había pasado, que les habían gustado los testimonios que dimos sobre la iglesia en las CPR, y en general todo lo relacionado con la Diócesis de Quiché. Entonces Monseñor Julio me dijo: Marcelino, tú has visitado otros países, por qué no pasas por las parroquias de la Diócesis. Le dije que hablara con los párrocos de cada lugar, para coordinar cada visita.

En 1996, fui a Alemania, con invitación de la Iglesia católica. Asistí a 30 años la “túnica sagrada de Jesús”, que según las leyendas, esta ropa fue la que rifaron durante la noche de la pasión de Jesús, cuando lo torturan... y rifaron la túnica, lo ganó uno de los soldados que maltrataban a Jesús, y él se la dio a su mamá, que se llama Magdalena. En ese tiempo los soldados tenían que servir al imperio de Roma, de allí salió la orden. Esa mujer guardó la ropa en un templo de Alemania. Cuando ella se murió, encontraron la sagrada túnica. Hoy está guardada en la Catedral, y cada 30 años la sacan para mostrarla a la gente, y que el público la pueda conocer.

Cuando el obispo de Alemania habló, yo no lograba entender bien, de qué se trataba, y le pregunté: Señor Obispo, ¿de quién es la Sagrada Túnica? Él me explico cómo llegó aquella ropa de Jesús a Alemania y Roma. Cuanto sacaron la túnica sentí que era un gran regalo, porque nunca en mi vida había conocido esa túnica, que no tiene costuras. Empezaron a sonar las campanas y las bombas, pero cohetes. Yo recordaba las ropas de los mártires de Cuarto Pueblo... Nos hincamos frete la Sagrada Túnica; eran las 9 de la noche y me levanté de mi oración a la una de la mañana. No sentí cómo se pasó el tiempo, y Monseñor nos llevó a descansar. Al día siguiente, cuando el Obispo me saludó en la mañana, me preguntó cómo me sentía, y me puse a contarle lo que sentía... Y él me dijo: ¿Por qué no retrasa su regreso a Guatemala? Le dije que sí se podía, pero después de la misión que está en agenda. Pude conocer otros lugares.

En el año 2000, después de la Santa Misión que se tuvo en la

Diócesis de Quiché, participé en el Congreso Misioneros representando a Guatemala; viajé con mi esposa, y también me acompañó Marcelino Cano, de Nebaj, con el que me había encontrado en las visitas a las CPR de la Sierra. Presentamos el trabajo de la Santa Misión. Cuando se presentó cada país, mi esposa llevaba la reliquia de las cenizas de los huesos de nuestros mártires, y yo llevaba la bandera de Guatemala.

Como Catequista, sentí que todo aquello era un gran regalo que la Iglesia le hace a uno; todos los gastos los asumió la Iglesia. Hubo un encuentro donde presentamos cómo se hizo la Misión en cada país; nosotros presentamos la experiencia de la Santa Misión en la Diócesis de Quiché, con los hermanos de lengua latina, los que hablábamos español.

La visita fue rápida, de 4 días. Pero antes tuvimos la oportunidad de asistir a una audiencia con el Papa Juan Pablo II. Asistimos a la celebración de la Santa Misa, y nos daba pena, porque él estaba enfermo, y casi no podía hablar; le temblaban las manos al pronunciar su homilía. Lo bueno es que nos dio la bendición, y fue una gran oportunidad, porque pienso que no siempre es el Papa el que nos da la bendición; muchos estaban lejos, nosotros estábamos cerquita del Papa. Fue un gran regalo.

En el año 2002, el comité de solidaridad de los cristiano de Italia, me invitaron como laico que era, para que hiciera un recorrido por Italia, dando un testimonio de la Iglesia de Guatemala, y lo principal, tengo que decir, que lo hice como parte de los laicos de la Iglesia en Ixcán. Acepté; me preparé bien y viajé junto con mi esposa. Para esta visita fuimos con mucho tiempo y, al final de todo el recorrido, lo sentí como una peregrinación, porque tuvimos la oportunidad de visitar algunos lugares de mucho significado para la fe, lugares de los que no había escuchado y menos que los hubiera visto. Estuvimos en la Catedral de San Marcos Evangelista, en Florencia... Luego visitamos Roma; me vino la idea de hacer un retiro en el Coliseo de Roma, donde ejecutaron tantos mártires cristianos. Pedí si se podía ver el lugar donde estuvo preso San Pablo, en la cárcel. Y los que nos dirigían estuvieron de acuerdo, y nos llevaron a ese lugar... Estuvimos tres días haciendo todo el recorrido por Roma; en cada lugar meditaba... Vi las

representaciones que muestran cuando tiraron a los cristianos frente a los leones; uno pagaba, y le colocaban como un teléfono, donde te explicaban cómo habían sido los sufrimientos de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma.

Cuando llegué a la basílica de San Pedro... llegamos al sepulcro donde lo enterraron, en el Vaticano... Cuando llegué a la casa de los Jesuitas, un padre nos explicó cómo estaba enterrado San Pedro... Y cómo arriba de la tumba celebra el Papa, donde hace el juramento de ser el seguidor de San Pedro, pues el mismo Jesús así lo dejó, y sólo un Papa hay para todo el mundo. El Vaticano es un lugar pequeño, pero es respetado por todo el mundo.

Cada vez que he llegado a Roma, dos veces, ha sido como renovar el compromiso de seguir trabajando con la Iglesia, trabajando como Catequista, conociendo los fundamentos de la Iglesia.

Aunque por otro lado, también se puede ver que la Iglesia maneja muchos bienes, y es demasiado el poder que tiene la jerarquía. Hay muchos lugares de negocio, los museos son negocio... Y los padres allí sí son importantes.. Para llegar a ver al Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, solicitamos el permiso 15 días antes, y luego tuvimos que pasar por el control de la seguridad, es como entrar con un rey, ¿verdad?

Pero mirando la otra cara, es muy maravilloso ver la entrega total de los seguidores de Jesús; cuando los apóstoles están en la cárcel, un niño que se llamaba Tarsicio, que participaba en las celebraciones de los Apóstoles, cuando daban la comunión, a él no se la daban por ser niño. Entonces, cuentan que él les llevaba el pan a los apóstoles que estaban presos en la cárcel. Cuando los soldados se fijaron que él llevaba la comunión a los encarcelados, lo mandaron matar por el camino, solo por darles la comunión a los encarcelados. Es triste escuchar la vida de este santo, pero es la realidad en los seguidores de Jesús.

Yo pienso que este fue el gran regalo que Dios me ha dado a través de las personas cristianas que nos invitaron y dieron su aporte económico para los pasajes y la comida. Gracias por ello. Yo

cuento mi historia, lo que he visto y lo que recuerdo de la vida de los Apóstoles.

QUIERO TERMINAR ESTA HISTORIA

En todo este relato no he contado todo lo que nos pasó; es casi imposible. Pero sí queremos ir juntando lo de todos, la vida de la gente, por lo menos desde 1983... Queremos que nuestros hijos y nuestros nietos conozcan esta historia. Se la tenemos que ir contando poco a poco. También es importante que la entiendan bien, porque hoy hay mucha confusión y ha vuelto el divisionismo.

Recuerdo que en una ocasión hablando con los niños todavía pequeños, pero que ya entienden algo, nos preguntaban: ¿y si uno no conoció al papá, porque se murió en la violencia, dónde podemos conseguir su foto? ¿Cómo pueden saber cómo era su papá? Otro niño decía: ¿Por qué Dios dejó al ejército aquí, si el ejército mata; por qué Dios lo creó? Y claro, teníamos que explicarles un poco que el ejército estaba allí, y llegó a reprimirnos, pero no lo creó Dios... Lo que sí es cierto es que todos tenemos un poquito de la historia; nadie puede decir que él sabe todo lo que sucedió en la violencia, y nadie de las comunidades puede afirmar que no sabe nada. Todos tienen un poquito, y no es cierto que solamente uno lo conozca todo, ¿verdad? Tenemos que pedir apoyo para hacer todo este trabajo... Hay que juntar las historias... ¿cómo podrán entender todo lo que nos pasó aquellos niños que están naciendo ahora, o que van a nacer dentro de algunos años? No se puede esconder la historia, que más que historia es la vida de la gente, sus sufrimientos, los dolores por perder a los seres queridos, la lucha para sobrevivir en medio de la guerra. No sólo es importante que lo conozcan nuestros hijos y nietos, sino que lo conozca el mundo, porque en la represión de nuestra gente también está la responsabilidad de otros países, los que venden armas, los que apoyan la violencia, los que mantienen la discriminación. Ahora nos toca luchar para que en Ixcán la gente viva mejor, en paz, con alegría, que se vea el desarrollo... Que los niños se acostumbren desde pequeños a respetar la vida de los demás, que la muerte es

lo que más nos aleja de Dios. Confiamos en seguir adelante sabiendo que Dios nos seguirá dando fuerzas para luchar por la justicia, la verdad y la dignidad de la gente.

Profetas mayas, gritad:
¡No morirán los quetzales,
Que llega la libertad!
La sangre de los leales
Nos ha salvado la herencia.
Población en resistencia,
Ponte de Pascua y de pie.
¡Ponte las galas de bodas,
Tú la más mártir de todas,
Santa Iglesia del Quiché!

*Pedro Casaldáliga
Obispo de São Félix do Araguaia, Brasil.
En el 25 Aniversario de la Diócesis de Quiché
28 de abril de 1992*



Foto de Jean Marie Simon
Soldado sobre el campanario de la Iglesia de Nebaj, 1983

MARCELINO CANO SAUCEDO



Marcelino Cano Director de Radio Nebaj, Enero de 2011

ITINERARIO DE VIDA

- Marcelino Cano nace en Nebaj, el 2 de agosto de 1959.
- De niño no pudo frecuentar la escuela.
- A los 13 años, se integró de adolescente en la Acción Católica para trabajar como Catequista.
- A los 16 años fue nombrado secretario de la Junta Directiva de la Acción Católica de su aldea.
- Confirmado por Monseñor Juan Gerardi, Obispo de Quiché.
- A los 22 años contrae matrimonio con Zenaida Herrera, con la que tuvo un hijo: Pedro.
- Forma parte del Comité Pro-Mejoramiento de su aldea, y lo nombran monitor de los proyectos apícolas y de agricultura.
- Cuando se inicia la violencia, su aldea es duramente golpeada, y huyen a las montañas; el ejército asesina a su esposa, a su hijo y a su abuelo, junto con otras personas más (1982).
- Al año siguiente, después de haber pasado un tiempo en las filas guerrilleras, contrae matrimonio con Fidelina García.
- Pasa a formar parte de las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra, desde 1983 a 1993.
- Desde 1994 trabaja en la Parroquia de Nebaj en diversos proyectos: Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) y la Santa Misión Diocesana del año 2000. Es representante parroquial en las Asambleas y Reuniones de la Diócesis de Quiché.
- Participó como delegado por Guatemala en el Congreso Mundial de Misiones, en Roma, en el año 2000.

- En 2006 recibe la Orden Monseñor Gerardi de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.
- Actualmente es el coordinador de la Radio La Voz de Nebaj, en la Parroquia de Nebaj.

LAS RAÍCES DE MI FAMILIA

Mis orígenes son del Municipio de Chiantla, departamento de Huehuetenango. Mis papás son chiantlecos: Mi papá se llamaba, Luciano Cano, y mi mamá, Francisca Saucedo Galicia. Eran de la aldea San José Las flores. Mis abuelos nacieron también de allí. Por parte de mi mamá: Simón Saucedo y Guadalupe Galicia. Los paternos, Augusto Mérida y Ricarda Cano. Mi padre llevaba el apellido de la abuela. Mis abuelos ya no viven. Mi mamá falleció en 1997, y mi papá a finales del año 2000.

Mi papá se casó con una señora que falleció poco después del matrimonio, se llamaba Pascuala Velásquez, de la que nacieron dos hijos, Roso y Fabián Cano. Posteriormente mi papá se conoció con mi mamá, que también tenía un hijo, Lucio Tello. Después de su matrimonio, procrearon cinco hombres y cuatro mujeres. Yo ocupo el antepenúltimo lugar, el octavo. Pero fallecieron tres. Con los medio hermanos somos doce hermanos.

Mis abuelitos paternos vivieron en San José Las Flores. Mi papá y mis abuelos paternos se vinieron a Nebaj como emigrantes, buscando tierra. Yo ya nací en el municipio de Nebaj. En la aldea donde nacieron, en Chiantla, no tenían tierra, y la que arrendaban para sembrar, era pobre. Mi familia es campesina, vivían del cultivo de maíz y frijol. Con lo que sacaban, hacían viajes para comerciar los productos, así fue como conocieron las tierras de Nebaj. Cruzaban por la Aldea de Palop, a tres horas a pie de la aldea de San José Las Flores.

Vivíamos en la parte alta de Salquil Grande, en Vijolóm II, allí vivimos hasta antes de la violencia. Cuando no había carretera ni transportes, viajábamos a pie hasta Nebaj, el trayecto nos llevaba unas siete horas de camino.

RECUERDOS DE MI NIÑEZ Y JUVENTUD

En mis papeles de identificación personal aparece la fecha de mi

nacimiento el día 2 de agosto, pero mis padres me dijeron que tuvieron un atraso para asentar mi nacimiento en los libros de la Municipalidad, pero cuentan que la verdadera fecha de mi nacimiento es el 26 de abril de 1959... Mi papá acostumbraba poner los nombres de sus hijos de acuerdo con el almanaque, así como consta el 26 de abril.

Recuerdo los tiempos de mi niñez, cuando acompañaba a mi mamá al mercado de Salquil Grande, le decíamos “La Plaza”, pero en realidad, era un mercadito. Había allí una escuela, y veía a los niños jugar alrededor de la escuela. A mí me entró la inquietud de entrar en la escuela. Pero en aquellos tiempos, a partir de los ocho años, uno ya era útil para trabajar en la casa, la pobreza era grande, y lo primero que le enseñaban a uno era a cultivar la tierra, porque para mis papás y abuelos era la única fuente de vida. Lo primero que tenía que aprender todo hombre era cultivar la tierra, sembrar maíz, frijol, papas, verduras... Esta es una primera razón de por qué no frecuenté la escuela. Pero también la distancia, desde Vijolom II a Salquil, había que caminar por lo menos una hora, y a mis papás les preocupaba mandarme solo sólo a la escuela. El camino pasa por muchos guatales de bosque cerrado; el peligro está en los animales, por ejemplo, los coyotes o las dificultades del mismo camino, había pocas familias por el camino, las casas estaban dispersas. Y no había otra escuela más cerca que la de Salquil Grande. La escuela tenía doble jornada de estudio, de ocho de la mañana, hasta las cuatro de la tarde, dejando un tiempo libre para el almuerzo.

En un primer momento, un señor del lugar le concedió tierra prestada a mi papá. No se pagaba ningún alquiler a los dueños, que eran ixiles; uno se llamaba Juan Corio y el otro Domingo Matom; se hicieron muy amigos con mi papá. Solo les pedía la tierra, y se la daban. Mi papá les agradecía ayudándoles con un día de trabajo, ya fuera en la siembra, en la limpia o en la tapisca.

Mis hermanos y yo fuimos creciendo; mis hermanos mayores empezaron a buscar trabajo en las fincas de la Costa y, año con

año se trasladaban para los cortes de caña o café; así trabajaron Lucio Tello, Roso y Fabián Cano; y los hermanos más pequeños, que éramos Arcadio y yo, nos quedábamos atendiendo la milpa y en los trabajos de la casa atendiendo a todo lo que necesitaran nuestros padres. Los mayores hacían dos meses, o tres en la Costa y luego regresaban. Ellos traían dinero a mi papá, y con eso se logró conseguir un terreno propio y construir una casa. Aquella casa, de la que me acuerdo todavía, era una casa rústica, el tejado se colocaba sobre los horcones de madera clavados en el suelo, de acuerdo con las tradicionales construcciones de la época, techo de paja, en realidad, muy sencilla. Todos ayudamos a mi papá a traer paja que había que buscarla por los montes; esta paja es una planta que crece en las montañas sin que nadie la cultive, y se utilizaba sólo para construir... A las matas se les daba el nombre de pajones, se cortan con un machete, y sólo se usaba para los techos de las casas; se amarraban en forma de manojos, y se iban colocando ordenadamente, según la experiencia que la gente conocía. Es muy fresca, y puede aguantar unos veinte años. Como en las casas se acostumbra hacer fuego para cocinar, el humo fortalecía los pajones por dentro, y aunque por fuera daban la impresión de un cierto deterioro, por dentro se conservan muy bien. El único peligro era el riesgo de un incendio.

Como ya he señalado, con mis hermanos Lucio Tello, Roso Cano, Fabián Cano, somos medio hermanos. De la segunda esposa de mi padre, nacimos: Higinio (falleció de niño, pero no recuerdo la fecha), Perfecta (vive todavía), Arcadio (falleció por enfermedad, hace unos cinco años), luego vengo yo, después está mi hermana Lucía, que vive en Quiché, luego dos hermanitos que fallecieron: Margarito, y otro que falleció al nacer, Lucio; después viene mi hermana Natalia, que vive, y la última Irene, que también vive.

Mi papá, tenía más o menos mi estatura, muchos me dicen que me parezco a él, no sólo en lo físico, si no también en mi forma de ser, en mi actitud, en los gestos y movimientos. Era de carácter fuerte... En aquel tiempo, para mis papás educar a los hijos era mostrar un carácter fuerte, para que aprendiéramos a ser responsables, honestos y trabajadores. Nos decía que lo que uno

come y lo que vestimos, hay que ganarlo con el sudor de la frente. Era estricto. Cuando desobedecíamos, tenía listo el chicote, y decía, para educar al hijo, el pan en una mano y el chicote en otra. Si sólo le damos pan, el hijo crece “malcriado”, y hay que corregirlo con la otra mano. En este sentido era rígido, era la forma en que lo habían educado a él. Para ellos estudiar no era importante. Yo les insistía que quería ir a la escuela, y me respondían que eso no era para nosotros, tú tienes que aprender a utilizar el hacha, el azadón y el machete; no era importante para ellos el estudio, sino que aprendiéramos a cultivar la tierra, el estudio era para personas de otra categoría, gente de dinero...

LA ESCUELA

Seguía yendo con mi mamá al mercado, pero un día me encontré con el maestro, -que el falleció en tiempos de la guerra-, se llamaba Noé Palacios; era el maestro de Salquil Grande; cuando me veía, sospechaba mis deseos de estudiar como los demás niños; me llamaba: ¡ven a jugar con los otros niños!; pensaba que yo no quería asistir a la escuela, me animaba y me hacía: ¡Pasa adelante...! Para que entrara en el aula con los niños que estudiaban... En cierta ocasión le dije, que yo quería venir a la escuela, pero que mis papás no me lo permitían. Me dijo, veo que vienes todas las semanas al mercado, los martes... llegaba con mi mamá a vender papa, cargaba como unas 20 ó 25 libras..., bajábamos a la aldea a pie... Mi mamá cargaba otro tanto o más; se vendían dos libras de papa por 5 centavos; la libra de sal, a un centavo; había cosas a medio centavo, por ejemplo los jabones, te daban dos jabones por un centavo. Las manzanas, te daban 8 ó 10 por un centavo. Recuerdo que mi mamá con un quetzal llenaba el canasto con todo lo necesario para la semana: Sal, jabón, azúcar, cebollas, tomates, carnes..., un montón de cosas, entonces estos productos eran bien baratos. También recuerdo, que por un día de trabajo, te pagaban 25 centavos. Para ganar un quetzal, había que trabajar cuatro días.

Mi papá sembraba maíz y frijol en algunos terrenos, atendía

nuestras siembras, pero después buscaba trabajo con otras personas.

Mi mamá era de un metro cincuenta o cincuenta y cinco centímetros, y un poco gordita; tierna y dulce. No le gustaba que nuestro padre nos pegara, más de una vez la vi llorar, porque se sentía sin autoridad ante mi papá... era el machismo del esposo, la mujer tiene que obedecer, sin poder decir nada, y terminaba llorando manifestando su disgusto por lo que hacía con nosotros mi papá.

Tuvimos crianza de cabros, que producían abono. Mi papá abonaba un terrenito, y en él sembraba las papas; sembraba más papas que maíz. Nosotros pastoreábamos los cabros por los bosques, llamados guatales... En Nebaj hay unos terrenos que son comunales, es decir, toda la gente los puede usar... Y servían sobre todo para el pasto de los animales. También vendíamos cabritos, cuando se criaban, otros se sacrificaban para el consumo, muy sabrosa la carne... Mi mamá ordeñaba las cabras para darnos la leche. Era una mujer tierna, buena... Muy devota a la Virgen del Carmen, y esta devoción la mantengo, conservo una imagen en mí casa como herencia de mi mamá.

También se aprovechaban los cueros, los compradores los curtían, servían para zapatos, cinchos y monturas...

Regreso al tema del maestro de Salquil, cuando le expliqué que eran mis papás los que no me dejaban ir a la escuela, el señor maestro me dijo un día: “¡yo te voy a enseñar!”, y me dio un cuaderno, un lápiz, un libro que en aquel entonces le llamaban las cartillas o libro amanecer, con el abecedario. Me dejaba mi deber, y a la semana siguiente le traía el cuaderno para que revisara los ejercicios; nuevamente me dejaba tareas para la siguiente semana, y así aprendí las primeras letras.

LA ACCIÓN CATÓLICA

Eran los tiempos de la Acción Católica, casi todas las parroquias del departamento de Quiché, eran atendidas por los Misioneros

del Sagrado Corazón. El primer párroco que yo conocí, fue el padre Javier Gurriarán. Mis papás eran católicos, pero de esos católicos de nombre, que sólo bautizan a los hijos y nada más. La Iglesia no estaba tan organizada como hoy, porque con la llegada de la Acción Católica todo empezó a cambiar. Recuerdo aquellos tiempos del P. Javier, cuando se estableció la Acción Católica en el Pueblo y en las aldeas.

Las primeras aldeas que se organizaron en la Acción Católica, tomaban el compromiso de llegar a otras aldeas para hacer lo mismo. A nuestra comunidad llegaron los hermanos de Palop, llevándonos el mensaje de la Iglesia y la Acción Católica. Yo tenía trece años, recuerdo bien aquella experiencia. Entre los hermanos de Palop, recuerdo a don Gabriel Pérez, don Santos Pérez, don Lorenzo Pérez, este vive, los otros no. También recuerdo a don Saturnino López, que lamentablemente ahora es evangélico, por la misma situación de violencia que padecimos, pero antes fue un gran Catequista. Todos ellos organizaron la Acción Católica en mi comunidad.

Por ese tiempo, mi papá era casi alcohólico, luchábamos con medicinas para que dejara de tomar, pero no se logró hacerle cambiar. Era ayudante del comisionado militar; mis hermanos mayores me encargaron de cuidar a mí papá, para evitar que fuera a lugares donde se vende licor. Pero a veces me engañaba, me decía, ¡espérame aquí!, voy a tal lugar... tengo que hacer un mandado. Conocía los lugares donde vendían alcohol y no era capaz de resistir la tentación; varias veces lo encontré tomando, otras veces estaba más al tanto y no lo dejaba tomar. Recuerdo que en cierta ocasión, yendo a la casa, sucedió que los que vendían *cusha*, que es como un licor que fabrica la gente, estaban escondidos en los matorrales, mi papá me decía: voy al monte para hacer mis necesidades; pero cuando me di cuenta que pasaba mucho tiempo y no regresaba, me dije, voy a ver qué pasó; y me fui, y lo encontré tomando aguardiente con unos señores chiantlecos que fabricaban la *cusha*. Para fabricarla molían trigo, medio quebrado, no fino, y lo ponían a fermentar... Después, cuando ya estaba en su punto, no sé cómo lo hacían... compraban panela, le echaban agua, no

sé en qué cantidad... y dejaban todo fermentar unos tres o cuatro días, a este fermento le llamaban *chicha*; y luego hacían el alcohol, la *cusha*, o aguardiente... echaban la chicha en un tonel bien sellado, lo ponían al fuego, al hervir, iba saliendo el alcohol por una caña, como si fuera un alambique construido de forma rudimentaria...

Este licor se vendía por octavos y botellas... Una botella de seis octavos, costaba como 15 centavos, pero con una botella se podían emborrachar varios. Bueno, pues esa vez me enojé mucho al ver a mi papá tomar con aquellos señores. Recogí unas cuantas piedras en el camino, y me acerqué lo más que pude, no les hablé para nada... Estaban hablando muy entretenidamente sin darse cuenta que yo me les acerqué... Y les lancé piedras a los que vendían aguardiente... todos se espantaron... Al verme, mi papá me llamó y me dijo que no hiciera eso; les dije a los señores, ustedes son los responsables de lo que le pueda pasar a mi papá. Yo tenía como doce años. Cuando mi papá se emborrachaba, lloraba y se quedaba como muerto, y esta era nuestra preocupación; mi mamá sufrió demasiado y también nosotros. Porque cuando él salía, debía regresar a las tres o cuatro de la tarde, y cuando eso no sucedía teníamos que salir a buscarlo, a veces hasta de noche, y el temor era encontrarlo muerto por el camino.

ORGANIZACIÓN DE LA DIRECTIVA Y NOMBRAMIENTO DE CATEQUISTAS

Cuando llegó la Acción Católica, se organizó la directiva, a mi papá lo nombraron Presidente de la misma, un tío mío llamado Eleuterio, vicepresidente, Macario López, secretario, y otro tío mío, era el tesorero, todos de la comunidad. Nombraron Catequistas, eran seis, y entre ellos yo, porque ya sabía leer un poco; recuerdo a Armando Mérida, Gaspar Velasco, Alberto Jiménez, yo y algunos más. Tenía en ese momento trece años. Luego, hizo su primera visita a la aldea el P. Javier, para celebrar la Misa, y reconocer la comunidad como un nuevo centro de la Acción Católica. A partir

de ahí empezamos a participar en las actividades de la iglesia.

Al principio nos reuníamos en la casa de mí papá. No había Catequistas, ni celebradores de la Palabra de Dios, tampoco ministros de la Comunión; la primera estructura que se configuró, fue la de los directivos y Catequistas. No se hablaba de celebración de la Palabra, sino de la “clase”, donde se leía un texto bíblico, se reflexionaba, y luego se terminaba con el rezo del santo rosario y los cantos... Los Catequistas empezamos a dar la formación a los niños que se preparaban para la primera comunión, también a los adultos que se pensaban casarse... En ese tiempo la formación no se impartía en la iglesia, sino en las casas. A mí me tocó preparar a 36 niños para la primera comunión; pero ni siquiera yo la había recibido la primera comunión; me preparaba y los preparaba también a ellos; también preparé a ocho parejas para el matrimonio, este fue mi primer trabajo como Catequista; el trabajo se completaba con las visitas a las casas por la tarde... Siempre me recibían bien.

En ese tiempo se organizó una misión, llegaron de otras parroquias, llegó un misionero de Chajul, don Gaspar, otro de Cunén, don Diego Sarat; ambos permanecieron en la comunidad durante un mes; en el día íbamos a visitar las familias, sobre todo se hablaba con las mujeres. Y en la tarde-noche con toda la comunidad. A mí me daba mucha curiosidad cuando veía que leían la Biblia; no sabía nada de la Biblia, la veía, pero no sabía cómo estaba organizada, escuchaba que mencionaban san Mateo, san Lucas... que un capítulo, que un versículo.... A mí me entró la curiosidad de saber qué era la Biblia. Durante ese mes me fueron explicando qué era la Biblia, comprendí que tenía dos partes, el Antiguo y Nuevo Testamento, con varios Libros, y que estaban divididos por capítulos y versículos, con el fin de encontrar los mensajes... Después de ese mes, empecé a manejar la Biblia. Andaba todo el día detrás de de estos misioneros; recuerdo que en cierta ocasión estábamos rezando el rosario, yo estaba de pie, y me dio un desmayo, y cuando me di cuenta, me tenían fuera de la casa donde estábamos, dándome aire... Mi papá me dijo, que por tanta preocupación y de tanto ver papeles, folletos de cantos, me cansé y me desmayé... En verdad, yo estaba bastante delgadito...

Un mes después, vinieron los sacerdotes Misioneros del Sagrado Corazón a visitar todas las comunidades, recuerdo uno se llamaba Faustino, creo que era Faustino Villanueva, de mediana estatura, que es uno de nuestros mártires de Quiché. Cuando llegó montado a caballo, estaba lloviendo, con capa y lentes. Con él hice yo la Primera Comunión, junto con los 36 niños que preparé y las ocho parejas de matrimonio. No nos pusimos ropa nueva, pero sí llevábamos flores y candelas... Se hizo la celebración en la casa de mi papá, todavía no teníamos oratorio. Mi aldea tendría unas treinta familias.

LOS HERMANOS MARISTAS

Después de esto, llegaron las misiones de los Hermanos Maristas, Diego Antón, Guillermo Retuerto, Alberto Parra, Pedro Luis Irizo, Raúl Gomar... El primer año, llegaron sólo a Palop, pero de nuestra aldea nos juntábamos unos doce jóvenes y bajábamos para asistir a las actividades... Los Hermanos Maristas nos enseñaron muchos juegos, eso nos encantaba... Cuando regresábamos ya tarde, por los llanos de Polopchim, seguíamos jugando, para practicar los juegos que nos enseñaban... Uno era el juego del pañuelo, nos gustaba, en grupos colocados en círculo, se colocaba el pañuelo detrás de alguien, si no se daba cuenta, se le pegaba con el mismo... Y de nuevo empezaba la ronda, y así sucesivamente. Éramos incansables.

Los Hermanos Maristas tenían todo un programa de alfabetización, usaban el método Palau, Nos llevaban cuadernos, lápices, pizarrones, tizas... El método Palau de alfabetización, consiste en mostrar unos cartoncitos, no muy grandes a los estudiantes; en un lado del cartón había un dibujo, en otro la letra inicial de lo que mostraba el dibujo; supongamos, que era el dibujo de una naranja, por lo tanto la letra era la “n”, la que estaba del otro lado, para poder decir “¡naranja!”, y al mismo tiempo relacionarla con la letra “n”. ¿Qué ven aquí?, decían... ¡Una naranja! ¿Qué letra es esta: “la enel!”... Conocí otro Hermano, Emilio, que ahora está casado con una señora alemana, también llegó con el mismo grupo a trabajar con nosotros; otros Hermanos iban a otras aldeas.

Estos Hermanos era muy jóvenes, y estaban estudiando en la Universidad en Guatemala; en las vacaciones de noviembre y diciembre llegaban a las aldeas de Nebaj...

Al año siguiente logramos que los Hermanos Maristas llegaran a Vijolom, recuerdo a Diego Antón, Pedro Luis y otro que no recuerdo ahora su nombre, eran españoles. Se quedaban en la casa de mi papá... No sólo alfabetizaban... Nos enseñaron a inyectar, aprendimos a inyectar mi hermano y yo; ya podíamos ser enfermeros.... Cuando los Hermanos regresaron a la Capital a sus actividades, me quedé encargado del material de alfabetización para seguir el proceso... Me ha tocado enseñar y aprender a la vez... Tanto cuando me preparaba y era al mismo tiempo Catequista, como con la alfabetización, tenía que hacer el esfuerzo de prepararme y dar las clases.

Pero también estaban las reuniones y encuentros, los momentos con los jóvenes, con dinámicas, canciones y juegos, para nosotros era algo hermoso... Nadie se quedaba en casa... todo el mundo salía de su casa para ir a participar en las actividades con los Hermanos Maristas... Nosotros les decíamos "padres maristas", también mi papá les decía así... Les decíamos "padres", pensando que eran sacerdotes, aunque ellos no tenían nada que ver con la celebración de la Santa Misa, como el párroco. Una vez los invité mi papá a almorzar... nosotros acostumbramos decir ¡gracias!, después de cada comida. Cuando terminamos, mi papá les dijo: "¡gracias, padres maristas!"; y uno de ellos inmediatamente respondió: "¿de qué, por qué nos dice gracias?" Por la comida, les respondió mi papá; ¡pero qué raro, -nos respondió- usted nos invitó, es el dueño de casa; nosotros somos los que tenemos que agradecer, porque estamos comiendo la comida que tú nos das...! Ellos aprendieron nuestras costumbres, de agradecer la comida... Uno lo hace con el papá, con la mamá, con los hermanos, es normal hacerlo así después de comer, y también lo hace el mismo dueño de la casa, el que invita. Pero los Hermanos no lo entendían así...

SECRETARIO DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Cuando yo tenía dieciséis años me nombraron secretario de la Directiva de La Acción Católica de la comunidad, ya no seguí con el trabajo de Catequista. Además se formó un comité pro-mejoramiento (algo parecido a los COCODES de ahora), para gestionar proyectos, el comité lo integramos Juan Velasco, Gaspar Velasco y yo como secretario. Empezamos a gestionar una escuela para Vijolom. Fuimos a la Supervisión del Ministerio de Educación en Nebaj, a solicitar que nos mandaran un maestro y lo logramos gracias a Dios. El primer maestro era de Poaquil, Chimaltenango, se llamaba Elmer Larios, vivía en la casa de mi hermano Lucio. Los niños empezaron ir a la escuela, yo me consideraba ya un joven, no podía ir; no existía una casa para la escuela, sino que se usaba la casa de don Gaspar, de la Directiva; no logramos construir la escuela a causa de la violencia.

Por medio de la Acción Católica logramos muchos proyectos, había mucho trabajo, las conferencias de Catequistas se realizaban cada mes en la Parroquia de Nebaj, además teníamos que asistir a las reuniones de cursillos para los directivos, que duraban una semana o quince días. Participé en varios cursos de quince días; en el salón parroquial recibíamos las clases; traíamos petates y cobijas, y nos quedábamos a dormir en la misma parroquia... Participábamos hombres y mujeres.

En los cursos se nos daba formación sobre diversos temas: Catequesis, Biblia, sobre la realidad... Se nos explicaba la historia del pueblo... En Nebaj, la mayoría de la gente bajábamos por temporadas a las fincas de la Costa donde realizábamos diversos trabajos con el fin de ganar un poco de dinero... En el pueblo había personas que contrataban a la gente para las fincas. Yo conocí algunos: Don Petronio León -así le decían-, Clemente Samayoa, otro era Santiago López, y un ixil, Gaspar Bernal. Tenían sus oficinas, y la gente que buscaba trabajo llegaba con ellos para apuntarse, se firmaba un contrato y le daban un anticipo de 3 ó 4 quetzales, si el contrato era para un tiempo largo les

daban hasta 10 quetzales; pero este anticipo era como un enganche, quedaban comprometidos, se lo descontaban de lo que uno ganaba durante el tiempo que estipulaba el contrato. Era una vida muy dura; en la Costa nos contagiábamos con muchas enfermedades... Se dormía en galeras sin ningún tipo de comodidad... Yo fui varias veces con mis hermanos a la Costa Sur, por Escuintla, a la finca Pantaleón, a la finca Asunción, al pie del volcán de fuego, a la finca Margaritas y a la finca Limones... El trabajo era el corte de caña, la comida era muy mala. Yo me enfermaba. El poco dinero que se ganaba, se gastaba en medicinas al regresar a la aldea. Por una tarea o por un día de trabajo se nos pagaba un quetzal. La tarea tenía una extensión de 40 varas cuadradas, sobre todo para la limpia del café. La caña se cortaba por maletas o toneladas. Trabajábamos por grupos de cinco personas, cuatro cortaban, y uno era el “carretero”, encargado de transportar las maletas de caña en carretones, jalados por una yunta de bueyes hasta las “grúas”; en estas se pesaban las maletas de caña y luego las colocaban en los camiones. Había un encargado que apuntaba el peso de cada maleta, es decir, que el corte de caña se nos pagaba por cada tonelada puesta en el camión. En las fincas cafeteras se nos pagaba por tarea. En cierta ocasión fuimos a cortar caña a una finca llamada Margaritas, en La Gomera, Escuintla. Empezábamos a trabajar a las dos de la mañana, todavía de noche y, para poder cortar la caña nos alumbrábamos con candiles. Los candiles se hacían con botes de hoja de lata, se les echaba gas y con una mecha de trapo, que salía por un orificio, se encendían; nos ayudaban para iluminar. Trabajábamos desde las dos de la mañana hasta las siete de la noche, porque queríamos ganar más dinero. Pero recuerdo que cuando nos pagaron, solo recibimos cuarenta quetzales y habíamos trabajado cinco semanas, esto fue el salario de cada uno. El trabajo se hacía todos los días, de lunes a domingo.

Volviendo nuevamente a los Cursos de formación que se impartían en la parroquia de Nebaj... Mucho del contenido era eso, del porqué se daba esa situación con nuestro trabajo, se nos hacía conciencia sobre las causas de la pobreza, las diferencias de clases sociales, del porqué teníamos que bajar a la Costa. En estos cursos lográbamos tomar conciencia de cuáles eran nuestros derechos.

¡Hay que conocer y analizar la situación...! -nos decían-. Porque cuando uno no conoce la realidad, piensa que todo lo que pasa es por voluntad de Dios, y no nos damos cuenta que es por el egoísmo y la ambición de algunos. Pero el centro de nuestra preocupación en la formación estaba en echar a andar los proyectos parroquiales para mejorar las condiciones de vida de la gente; entonces se utilizaba la expresión “nivel de vida”. Antes de la llegada de la Acción Católica y los proyectos, trabajábamos y resolvíamos nuestros problemas individualmente, es decir cada familia o cada uno por su lado. Con la formación recibida entendimos que trabajando juntos o asociados podíamos salir adelante. Recuerdo que en los cursos ayudaban al P. Javier, el P. Axel Mencos, párroco de Cotzal, el P. Juan Alonso y el Padre Faustino Villanueva.

NUEVOS PROYECTOS, LA APICULTURA

Se intentó montar un proyecto de crianza de ovejas, no recuerdo de dónde trajeron la “semilla”, pero eran unas ovejas muy grandes, productoras de lana. Antes aquí la lana se utilizaba para hacer chamarras y otras prendas. Las ovejas que había en nuestras aldeas eran más pequeñas, apenas daban unas dos libras de lana, sin embargo, las otras daban hasta diez libras. Lamentablemente, estas oveja no se aclimataron, muy pocos lograron hacer el cruce con las de aquí; fue un proyecto que no funcionó.

Cuando se analizaron las causas de por qué este primer proyecto no había dado resultado, se pensó en un nuevo proyecto. El padre Javier, nos dio la noticia de que estaba la posibilidad de otro nuevo, no ovejas sino abejas, un proyecto de apicultura. No sabíamos qué era la apicultura y se nos dijo que se trataba de trabajar con abejas para la producción de miel; el proyecto nos interesó mucho y dijimos que había que poner manos a la obra. Las abejas que se consiguieron eran de una especie llamada “abeja italiana”. Se repartieron enjambres de abejas por cada comunidad que aceptaba el proyecto; había que seguir todo un proceso, hasta hacer el apiario propio de la aldea, siempre en relación con el apiario

central, que estaba en Nebaj; es decir, el colectivo, éste servía para la crianza de otras colmenas de abejas. Se empezó con unas 10 ó 15 colonias (colmenas)..., nosotros llegamos a tener en la comunidad de Vijolom unas 300 colmenas... Este proyecto sí pegó bien y dio buenos resultados. Un proyecto que daba en abundancia. El principal coordinador de todo era el P. Javier. Luego se trajeron técnicos especializados. Cada comunidad nombró a dos personas, a los que se les llamó monitores, eran los que tenían que asistir a las capacitaciones correspondientes, para empaparse bien de las técnicas apícolas, para luego enseñar a los demás. Se nos enseñó cómo trabajan las abejas, cómo detectar las enfermedades, cómo saber cuándo había un nuevo enjambre en la colmena, cómo extraer la miel. Caminábamos a Nebaj para recibir la capacitación, que después íbamos a poner en práctica en la comunidad...

Yo era un monitor, y teníamos que capacitarnos y poner luego en práctica lo aprendido con el grupo de la aldea, enseñarles todo lo que habíamos aprendido; esto no nos daba privilegio ni devengábamos un salario; era un servicio para la comunidad. Era igual que ser Catequista o directivo, era un servicio, ya que los frutos del trabajo, serían repartidos más tarde a partes iguales para todos. No se trataba de un trabajo remunerado. La miel se concentraba en Nebaj, se organizó la Cooperativa Santa María, con personería jurídica... Recuerdo algunos gerentes de la misma, como Miguel Itzep, luego un joven llamado Sebastián, hijo de don Pedro Cobo, quien ahora es Ministro de la Eucaristía, estuvo también don Lorenzo Pérez, catequista, ahora es maestro en Palop.

En la Cooperativa estaban todos los accesorios, cajas, medicinas, marcos, cera estampada... todo lo que se necesita para la apicultura... Había una carpintería para hacer los cuadros y las cajas para las colmenas o colonias... La miel se cosechaba cada año, se empezaba como a finales de enero, y había cosecha hasta que empezaban las lluvias... Se extraía miel cada quince días... era muy fácil hacerlo. La parte técnica era importante con el fin de facilitarles a las abejas su trabajo, no tenían que construir celdas,

que les podría llevar de quince a veinte días, por eso producían más rápido la miel... Recogíamos 20 ó 30 tambos de miel, de veinte litros cada uno. Se trasladaban a Nebaj y desde aquí se exportaba la miel a Suiza. Luego venía al dinero. La gente estaba contenta; se repartía para todos igual, de acuerdo al trabajo. Esto fue una gran cosa... Con esto se redujo mucho la ida a la Costa de campesinos sin trabajo. ¿Quién quería ir a la Costa a matarse cortando caña? Aquí era más fácil trabajar con las abejas, lo único duro era sufrir picaduras, pero teníamos un traje especial para protegernos, si nos picaban era por un descuido. La mayor parte de la miel la vendíamos, pero también dejábamos para el consumo familiar.

Durante el tiempo de lluvia, no hay flores, las abejas no trabajan y hay que alimentarlas; para eso se hacía un jarabe espeso de azúcar, la colocábamos en latas de leche que a veces se deshechan, se perforaba un hoyito en la parte de abajo, de manera que goteara lentamente; así se podían alimentar. Una vez que empezaban las flores, de nuevo las abejas empezaban a trabajar...

Esto cambió la vida de las comunidades... Fue un proyecto importante. Aprendimos a vivir en comunidad. Que yo recuerde, nunca tuvimos problemas en este trabajo comunitario. Todo estaba muy bien organizado. Todos sabíamos cuánto costaba la miel, cuánto producíamos, sabíamos cuánto dinero iba a llegar, no había dudas, la palabra corrupción no se conocía. Para eso estaba la formación de la conciencia. Estábamos conscientes que era un servicio para la comunidad. Había mucha honestidad y gran voluntad de trabajar.

En los tiempos de la Acción Católica, los directivos eran como un alcalde auxiliar de la comunidad. Los directivos no solamente resolvían problemas de la iglesia, todos los problemas de la gente llegaban con ellos.

La Acción Católica provocó un cambio muy fuerte, no sólo en lo religioso, también en lo social, económico y cultural... Hubo pequeños problemas con la "costumbre", personas que se mantenían aferradas a sus tradiciones religiosas, que también eran un modo

de ejercer poder; se desconocía la espiritualidad maya y se creía que los que practicaban la “costumbre” era brujería; por eso todo el que se hacía de la Acción Católica, tenía que dejar el pom, el incienso..., a esto se le llamaba “conversión”, dejar todas las costumbres de la religión maya... Esto sí provocó muchos disgustos a los que no aceptaron integrarse a la Acción Católica, a la que pertenecía la mayoría de la gente de las comunidades. Sin embargo, siempre se trabajó por el buen entendimiento entre la gente y la unidad, porque los de la “costumbre” seguían llegando a la iglesia, con sus cofradías y celebraciones religiosas.

Antes de los Misioneros del Sagrado Corazón estaba en Nebaj el padre Gaspar Jordán, un español ancianito, que recorría todos los pueblos ixiles celebrando y bautizando; pero yo no lo conocí. Yo sólo conocí a los Misioneros del Sagrado Corazón. Estamos hablando de los años 1976 a 1980.

Cuando Guatemala sufrió el terremoto de 1976, nosotros no tuvimos que lamentar mayores daños, que yo recuerde pocas casas se dañaron. La que sí se dañó bastante fue la iglesia parroquial de Nebaj. Se dañó la fachada, se desplomó la parte de atrás y se destruyó el bello retablo que tenía y que nunca se pudo recuperar.

Algunos sacerdotes que llegaron años después, han intentado construir un nuevo retablo, como el que había antes, pero no se ha conseguido. Había en Nebaj un fotógrafo famoso, Ángel Arriola, lo visitamos con Pedro Gregorio, y logramos encontrar una fotografía con la mitad del retablo, que era ciertamente hermoso, de madera labrada, de los que había antes en las iglesias.

La dinámica de trabajo de la Acción Católica era muy exigente; cuando mi papá recibió el nombramiento para ser presidente de la directiva de nuestra aldea, cambió radicalmente. Dejó de tomar, salió del problema. Además, era una condición que ponía la Acción Católica para que pudieran ser elegidos para algún cargo. Desde ese momento, mi papá salía y regresaba a la hora que lo esperábamos en la casa, traía las cosas que se necesitaban para la familia, y se olvidó completamente del alcohol.

TÉCNICAS AGRÍCOLAS

Después de todo logramos construir el oratorio de nuestra aldea, muy sencillo, todo de madera, pero lo importante era que ya teníamos un lugar para reunirnos y celebrar la Palabra de Dios. En todos estos años, tuve la suerte de ser nombrado para participar y colaborar en todos los proyectos de la comunidad, de catequista, secretario de la Acción Católica, secretario del comité pro-mejoramiento y monitor del proyecto agrícola. También fui monitor agrícola, me capacité en la Casa Social de Santa Cruz del Quiché; la Diócesis hizo un convenio con INTECAP, para que nos ofreciera capacitación en diversos temas. El primer curso tuvo una duración de dos meses. Al terminar, regresábamos a la comunidad a poner en práctica lo aprendido, se trataba de compartir los conocimientos. La Diócesis contaba ya con una radio, Radio Quiché, y por la radio pasaban un programa de media hora, de lunes a viernes, de cuatro a cuatro y media de la tarde sobre los temas de este curso. El INTECAP, nos había proporcionado unos libros o manuales que contenían los temas que se nos habían impartido en el curso, y en el programa de radio se repasaban nuevamente todos los temas. Después del programa, venía la clase práctica, nos íbamos a un terreno para hacer los experimentos, o mejor dicho las prácticas.

Nos enseñaron a hacer aboneras, a trazar curvas a nivel, para disponer la tierra en forma de terrazas, que sirven para hacer cultivable un terreno muy inclinado... Al trazar las curvas a nivel, se van construyendo técnicamente las terrazas, y los terrenos van adquiriendo una forma plana, con lo que se evita la erosión de suelo, ya sea por las lluvias o por los vientos. Con las curvas a nivel el terreno por más inclinado que sea, queda como si fuera un puro plan. Había varias técnicas para trazar las curvas a nivel; recibimos las instrucciones para hacer un sencillo aparato con palos que nosotros mismos cortábamos y arreglábamos y, para trazar las curvas a nivel, nos enseñaron dos diseños, a uno se le llama "A", porque al colocar el instrumento de trabajo sobre la tierra, tiene la forma de una "A" mayúscula; el otro se conocía como caballete. Estos se hacen con tres reglas de la misma longitud y ancho. El

más usado era el de tipo “A”, porque el otro necesita un nivel de construcción. En la práctica no era difícil... Se marcaban pequeñas porciones de terreno y se empezaban a trazar desde el centro hacia los lados, primero del centro hacia un lado, luego del centro hacia el otro lado... Así, iban saliendo todas las curvas a nivel... Después de haber trazado las curvas se procedía a construir las terrazas, a cada una se le colocaban barreras, que se conocían como barreras vivas o muertas; las barreras vivas, son plantas apropiadas que se van sembrando a la orilla de la terraza, las muertas son piedras o trozos de madera, que sirven para sostener la tierra. A quienes les interesaban estas nuevas ideas, las iban poniendo en práctica en sus propios terrenos.

Nos enseñaron a cultivar e injertar manzanos con diversas técnicas. Lo primero que hay que hacer es buscar los “patrones”, árbol de manzano resistente al frío y las plagas... éstos se siembran, y cuando tienen buenas raíces, se busca el injerto de la variedad de manzana que uno quiera cultivar, y se injertan; cuando los injertos se hacen sobre árboles ya crecidos, se injertan después que los árboles tiran la hoja, esto sucede después de la cosecha. Injertar no era complicado, pero sí exigía un cuidado muy especial. Cuando se hacía el injerto sobre la corteza del arbolito, se cubría con una especie de parafina para protegerlo del agua.

En el transcurso del desarrollo de estos proyectos, era evidente el cambio de vida que se iba experimentando en la comunidad. Anteriormente, los que sembrábamos el maíz, lo hacíamos sin conocimiento de las técnicas, sobre todo para aprovechar el suelo de la mejor manera posible. Todo esto implica trabajo cuidadoso, algunos lo aplicaron y otros no.

Quise realizar el experimento personalmente. Mi papá había abonado un lote de cuatro cuerdas. Le dije que me diera la mitad para cultivarlo de acuerdo con las técnicas aprendidas. Esto exigía más dedicación a la preparación del terreno, era un trabajo lento, fui cavando la tierra metro a metro, para dejar la tierra lo más fina posible. Mi papá trabajó las otras dos cuerdas como lo hizo siempre y, terminó de acondicionarlas mucho antes que yo. Me

reclamaba, al verme tan dedicado a la preparación de la tierra, que estaba perdiendo el tiempo, y que lo que hacía no iba a servir para nada. El trabajo mío iba despacio. Seguía con su manera de pensar, que mientras más terreno se preparaba en un día, se aprovechaba mejor el tiempo. ¡Téngame paciencia! -le dije-, estoy haciendo un experimento. Tardé varios días en preparar la tierra, luego hicimos la siembra. Mi papá sembró su maíz tal y como estaba acostumbrado. Yo seleccioné la semilla. Tomé las mejores mazorcas de la cosecha anterior, y busqué los granos bien formados. Después hice una prueba de germinación; supongamos que se utilizan cinco libras de maíz, de esa cantidad, saqué cien granos, luego los coloqué en fila sobre un papel de periódico, los enrollé con ese papel, los humedecí con agua, y esperé... La germinación depende de la temperatura, en tierra fría tarda de diez a doce días... Cuando calculé el tiempo. La germinación era excelente, el cien por ciento; habían germinado todos los granos. Eso me garantizaba que la semilla era de óptima calidad. Si la semilla germina por debajo del 80%, no es recomendable. Mi papá sembró matas, poniendo cinco o seis granos en cada hoyito que hacía. Yo coloqué una pita para que los surcos me salieran rectos y con la misma medida, iguales. Y en cada hoyito iba colocando sólo dos o tres granos. Cuando la milpa brotó, brotaron también muchos “hijos”, como es normal. Yo arranqué los hijos para que quedaran solo las matitas originales, cuando observó mi papá lo que estaba haciendo, me regañó y me dijo que eso era pecado. Yo le decía que sólo estaba experimentando para ver si era cierto lo que me habían enseñado... Los agrónomos nos decían que mientras más granos se colocan en cada hoyo, es como una familia grande, habrá desnutridos, porque no alcanza el alimento, así es con la siembra, mientras más granos se colocan más alimento necesitan de la tierra. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, yo coseché el doble que mi papá. Entonces se quedó admirado. Comprendió, que para sembrar no se trata solo de labrar la tierra y conseguir un terreno muy grande. Comprendió también, que para cosechar la misma cantidad que yo según él lo hacía, necesitaba conseguir un terreno dos veces mayor que el que había sembrado y para eso necesitaba más terreno. ¡Comprendió la efectividad de mi experimento! Por su parte, el frijol se sembraba dentro de la milpa.

A nosotros nos tocaba dar el ejemplo; los monitores teníamos que poner en práctica lo que aprendíamos. Llevé al grupo con el que trabajaba para que observara la milpa que había sembrado, les mostré el terreno y cómo iba el crecimiento de las matitas de maíz; había matitas, que tenían cuatro elotes; algo increíble. Y los que sembraban cuatro granos o más, recogían solo un elote. Por ejemplo, tres pies de maíz me dieron doce mazorcas de igual tamaño, era un signo de la buena cosecha.

Los proyectos agrícolas y de apicultura daban buenos resultados y beneficios para la gente. Sin embargo, los contratistas tomaron medidas muy drásticas, porque ya no había mucha gente disponible para bajar a la Costa, los problemas eran más grandes con aquellos, que por alguna razón no se presentaban en la fecha indicada, los clasificaban como “faltistas”, mandaban a sus caporales para capturarlos en su casa o en sus cultivos; algunos contratistas tenían cárceles privadas para encerrar a los faltistas. Cuando llegaba la fecha de salida para la Costa, los metían a los camiones y los mandaban a las fincas sin ropa y ni otras pertenencias personales, tenían que ir obligadamente.

Iniciamos un proyecto de manzana, en Salquil Grande, eran tierras buenas para el cultivo de la manzana. La idea no era solo producir, sino elaborar los productos derivados, jugos, jaleas, pasteles... De modo que el productor se quedara con las ganancias. Había que traer las máquinas procesadoras. Teníamos el terreno para el vivero y una casa para el técnico encargado de capacitarnos. Desgraciadamente, este proyecto no se pudo desarrollar por causa de la violencia.

Viajar a la Capital o la Costa en aquellos tiempos no era fácil. Por ejemplo, para ir a la finca Pantaleón o a Escuintla, había que salir a las cinco de la mañana, para llegar a las ocho de la noche. A los campesinos nos transportaban en camiones, cincuenta o sesenta personas juntas. Había camiones que se embarrancaban y no podían seguir... La gente perdía el viaje.

MATRIMONIO

Creo que en la mayoría de los casos, los novios que en aquel tiempo querían conocerse tenían que verse casi clandestinamente. Nuestros papás no nos hablaban de esto, era como falta de respeto. Y era un paso importante en la vida. Entre la gente ixil tenían tradiciones propias que se debían observar de acuerdo con la costumbre.

En los proyectos que he descrito anteriormente, participaban muchas personas de las aldeas de Chiantla, cercanas a Nebaj, como San José Las Flores, Mixlaj, San Francisco Las Flores, y otras. Estas aldeas querían formar centros de Acción Católica como los que había en la parroquia de Nebaj; en Chiantla había un sacerdote gringo, que se llamaba Carlos Quinn, al que había que pedirle el permiso para poderlo hacer. El P. Carlos dio el permiso al P. Javier. Junto con un catequista, Herman García, - que fue asesinado años después en la violencia-, visitábamos esas aldeas para animar a la gente y crear los centros de la Acción Católica.

Fue en Mixlaj donde conocí a la joven que fue mi primera esposa. La enamore y aceptó ser mi novia. Empezamos un noviazgo largo, de casi cinco años; yo ya había cumplido los dieciocho años. Pero nuestros padres no tenían muy buenas relaciones, las razones las desconozco; las dos familias no se llevaban. Y todos se opusieron a nuestro noviazgo, por un lado y por el otro. Mi novia se llamaba Zenaida Herrera, era catequista, participativa de manera muy activa en la iglesia. Cuando se enteraron mis padres me decían que no me convenía. Sin embargo, nosotros estábamos enamorados, y nos queríamos. Antes uno iba a ver a su novia cada quince días más o menos. Mixlaj se encuentra a unas tres horas a pie de mi aldea. Zenaida por su parte, sufría los mismos problemas que yo en su propia casa; sus papás no estaban de acuerdo que se casara conmigo. Sus padres intentaron llevársela a Huehuetenango sin que yo mediera cuenta y engañándola también a ella.

ME «ROBÉ» A MI ESPOSA

La comunicación en aquellos tiempos era difícil, no se contaba con teléfonos y menos con celulares, se hacía a través de cartas, que se enviaban por personas conocidas y de confianza. La abuela paterna de mi novia sí estaba de acuerdo y aprobaba nuestro noviazgo. Y en algún momento escuchó lo que planeaban sus papás; llamó a mi novia y le dijo: “mira, ten cuidado, porque dicen que te van a llevar a escondidas a Huehuetenango..., y que tal día se van a ir. Mándale llamar a él que venga... Y si no te da tiempo, hazte la enferma y busca la manera de comunicarte, aunque sea te escapás con él, porque tus papás nunca van a aceptar ese noviazgo...” Le agradeció a su abuelita por el aviso, y como era su abuelita, era una palabra no sólo creíble sino bien autorizada, su abuelita quería su bien. Me mandó una nota con un amigo con el que me encontraba cuando teníamos partidos de fútbol, yo era portero, y mi amigo era delantero, pero del otro equipo; y en una de esas, muy disimuladamente, sacó del bolso del pantalón un papelito y me lo entregó; cuando terminó el partido, me fui a escondidas a ver qué decía; en el papel mi novia me decía que necesitaba urgentemente hablar conmigo; me fui como pude, pero rápido. Había que hablar a escondidas. Antes se acostumbraba encontrarse cerca de los pozos para enamorarse. Me decía en el papel, te espero tal día a tal hora, en tal lugar... Me fui a verla sin pensarlo dos veces.

Cuando la encontré me preguntó, si de verdad quería que viviéramos juntos, ya llegó la hora, -me dice-. Yo no quería ir tan rápido, y menos de aquella manera. En el fondo, los dos queríamos hacerlas como es nuestra costumbre: hacer la pedida y todo lo demás, pero esta fue la situación, y lo que deseaban nuestros padres era separarnos. De todos modos, después de discutir todas estas cosas, me preguntó: ¿Tú estás dispuesto? Sí, le dije. Hablé con mi hermano Lucio, había momentos que él hacía las veces de mi papá. Me dijo que no me preocupara, que él mismo se encargaba de hablar con mis padres..., les platicó la situación. Mis padres se molestaron y le dijeron que ellos no moverían un dedo. Lucio, les respondió: yo les vengo a avisar, y si ustedes no quieren asumir

la responsabilidad, quedará de mi parte; espero que no se tenga que avergonzar después, por no haber asumido su responsabilidad, -le dijo-. Ellos sabrán cómo van a vivir. Yo le voy a apoyar porque es mi hermano, que conste que ya les vine a avisar. Así terminó aquella conversación, de acuerdo con lo que me contó mi hermano. De esta forma presionó a mi papá. Y con el consentimiento de mi papá, le fui a decir a mi novia, que sí me recibían en casa con ella. Entonces acordamos la fecha en que llegaría a buscarla, me la tenía que “robar”; y fue cabalmente un ocho de diciembre de 1979. Mi hermano Lucio fue conmigo, tuvimos que traerla de noche, porque ella se escapó de la casa sin avisar a sus papás.

LA PEDIDA FORMAL

Cuando ya habían pasado unos ocho o diez días, mi padrino de confirmación, don Carmen López, se encargó de ir a visitar a los papás de mi novia, los suegros, para saber cuándo nos podían atender; así organizamos el viaje con mis padres, mi padrino, mi hermano y mi novia a la aldea de los suegros... Cuando llegamos cerca de la casa de Zenaida, mi padrino se detuvo un momento y le dijo a ella: ¡Cuando llegue usted a la casa y salude a sus papás, se hinca delante de sus papás y les pide perdón!; y dirigiéndose a mí, me dijo: ¡Usted no se va a hincar, sólo les pide disculpas! No sé por qué nos dijo así, y lo hicimos como nos indicó. Ella tenía que decir: “¡papá, mamá, perdónenme porque me fui de la casa...!”; pero yo no tenía que pedir perdón. Sin embargo, cuando llegó el momento Zenaida se arrodilló, mi suegro, que se llamaba Domingo Herrera, y la quería mucho, la levantó inmediatamente, y le dijo: ¡aquí estamos para arreglar las cosas! Empezaron a hablar un poco todos... Cuando me tocó hablar a mí, les dije que lamentaba lo que había pasado, y que nosotros dos no hubiéramos querido hacer las cosas así, pero que ellos nos habían cerrado todas las posibilidades. Y que durante cinco años de noviazgo no habíamos tenido ningún problema entre nosotros dos, y que no era justo que nosotros tuviéramos que pagar las diferencias entre ellos, nosotros nos amamos, queremos ser felices juntos, y por eso tomamos esta decisión. Les dije, lo lamento mucho, pero no nos dejaron otro camino; si ustedes nos hubieran abierto el camino,

las cosas hubieran sucedido de otra manera; ustedes mismos lo saben, tanto mis papás como ustedes, les dije a mis suegros, son conscientes; ella también lo explicó brevemente de la misma manera.

El resultado fue que mi suegro, empezó a hablar: ¡olvidemos esto, ahora ya eres parte de la familia, lo que pasó ya no lo mencionemos, ahora están juntos, qué bueno que vinieron a la casa! Y dirigiéndose a mí, me dijo: ¡ya eres mi hijo, mi yerno, no tengas desconfianza en regresar cuando quieras...! Habíamos llevado pan, café, refrescos... Cuando se hacían formalmente las cosas, se llevaban más cosas... Eso sirvió para la reconciliación de las dos familias. Nuestros papás se empezaron a hablar y se visitaban con más frecuencia; nuestra unión sirvió de reconciliación. Fue un ocho de diciembre, cuando yo la fui a traer, fiesta de la Virgen de Concepción, no se me olvida.

En febrero o marzo del año siguiente, 1980, llegó el P. Javier a la comunidad para celebrar la Santa Misa. Y cuando me vio me dijo: ¡ya me enteré... sinvergüenza, ya sé lo que hiciste...! Era su forma de hablar, porque me tenía mucha confianza. ¡Ahí me vas a explicar luego! Celebró y me llamó. Y qué pasó vos, explícame, ¿por qué te robaste la mujer? Pues no me la robé, padre, -le dije-, ella se quiso venir voluntariamente. Pero explícame, porque yo esperaba que la presentaras, te casaras, eres un buen catequista. ¿Qué pasó? Yo le expliqué todo... Y concertamos que nos íbamos a presentar en la parroquia, para ver en qué fecha nos casábamos por la Iglesia... Pero resulta que al final del año 1979 las cosas se fueron tornando muy violentas en Quiché, y fue la última vez que vi al P. Javier en mi parroquia, por amenazas se vio forzado a dejar la parroquia a finales de febrero o en los primeros días de marzo de ese mismo año. Los soldados estaban ya por todo el departamento. También había sucedido ya la masacre de la Embajada de España. El P. Javier vivía en una casita de tabla a un costado de la iglesia; recuerdo que cuando llegábamos a visitarlo, hablábamos de las precauciones que había que tener por todo el control del ejército, porque ya habían empezado los secuestros y las desapariciones. No nos avisó de su salida, no se lo dijo a nadie.

Años después, pude hablar con él, cuando ya se firmaron los Acuerdos de Paz; contó que no pudo despedirse de la gente, que salió a escondidas, sin decir nada, porque había reunido mucha información de masacres y otras violaciones para hacer una denuncia ante los organismos internacionales de derechos humanos, y emplazar al gobierno del general Lucas García, en Ginebra. Después salió de la Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón y se secularizó. Se estableció por un tiempo en Nicaragua. Viajó a México para acompañar a los refugiados guatemaltecos que habían dejado su tierra y el país por causa de la guerra. Y, juntamente con el P. Manuel Antonio, fundaron una organización denominada “Iglesia Guatemalteca en el Exilio” (IGE). La gente lo quería y todavía lo recuerdan mucho en Nebaj. El se entregó de lleno a su trabajo pastoral sirviendo y viviendo con la misma austeridad que toda la gente.

Posteriormente los problemas con los de la costumbre se fueron amortiguando. La Acción Católica fue un movimiento misionero de la iglesia católica que hizo mucho bien a la gente, a todos; trataba de convencer a la gente de lo necesario que era recibir la Palabra de Dios; no se trataba de convencer a la gente solamente con palabras, si no también con las hechos, con obras y proyectos que los sacaran de su situación de postración, y los liberaran de la esclavitud y la dependencia de la Costa.

LA TOMA DE CONCIENCIA DE LA SITUACIÓN

Ahora que ya hemos comprendido un poco más la realidad y la vida de la Iglesia, veo que la Acción Católica fue como la primera comunidad cristiana, la que formaron aquellos discípulos que se decidieron a seguir a Jesús cueste lo que cueste. La primera comunidad cristiana ofrecía algo novedoso al mundo, algo distinto a la comunidad, y esto provocaba que la gente se fuera incorporando a sus comunidades, primero con la oración, luego con la Eucaristía, después con el compartir en comunidad, luego con los trabajos y proyectos. La gente en aquel tiempo no estaba acostumbrada a vivir en ese estilo de vida, en comunidad de amor, donde no había

quién tuviera más a costa de otros que tenían menos; dicen que la gente vendía sus bienes, y el dinero lo repartían de acuerdo a las necesidades de cada uno. Este es un ideal maravilloso, si queremos cambiar no podemos prescindir de este ejemplo.

Yo creo que la Acción Católica era algo parecido a ese ideal de vida. Lo que atrajo tanto a la gente fue ese nuevo estilo de vida, de participación, desde los proyectos, con la vida comunitaria, donde se repartía con equidad. Era como un despertar que movía a todos. Nadie se adueñaba de los proyectos. Cáritas contribuyó mucho en este sentido. A través de Cáritas llegaban a la gente muchos alimentos: leche, incaparina, aceite, frijol, maíz y diversos materiales; aquellos alimentos eran para nosotros alimentos desconocidos. Hubo muchas personas buenas ligadas a estos proyectos, recuerdo algunos..., don Domingo Guzmán, papá de don Vicente -que fue asesinado durante la violencia cuando venía de Acul hacia Nebaj-, venía de celebrar los bautismos. Don Domingo, fue uno de los directivos de aquel tiempo, que trabajó por la gente. Dentro de las mismas directivas había un encargado de Cáritas, tanto en las comunidades como en la Parroquia, para distribuir las ayudas que se recibían para la gente.

La realidad era un tema que no se podía separar del Evangelio; al hablar de la realidad, de lo que estábamos viviendo y de las causas o razones del por qué vivíamos en esa situación, tomábamos conciencia de las verdaderas causas que afligían a la gente. Era aplicar el Evangelio a nuestra realidad. Antes pensábamos que todo lo que nos pasaba era por voluntad de Dios, pero el Evangelio nos hizo descubrir que todo aquello, todo ese mundo de injusticia, vienen a causa del egoísmo de la misma humanidad, es decir, el Evangelio tocaba profundamente nuestra situación. Eso fue lo novedoso, lo que fue consolidando la vida de las comunidades, y se llegó al compromiso de decir: ¡yo estoy aquí para el servicio de la comunidad, para buscar su desarrollo y el bienestar de todos! La alegría se contemplaba en los rostros de la gente.

Crecieron también otras organizaciones, no podía ser de otra manera. Pero yo era muy joven en ese momento para darme cuenta de todo... Sí sabía que existían los partidos políticos, sabía

que existía la Democracia Cristiana, pero yo no sabía qué era la DC... Sin embargo, la influencia de estos partidos no era la causa que nos movía. No sabíamos que significaba la palabra “comunismo”, como algunos nos acusaban... Lo que sí sabíamos y descubríamos es que teníamos que cambiar nuestra vida, que todos teníamos dignidad, con los mismos derechos a una vida digna... Y la misma Iglesia nos abría el camino para hacer avances en esta dirección, para tener un trabajo mejor remunerado y tener mejor alimentación, vivir felices...

Como ya señalé, cuando yo era muy niño, para los padres el estudio de sus hijos no era importante o una prioridad; pero luego, cuando se organizó la Acción Católica, las Escuelas fueron creciendo y la mentalidad también cambió. Los papás se dieron cuenta de que la causa de muchos de los problemas que vivíamos era la ignorancia, que al que sabe leer y escribir no tan fácilmente se le puede engañar..., por ejemplo, firmar con el dedo un documento sin haberlo leído, cuando era tal vez para el robo de sus terrenos. Todo esto se fue superando con las escuelas. Recuerdo que antes, al iniciar el año escolar, los alcaldes auxiliares tenían que salir de casa en casa, tratando de convencer a los padres de familia para que mandaran a sus hijos a la escuela, pero después, cuando tomamos conciencia de la importancia del estudio, los mismos papás iban a inscribir a sus hijos en la escuela y les exigían... que cumplieran con puntualidad, para que aprovecharan la oportunidad que tenían de formarse. Este fue un cambio que se dio con el trabajo que la Iglesia hacía.

En Nebaj existía un alcalde municipal, que jugaba el papel de juez de paz para resolver un montón de problemas. Pero antes, el poder estaba en manos de los ladinos del pueblo; la mayoría de los alcaldes fueron ladinos, los que llegaron a ser maestros eran ladinos, los pilotos de camionetas, los comercios más grandes pertenecían a los ladinos; no había tanta participación de la gente ixil, a ellos se les encomendaban las alcaldías auxiliares de las aldeas. Con la Acción Católica, empezaron a surgir los maestros ixiles, autoridades ixiles, y esto contagió a otros, y la gente ixil empezó a participar en la vida activa del pueblo; la Iglesia les daba la palabra... Así fueron apareciendo ixiles con comercios y ocupando puestos de

responsabilidad, cada vez con más estudios.

Yo desciendo de una familia ladina de Chiantla. El comportamiento de los ixiles con nosotros dependía mucho de nuestro comportamiento. Había familias que vinieron de fuera, y querían mandar, había discriminación, si un joven ladino se enamoraba de una joven ixil, era un escándalo. Todo dependía de nuestro comportamiento. Si uno les daba el tratamiento de amigos, ellos hacían igual. Había familias que discriminaban a la gente ixil, y los ixiles respondían de la misma manera.

El caso de mi familia era distinto: vivíamos en medio de familias ixiles, compartíamos con ellos, trabajábamos con ellos, estábamos en la misma Iglesia, en la misma Cooperativa... En el equipo de fútbol participábamos todos juntos, lo mismo en el conjunto de marimba. Yo pude vivir esta realidad de otra manera, gracias a Dios.

¿CÓMO SE DESENCADENA LA VIOLENCIA?

Se escuchaba que en Ixcán había un grupo de subversivos, la gente del pueblo decía que eran ladrones. Pero no sabíamos dónde quedaba el Ixcán, pensábamos que era una región que estaba lejos; no teníamos idea de que nuestro municipio de Nebaj limita al norte con Ixcán. Sabíamos por las noticias de esos grupos, la gente escuchaba la radio; en las noticias no los mencionaban con el nombre de guerrilleros, les decían ladrones. Luego ya hubo noticias de que los veían por aquí, por allá... y hablaban de guerrilleros.

El primer hecho del que tuvimos conocimiento fue el asesinato del dueño de la Finca La Perla, el señor Luis Arenas, un terrateniente al que llamaban “El tigre del Ixcán”. Algunos testigos presenciales cuentan que fue un grupo armado que se identificó como guerrilleros con el nombre de Ejército Guerrillero de los Pobres; después fueron apareciendo pintadas con grandes letras: E.G.P. En su discurso dijeron que luchaban contra los ricos y por el poder

del pueblo. No recuerdo la fecha de esta muerte. Fue como la primera presentación del EGP. Luego se presentaron en el mismo pueblo de Nebaj, no recuerdo la fecha. Esto ya removi6 a la gente.

En ese entonces yo no tenia idea de lo valioso que es la historia, ni siquiera se me ocurri6 documentar detalladamente aquellos acontecimientos, o recordar las fechas. En la toma de Nebaj, asesinaron a un ladino de la familia de los Brol, don Enrique Brol, era una de las familias que se consideraban ricas en aquel entonces, dueñas de la Finca San Francisco del municipio de San Juan Cotzal, en Quiché. Después de la toma de Nebaj, la guerrilla empez6 a pasar de vez en cuando por las aldeas. En una ocasi6n, teniamos un encuentro de f6tbol en la aldea Vicalam6, era un jueves. Los jueves en Vicalam6 era el día de mercado. Est6bamos para empezar el partido cuando vimos salir de la montaña a un grupo de hombres y mujeres enmascarados y con armas en sus manos. Se dirigieron hacia nosotros y nos dijeron que teniamos que suspender el partido, que subiéramos al mercado porque ellos tenian un mensaje para todos. Cuando ya est6bamos en el lugar, empezaron su discurso, diciéndonos: ¡Somos el Ejército Guerrillero de los Pobres, los que vamos a hacer la guerra al gobierno de los ricos, para quitarles el poder, porque el gobierno no gobierna para los pobres, y que la tierra no estaba en las manos de los campesinos, que la trabajan..., que la tierra de la Costa Sur se la habían robado a los pobres, y ellos se la iban a dar a los campesinos...!

En la aldea habia una especie de cárcel, servia para encerrar a los borrachos, sobre todo, ellos la destruyeron y liberaron a unas personas que estaba allí detenidas. Y así iban apareciendo en las diversas aldeas. No sabiamos quiénes eran, porque llevaban el rostro cubierto. Luego nos dimos cuenta que entre ellos también habia ixiles.

Hay diversas versiones del por qué empez6 la persecuci6n del ejército contra la poblaci6n civil en la regi6n ixil, y sobre todo en contra de la iglesia. Como he dicho anteriormente, a trav6s del trabajo de la Acci6n Cat6lica, la gente se habia organizado en comunidades, y luego cuando aparece la guerrilla haciendo un llamado a la poblaci6n a la lucha y a la organizaci6n, de ahí vino

que el ejército acusara a la iglesia de ser la responsable de organizar a la gente. La palabra “organización” empezó a ser sinónimo de guerrilla. De tal manera que los primeros perseguidos por el ejército eran los miembros de la Iglesia, empezando por los Catequistas y los directivos... En Nebaj no había destacamento militar; solo había una estación de la policía nacional. Desde ese momento, el ejército instaló sus destacamentos, en los municipios y en algunas aldeas.

Exigían a la gente que sacara una tarjeta de control militar. Yo la vine a sacar con mi papá y mis hermanos, era en los primeros meses de 1980. Al principio desde el pueblo salía el ejército a patrullar por las aldeas. Lo primero que hicieron fue secuestrar a los líderes de la comunidad, no perseguían a toda la gente. Y los líderes de la comunidad eran los catequistas y directivos, era una persecución selectiva. Llegaban de noche a las casas, se los llevaban, a veces les daban muerte después de haberlos torturado dejándolos por los caminos. Pero como todos estábamos comprometidos en la comunidad y de alguna manera todos éramos líderes, y vimos que llegaban de noche a secuestrar, cada vez que teníamos noticia de su posible presencia, nos escondíamos y huíamos; empezamos a salir, nadie sabía por quién iban; no nos podíamos confiar, y decir, no debo nada, mejor me quedo esperando. Esto era un riesgo. Tenían un listado con nombres de los que consideraban de la guerrilla, pero la mayoría eran los líderes de las comunidades.

TESTIGO DE LAS VIOLENCIAS...

Los primeros asesinatos que cometieron y que yo vi, fue la muerte de mi padrino de confirmación, don Carmen López, chiantleco, vivía en Palóp; era el carnicero de la Aldea, junto con otro señor que se llamaba Pedro, ixil; los dos vivían del mismo oficio. En una incursión del ejército, salimos huyendo y nos encontramos con él a las montañas. Cuando se corrió la voz de que el ejército se había retirado hacia Huehuetenango, empezaron a regresar. El tenía unos animales para el destace, regresó con su hijo Juan a la casa, pasaron primero por la casa de Pedro, no lo encontraron, había otras personas... Por la parte de arriba de Palóp, hay un camino

hacia Mixlaj, por ese camino venía una tropa del ejército que nadie advirtió, encontraron a los señores en la casa de Pedro y los mataron. Al hijo de mi padrino, no sé con qué le destrozaron la cabeza, dejándolo irreconocible, lo distinguimos por la ropa. A mi padrino lo mataron con cuchillo, como se mata a un marrano, le introdujeron el cuchillo hasta el corazón, luego le cortaron la piel de los brazos, y se la desgarraron como si fuera un guante. El chicote que tenía para arriar los animales, se lo dejaron metido por la garganta. Otra de las personas, apareció con el maxilar inferior arrancado de su cara; a otro le rajaron la cabeza en cuatro pedazos quedándole abierta, a un tercero, lo ahorcaron. Hechos horribles, que provocaron la tristeza más absoluta y el pánico de la gente.

Nos llegó la noticia de que estaban muertos en la casa de Pedro. Los soldados intentaron quemar la casa, era de tablón fuerte y de techo de teja. El ejército roció gasolina y le prendieron fuego. Un grupo de personas que estaban cerca, al ver que los militares se habían retirado, bajaron con la intención de apagar el fuego; ellos avisaron a los demás de lo sucedido. Llegamos al lugar más personas y vimos lo que había pasado, inmediatamente nos organizamos y como pudimos los llevamos para el cementerio y los enterramos sin poder hacerles un cajón. Estos fueron los primeros asesinatos que me horrorizaron. Uno nunca sabía las razones ni por qué los mataban. Mi padrino era una persona muy comprometida en el trabajo de la comunidad, uno de los directivos y líderes de la comunidad católica de Palóp, era un líder.

Esta fue una experiencia terrible, en la noche despertaba sobresaltado, me venían las imágenes a la mente. Ante esto decidimos huir, para defender nuestra vida. Cuando el ejército incursionaba, todos nos escondíamos; al no encontrar a la gente, quemaron nuestras casas. Lo hicieron en nuestra aldea, pero también en las aldeas grandes como Salquil Grande, Parramos, Tzalbal, solo para mencionar algunos lugares. No se conformaban con esto: mataban los animales, machetearon nuestras siembras y toda persona que se descuidara y cayera en sus manos, la mataban. Cuando encontraban maíz cosechado dentro de las casas, o en otros lugares, le prendían fuego.

A mi compañero catequista Herman García, de San Francisco Javier, con el que llegamos a formar los centros de Acción Católica en las aldeas de San José Las Flores, Mixlaj, San Francisco..., en el municipio de Chiantla, lo mataron en Mixlaj, ese mismo día dieron muerte a su papá y a otro hermano. Luego de la muerte de mi compañero catequista, por tres veces encontré un papel en mi casa que decía: “Marcelino. A Herman ya lo matamos. Y el día que te encontremos te va a pasar lo mismo que a él”, el mensaje era claro: vas a correr su misma suerte.

Luego mataron a otros hermanos Catequistas, y no se conformaron con estos hechos, empezaron la represión masiva con ejecuciones colectivas de la población: las masacres. Recuerdo la masacre de Canaquil, contra un grupo de personas ixiles, que se dijeron: no vamos a huir porque no le debemos nada el ejército; no todos se resignaron, algunos sí huyeron para esconderse en el monte; los que se quedaron estaban en la iglesia en la Celebración de la Palabra. Allí los encontraron los militares, prendieron fuego a la iglesia y los quemaron vivos. Entre Tzoloché y Parramos Chiquito, en la comunidad de Tuchauk, encontraron gente en una cueva y los mataron a todos.

DE LOS ASESINATOS SELECTIVOS A LAS MASACRES

Luego se dieron asesinatos diversos, de una, dos, tres o más personas. Otro caso terrible que me toco presenciar, fue la muerte de una señora que estaba embarazada y en los días en que podía dar a luz, cuando los alertaron de la presencia del ejército, toda la familia salió huyendo; ella no podía correr, se quedó sola, apenas pudo esconderse entre unas matas de güisquil, todas las casas tienen güisquil sembrado alrededor de la casa, que sirve para cocinar con otras hierbas y hacer el boxbol... Los soldados llegaron, y la encontraron. La mataron, le abrieron el vientre, le sacaron el bebé, y se lo dejaron metido por su cabecita dentro de su vientre. Este caso causó mucho terror. La señora era de Tzalbal.

Otro caso, fue el de una jovencita de unos quince años, la

capturaron, la violaron, y cerca de una aldea que se llama Vicalamá, la colgaron, pero no de cualquier manera; le amarraron de pies y manos y la sujetaron en las ramas de un árbol a ambos lados del camino. Sucedió que no se conformaban con matar a la gente, sino que los despedazaban, les hacían sufrir. Se encontraron personas muertas con su vientre rasgado, y les dejaban metida unas estacas en forma de cruz, para dejarles el vientre totalmente abierto. Por todo esto, no podíamos vivir tranquilos, no había paz, la principal preocupación empezó a ser cómo esconderse, y tener los lugares preparados. Lo más fuerte llegó en 1981, 1982 y 1983, ya era el tiempo de la tierra arrasada. El ejército estaba dispuesto a acabar con todo lo que encontraba a su paso.

Las primeras veces era el terror lo que nos movía, salíamos a la desbandada, a cualquier lado. Luego salimos organizadamente, para poder controlar los movimientos del ejército y defendernos mejor.

LA POBLACIÓN SE REFUGIA EN LA MONTAÑA

En 1983, el ejército ya había organizado las patrullas de autodefensa civil, en ese año lanzaron una de sus grandes ofensivas, rastrearon hasta el último rincón de todas las aldeas de Nebaj. Yo ya vivía con mi esposa, y había nacido mi primer niño, Pedrito. Eran los primeros días de abril de ese año. Cuando nos enteramos de la presencia de los militares, yo salí junto con dos tíos míos, Tiburcio Mérida y Joselino Mérida y sus esposas, mi abuelito paterno, Augusto Mérida, iba toda mi familia, salimos hacia un cerro que se encuentra arriba de Vicalamá. Recuerdo que en una ocasión durante el año 1982 habíamos estado en la punta de aquel cerro, un poco más abajo, hay un llano; ¡qué coincidencia!, a ese lugar llegó el ejército a establecer su campamento, permaneciendo en él durante 45 días; lo interesante es que no subieron nunca durante ese tiempo hasta la parte de arriba.

Cuando en esta ocasión tuvimos que salir, creímos que el lugar más seguro era allí. Es un cerro muy alto, de puras rocas, que sólo

nosotros sabíamos por dónde subir... Debió ser el 11 de abril por la tarde. No logramos subir hasta la cima del cerro, nos entró la noche, yo andaba con mi esposa y mi hijito, mi abuelito y los tíos, cada uno con toda su familia. Al día siguiente, al amanecer, seguimos camino para coronar el cerro. Cuando llegamos a la cima, buscamos cuevas entre las rocas para protegernos de un posible bombardeo. Y ciertamente, como a las ocho de la mañana, aparecieron aviones y helicópteros; después supe que a los aviones les llamaban A37 B; bombardearon casi dos horas el cerro. No nos pasó nada.

Esto nos dio más confianza, porque por los lugares que bombardeaban ya no pasaban; creímos ingenuamente que no iban a pasar de nuevo, según ellos, las bombas ahuyentaban a la guerrilla, y eso nos dio confianza de que no iban a subir. Eran como las diez o diez y media de la mañana, estábamos entre las rocas. Vimos que los aviones se alejaron, empezamos a salir, en la cima del cerro, había una joyada, una especie de valle, un lugar adecuado para quedarnos... No habíamos comido nada. Mi primo Medardo me dijo: ¡sabes qué, tú te quedas vigilando mientras que yo me llevo a la familia hacia abajo, comeremos algo y luego vengo para quedarme y tú te vas a comer con tu familia! Cuando se fueron le dije a mi esposa, no lleves nada, solamente a nuestro hijo, nunca imaginé que era la última vez que los vería a los dos, a mi esposa y a mi hijito; y bien recuerdo ese momento que se me grabó en el alma: mi hijito tenía dos años y tres meses; mi esposa lo llevaba cargado, cuando empezaron a caminar él me seguía mirando hacia atrás, y decía ¡papaíto...! Y seguía gritándome, ¡papaíto, papaíto, papaíto...! Y así hasta que desapareció la voz de mi hijito en medio de la montaña, no pensé tan poco que era la última vez que iba a escuchar la voz tierna y dulce de mi hijito...

En ese momento, le habíamos encargado a uno de los primos que cuidara bien y vigilara por cualquier cosa, pero lo llamaron para que bajara a comer. Sin que nos diéramos cuenta, el ejército había emprendido camino hacia la cima del cerro, justamente del lado donde tenía que estar vigilando mi primo. Cuando regresó mi

primo Medardo me preguntaba si se miraba algún movimiento de los militares; yo le explique que ya estaban campados, porque juntaron fuego y ya se les unió otro grupo procedente de Mixtlaj y que un helicóptero había aterrizado allí donde estaban.

Eso estábamos hablando cuando empezamos a escuchar los disparos, y las balas pasaban cerca de nosotros. Entonces mi tía Rafaela pensó que a su hijo le estaban ametrallando, y como ya le habían matado a un hijo, empezó a gritar, los soldados fueron hacia el lugar donde se escuchaban los gritos, y nos dejaron a nosotros... Mi tío Tiburcio, mi tía Rafaela, mi esposa, mi niño, mi abuelito, ya no pudieron huir, los capturaron en ese momento, mi tío Rosolino, la esposa de Medardo, Marina, lograron huir con sus niños, casi milagrosamente. Medardo regresó conmigo sin saber qué había pasado con el resto de la familia, porque se dividieron; tratamos de rodear el cerro, pero no lo logramos, porque se nos hizo de noche. Traté de ir a buscar a mi papá. Lo encontré allí donde vivíamos, le dije que estábamos en el cerro y le expliqué lo que había pasado, pero no sabemos qué sucedió con la familia -le dije-. Mi mamá me habló con severidad: “¡hijo, no vaya a ser que solo fuiste a dejar a mi nieto y a mi nuera por allá...!” Le pedí que me preparara comida, hicimos “totoposte”, tortilla tostada, que aguanta bastante. Regresé de nuevo. Al día siguiente, seguimos rodeando el cerro, tratando de subir por donde se había quedado nuestra familia.

PERDIDOS EN LA MONTAÑA

Al llegar al lugar donde se habían quedado nuestras familias encontramos las cosas quemadas, pero en ese momento, nosotros no sabíamos si alguien había podido escapar o no, empezamos a llamar a la gente, para ver si alguien de ellos nos respondía, pero los soldados nuevamente empezaron con los disparos... Emprendimos otra vez la bajada, a la mitad del cerro nos sentamos tristes y cansados a pensar qué hacer. ¿Será que la familia pudo escapar? ¿Por dónde pudieron agarrar...? Dimos vueltas de un lado a otro y no encontramos a nadie. Seguimos caminando hacia abajo y llegamos a una milpa, no encontramos nada. Emprendimos

el regreso, cuando de repente, escuchamos los pasos de una persona que caminaba muy despacio. Miramos sorprendidos..., ¡era mi tío Joselino! La esperanza nos invadió nuevamente. Le hablamos con cuidado, mi primo le dijo: ¡papá...! Había salido del escondite a buscar agua, que llevaba en unos canutos de una planta llamada *tzololj* para los niños, por que no tenían nada de comer. Al encontraros, le preguntamos por los demás, no sé nada de los demás -nos respondió-, sólo los dos niños andan conmigo. Escuché que algunos quisieron seguirme, pero no sé qué pasó con ellos.

Lo que hicimos fue llevarlo a un lugar lejano, en un barranco en la selva, ya no recuerdo el nombre, cerca del Montelión, por Mixlaj, por la parte de Chiantla. Volvimos al mismo sitio del Cerro de Sumal Grande, como a una hora de camino. Tratábamos queriendo buscar las huellas de los demás, regresamos de nuevo al mismo sitio, porque no encontramos nada; no nos habíamos movido ni 15 minutos, cuando escuchamos un ruido, el ruido se seguía oyendo, ¿una persona o un animal...? Empezamos a subir despacio, de piedra en piedra... Detectamos que era la esposa de mi primo, que había pasado una noche sola con su niño; mi primo le habló: ¡Marina, no tengas miedo, soy yo! Tenía la ropa toda rota... Le preguntamos por los demás; igual, no sabía nada... La llevamos también donde mi tío... Volvimos al lugar, porque faltaba Vicente, Chente -que así le decíamos-, era un niño de ocho años, hijo de mi primo. También faltaba mi esposa y los demás. Seguimos buscando por el Cerro... de un lado a otro, siempre despacio, de repente encontramos un pequeño rastro que nos llevó hasta donde se había caído un árbol grande, y con las raíces arrancó la tierra, pues allí, entre las raíces del árbol encontramos a Vicente, había permanecido allí dos días y dos noches. Al encontrarlo mi primo le dijo: “¡Hijo, porqué no me contestabas?” ¡No, papá, porque yo pensaba que tal vez eran los soldados y tuve miedo! Nos respondió. Tal vez por el frío o el hambre, deliraba... a ratos no articulaba bien lo que decía. Le pregunté por la Zenaida, mi esposa y me dijo: ¡Sí, yo la vi, se acaba de ir...! ¿Y cómo la viste? Insistí. Y respondió: Iba con su rebozo y los pañales, y el nene lo llevaba en brazos... Yo me alegré mucho, porque vi que sí había huellas. Le dije a mi primo, llévate a Chente donde está mi tío, y yo sigo

buscando. Seguí aquellas huellas, me llevaron hasta una milpa, pero ahí las perdí. Las que habían dejado el rastro, eran una hija de mi tío Tiburcio y una niña que mi tío Josefino había adoptado. Después supimos que las niñas llegaron hasta el otro lado del cerro donde se encontraron con otra población escondida en la montaña. ¿Cómo llegaron? Sólo Dios sabe.

Llevábamos tres días de búsqueda, pero el cansancio era menor que la angustia y el deseo de encontrar a mi familia; le dije a mi tío y a mi primo, yo no tengo más que hacer aquí, los que están, ¡están!, ¡ya los encontramos, de plano, los demás fueron capturados por el ejército! Debo ir a darles la noticia a mis padres. Empecé a caminar y caminar, se veían rastros del paso de los soldados por todas partes... Me dirigí directamente a la cueva donde se habían quedado mis padres, mis hermanas y una mi cuñada. Antes de llegar la cueva, empecé a ver huellas de los soldados, me dio mucho miedo acercarme. Como pude llegue hasta la cueva, para mi sorpresa, solo encontré huellas de los militares, pero mis padres ya no estaban, ¿se los habían llevado? Tuve miedo de entrar a la cueva, porque pensé que los podrían haber dejado muertos dentro de la cueva. Todo ese lugar era un desierto, no había nadie, nadie... Recordé que mis hermanos se habían quedado en otra cueva y los fui a buscar, encontré a mi hermano Lucio en la entrada de la cueva vigilando, le pregunté ¿cómo están ustedes? Me respondió: ¡bien, pero no podemos salir porque hay soldados por todas partes! Le comuniqué todo lo que me había pasado y que a mi esposa no la había encontrado, ni a mi niño. Le pregunté: ¿saben algo de papá? Me respondió, no sabemos nada, pero de seguro que están en la cueva. ¡No, -le dije-, a ellos ya se los llevaron! ¡Cómo! me dijo; ¡sí!, le contesto, ¡acabo de pasar por la cueva y solo encontré las huellas de los soldados! Salimos de inmediato, con la gran suerte de encontrarnos con mi hermano Arcadio, mis cuñados Gonzalo y Virgilio, ellos se habían quedado fuera de la cueva para vigilar, pero como eran tantos grupos de soldados los que pasaban por un lado y otro, era imposible controlarlos a todos.

Les dimos la noticia y nos fuimos a inspeccionar la cueva propiedad de mi padre. Mientras unos vigiábamos, otros entramos a la cueva; mi cuñado Gonzalo fue el que entró primero, le dijimos, baja con

mucho cuidado, puede que hayan dejado granadas, porque eso era lo que hacían los soldados, dejaban granadas debajo de los muertos, para que cuando los familiares llegaran a levantarlos, estallaran y murieran muchos más. Solo encontramos unos canastos que mis hermanas habían dejado con trastos de cocina. Comprobamos que se los habían llevado, pero no sabíamos si estaban vivos o los habían dejado muertos en algún lado. Iniciamos la búsqueda, llegamos a los lugares donde el ejército había acampado. En uno encontramos colillas de cigarrillos que solo mi papá fumaba, en otro lugar, encontramos pañales sucios, eran de los hijos de mis hermanas. Y así de un lugar a otro.

BUSCANDO A MI ESPOSA Y A MI HIJO

Fuimos a ver los lugares por donde había acampado el ejército. Volvimos a encontrar colillas de tabaco de los cigarrillos que sólo mi papá fumaba. Los soldados fumaban cigarrillos, pero de cajetilla. Seguimos buscando... Pero no encontramos a nadie. No nos detuvimos, caminamos por otro sitio buscando y buscando..., encontramos a un perro que lo habían matado con un disparo; luego fuimos a dar con una casita quemada, era de horcones de madera y techo de tejas, en el piso los dueños habían cavado una zanja para esconder sus cosas, la zanja estaba llena de tejas quebradas y en los horcones un manojito de patas de ovejas que posiblemente los soldados habían matado. Nos entró la curiosidad, empezamos a revisar la zanja con cuidado, sacando los pedazos de las tejas... y para nuestra sorpresa, encontramos el cadáver de un señor, don Diego, era de la aldea San Francisco Javier, lo conocía bien. Lo habían ahorcado y lo dejaron completamente desnudo... Siempre que uno se encontraba con él, lo mirábamos con un rosario en el cuello. Como un signo de burla, le dejaron una cruz hecha de patas de oveja ceñida con el rosario entre sus manos. Nos dio mucha tristeza ver aquello, ¡indigna! ¿Cómo pudieron matar aquel ancianito? Desde ahí perdimos el rastro de la familia y nos convencimos de que se los habían llevado. Pero la pena y la tristeza era tanta, que yo no sentía cansancio, ni

hambre, ni sueño, sólo quería saber de mi esposa, de mi niño, de mi familia. Todo esto sucedió del 11 al 21 de abril de 1983 por las montañas que rodean el Cerro del Sumal Grande, la cumbre más alta del municipio de Nebaj.

Pudimos comprobar que el 21, las tropas del ejército empezaron a retirarse. Ese día salí con mis hermanos Lucio y Arcadio, rumbo a un lugar llamado Tisumal, donde sabíamos que había gente escondida, caminaba con la esperanza de encontrar a mi esposa, pero todo fue inútil, no la encontré. Regresamos de nuevo y al llegar al Sumal, la gente de ese lugar empezaba a regresar, encontramos a unas personas y les preguntamos si no habían visto a mi familia; ¡Sí! -contestaron-, ¡pero ya están muertos!; los dejaron en una fosa, intentamos enterrarlos mejor, porque los perros los están sacando, pero no se aguanta por el mal olor. Les pedimos que nos hicieran el favor de indicarnos el lugar, y cuando llegamos comprobamos que se trataba de ellos, porque encontré restos de ropa de mi esposa, que los perros habían arrastrado hacia afuera. También nosotros intentamos enterrarlos mejor, pero igual, no pudimos hacer más. Lo que hicimos fue poner piedras encima y trozos de madera, para impedir que los perros siguieran escarbando.

Posteriormente nos encontramos con un señor que no recuerdo su nombre, nos dijo que él había visto cómo les dieron muerte, coincidió que él se tuvo que quedar escondido muy cerca del lugar. Nos contó: primero pusieron a mi tío Tiburcio junto con mi abuelo a cavar la zanja, cuando la estaban cavando se les acercaban los soldados y les decían ¡saber que cosa!, de plano se burlaban, porque se reían a carcajadas. Luego los fueron matando uno por uno empezando con mi abuelo, él tenía más o menos unos 70 años de edad. No sé con qué, pero les daban un solo golpe en la cabeza y los echaban a la fosa. Por último mataron a una mujer algo pequeña que tenía su hijo en brazos, cuando le querían quitar al niño ella se oponía y si la agarraban mordía a los soldados, pero entre todos se lo quitaron, no se compadecieron del niño, le dieron el golpe en la cabecita y a la fosa, después hicieron lo mismo con la señora... Así fueron asesinando uno a uno. Al escuchar todos estos detalles se me deshacía el alma.

Los nombres de las personas que fueron asesinadas son los siguientes: Zenaida Herrera, mi esposa de 20 años, mi hijo Pedro Cano, de dos años y medio; mi abuelo Augusto Mérida, mi tía Rafaela Saucedo, mi tío Tiburcio Mérida y su esposa María Hernández, su hijo David, niño todavía, de los demás no recuerdo la edad.

ME INTEGRO A LA GUERRILLA

Yo nunca tuve planes de irme con la guerrilla, pero en medio de mi desesperación, me fui a buscarlos para pedirles si me aceptaban, ya que estaba dispuesto a ir con ellos. Me dijeron que sí. Regresé para comunicarles a mis hermanos la decisión que había tomado. Quería ir lejos, a lugares donde no encontrara recuerdos de mi familia. Además sentía una gran tristeza, impotencia y ¿por qué no decirlo?, también odio... por lo que habían hecho con mi familia, sentía ganas de vengarme. Al día siguiente me presenté con los jefes de la guerrilla y les dije: ¡ya estoy aquí, listo y preparado!

La guerrilla estaba estructurada en diferentes niveles jerárquicos. La DN o Dirección Nacional, la DF o Dirección de Frente, la DR o Dirección Regional y la DD o Dirección de Distrito. Me incorporaron a la DD, en ella estaban los cuadros políticos que trabajaban con la población; era una labor de concientización para organizar a la población. Me fui al lugar que me correspondía, pero mi tristeza era tan grande que no me dejaba pensar en lo que tenía que hacer, yo solo pensaba en lo que había pasado con mi familia. Después de seis meses, empecé a reflexionar y me preguntaba ¿qué estoy haciendo aquí? En el transcurso de esos meses la guerrilla asesinó a un primo mío, Rosalío Cano y a mi cuñado Gonzalo; eso me causó mucho más dolor y pensé que había tomado el camino equivocado. Como a los ocho meses, hablé de nuevo con los jefes para decirles que había tomado una nueva decisión, quería regresar de nuevo con la población. Me hicieron muchas preguntas y trataban de convencerme para que me quedara, pero les dije que mi decisión era definitiva.

Dentro de las filas de la guerrilla nos tratábamos de “compañeros” y uno pasa momentos muy difíciles; eso nos encariña y nos une,

a tal grado que cuando me autorizaron el regreso a la población, ya no me quería ir, sentía nostalgia por mis compañeros.

Pero la decisión ya se había hecho. Al estar de nuevo en la población pensé que no podía vivir solo, necesitaba de una compañera. Conocía a Fidelina García, pensé en ella y le propuse si quería ser mi esposa; gracias a Dios, aceptó y nos casamos. Nuestro matrimonio lo realizamos en la montaña, en nuestro lugar de refugio. Pues ya no había sacerdote, nos tuvo que casar un hermano catequista, don Alberto Jiménez.

LAS COMUNIDADES DE POBLACIÓN EN RESISTENCIA DE LA SIERRA

En todas las aldeas y montañas de Nebaj ya no se podía vivir, todo estaba controlado por el ejército, entonces recibimos noticias de un lugar llamado Santa Clara, en el municipio de Chajul, la noticia fue de que allí había buenas tierras para sembrar y no había presencia del ejército. Nos organizamos unas 30 familias y emprendimos camino. Salimos el 7 de mayo de 1984 de Sumal Grande. La caminata se nos tornó muy difícil, porque se nos fueron terminando los alimentos, comiendo hierbas y todo lo que encontrábamos por el camino, por fin llegamos a Santa Clara el 14 de mayo.

En ese lugar había poca gente, pero nos recibieron bien. Durante algún tiempo estuvimos acampados bajo los árboles, mientras pudimos levantar unas pequeñas casitas, les decíamos champas; construidas con troncos de árbol y techadas con hojas de una planta que conocemos como *posh*.

Las tierras eran prácticamente baldías, empezamos a reconocer nuestros pedazos de terrenos y nos pusimos a sembrar, sembramos milpa, frijón, malanga, camotes, bananos, caña de azúcar, bueno, sembramos de todo y no pasábamos hambre. Pero esa felicidad duró solamente unos dos años; en el transcurso de ese tiempo

fueron llegando más y más familias y llegamos a ser una gran población. En el mes de octubre de 1887, el ejército de nuevo nos empezó a perseguir, instaló destacamentos en distintos lugares de la región, ya que no solamente había población en Santa Clara, sino también en Cabá, Xeputul, los Cimientos y otros lugares. Después del año que ya señalé empezó de nuevo nuestro calvario de sufrimientos y así es como nacieron las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra (CPR). Nos organizamos para poder vivir. Años después hablábamos de “resistir para vivir”.

Nuevamente el ejército empezó a destruir nuestras siembras y a perseguirnos. Las CPR, quedamos totalmente aisladas de los demás pueblos y aldeas, sobre todo en los lugares que habían quedado bajo el estricto y total control del ejército. Esto significa que no podíamos salir a comprar lo que necesitamos, se nos terminó todo: la ropa, el calzado y hasta la sal; comimos mucho tiempo sin sal, y a consecuencia de esto, mucha gente se hinchó, algunos lograban conseguir una o dos libras con sus familiares a través de contactos muy arriesgados. Una onza de sal en las CPR, llegó a valer dos quetzales, el que lograba conseguir una onza, la guardaba para cuando hubiera un enfermo y así poder darle comida con un poquito de sal.

Toda esta situación nos obligó a crear una muy buena y hermosa organización; se propagó entre nosotros un ambiente de mucho amor, respeto y solidaridad. Esto me permite recordar la vida de la primera comunidad cristiana, como se nos narra en el libro de los hechos de los apóstoles.

EL TRABAJO PASTORAL BAJO LA MONTAÑA

Pasamos un tiempo en que no podíamos reunirnos para rezar y compartir la Palabra de Dios. En las CPR, del Ixcán estaba el padre Ricardo Falla acompañando pastoralmente a las comunidades que allí había, así fue como en octubre de 1988, envió a un catequista a la Sierra, mi tocayo Marcelino López, un Catequista

recio y decidido. Durante su estadía con nosotros, visitó algunas de nuestras comunidades, celebró bautismos e impartió charlas. Despertó el interés en toda la población; tuvimos asambleas y fuimos nombrados Dionisio Baten, Tiburcio y yo, para encargarnos del acompañamiento pastoral de las Comunidades en la Sierra. En febrero de 1989, nosotros tres bajamos al Ixcán para tener un encuentro con el P. Ricardo. Pasamos con él dos meses, tiempo necesario para que él nos diera una preparación adecuada, sobre todo para la administración de los sacramentos del bautismo y el matrimonio, tuvimos además la oportunidad de conocer cómo tenía él organizado el trabajo pastoral en las CPR del Ixcán.

Después de dos meses regresamos a la Sierra, no tuvimos ningún percance ni a la ida, ni a la vuelta. Fue una gran caminata. Empezamos a trabajar, lo primero que hicimos fue visitar todas las comunidades, esta visita nos llevó dos meses; teníamos que tardar por lo menos tres días en cada comunidad. Lo que nos pidieron en las comunidades fue que bautizáramos, porque había demasiados niños, algunos ya casi jóvenes, sin el sacramento. Cada día teníamos largas filas para bautizar. Luego fuimos organizándonos mejor, creamos nuestro Equipo de trabajo, el MTP, Misioneros de Trabajo Pastoral, lo integrábamos nosotros tres y que lo ampliamos con otros hermanos de Cabá y Xeputul.

Toda esta región estaba estructurada en tres áreas. Luego de consolidar nuestro equipo, nombramos Catequistas en cada comunidad y una directiva en cada área. Cuando logramos terminar este trabajo, nos vinieron nuevos retos, los catequistas y directivos nos empezaron a pedir más formación. Nosotros no contábamos con ningún material, más que una sola Biblia, unos cuantos cuadernos y una máquina de escribir que nos había regalado el P. Falla, que por cierto, ni siquiera sabíamos cómo escribir a máquina. Con eso empezamos organizar cursillos y nuestras reuniones.

NUESTRAS CELEBRACIONES DE LA PALABRA DE DIOS

Ante la demanda de Biblias, que era imposible conseguir, se nos ocurrió escoger pequeños mensajes del evangelio y copiarlos en hojas de cuaderno y, para que no nos ocupara mucho espacio en papel, lo hicimos con la máquina, porque una hojita de cuaderno nos debía alcanzar para tres mensajes. Estos pequeños mensajes los repartíamos a los Catequistas de cada comunidad, para usarlos en las celebraciones, pero esto no lo podíamos hacer cada semana, lo hacíamos cada mes, ya que cada mes nos reuníamos para evaluar nuestro trabajo. Evaluábamos todo, y había más cosas positivas que negativas; cuando tocábamos el tema de las celebraciones, los hermanos nos decían: le estamos sacando todo el jugo al Evangelio, porque el mismo mensaje lo reflexionamos cada domingo, pero siempre le encontramos una enseñanza nueva. Porque el mismo mensaje tenía que servir para todo el mes, para los cuatro domingos de ese mes. Cuando tenemos la Biblia, es como tener en abundancia y no profundizamos la Palabra de Dios; en cambio la escasez nos ayuda a profundizar el Santo Evangelio.

Seguimos realizando nuestros encuentros, visitas y celebrando bautismos y matrimonios. Nosotros lo hacíamos porque la gente nos lo pedía, pero en el fondo sentíamos pena porque no habíamos sido delegados por el Obispo para poderlo hacer. En una ocasión y a través del P. Falla, logramos enviar una carta al Obispo, que en ese entonces era Monseñor Julio Cabrera. Yo no lo conocía, porque el que era obispo antes de la violencia en Quiché, fue Monseñor Juan Gerardi, yo recibí la confirmación por imposición de sus manos. Junto con la carta, le enviamos a Monseñor Julio un mapa, indicando los lugares y las comunidades que estábamos atendiendo y, además le manifestábamos nuestra pena por estar administrando los sacramentos sin su autorización. Como a los tres meses recibimos una respuesta, una carta de Monseñor Julio. La recibimos con gran alegría. Habíamos pasado muchos años sin comunicación con el Obispo.

CARTA DEL OBISPO DE QUICHÉ

En su carta nos manifestaba su agradecimiento por el trabajo que estábamos realizando en ese lugar, que ni siquiera ellos podían llegar con nosotros. Además, nos animaba para que siguiéramos adelante con el trabajo pastoral y que no solo contábamos con su autorización, sino que con todo el apoyo de la Diócesis de Quiché. Eso nos dio mucha tranquilidad y seguridad para seguir adelante.

La persecución contra nuestras comunidades se intensificaba cada vez más, habíamos llegado casi a los límites de nuestra resistencia. Era el momento de tomar dediciones para salir de aquella situación. Tuvimos muchas reuniones para discutir y llegar a un consenso sobre lo que debíamos hacer. Entonces decidimos que la única alternativa era salir a luz pública. Realizamos nuestra primera Asamblea General de las CPR de la Sierra, en la que elaboramos una declaración sobre quiénes éramos los que estábamos en las CPR y de donde éramos, lo que estábamos viviendo, especificábamos una serie de demandas para el gobierno.

Se nombró una comisión que debía viajar a la capital y dar a conocer el documento en todos los medios de comunicación y las organizaciones populares, organizaciones de derechos humanos, a la iglesia, tanto a nivel nacional como internacional. La comisión se puso en camino y sólo Dios sabe cómo lograron llegar hasta la Capital. Semanas después escuchamos por la radio un comunicado, donde ellos daban a conocer su presencia en la Ciudad. No recuerdo cuántos meses después, estalló como una bomba nuestro comunicado en todos los medios de comunicación. Sabíamos que eso era un logro para nosotros, pero nuestra interrogante era ¿qué vendría después?

La respuesta del ejército no se dejó esperar, intensificaron la persecución en contra nuestra, su intención era terminar con nosotros, antes de que llegaran comisiones a verificar nuestra situación.

En Amajchel, lugar donde nosotros habíamos permanecido algún

tiempo, antes de que el ejército instalara un destacamento militar, se formó una nueva aldea con la gente que iban capturando de las CPR. Un domingo estábamos escuchado la misa transmitida por Radio Quiché, la misa era presidida por Monseñor Julio Cabrera, en su homilía le comunicaba la gente de su reciente visita a Amajchel; esta aldea está a media hora de Santa Clara, donde nosotros vivíamos. En su homilía dio a conocer todo lo que había constatado y que desde entonces en adelante el padre Rosolino, párroco de Chajul, estaría visitando dicha comunidad periódicamente¹¹. Dionisio y yo pensamos que aquella era la oportunidad para encontrarnos con el padre Rosolino. Decidimos salir a esperar en el camino por donde debía pasar, pero no sabíamos cuándo, pero aún así nos fuimos. A los dos días de estar esperando escondidos a la orilla del camino que conduce de Chel hacia Amajchel, un camino que ya no se transitaba, pero era el único que había, se nos hizo el milagro. Cuando nos dimos cuenta nos hablaron unos hombres armados, nos asustamos mucho, creíamos que era el ejército, pero no, eran los guerrilleros. Nos preguntaron qué hacíamos en ese lugar; nosotros les explicamos todo y luego nos dijeron que teníamos que caminar con ellos porque era un lugar muy peligroso. Esa primera vez, tardamos unos 15 días sin haber logrado nuestro objetivo. Luego decidimos que no era conveniente que saliéramos los dos, que más bien era mejor por turnos. Al siguiente turno fue Dionisio a observar el camino, estuvo como 12 días esperando; regresó sin noticias, tampoco se logró nada. Poco tiempo después fue mi turno nuevamente. Ya teníamos contacto con los guerrilleros que controlaban ese lugar. Todos los días salíamos al camino, pero escondidos; un día de repente vi que los guerrilleros se pusieron como nerviosos y era porque el ejército iba pasando por un lado, cuando escuché los disparos yo no sabía qué hacer, dos de ellos me llevaron a otro lugar y nos volvimos a reunir hasta el siguiente día.

Al llegar me dijeron, hoy en la mañana pasó el padre y dijo que regresaba mañana. Al amanecer salimos muy temprano al camino,

¹¹ CABRERA OVALLE, Monseñor Julio, CONSUELA A MI PUEBLO. Selección de homilías. Edita Voces del Tiempo. SERGUA, Guatemala 1997. Ver páginas: 31 - 33 y 83 - 94.

como a eso de las 10 de la mañana, me avisaron: ¡ahí viene el padre!, solo podés hablar con él unos 20 minutos para no comprometerlo, porque no viene solo. Al momento apareció, salimos al camino, me presenté y brevemente le compartí sobre el trabajo pastoral que estábamos realizando. Así fue como conocí al padre Rosolino, párroco de Chajul, y hoy Obispo de Zacapa.

EL APOYO NACIONAL Y LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Nuestros hermanos en la Capital habían logrado integrar una Comisión Multipartita, con distintas personalidades e instituciones de derechos humanos, las iglesias, periodistas y algunos embajadores, etc. Esta Comisión se formó con el fin de verificar la situación de nuestras comunidades.

En uno de los viajes que realizó esta Comisión a las CPR, conocí a Monseñor Julio Cabrera. Aquella visita nos proporcionó mucha esperanza. Era un viaje arriesgado, pero se logró.

A partir de entonces la persecución fue cesando, empezamos a salir a visitar a nuestros familiares que se habían quedado en nuestros lugares de origen y con la ayuda y acompañamiento del P. Rosolino, logramos llegar a Santa Cruz del Quiché para reunirnos con el Obispo. En esa reunión, Monseñor Julio nombró al padre Rosolino para que acompañara personalmente a las CPR. Después llegaron las Hermanas de la Sagrada Familia a quedarse un largo tiempo en nuestras comunidades. Posteriormente, un padre franciscano, fray Manuel Pineda.

Mientras tanto nosotros empezamos a participar en las Asambleas Diocesanas, en las que se reunían todos los agentes de pastoral, en el Centro Pastoral Marista de Chichicastenango.

TRABAJO EN LA OFICINA DE DERECHOS HUMANOS DE CHAJUL

A finales del año 1995, las negociaciones entre el Gobierno y la insurgencia habían avanzado y la firma de la paz estaba por fin muy cerca. Durante los años 1994 y 1995, estuve trabajando en una oficina jurídica en Chajul para defender los derechos humanos, instalada en Asociación Chajulense, fundada por el P. Rosolino. Pero mi familia aún seguía viviendo en Santa Clara. En diciembre de 1995, decidí salir definitivamente de Santa Clara, para vivir en Nebaj, donde se encontraban viviendo mis padres y mis hermanos.

REGRESO A LA PARROQUIA DE NEBAJ

Lo primero que hice fue estudiar, de niño no pude ir a la escuela pero gracias a Dios, soy el único de mis hermanos que logré cursar el tercero básico.

En ese mismo mes, Monseñor Julio se enteró de mi llegada a Nebaj e inmediatamente me mandó llamar para preguntarme si quería seguir trabajando en la pastoral de la parroquia de Nebaj. Me dijo: no lo he hablado con el párroco de Nebaj, porque primero quería escuchar tu parecer. Yo respondí que aceptaba con mucho gusto. En febrero del '96 inicié mi trabajo en la parroquia colaborando en la pastoral. Al principio sentí un poco de temor de ser rechazado, ya que todos sabían que venía de las CPR; pero no fue así, todos me recibieron muy bien, hasta me confundían, porque me decían “padre”.

Mi principal aporte ha sido acompañar a las comunidades a través de visitas, celebraciones y con la formación de los Directivos, Catequistas, Delegados de la Palabra y ministros de la comunión. Pero también quisiera compartir algunos acontecimientos que fueron para mí muy particularmente significativos, en los que pude colaborar muy decisivamente después de mi regreso a Nebaj.

EL PROYECTO REMHI

A mi llegada a Nebaj se estaba formando el equipo de animadores de la reconciliación, integrado por las Hermanas de la Caridad, y tres laicos; después de un proceso de formación, empezamos recoger los testimonios, es decir, que la gente contara los sufrimientos y atrocidades cometidas en contra de las personas y las comunidades. Esto fue un proyecto lleno de riesgos porque se realizó antes de la firma de los Acuerdos de Paz, cuando estaban todavía activadas todas las estructuras de control militar, las patrullas de autodefensa civil, los comisionados militares y la presencia de los destacamentos militares.

Sabemos qué importancia le dio Monseñor Gerardi a este proyecto a nivel nacional, y en Quiché tuvimos todo el apoyo de Monseñor Julio Cabrera. Sabíamos que era algo muy importante, porque para muchas personas fue la primera vez que se les presentaba la oportunidad de poder hablar de sus dolores y sufrimientos causados por la guerra. A demás, a través de REMHI, se podría dar a conocer una gran verdad que muchos pretendían silenciar, y firmar una paz entre el olvido y la impunidad. Este proyecto llegó a su feliz término en su presentación pública el 24 de abril de 1998, y como precio la vida de Monseñor Juan Gerardi dos días después de su presentación.

LAS EXHUMACIONES

Cuando regresé a Nebaj lo que traía en mente era poder exhumar a mis seres queridos masacrados durante la violencia, que aún seguían enterrados en el cementerio clandestino donde los asesinó y dejó el ejército. Así fue como hice el planteamiento al párroco de Nebaj para que motiváramos en las comunidades a las personas que tuvieran el deseo de exhumar a sus seres queridos, nos apoyaran. Resultó que eran muchos los que estaban interesados; aprovechando que en la Diócesis a través de la Oficina Paz y Reconciliación se había formado un equipo que ya estaban trabajando en otras exhumaciones en otras parroquias, nosotros nos unimos también.

Sacamos un listado de 120 personas que podrían ser exhumadas inmediatamente, en 22 de nuestras comunidades. Hablamos con el equipo correspondiente, que aceptaron gustosamente hacer el trabajo. Por parte de la parroquia fuimos delegados el P. Diego Agapito, el primer sacerdote nacido en Nebaj, quien en ese entonces estaba recién ordenado diácono y yo, para acompañar a las comunidades durante el proceso. Este trabajo se llevó a cabo en 1999. En el año 2000, iniciamos el trabajo. Por lo inaccesible de los lugares donde estaban enterrados mis familiares, se decidió que fuera la primera exhumación. Yo sentí una inmensa alegría, por fin se cumpliría mi sueño. Viajamos a Sumal I, lugar donde íbamos a trabajar. Cuando empezamos a encontrar los restos y reconocí las ropas que aún quedaban de mi esposa, mi hijito y de los demás, me conmovió enteramente, revivieron en mí aquellos momentos de dolor, de impotencia y tristeza, mis heridas estaban todavía abiertas. Me hizo reflexionar sobre el objetivo y la intención de exhumar a nuestros seres queridos, era para darles una sepultura digna, pero también para sanar nuestras heridas, no para volver a revivir el pasado.

¿Qué hacer con todas las familias que estaban en la misma situación? El trabajo se estaba iniciando y no lo podíamos detener. Después de tanta reflexión y oración le di gracias a Dios por haberme dado a mí el primero la experiencia de lo que se experimenta en estos casos, le di gracias porque esto me iba a ayudar para saber cómo tratar a los demás que tenían que pasar por la misma situación. Retomando el objetivo por el cual estábamos haciendo el trabajo le planteé al equipo que no habláramos de “proceso de exhumaciones”, mejor hablar del REENCUENTRO CON NUESTROS FAMILIARES, porque eso cambiaba todo el panorama.

Así fue como se continuó el trabajo que se fue desarrollando positivamente. El 29 de julio de 2001, se hizo la devolución de los restos a los familiares, fue una fiesta en Nebaj, por fin el reencuentro, la integración de nuestros familiares al seno de la familia. Por ese acontecimiento quedó establecido en la parroquia celebrar el día de los mártires el último sábado del mes de julio

de cada año. Creemos que como consecuencia de este hecho, fue el incendio de la casa parroquial el 21 de febrero de 2002, que la dejó en las cenizas.

Pero fue un gran paso, todavía limitado porque la mayoría de las personas asesinadas y desaparecidas, cuyos familiares no saben dónde quedaron, no se han podido exhumar.

LA SANTA MISIÓN DIOCESANA

En diversos momentos de discernimiento diocesano para celebrar el Gran Jubileo convocado por el Papa Juan Pablo II para el año 2000, recuerdo que en una asamblea diocesana, se llegó a la conclusión de que la mejor forma de celebrar este acontecimiento era celebrar con una misión en toda la Diócesis. Fueron tres años de preparación que incluía formación y organizaron de todos los fieles, parroquia por parroquia. En cada comunidad se hizo la invitación a todos los que desearan ser misioneros, hombres y mujeres y, con ellos se inició un proceso de formación especial y formar las pequeñas comunidades para esperar el año 2000, con una adecuada preparación. Se trataba de una semana de misión en cada parroquia, se hizo el calendario, para que las parroquias pudieran intercambiar los misioneros. Este fue un acontecimiento muy especial, fue un momento de resurrección para muchas comunidades que aún seguían en el desánimo.

LA RADIO

El incendio de la casa parroquial fue un hecho de intimidación para nuestra parroquia y para nuestro trabajo. La intención era intimidarnos para bloquear los procesos parroquiales de trabajo pastoral, pero como en otros muchos casos, y como dice un dicho: el tiro les salió por la culata. Dentro de nuestros proyectos parroquiales estaba el de fundar una radio que fuera un instrumento de evangelización. Se hicieron acuerdos con la Radio Quiché para que nos permitieran el uso de la frecuencia en el sector geográfico de nuestra parroquia y, así fue como el 15 de agosto de 2002, día de la Virgen la Asunción, Patrona de esta parroquia, salimos al

aire por primera vez. Se había adquirido un pequeño aparato transmisor, con cobertura únicamente para el área urbana de Nebaj. Poco a poco fuimos creciendo y ahora logramos cubrir toda la región ixil, parte de San Miguel Uspantán, pero nuestra señal se puede sintonizar en regiones de Alta Verapaz, como Chisec y Sayaxché, también entra en algunos lugares del departamento de El Petén. Desde entonces me encomendaron la dirección emisora, donde permanezco hasta la fecha.

El mudo de los medios de comunicación era para mí desconocido, pero descubrí una faceta de mi vocación en este trabajo, al que le entrego mi tiempo y mi corazón sin ninguna condición. Es una experiencia muy bella con la que he podido aprender muchas cosas nuevas que nunca antes hubiera podido sospechar. Le doy gracias a Dios y la iglesia por todas las oportunidades que me han dado, he aprendido muchas cosas buenas y sobre todo a servir a mis hermanos.

Para terminar quiero agradecer primeramente a Dios y a nuestra Madre la Virgen María por todas sus bendiciones, porque me siento un hombre realizado, al Hno. Santiago Otero por todo el apoyo que me ha brindado, a la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, que me han otorgado la Orden Monseñor Juan Gerardi para los Derechos Humanos. Un agradecimiento muy, pero muy especial a Monseñor Julio Cabrera, una persona que siempre llevaré en mi corazón, porque a él le debo gran parte de lo que soy.

Quiero agradecer con todo mi amor a mi amada esposa, ha sido una verdadera compañera y gracias a su apoyo incondicional he podido realizar mi trabajo. Con ella hemos procreado 5 hijos de quienes me siento orgulloso. Leonel, nació en 1985, es ahora profesor de enseñanza media y cursa el primer año de licenciatura en Pedagogía con orientación en medio ambiente, Geovany, nació en 1987, es Bachiller industrial y Perito en computación, Helmer, nació en 1989, es maestro de Primaria y cursa el segundo año del profesorado en Enseñanza Media, Rosolino, nació en 1993, cursa el último año de magisterio, todos ellos nacidos durante los años transcurridos en las CPR. Mi reina, Francisca Candelaria, nació

en 1997, en Nebaj, cursa el segundo año del ciclo básico.

Te doy gracias Señor por el don de la vida y aquí estoy, siempre dispuesto para escuchar tu llamada. Amén.

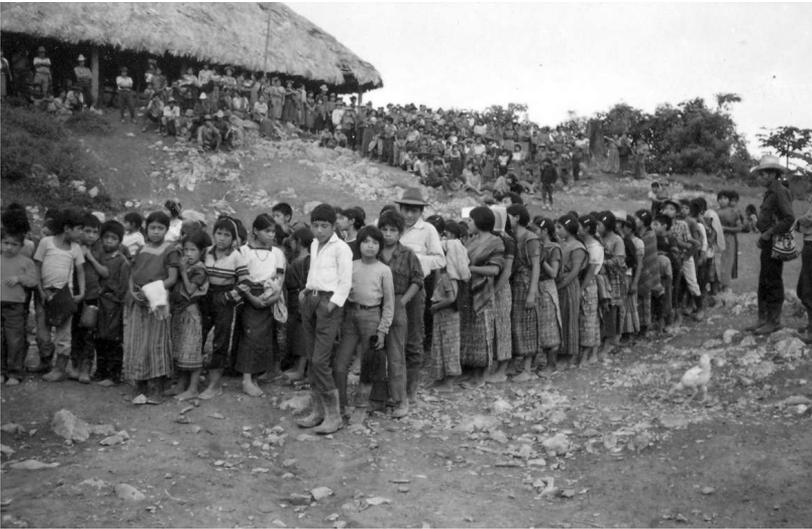
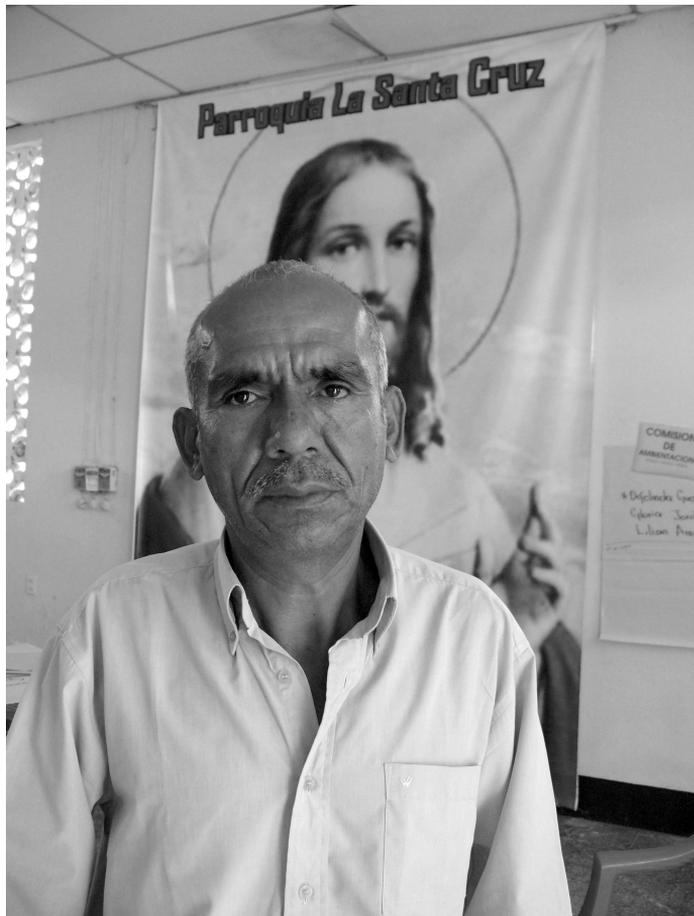


Foto tomada en las Comunidades de Población en Resistencia , Chajul.



Iglesia de Nebaj, Marcelino Cano en la inhumación de los restos de su esposa, hijito y familiares (julio de 2001)

ÁNGEL OVIDIO VELÁSQUEZ CASTELLANOS



En la Parroquia de Los Amates, Izabal

ITINERARIO DE VIDA

- Ovidio Velásquez nació en el municipio de Los Amates, Izabal, el 18 de septiembre de 1954.
- Frecuentó la escuela hasta el 3er. Grado de Primaria.
- En 1973 empieza a trabajar en la parroquia como Delegado de la Palabra.
- Confirmado por Monseñor Constantino Luna, Obispo de Zacapa.
- El 5 de junio de 1975 se casa con Odilia Roque Pérez.
- En 1983, siendo Delegado de la Palabra de Dios, es detenido por el ejército y torturado.
- Es Ministro Extraordinario de la Comunión, Delegado y Catequista.
- En noviembre de 1983, participó en el III Congreso Americano de Misiones y VII Congreso Latinoamericano de Misiones (CAM2 - COMLA 7), en Guatemala.
- En el año 2009 participó en el III Congreso Misionero de Guatemala.

LOS COMIENZOS

Comencé mi trabajo en la Iglesia como Delegado de la Palabra en 1973, por orden de Monseñor Gerardo Flores Reyes, Administrador de la Administración Apostólica de Izabal. Pertenecíamos a la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en Quiriguá. La Parroquia de Los Amates no existía.

Nací un 18 de septiembre de 1954. Hijo de Amado de Jesús Velásquez de León y de Laura Castellanos. Nací en la Aldea Jubuco, del Municipio de Los Amates. Mis primeros años los pasé en esa aldea, de la que salí con mis papás cuando tenía cuatro años, hacia un área montañosa, a la Aldea Colombia, del Municipio de Los Amates.

Mis abuelos hombres no los conocí; sólo tengo los nombres, el papá de mi papá se llamaba Eusebio Velásquez. Recuerdo que mi papá decía que era originario del departamento de Zacapa. Su esposa, mi abuela, era Olimpia Paredes, originaria de Gualán, Zacapa. Por parte de mamá, mi abuelo se llamaba Juan Castellanos y mi abuela María Mejía.

Por parte de mi papá eran cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres, uno era Samuel Imerio Paredes, Isauro Velásquez... Por lo que cuentan, cuando nacía un niño, se lo comunicaban a la autoridad de la aldea, que era el compareciente en la Municipalidad, y los niños quedaban con el apellido de la mamá; otro de los problemas fue el descontrol en el hogar, pues mis abuelos se separaron, mi abuela se unió a otro señor. Nuevamente se separó de este señor, y regresó nuevamente con mi abuelo. El papá de Imerio no fue reconocido por el padre, y tampoco era hijo de mi abuelo.

Por mi parte hemos sido ocho hermanos; han fallecido cuatro y quedamos cuatro. De los fallecidos, el tercero de mis hermanitos, Hugo René, murió a la edad de cinco años, porque desde el nacimiento venía con desnutrición. Las otras tres fueron niñas, pero nacieron de partos prematuros, y no se lograron. De manera que de los cuatro vivos, yo soy el mayor; luego viene Gabriel, mi

segundo hermano; luego mi hermana Mabelita y Mario.

CÓMO VIVÍAN MIS PADRES

Mis papás eran campesinos pobres. De los primeros años de mi vida, recuerdo desde los cuatro años. Una joven vecina llamada Tomasa, hija de Rito Salvador Estrada, dueños de ganado, me daba leche para que yo la aprovechara con mis papás. Me mantenía desnudo, sin ropa, llegaba donde estaban los animales, cuando ordeñaban, y allí al pie de la vaca me daban leche recién ordeñada. Y así me habían acostumbrado. Tomasa me consentía, me decía: ¡Ovidio, vení a tomar un vaso de leche! Mi mamá le decía: Tomasita no me malacostumbres a Ovidio... con eso..., porque de repente nos vamos, ustedes se quedan... Pero nos respondía: Ustedes no se van a ir... Recuerdo que lo primero que yo hacía cuando me levantaban era ir a ver a Tomasita, que me daba la leche. Siempre andaba desnudito. Mi mamá me decía que me pusiera la camisa y la calzoneta, pero como era lugar de calor, no quería ponerme nada. Vivíamos cerca del río Jubuco, y aprendí a nadar desde muy pequeño; nunca le tuve miedo al agua.

Mis padres no tenían tierra propia, y cultivaba a medias con el señor Ramón Arita, que era de origen hondureño, y todavía vive en Honduras. Con él trabajaba mi papá, dos o tres manzanas de milpa, dos o tres manzanas de frijol, y lo compartían a medias. Juntos llevaban el peso del trabajo. La casa donde vivíamos era de “caña de casa”, madera rolliza, hecha de manaca, corozo... Era muy resistente para la lluvia. El piso de tierra, y el fogón en la cocina. Para el fuego buscábamos leña seca en los guamiles, sobre todo de un árbol que se conocía como “masico”, árbol duro para cortar y rajar; también se utilizaba el “marío”, que es un árbol que sirve para la construcción. Con esta madera se podía lograr una gran brasa, resistente y aguantadora, servía para echarla a la plancha, y poder planchar, por ejemplo.

La comida fundamental era el maíz y el frijol, pero también el llame, yuca, llampí, semejante al llame, es una raíz... Se siembra la mata, y cuando la tierra es fértil, una sola semilla produce una

planta grande y dentro de la tierra crecen hasta cien raíces, que queda como verdura que se come con caldo de res, o con chirmol de tomate; también comíamos el badú, que se siembra en las vertientes lodosas cerca de los ríos... El ayote (calabaza) se siembra dentro de las milpas. Bananitos, plátanos, guineo habanero colorado, el habanero amarillo, guineo moroca, cuyo sabor se asemeja al del plátano. En la casa se criaban gallinas, patos, chompipes.

Mi padre vendía maíz y frijol; cuando pasamos al área de Colombia, el café; pero no se pudo cultivar mucho tiempo, porque luego llegó la violencia.

Pero cuando yo ya tenía un poco más de cuatro años, mi papá decidió cambiarse y salir para la Aldea de Colombia. Esta era un área supuestamente del Estado. Cuando llegamos se podía cultivar la superficie que uno quisiera. Pero como sucedía en aquel entonces, la gente mal organizada, nunca declararon legalmente sus propiedades en el registro de la propiedad, y así fue como otros, también del Municipio, con modos muy sucios se apropiaron del terreno; señores famosos que toda su vida han actuado con injusticia. Yo en ese tiempo ya tenía diez años; solamente fueron seis años.

Pero hacia el año 1960 se llegaron a situar en los entornos de esas montañas algunas fuerzas guerrilleras, y en ese momento empezó el sufrimiento para todos los campesinos que allí vivíamos; nuestros papás empezaron a sufrir con las persecuciones del ejército, que vino a asentarse en todos los Municipios. Yo mismo empecé a ser víctima, porque cuando acusaban a mi papá y a mi mamá, amenazándoles porque decían que daban de comer a la guerrilla... a veces llegaban a la Aldea, secuestraban y torturaban a la gente. A mí con ocho años, me agarraban a empujones, y a decirnos que me iban a quemar con todo la familia, en los ranchitos donde vivíamos. Porque aquí en la Aldea de Colombia, el techo ya no se hacía de hoja de manaca, sino de hoja de un árbol que se llama "lancetillo", es decir, "capuquilla". Entonces, pegaban fuego a las casas sin importarles dejar en la pura intemperie a las familias; hasta que nos sacaron.

Mis padres tuvieron que salir de la Aldea de Colombia para

trasladarse a la Aldea de Buena Vista; yo llegué de diez años a esta Aldea, o sea, tenemos 46 años de vivir en esta aldea. ¿Qué problema alegaba el ejército? La guerra o la persecución que se desató... Que hoy decimos que fue de 36 años, y yo los viví, y no fue porque me los contaron, porque empecé desde la edad de ocho años: sufrió mi papá, sufrió mi mamá, y todos nosotros; sufrió mi abuela (mamá de mi papá) y todos mis tíos, que les tocó salir huyendo...

De todo esto puedo hablar, desde que tenía ocho años vi llegar a los militares amenazando, y acusándonos de que manteníamos a la guerrilla, y si no dicen la verdad, van a morir, y van a pagar junto con toda la aldea. No es que estuvieran equivocados, porque todos sabían que por aquella región andaban los guerrilleros. Pero el problema era que si alguien daba parte de que cruzaban las fuerzas armadas rebeldes contrarias al Gobierno, y que en ese tiempo gobernaba Idígoras Fuentes... Yo conocí al que inició las Fuerzas Armadas Rebeldes, a Marco Antonio Yon Sosa, visitó la Aldea de Colombia; la primera vez que los vimos eran 22, armados y vestidos de particular, él era el único que andaba con uniforme.

Antes de que yo naciera mi papá había prestado el servicio militar (primero en Puerto Barrios y luego en Morales) viviendo ya con mi mamá, y nos contaba mi mamá (el tiempo reglamentario era un año, pero a los nueve meses le causaron baja, porque mi abuela solicitó la baja porque mi mamá estaba embarazada de mí, y le extendieron constancia del servicio militar, en los años de la Liberación... Y los de la guerrilla los llevaban fichados... Y cuando descubrían a alguno, también la guerrilla los ejecutaba... Y mi papá fue compañero de Marco Antonio Yon Sosa para los juegos de fútbol, en la Aldea de Las Viñas, porque su mamá residía en Quiriguá. Sucedió entonces, que tenía este comandante una novia en la aldea de Las Viñas, y ahí se hicieron amigos con mi papá, porque los dos jugaban fútbol. Marco Antonio era originario de la región de Río Hondo, Zacapa; según me enteré su papá, no lo conocí, era chino; y a Marco Antonio le decían “el Chino” de apodo...

Pero tiempo antes cuando Marco Antonio Yon sosa estaba en el

servicio militar, mi papá, -que no mucho lo quería la suegra, es decir, mi abuelita-, se molestó y se presentó para hacer también el servicio militar, en el mismo tiempo que Marco Antonio estaba de alta en el ejército; como a los dos o tres meses de estar mi papá en el cuartel, Marco Antonio se desertó de las filas militares, cuando era subteniente, es decir, que ya tenía cierta graduación. Desertó y empezó a formar su grupo colocándose en el área fronteriza con Honduras, por el Cerro Azul, que pertenece al municipio de El Paraíso, en Honduras. En ese momento los empezó a seguir el ejército... Luego se trasladaron a un área montañosa a orillas del Lago de Izabal; nuevamente los sacaron de estos lugares, y vinieron a la zona montañosa por donde vivimos nosotros.

Esa vez que llegaron a la aldea y que habló con mi papá, mi papá le dijo: ¿Te acuerdas de mí? Pero a mí papá le gustaba tomar aguardiente, era un domingo, cuando pasó la tropa guerrillera dirigida por Yon Sosa se fijó y dijo: ¡Estos no son militares! Tal vez pasaba la fila de hombres como a trescientos metros. ¡A ver si no es que aquí ya se metió la guerrilla! Y cabal, así fue. Pues entonces, cuando llegaron a la casa, le preguntó a mi papá: ¿Te acuerdas de mí? Mi papá todavía no estaba tan agarrado por el aguardiente... Sí, ¡cómo no me voy a acordar...! Mi papá tenía un temperamento fuerte, y le siguió hablando: ¡Vos Maco..., vos sos un cobarde! Y le responde: ¡Ah, cobarde... donde estoy metido no andan los cobardes... Aquí andan hombres, hombres conscientes de la mala situación en la que estamos viviendo... Así que no son cobardes... Pero en lo que sí somos cobardes es que aquel que nos denuncie, aquel sí lo matamos y lo matamos nosotros con las propias manos, no vamos a buscar quién lo mate... Así que si vos te vas a chillar, muy amigos hemos sido, pero a vos te tenemos que quitar, cuidáte la lengua..., cuidadito con que vas a ir a decir que nosotros por aquí nos cruzamos... Te lo digo como recomendación, porque agradecéme todavía por ser amigos conocidos, te estoy perdonando, porque todos aquellos que se quedaron prestando servicio en las filas militares al gobierno de la liberación, después que yo deserté, esos todos quedan muertos, y vos sos uno de esos, pero por ser amigos, a vos te voy a disculpar... porque aquí ando el listado de los que ya se fueron... Así que cuidáte mucho!

Le respondió mi papá: Bueno, está bien, lo único es que no nos andes comprometiendo, porque yo me puedo reservar, pero habrá otros que no, así que de todas maneras yo voy a sufrir, junto con mi familia, porque luego el ejército va a venir aquí.

Tal vez no pasaron dos meses y el ejército ya andaba rondando la región; no entraban a investigar, sino que de una vez colgaba a la gente, torturando y malmatando a la gente para conseguir la información a la brava, que dijeran cómo colaboraban con la guerrilla... Y bajo ese martirio vivimos durante dos años...

Mi papá llevaba mercadería desde Los Amates a la Aldea de Colombia, azúcar, cal, jabón... lo que se necesita en las familias; tenía cuatro bestias... A principios de marzo de 1963, entró el ejército a la Aldea de Colombia algo temprano y nos quemaron una casa nuevecita, como en galera, cubierta de palma de guano, que se da mucho por Chiquimula. Esa casa tenía unos diez metros de largo por unos siete de ancho, le pegaron fuego, y ni siquiera la estrenamos; empezaron a golpear a mi mamá, me golpearon a mí... y me golpeaban en la espalda con una faja...

Mirá, -me preguntaban-, ¿no se cruzan hombres armados aquí que anden llevando escopetas o rifles? No, les dije, no conozco a nadie. -Aunque sí los había visto-, yo tenía ocho años. Como mi papá no estaba empezaron a interrogar a mi mamá por el nombre de mi papá, que cuántas bestias llevaba, de qué color eran las bestias... para identificarlo bien. Por el río Vega Grande lo encontraron cruzando el río con las bestias bien cargadas de mercadería, se lo llevaron y lo metieron por la orilla del río por un lugar lleno de guamiles... Mi papá usaba caites, y se había subido al caballo sólo para pasar al río. Lo bajaron del caballo a culatazos, a puros golpes, y lo empezaron a torturar entre los guamiles a la orilla del río... haciéndole todo tipo de preguntas, que si conocía a la guerrilla.

Él les dijo que sí los conocía. ¡Ustedes los buscan, y no los conocen; yo no los ando buscando pero sí los conozco, porque puedo decirles que yo crecí con el comandante de las Fuerzas Armadas Rebeldes, que es Marco Antonio Yon sosa!

Entonces un capitán le pregunta: ¿Conocés a Marco Antonio Yon Sosa? Y le responde: ¡Como la palma de mi mano! Así que se pueden encontrar con él, y él se puede encontrar con ustedes, ¡sin darse cuenta con quién se saludan...!

Recuerdo que hablaron con mi padre y le pidieron que los acompañara en la montaña... ¡Cargos sucios yo jamás los he desempeñado! -les respondió-.

En todo caso, a partir de mañana, la montaña la vamos a bombardear para que se muera quién esté allí, sin importarnos las casas ni la gente. Mi papá salió al día siguiente; era como a principios del mes de marzo de 1963.

Tal vez eran como las cuatro de la tarde. Recuerdo que mi papá no les quitó ni el aparejo a las bestias; les colocó los trastes de la cocina, las piedras de moler, unas cajas de ropa de vestir y de cama, y yo me agarré a una chompipa, que era mía, y me la llevé bajo el brazo... todo lo demás se quedó allí: como 350 gallinas, patos... que dormían en unos árboles grandes... allí se quedó el maíz, frijol, arroz, café...

Dejamos la casa que teníamos en la montaña, llegamos a hacer noche a la Aldea Palmilla Vega Grande, que antes le decían Madre Vieja, a la casa de un comisionado militar amigo de mi papá que se llamaba Rigoberto Sarceño... No tuvo problema en recibir a mi papá... Pero al día siguiente en la mañana llegaron seis camiones con soldados y se colocaron en el terreno del señor Tino León, que acaba de morir, y allí colocaron las seis piezas de artillería, y empezaron a bombardear la Aldea de Colombia y toda el área de la montaña... La tropa militar se desperdigó por tierra en la montaña.

Murieron siete familias que se hicieron renuentes a salir de sus aldeas, recuerdo que una de ellas era de apellido Martínez... Ante eso, el mismo día mi papá le dijo a mi mamá: Yo me voy para Buena Vista, porque mi abuelita se alarmó mucho con el aviso, y tres días antes de que a nosotros nos sacaran, ella ya se había marchado para Buena Vista, donde vivía un hermano suyo, Saúl

Paredes. Se vino directa mi abuela tres días antes de que nosotros nos sacaran, y mi papá preocupado también se marchó a Buena Vista.... Nosotros nos quedamos en la misma casa. Pero don Rigoberto le dijo a mi papá: “Váyase, don Amado, porque doña Olimpia se va a venir de nuevo, pensando que usted ya se murió con su familia, tenga cuidado porque es peligroso”. Como en el camino estaba el destacamento militar, allí mismo lo agarraron los del ejército, y lo empezaron a interrogar que para dónde iba...

¡Yo soy uno de los vecinos que vivían en Colombia -les dijo-; ya obedecí salir, y mi familia está en la casa de un comisionado militar que me dio autorización para salir, y ando buscando al resto de mi familia para ver dónde me puedo quedar! Cruzó a pie el río Motagua, que no estaba en ese tiempo muy crecido. Al día siguiente llegó nuestra abuela, y nos encontró en la casa; luego mandó una señora, Francisca, mujer de uno de mis tíos, que nos llegara a sacar, para llevarnos... Y nos fuimos para Buena Vista.

Nos salió a buscar mi papá, porque mi mamá estaba embarazada de una de mis hermanitas que murieron; llegamos a posar a la casa de un señor que se llamaba Cástulo Contreras; era una casa humilde, hecha de tarro, parecido al bambú, y con techo de madera. Mientras, a mi papá las autoridades de la aldea le dieron un terreno para que hiciera la casa. Y allí crecimos, y allí vive todavía mi mamá, porque mi papá ya falleció hace dos años.

Luego mi papá empezó el trabajo de Catequista. Conoció en Quiriguá al Padre Herculano; luego yo hice la Primera Comunión con el Padre Demetrio Miolli; yo ya tenía doce años. Éramos 150 niños que llegábamos de tres comunidades: Buena Vista, Cumbre de Buena Vista y Cerro Chino; cincuenta de cada comunidad. Recuerdo que la parroquia tenía su equipo de trajes tanto para niños como para niñas, en armarios. El día fue el 24 de diciembre; el catequista presentaba su grupo, y el sacerdote le decía al sacristán, que se llamaba Vidal, que llamara a los catequistas para que te entreguen el listado de cuántos traen preparados, y les das el uniforme. El sacristán observaba la talla, y nos entregaba una camisa blanca y un pantalón azul marino. Llevábamos una candela encendida con un ramo de flores; las niñas con vestido blanco

hasta los pies y velo. Recuerdo que la Misa fue a las nueve de la mañana.

Los catequistas nos enseñaban el Catecismo Breve, con preguntas y respuestas, y las oraciones. Tenía setenta y tres preguntas, con las oraciones: Padrenuestro, acto de contrición, credo, avemaría, salve... Aprendí las setenta y tres preguntas, que hasta la fecha recuerdo. La primera decía: ¿Quién es Dios? La respuesta: Dios es un espíritu puro, infinitamente perfecto, creador soberano y señor de todas las cosas. Pregunta que me aprendí cuando tenía doce años. Otra pregunta importante, que el catequista nos pedía que nunca la olvidáramos: ¿Qué es la Santa Misa? La respuesta decía: La Misa es el sacrificio ofrecido a Dios por manos del sacerdote representando y renovando el sacrificio de la cruz. Y esta respuesta, nunca se me olvidó. Todos los días nos reunían, de cuatro a seis de la tarde, el catequista Jesús Raimundo, en un primer momento, y lo reemplazó otro que se llama Patrocínio Aldana, que vive todavía, ya ancianito, en la comunidad de Buenos Aires, cerca de la aldea El Rico. Luego éste se trasladó y llegó a ser mi catequista, uno de los testigos de la fe de la Iglesia de Izabal, que está en la lápida de Puerto Barrios, Zacarías Hernández Pérez; llegaba desde cerca de la aldea donde yo nací hasta la aldea donde vivíamos. Fue mi tercer catequista durante el año de mi preparación para la Primera Comunión, porque también fue él el que le dio las catequesis a mi papá para su casamiento.

La que nos enseñó las prácticas religiosas desde cuando éramos niños fue mi abuelita Olimpia Paredes, la mamá de mi papá. Nos decía: ¡Bueno hijos, vamos a rezar... vamos a pedirle a la Virgencita que nos acompañe, nos bendiga y nos proteja esta noche...! Recuerdo que había veces que me encaprichaba y no quería rezar; le decíamos “mamá”... Venga para acá bandido, ¿cómo es eso que no quiere rezar? Vamos a darle gracias a Dios por el día que ya se terminó, porque no sabemos si mañana vamos a amanecer vivos... Me agarraba de la oreja. Y yo bravo allí hincado... Algunas veces le decía mi papá: Mire, mamá, déjelo, si no quiere no quiere, déjelo; pero ya sabe que mañana se tiene que alistar temprano porque hay que rezar, porque tiene que acompañar a la “mamá”. Y yo le respondía a mi papá: ¿Y por qué vos no rezás con mi

abuelita?; yo le trataba de vos a mi papá... Pero eso no quiere decir que vas a ser hombre sin fe igual que yo, me decía. Y luego llegaba también a hincar. Y entonces mi abuela se aprovechaba y le decía: ¡Probá hijo de rezar una decena del Rosario, hijo!... ¡Pero si eso es lo que no me gusta, mamá!, le respondía mi papá... Y aunque no quería, con el tiempo, mi papá le tomó un gran cariño al rezo del rosario. Mi papá se casó en Jubuco, porque el finado Zacarías Hernández lo había preparado, don Zacarías ya era Catequista... Pero mi padre siempre siguió un poco descarrilado. Su conversión, después de pasar todos los suplicios a los que nos vimos forzados, llegó un día, cuando el mismo don Zacarías le dijo abiertamente: ¡Bueno Maio, -por Amado-, el Señor te ha protegido hasta ahora, te está demostrando que te ama y te quiere; te ha defendido de grandes desprestigios de la vida, de vicios y malas costumbres... Y te ha defendido de manos de la guerrilla, de manos del ejército, vale la pena que empieces a cambiar y perseverar! ¿No te parece que tu familia ya se merece algo mejor?

Todavía recuerdo verlos en esta conversación, sentados en unos trozos de madera en el corredor de mi casa, lo estaba catequizando nuevamente... Y nombró Catequistas en Buena Vista, a mi papá, a Feliciano Ormán y Natalio Vega; estos fueron los primeros tres catequistas que empezaron a trabajar en la casa del señor Pedro Pérez Recinos, allí se reunían... A la gente también le gustó. Luego hicieron un ranchito provisional. Un comisionado les dio un pedacito... La familia de Servando también vivía allí... También su papá, Santos Pérez Genes, completó los cuatro catequistas. Don Natalio se descarriló, no siguió. El papá de Servando falleció de tuberculosis... (Luego, con su familia se pasaron para la Palmilla Juan de Paz).

LA IGLESIA DE BUENA VISTA

Don Zacarías Hernández siguió trabajando como Catequista en todas las aldeas y motivó a la gente para que empezaran a hacer la iglesia; lo empezaron mi papá, Adrián Díaz, que se hizo de catequista (que acaba de fallecer), y Feliciano Ormán; estos fueron

los que empezaron; con techo de hoja de capuca; era una construcción todavía pequeña, de ocho varas de largo por cinco de ancho. Se colocó la imagen de la Virgen de Fátima, que era también chiquita sobre una peana de madera. Para las celebraciones tenían el misal dominical, donde podían leer las epístolas y el evangelio. Después del rosario, los Catequistas leían la carta, el salmo y el evangelio; seguía una pequeña reflexión.

Los Catequistas se reunían cada tres meses, un jueves, en la parroquia de Quiriguá, un día entero. También se reunían en su centro, una hora más o menos cada semana. Les daban unas hojas, “hojas diezmales”, porque daban como ofrenda diez centavos; cada mes llegaban a la reunión... También reunían algo de dinero...

Había algunos evangélicos, tres familias de la iglesia Amigos... En la Iglesia católica el número se mantiene, unos días cien otros ochenta personas que se mantienen.

Cuando yo hice la Primera Comunión, ya me quedé dentro del trabajo de la iglesia; me gustaban los cantos, y acompañar a los conjuntos.

MIS AÑOS DE ESCUELA

Al mismo tiempo que llega mi familia a Buena Vista, estaban con el deseo de construir la escuela; ya tenían el terreno arreglado, por medio de los comisionados militares habían hecho una solicitud a la zona militar de Puerto Barrios para que les concedieran maestro; les respondieron que si miraban su interés les proporcionarían maestro. Desde el primer momento que mi papá llegó a la aldea, empezó a trabajar en la construcción de la escuela. Empezamos a estudiar en 1965. Yo sólo pude estudiar dos años. Mi primer maestro era de Quiriguá, Carlos Romeo Bracamonte. Cada año tuve un maestro; al primer maestro que nos mandaron, le gustaba a tomar. A veces pasaba un mes, y no llegaba. Los mismos comisionados lo mandaron fuera. Solicitaron otro, que vino de Chiquimula, por parte del Ministerio de Educación. La

escuela era como en ranchito, pero con hoja de “mojano”, una hoja común y corriente, que no dura más de un año, y hay que renovarla...

LOS DELEGADOS DE LA PALABRA DE DIOS

Empezamos a ir a Morales a las reuniones para prepararnos; en la segunda reunión, Monseñor Gerardo Flores, me sacó del grupo, con otro joven Catequista de El Rico, cerca de Los Amates, pues había empezado a formar a los Delegados de la Palabra, y nos dijo: ¡Fíjense que a ustedes dos, los necesito, a ti Ovidio y a ti Rudy, los voy a responsabilizar para que vayan al Seminario!

Pero creo que en ese momento mi papá me involucró miedo para la vida sacerdotal; me falló, en ese sentido. El me orientaba hacia el matrimonio. A veces le preguntaba: “Papá, ¿cómo será eso de vestirse como “padre”?, le decía. Y me respondía: ¡Ah..., es que estudian, m'hijo! Pero a vos no se te vaya a ocurrir meterte a eso. Esto me lo decía antes de su conversión. Y te lo digo por dos cosas, me decía: Porque si te has acostumbrado a estar junto a nosotros, cuando te tengas que hacer sacerdote te vas a ir lejos, así que ya no te podremos ver; y otra cosa, a los sacerdotes mucho los persiguen, y hasta los matan, y yo no quiero que te vayan a matar a ti.

Y cuando Monseñor Flores me estaba dando la oportunidad, de lo primero que me acordé fue de lo que me había dicho mi papá. Le dije: ¡Monseñor, déjeme pensar...! ¿Y por qué tenés que pensar mucho? Porque la verdad es que me quiero casar. Y es que cuando yo tenía 15 ó 16 años, mi papá empezaba a aconsejarme, sobre todo cuando comíamos, y me decía: Si te querés ir... Miro que hay patojas que te persiguen mucho... Quiero que tengas cuidado en eso, no quiero que te dejes invadir la mente... Porque esas patojas que se andan ofreciendo, no sirven... Yo ya me sometí en las cosas de la Iglesia, y quiero que me ayudes... cuando pensés en una patoja, mejor se hacen novios, para que en ese tiempo la conozcas, porque el matrimonio es un compromiso con uno mismo,

con Dios y de la iglesia. Quiero que me des el privilegio, que cuando seas joven y sientas que te puedes defender por ti mismo, y sientas que puedes sostener una familia, me permitas el gusto de ir a solicitar a la patoja a quien vos ya sentís amar, a la que te ama y te quiere y con la que vos ya tanteas que vas a querer para toda la vida; porque eso sí, ya sabés que es una esposa la que Dios y la Iglesia te van a entregar. Tenés que tener cuidado en que sea de tu gusto... quiero que te casés como corresponde... Mujer así no más..., no quiero que me llevés a la casa. Yo me quedaba en silencio, sin decirle nada... Y se enojaba porque no le contestaba...

Yo le decía que para mí no había llegado el tiempo de casarme. Cuando entré a la escuela ya tenía 14 años, y estuve en la escuela tres años. Éramos 76 compañeros de escuela para un solo maestro; llegaban a Buena Vista de otras dos aldeas... Jugábamos pelota, que hacíamos de capa de tusa de maíz; y hacíamos unas pelotas bien “entaquilladas” con pita (cuerda), y nos servía, las taqueábamos con tusa... No se conocían otras pelotas. Si existían las pelotas de cuero, las de los futbolistas, que costaban seis quetzales, pero no teníamos dinero para conseguir una así. En una ocasión el maestro que vino de Chiquimula, Reginaldo Orozco Vásquez, nos trajo la primera pelota formal de fútbol; así que me tienen que dar cada fin de semana cinco centavos. En resumen, la primera que llevó se la pagamos, y la segunda ya no alcanzamos para pagárselo, porque ya se vino el tiempo de lluvia... y los papás no nos daban centavos. La tarea de trabajo al día la pagaban a cincuenta centavos. Y en tiempos de lluvia no había mucho trabajo.

Luego de los tres años en la escuela, ya no quise seguir, me daba lástima dejar a mi papá en el campo. Más tarde sentí que fue una lástima no haber seguido en la escuela.

Me casé a los 21 años de edad, el 5 de junio de 1975, con Odilia Roque Pérez. Hemos tenido diez hijos, pero viven ocho: Arsenia Esperanza, Etna Rosibel, Érica Nineth, Daeisy Lusélita, Amado de Jesús (como se llamaba mi papá), Oscar Ovidio, Luis Enrique y Denia, que es la “cume”, que tiene ahora doce años. Los que fallecieron eran prematuros, nunca supimos la causa. Mi suegra era la comadrona, y la que ayudó a mi esposa.

EL TRABAJO EN LA IGLESIA

Dos veces me invitó Monseñor Flores para que fuera al Seminario, cuando tenía unos 18 años. El ya no me insistió, pero siempre me apoyó.

A partir de los dieciocho años empecé la formación que siguen los Delegados de la Palabra, nos los impartían en el Centro Apostólico de Morales; allí cursamos esos estudios. Mi primer maestro fue el padre Cirilo Santamaría, el padre Vicente Costa, que en paz descanse, que era párroco de Bananera y el padre Tulio Maruzzo, que es uno de los mártires de nuestra Iglesia). El padre Vicente Costa permaneció en Izabal unos 30 años, y aquí falleció, por enfermedad. De los dos sacerdotes que han quedado como inscritos en mi alma, han sido el padre Cirilo y el padre Tulio, que se hicieron acompañar siempre de la presencia de Monseñor Gerardo Flores; el párroco de Quiriguá era el padre Honorio Benet, franciscano italiano, pero no mucho apoyaba el trabajo de los Delegados, y a veces creaba contradicciones en el proceso.

Yo soy de la segunda promoción de los Delegados de la Palabra; los originarios, con los que inició el trabajo pastoral de los Delegados, fueron formados por personas llegadas de Honduras; entre estos Delegados está Adrián Díaz, de Cumbre de Buena Vista, otro de Planes de Santa Rosa, Estanislao Duarte, todavía vive, ya ancianito y sin vista. Adrián Díaz me apoyó mucho, y de la misma manera Estanislao. Siempre que me ve o lo llevo a saludar, derrama unas lágrimas, porque conviví mucho con él, recibiendo formación. De aquel grupo primero sólo queda Estanislao, con unos noventa años. Fue un campesino, que trabajaba la tierra. Toda su familia trabaja con la Iglesia, sus hijos, nietos, sobrinos... Son de una familia de apellidos Duarte Valdés, que siempre siguieron las huellas del Evangelio; don Estanislao sembró la buena semilla del Evangelio en Planes de Santa Rosa y otras muchas comunidades, lo apreciaron mucho, un Delegado muy bien preparado, extenso, profundo; con una gran estabilidad de fe y muy preparado en la Sagrada Escritura, en la Biblia. Gracias a Dios en ese trabajo dejó la mayor parte de sus fuerzas. Ahora cuando uno lo visita, sólo lo

puedo saludar, porque ya no puede ver y ha perdido el oído. Pero siempre me da una gran satisfacción aunque sólo sea saludarlo; siempre llega al oratorio. Y ya monseñor Gabriel lo conoce. Dejó alma, vida y corazón en todas las comunidades que él atendía.

CURSOS DE PASTORAL

El primer encuentro se conocía con el nombre de Curso de Iniciación Cristiana para Delegados de la Palabra de Dios. Nos enseñaban a conocer la historia de la Iglesia desde sus orígenes, para analizar cómo empezó la Iglesia de Jesús. Estudiando el Antiguo y el Nuevo Testamento, de manera que los agentes de pastoral pudiéramos adquirir una formación amplia y bien estructurada. Muchos católicos se dicen “católicos”, pero desconocen cuáles son los fundamentos de la Iglesia. Mi primer maestro, el padre Cirilo, nos pedía que leyéramos bastante los fundamentos de la Iglesia, que lean con frecuencia el capítulo 16 de san Mateo.

La Iglesia es el Corazón de Cristo, pero ese corazón necesita fluir, llevando el mensaje a los demás. En la Iglesia no se viene sólo a rezar. Hay que llevar el mensaje a los demás, y trabajar para formar cristianos que sean discípulos de Jesús, pero con el corazón en la mano. Hay que entender que tenemos tanta gente explotada, humillada, y esto se da como consecuencia de la gran injusticia social que a nivel mundial se vive, no digamos, -nos decía- en este territorio de Izabal. Esto a nosotros nos conmovía, y nos preguntaba, que ¿qué quería decir todo lo que nos decía?

Nos mandaba a trabajar en grupos, para reflexionar el texto de Mateo 16: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. ¿Qué creen ustedes que les quiso decir Jesús a esos doce hombres? Nos preguntaba... Empezando por Pedro, que era la cabeza... Nos dejaba, un rollo de papeles, que les decíamos “cuestionarios”, con preguntas; era el material para estudiar en la casa, con la Biblia abierta, leyendo, meditando, estudiando las preguntas y contestando las respuestas. Cada mes teníamos que llevar a Morales el trabajo terminado, entregábamos los papeles. A finales de

diciembre de cada año, entregábamos los últimos papeles... Y en febrero teníamos que llegar. El padre Cirilo, nos decía: “Trabajen, haraganes, porque nos han venido unas respuestas que no están de acuerdo con lo que el Equipo les solicita...” Insistían en la formación; sigan estudiando.

Gracias a Dios, cuando me ve el padre Cirilo siempre me recuerda. Porque en aquellos tiempos, me decía: Bueno, Ovidio, vení para acá... Y me empezaba a dar palmadas fuertes en la espalda... Te quiero felicitar, porque puedo hacer constar que sí te quiebras el cerebro, porque no me has fallado con el material que te dejé. Te has ganado los cien puntos en cada hoja. Y serás de aquellos agentes de pastoral, que cuando vean que llegan los temblores, no te vayas a poner a temblar. Cuando me decía así el padre Cirilo, me puse a pensar en aquello de temblores.

Un día me dice: Nos van a querer matar, porque esto que estamos estudiando se está difundiendo -nos decía-, y hay gente que no les parece, y la prueba es que ya andan controlado las parroquias, y eso ya dice mucho. Nosotros todavía no teníamos los ojos abiertos. Pero ellos sí que se daban cuenta. Y cabalmente, al poco tiempo ya nos dimos cuenta que había individuos con deseo de manipularnos.

Esta formación ha producido sus frutos en la Iglesia de Izabal, nos ayudo a muchos agentes, para mantener el testimonio de vida, y muchos tuvieron que ofrendar la vida, y los pocos que nos quedamos, hemos seguido ese mismo camino.

Cuando regresábamos del Cursillo, ya la gente lo sabía, porque la misma comunidad nos nombraba para ir a hacer el Cursillo. Después, con lo que asimilábamos, lo compartíamos en la comunidad, tanto en la Parroquia o de cara a la Administración Apostólica... formábamos pequeños grupos, unos para visitar enfermos, otros para ayudar a personas necesitadas, ya sea en su trabajo o en cualquier otro aspecto.

Si por algún motivo alguno de los nombrados al Cursillo, al regresar no decía nada, la misma comunidad le reclamaba: Y fulano de

tal, ¿qué nos trajo del cursillo? Nos preguntaban... Y obligadamente teníamos que darles a conocer lo que nos habían enseñados. La gente quería aprender; hubo mucha gente que respondió como Iglesia; ahora nos cuesta un poco más el trabajo pastoral. Hoy la gente busca las distracciones tecnológicas, y a los trabajos de la Iglesia no se les da tanta importancia.

A mí me evaluaron en Morales, y me evaluó el padre Cirilo Santamaría, después del primer año de formación. Nos dijo: Ustedes tienen que ser enviados, no a celebrar Misa, sino a presidir la Celebración de la Palabra de Dios. Ustedes, -nos dijo-, tienen que dar la bienvenida a la gente y presidir la celebración; nos reproducían unos materiales que llegaban desde Choluteca, Honduras, diseñados de acuerdo con los tiempos litúrgicos, eran como unos misales. Como es una semana la que permanecemos reunidos en el Cursillo, -nos dijo un día el padre Cirilo-, y hoy que es lunes, el primer día, le toca presidir a Ovidio. Allí estaba presente Monseñor Gerardo Flores, el padre Vicente, el padre Tulio, el padre Cirilo, y las seis monjas canadienses, una de ellas era Andrea, que era la Superiora del Convento de Morales. Mañana va a presidir otro, pero no se va a decir hasta el momento. Queremos ver qué están asimilando de todo lo que están aprendiendo aquí... Recuerdo muy bien estas palabras del padre Cirilo delante de todos.

Yo sentí que el nerviosismo me invadió todo el cuerpo. Lo que me ayudó es que ya había visto a un pequeño grupo de Delegados celebrar la Palabra, y traté recordar su manera de hacer, y eso me tranquilizó. Y tienes que hacer la Celebración en cuarenta minutos. Inmediatamente busqué quiénes me ayudaran con las lecturas, quiénes preparan los cantos, y yo presidiendo la Celebración de la Palabra. Cuando finalizó la Celebración, el mismo Obispo, Monseñor Gerardo, me dijo delante de todos: Ovidio, por esto mismo es que yo he deseado, que tú hubieras aprovechado el Seminario... Y les dijo a los otros: Ovidio tendría que haber pasado el último, entonces hubiéramos pensado que había aprendido bien con el ejemplo de todos; pero él ha sido el primero; así que todos tienen que seguir aprendiendo. Y siguió diciendo: Al final de la semana, el padre Cirilo va a dar a conocer los

nombres de los que serán enviados como Delegados de la Palabra, porque posiblemente no todos van a sacar bien el curso; Ovidio ya está cerca, -nos dijo-.

El sábado se celebró la Santa Misa de clausura de la semana, y fue ahí cuando dijo Monseñor Flores: De seis que se pusieron a prueba para presidir la celebración, mil puntos son para Ovidio de Buena Vista, porque trató de ceñirse al tiempo que se le indicó, dado que no se tuvo la distribución de la comunión, de Jesús Eucaristía, -nos dijo-. Me felicitó, y volvió a insistirme sobre lo del Seminario, era la segunda vez que lo hacía: ¡Me urgen que te vayas al Seminario! No, Monseñor, le respondí, creo que no es mi vocación. Pero insistió nuevamente: ¡Claro que sí, lo que sucede es que te falta ánimo!

Gracias a Dios, si presidir la Celebración, es esto, creo que lo puedo hacer, le dije a Monseñor Flores; ahora, lo que sí, considero que me va a costar vivir lo que Jesús a través de ustedes me está regalando... ¿Por qué te va a costar?, me preguntó. Porque soy humano, porque a veces soy bueno, y otras no, contesté. ¿Por qué? Insistió... Humanamente no me quiero dejar humillar por otras personas. ¡No te preocupes, Ovidio, Jesús te va a humillar, para que no desprestigies a los demás!, me dijo.

Así fue como empezó mi vida de Delegado de la Palabra, y es algo que siempre le tengo que agradecer a la Iglesia. Y cuando he participado en reuniones de la Iglesia, el padre Cirilo siempre me descubre, y llega a saludarme, y nunca me puedo escapar de que me resquebrajara los huesos... con los apretones y las palmadas de los saludos en mi espalda. El sabe que lo que tuve de juventud, lo dejé en la Iglesia, y en ocasiones me ha tocado desempeñar responsabilidades en la Iglesia, con párroco o sin párroco. Así pasamos cinco años dando formación. En esos años, la comunidad me metió el hombro, cuando les decía que estaba atrasado en los trabajos de la casa, en épocas de trabajo, pero me tenía que ir al trabajo pastoral... Y dejaba todo en manos de Dios. Pero siempre había gente que me decía: Ovidio, ¿cuánto quieres arreglar para milpa? Esa era la única pregunta que me hacían, el resto quedaba de su parte... A veces tenía que ir una semana entera a Santo

Tomás, Puerto Barrios o Morales, y cuando llegaba, ya los miembros de la comunidad habían llegado a chapodar y limpiar la tierra... En todo este tiempo, la comunidad tomó conciencia de esto, y no sólo conmigo, éramos siete los Delegados, y cuando teníamos que salir a la formación... Y cuando regresábamos ya estaba hecho el trabajo, ya fuera poda, o siembra, o limpia... Así pudimos caminar mucho tiempo. Sólo Dios sabe cuánto le tengo que agradecer a la gente de mi comunidad.

En el área donde vivo, hasta el momento casi nadie tiene escritura legal de propiedad, tienen un derecho, pagan un pequeño impuesto, el IUSI, pero sin documento legalizado de propiedad. Gracias a Dios no ha resultado nadie diciendo que la tierra le pertenece. Yo mismo soy uno que no tiene terreno propio. Cuento únicamente con el lugar de mi casa; trabajo a medias, arrendando... Uno de mis yernos es el que me da tierra, porque compró como doce manzanas; se fue un tiempo a trabajar a Estados Unidos, hizo unos centavos y, cuando regresó compró tierra y arregló su casa. El es el que me da un lugar para trabajar... No cultivo tampoco mucha cantidad de tierra, para no retrasarme en el trabajo pastoral. El trabajo es bonito, pero a veces es como una trampa, sobre todo cuando faltan los recursos económicos, para detenerse en la misión de la Iglesia. Y a mí me ha gustado medirme en esto. Les digo a mis hijos: Vamos a hacer una manzana de milpa bien trabajada, para que produzca lo necesario para alimentarnos, y una manzana de frijol, del que se siembra en junio, y se cosecha en agosto o septiembre. El maíz lo sembramos al principio de diciembre... La otra la sembramos en junio...

LAS ESPINAS DEL CAMINO

Cuando la persecución se empezó a desatar, vimos que surgieron las dificultades con los campesinos, por las organizaciones de las Ligas Campesinas, que eran como Comités que buscaban una solución para defender las propiedades de la tierra. El ejército tildó inmediatamente esa actitud como comunismo, y que no podían dejar que esa clase de organizaciones se ampliaran, porque iba a traer problemas a la nación. Empezó así el control. Cualquiera

organización que surgía, como un Comité Pro-Mejoramiento, o de un equipo de fútbol, o de padres de familia... siempre investigaban qué tipo de comité era.

Después apareció otra organización el Comité de Unidad Campesina; pero entre nosotros no se desarrolló mucho, las dificultades eran grandes, y el ejército no lo permitió. Pero sí se formaron otras organizaciones con una cierta mentalidad de lucha; en algunas partes apareció propaganda del EGP, del Ejército Guerrillero de los Pobres.... Nosotros siempre salíamos cada mes para la formación, y ahí el ejército pensó que los Catequistas o Delegados eran los que se preparaban para la guerrilla. Empezaron a sospechar que en todas las comunidades había guerrilleros.

Decidieron crear en las comunidades sus propias organizaciones, además de los comisionados militares y alcaldes auxiliares, nombraron a sus confidentiales secretos, la gente los conocía como “orejas”. Yo descubrí como a cuatro personas que ejercían este trabajo... siempre de los mismos campesinos. Llegaban a la iglesia cuando estábamos haciendo la Celebración, encendían sus cigarros, dejaban ver sus pistolones... Y se notaba bien el humo. Cuando me cansaba, salía para reclamarles su actitud: ¡Ese humo del cigarro, daña... porque está la gente dentro... y molesta, no a todos les parece!

¡Y cuáles son los brincos, nosotros estamos afuera...! Me decían... Si estamos aquí, es porque estamos autorizados para estar aquí. Y ¿de parte de quién? Les pregunté... Eso no te podemos decir. Debido a tal actitud, llegó el momento que tuvo que decirles a dos de ellos: ¡Les guste o no les guste, les cuadre o no les cuadre, les parezca o no les parezca, aquí quien manda soy yo; ustedes se me retiran! Tuve que agarrarlos y sacarlos; querían sacar las armas... Pero los saqué del atrio del oratorio. ¡Si quieren, vayan a denunciarme!

Puedo decir que ahí fue donde el ejército falló, porque colocó elementos que por venganza venían, y llegaban a comentarles cualquier cosa... En ciertos momentos que tuve que hacer esto, me decía, yo mismo me estoy perjudicando, y también a la Iglesia.

Tenía que buscar otra forma para tratar con esta gente... Pero ya había hecho todos los intentos lo posibles. Y resulta que un día me presentaron una especie de carnet... Tenía una calavera... Entonces entendí que ellos no querían cambiar por las buenas... Yo sé de dónde son ustedes, lo único que no los conozco es por dentro, porque son parásitos, y ustedes a mi no me llegan ni a los tobillos. Empecé a trabajar un lenguaje algo violento, porque sentía que llegaban a desprestigiarme... Y ya llegaban a informar con el comisionado. Entonces el comisionado, les respondía: No deben molestar, porque el humo de puro, molesta en la iglesia. Yo si voy, no me llevo cerca ni a molestar. Estos jóvenes llegaban a quedarse de pie, con sus sombrerones, delante de la iglesia... Un día llegaron con los caballos, y los amarraron en la iglesia... Saqué una navaja, les corté las riendas, y se los mandé a correr... ¿Es que no tienen potrero? Esta es casa de oración, y la casa de oración se respeta, si a nosotros no nos respetan, respeten el local, les dije. ¡Vos poco tiempo vas a comer frijoles! Me decía uno...

Algún tiempo después las cosas se complicaron verdaderamente... Cuando descubrí que si andaban los grupos armados de los guerrilleros, les hablé de lo que pasaba conmigo. Y me dijeron: No tengan miedo, porque ya vamos a sacar a esas personas de allí... Cosa que nadie pudo descubrir cómo lo hice ni con quiénes lo hice; yo no quería que les fueran a hacer nada, pero sí que me los quitaran de encima. Les hablé de quiénes eran, que eran cuatro... Me dijeron: ¡Vamos a llegar yo con otros compañeros! Me dijeron. Un domingo, por cierto, estábamos en la celebración de un cumpleaños en una casa particular, con bastante gente reunida; ya había personas que tenían miedo. Llegó esa persona de la que hablo, de la que nunca supe cómo se llamaba, me decía que era de Quiché. Era alto y delgado. Y eso lo hice, porque ocho días antes me había dicho la mamá de la niña que cumplía años, que mejor quería suspender la celebración... Porque cuatro personas me hablaron. ¿Y a ellos les tiene miedo usted? No se preocupe, le dije. Por las cosas de Dios yo estoy decidido a dar la vida donde me toque, -le dije-. Pueden hacer de mí lo que quieran... Y me dije, voy a probar a ver hasta dónde llegan estas personas con las que hablé, que nunca supe dónde quedaban ambulantes; y le hablé de la fecha... Celebramos, empezaron a repartir tamalitos,

pastel... No celebré yo, porque sabía que me iban a llegar a buscar. Llegaron estos personajes al corredor de la casa, siempre con sus palabras tontas e interrumpiendo la celebración; después de la celebración, sacaron sus pistolas y empezaron a disparar... Al rato llegó la persona que había contactado y saludó: ¡buenas noches! Yo sabía quién era. Y dijo: ¿quién es aquí fulano, zutano...? Y los fue nombrando a los cuatro... Todos callados. Y aquí, Ovidio Velásquez, ¿quién es? Preguntó. Yo me quedé callado... Pero ellos rápido dijeron: ¡Es él! Señalándome a mí. Pensaron que el que había llegado preguntando era alguno que tenía que ver con su trabajo de orejas, aunque no lo conocían. ¡Cuatro judas Iscariotes son ustedes! Les replicó. ¡Vénganse para acá, a ustedes los necesito...! Y sacó una pistola nueve milímetros... Salgan de ahí, porque si no, yo los voy a sacar... Se me vienen alineados, nada de que dispersos. La gente se asustó... ¡Señores, no tengan pena, yo con los que tengo que platicar es con éstos señores! Y los colocó algo lejos, frente a la gente, para decirles: A partir de este momento les hago saber que ustedes no van a permanecer más interrumpiendo la reunión de la gente, porque el día de mañana me daré cuenta si ustedes siguen molestando a Ovidio, como siempre lo han molestado hasta ahora... Nadie se ha quejado, pero yo conseguiré información, y ¡yo mismo me voy a encargar de esto! Le respondieron todos a la vez: ¡Estamos de acuerdo, jefe! Pero uno preguntó: ¡Nos gustaría que se identificara para saber de parte de quién viene usted! Eso es lo que no puedo decirles -respondió-; militar es militar y punto, no tenemos por qué andarnos identificando... Y lo que sí les quiero decir -siguió diciendo- es que para que no tengan mayores peligros, es mejor que abandonen la comunidad. Si no saben vivir como gentes, abandonen la comunidad, porque si a alguna persona de la Iglesia le pasa algo, ya sabemos que han sido ustedes... Insistieron: ¿De parte de qué institución viene usted? No me interesa darles la información, ni tampoco a ustedes les interesa saberlo; les replicó... Yo a eso vine, dio la vuelta y se fue.

Esto en parte me sirvió, pero al tiempo me llamaron del destacamento militar de Los amates, porque siempre pasaron la información. Cuando llegué, el oficial empezó a interrogarme: ¿Cuánto tiempo lleva usted de estar trabajando en la Iglesia católica

como Catequista? Unos ocho o diez años (llevaba exactamente diez años). ¿Qué les enseñan en la Iglesia? Saqué mi Biblia del morral: Esto es lo que enseñé a la gente. Se la mostré, para que la viera bien; y les dije: estudiamos el antiguo y el nuevo testamento. Seguí hablando: Yo sé que ustedes a los soldados les hablan de guerra... Y la Biblia nos habla de nuestros antepasados, y la Palabra de Dios nos dice cuál es el remedio que se le debe poner a la guerra, si a la guerra no le aplicamos justicia, no vamos a vivir en paz, teniente. Exacto, -me responde-, eso no se lo niego... De nuevo seguí insistiendo: La Iglesia lo que hace es denunciar y anunciar al mismo tiempo; los obligados a aplicar y poner en práctica la justicia tendrían que ser ustedes, pero lamentablemente no se entiende; entonces es que no lo quieren poner en práctica. Entonces nos tocará a otros buscar la justicia, proclamar justicia, no empuñando armas, sin empuñar machete, sino evangelizando a la gente.

¡Me gusta! Respondió el teniente; y añade: Pero mire pues, para llegar al grano, ¿de parte de quién llegó un tipo a una casa particular donde ustedes estaban en esa ocasión, hace quince días, porque usted sabe a quiénes llevaba en la lista? Lo llevaba anotado a usted y a otros cuatro más. Pero llegó a llamarles la atención y amenazar a los otros cuatro, ¿por qué motivo llegó él?

Es cierto, él llegó, le dije; pero es extraño; llevaba mi nombre y a los otros cuatro los amenazó. Pero no quiso identificarse ni decir de parte de quién llegaba, si de parte de la policía, o de parte de un comando militar superior, o de parte de ustedes.... No dijo nada. El cliente, como que llegó en defensa mía, -le dije-. No será que usted le está colaborando a la guerrilla. Si es tan gentil, entrégueme pruebas, yo no conozco a los guerrilleros. Cuando era niño conocí a Marco Antonio Yon Sosa, así que si hubiera querido ser guerrillero, hubiera tenido la oportunidad, pero de aquellos guerrilleros finos, de los de marca. Pero los dejé de ver a los diez años. Le dije al oficial.

El oficial meneaba la cabeza, y me dijo: Usted podría ser un buen elemento militar, para ayudarnos con las filas militares...

Yo le soy realista, a mi no me gustan las armas, las detesto... ¿Por qué? Me preguntó... Porque lo que engendra violencia, destrucción, derramamiento de sangre, es algo que no está de acuerdo con Dios, y por eso rechazo las armas. Si nos guiáramos por las enseñanzas de Jesús, no haría falta invertir tanto dinero en armas. Si todos utilizáramos la inteligencia que Dios nos dio para amar a Dios y al prójimo, esto cambiaría. Por eso detesto las armas. Soy pobre, pero si supiera que las armas son mi defensa, ya hubiera invertido unas cien cargas de frijol para comprarme unas dos pistolas. Pero no las necesito; y le mostré la Biblia: Esta es mi arma, -le dije-. Esta es el arma que siempre llevo conmigo. Esta es la biblia, la Palabra de Dios que a cualquier lugar que voy, siempre me acompaña.

¡Bueno, si usted cree en eso, está bien; pero me deja en duda con ese individuo que llegó! Es bueno que investigue, le dije, porque yo también ignoro de dónde llegó. Y la verdad es que hasta el día de hoy nunca supe de dónde venía ni quién era. Que llegó en mi defensa, eso sí es cierto... Porque les dijo que en el momento que yo apareciera muerto, él sabía quiénes eran, y que iba a llegar en mí defensa y que los iba a buscar para matarlos; eso sí es cierto que lo dijo... Contesté. ¿Quién era? ¡Sepa Dios! Le dije... En una comunidad hay de todo. Me gustaría que usted me dijera cuál es el cargo que desempeñan estos señores que llegaron a amenazarme... Lo ignoro. Me enseñan una tarjeta donde hay dibujada una calavera... Y seguro que este que llegó, alguien le ha de haber pasado alguna nota, porque esos señores tienen la mala costumbre de colocarse a la puerta del oratorio, siempre oliendo a aguardiente, cigarro tras cigarro y aunque yo les llame la atención por las buenas, no me entienden... Cuando estamos en la Celebración, ellos siguen fumando y haciendo desorden y molestando a la gente. Y le añadí: A un centro educativo o de salud, a casas de oración, por ley es penado que alguien entre armado. Y ellos no respetan. Y como dos o tres veces les he llamado la atención, ellos me han amenazado. Y todo el mundo mira y oye... -Le dije-. Sin duda que por ahí llegó la noticia, y por eso es que llegó ese señor.

¿Cómo se llaman esos señores que llegan a molestar? Para que

vea que no lo estoy engañando: Ellos me han dicho que están autorizados por la comandancia de la cabecera departamental, de Puerto Barrios. Ignoro sus cargos, sé que hay comisionados militares que más o menos trabajan decentemente... Los alcaldes auxiliares también están... Pero nunca supe cuáles son sus datos, qué necesidad hay de que le de los datos, porque usted sabe que esos datos tienen que estar aquí.

¿Y por qué no me los da usted? Me preguntó el oficial... Porque a mí me gusta prevenir ciertas cosas, mi teniente, y es que cuando usted los mande llamar, se va a lavar las manos..., les va a decir que yo los vine a denunciar al destacamento, y entonces usted me mete en problemas a mí con sus familiares, o con ellos mismos.

¡No, no soy baboso en eso...! Me contestó el oficial... A mí la Palabra de Dios me ha quitado la ignorancia... El libro de los libros es el libro sagrado, con el que se han formado grandes teólogos, y tantas personas de nuestras mismas comunidades a las que Dios les ha concedido una gran sabiduría; pero también hay que añadir, que a algunos los ha vuelto bruto, disculpe la expresión...

Porque en la misma Biblia podemos leer que algunos viendo no ven y, oyendo no oyen... ni entienden. A mí me gusta sentarme a profundizar lo que dice la Biblia.

Entonces el oficial me dijo: Entonces déjeme averiguar cómo se llaman y yo voy a mandar llamar a esos individuos.

Para que vea que no me tiemblan los pantalones, -le dije-, le di todos los nombres... Y que vengan a arreglarse conmigo, estoy decidido a morir por defender el ministerio que Dios y la Iglesia me han confiando, estoy decidido a morir donde me toque; no con las armas ni peleando, ni con piedras, ni con machete, sino diciéndoles las cosas frente a frente; tal vez para que se arrepientan...

Al parecer, les quitaron las credenciales que les habían dado, y andaban enojados; les quitaron las armas. Y se volvieron a encontrar de nuevo con el individuo que llegó al oratorio, y les volvió a decir: Ustedes se van de aquí... Desocupen esto. Al parecer se fueron

para Petén. Ellos no se dieron cuenta de quién era. Yo sólo recuerdo su físico, pero nunca supe su identidad. Alguna vez hasta comió en mi casa, y me dijo: vos sos un tipo que te las sabés espantar, no te perjudicaste, no me perjudicaste... Y los que tenías aquí que te llevaban ya de cerca, se fueron y no los lastimamos. Quienes se portan agresivos con nosotros, esos sí tienen problema. Pero yo también le insistía: ¡Decime tu nombre! ¡Soy del Quiché, y con eso te tienes que conformar! Su seudónimo era Roberto. Y siempre llegaba solo, nunca vi compañeros.

Pero la persecución fue creciendo poco a poco, porque había organizaciones que defendían a la gente pobre; y como hubo secuestros y muertes, la gente se indignó mucho, y entonces algunas personas si buscaron a la guerrilla para integrarse a la lucha.

De todos modos todos estos hechos a mí no me favorecieron en nada; todo lo contrario. Para cruzar el río Motagua, hay un amigo... Y cuando yo llegué para la vela del padre Tulio, después que lo mataron, yo quería ir a Quiriguá; entonces este señor me dijo: A vos no te paso, vos vas a velarle los caites al cura que se quebraron. Mejor regresáte... Porque todos los que lleguen a esa vela, todos se van a ir con pinta, dándome a entender que los iban a matar a todos. Porque el raizón de la planificación de la muerte del P. Tulio todavía vive ahí, a la orilla del río Motagua, ya todo acabado. Era jefe del MLN, y se coordinaba con Mariano Sánchez, de Gualán, que vivía en Zacapa. Eran los caciques de Los Amates.

La Iglesia apoyaba a ciertas organizaciones, que favorecían la lucha por la justicia en beneficio de los pobres. Pero las instituciones represivas de ese momento, lo entendieron mal, y hasta ahora, lo siguen entendiendo mal, y se soltaron en contra de la Iglesia con una fuerte persecución. Habían asesinado a Catequistas y Delegados; pero nunca habían puesto la mano sobre un sacerdote. Cuando luego se atrevieron a dar muerte al padre Tulio, y lo martirizaron, la persecución contra la Iglesia alcanzó horrores insospechados. La prueba es la gran lista de mártires que tiene la Iglesia de Izabal. Catequistas y Delegados secuestrados, desaparecidos, asesinados de la manera más cruel e impune. Esta tierra de Izabal está regada por la sangre de los mártires, de

catequistas que verdaderamente lucharon por seguir el ejemplo de Jesús en medio de las comunidades de la gente más sencilla, y por ellos, por defender su fe y la causa de la justicia, fueron quitados de en medio. Yo estoy convencido que dieron su vida como Jesús, por seguir a Jesús, porque estaban convencidos de que hoy hay que poner en práctica el Evangelio; pero tomar en serio el Evangelio puede tener consecuencias demasiado serias, es arriesgar la vida. Pero cuando iniciamos nuestro trabajo como Delegados de la Palabra, a eso nos comprometíamos, ya se sabía a lo que nos metíamos.

La persecución contra la Iglesia se multiplicó de 1980 hasta 1986; se inició con el gobierno de Lucas García, luego vino Ríos Montt, que lo sentimos mucho peor, porque en ese tiempo actuaban con una prepotencia que nadie podía poner límites; entraban a las iglesias, a los oratorios, y se permitían ordenar cuándo se debe abrir o no; qué iglesias pueden abrirse y cuáles no. Llegaban a ordenarnos que no podíamos celebrar, diciendo que tenían órdenes de que no se podían abrir los oratorios. Esto lo podían hacer los confidentiales y los comisionados militares.

En el tiempo de Ríos Montt le tocó fuerte... En Morales lanzaron dos bombas en el convento de Morales, con el fin no sólo de hacer daño, sino de matar o al sacerdote o a las religiosas; pero el padre Cirilo no se encontraba en ese momento. Yo fui testigo de los destrozos que estas bombas causaron. Inmediatamente tuvieron que dejar Morales las Hermanas religiosas.

Con este ataque al convento de Morales, ya nos dimos cuenta que la persecución contra la Iglesia se había desatado a todo lo largo y ancho de Izabal, de manera que los sacerdotes tenían que acordar muy bien para ver cuándo se podía celebrar la Eucaristía o reunirse con los Catequistas.

Recuerdo que como en Quiriguá nos reuníamos cada dos meses, el sábado, se cambió el horario, de 8 a 12 de la mañana, únicamente. Y esto lo hacían por seguridad. No dejaban programada la siguiente reunión. Sólo mandaban una nota, para avisar cuándo era la siguiente reunión... Hubo algunos Delegados que ya no quisieron

seguir con la misión de la Iglesia; había destacamento en Los Amates, El Rico, en Los Planes de Santa Rosa, por la aldea Mojanales, por la aldea Canaán y finca Francia. También había en Quiriguá, Morales y no digamos en Morales o Puerto Barrios. Por el cruce de Morales, en el cruce por la Ruidosa; si uno viajaba en bus, ahí mismo lo bajaban, con las manos sobre las camionetas o los carros, y le quitaban los zapatos, los calcetines, a veces hasta el pantalón, registrando a ver si no llevaban algo. Y al que desafortunadamente, por los datos de la cédula, lo encontraban, ya no pasaba. A mí, por equivocación, regresando de una reunión de Morales, después de la reunión con el P. Jaime y la religiosa Rosa, me bajaron del bus... y al verme me confundieron, porque hay un agente de pastoral de Bananera, que se llama Ángel Velásquez; y mi primer nombre es también Ángel y de apellido Velásquez. Gracias a otros compañeros que venían del Cursillo intervinieron por mí, y el padre Tulio que llegó a reclamar, que le avisaron rápido. La Iglesia ya tenía su manera de actuar para defenderse. El P. Tulio llegó con el hábito, y le dijo al capitán: ¡Vengo a averiguar por qué causa me tienen detenido a un Delegado de la Palabra, que son servidores de la Iglesia, son mis colaboradores! El padre Tulio trabajaba en Morales. Yo estaba como a unos cien metros, junto a otros muchachos que agarraron sin documentos. Ellos insistían que yo era, y me decía el capitán que andan falseando los datos... Yo le dije que podíamos ir al municipio a ver si los datos están correctos. Cuando llegó el padre Tulio, le dijo al capitán: “Les guste o no, yo me llevo a Ovidio, porque nada tiene que hacer aquí...; súbete al carro, Ovidio...! Y me agarró fuerte del brazo para sacarme de aquel lugar... Se quedaron mirando, y le dijeron: Según usted, padre, ¿hay que respetar las autoridades o no hay que respetarlas? Y les respondió: Claro que sí, cuando se dan a respetar, a mí me gusta respetarlas; pero cuando ustedes no respetan la ley, tampoco yo debo respetar lo que ustedes están haciendo, porque yo sí actúo apegado a la ley; si les parece, síganme -les dijo el P. Tulio-, porque me voy a Los Amates.

No se atrevieron a seguirnos. Me trajo en el cruce del Motagua por Los Amates, y ya me dejó sólo para mi aldea. Esto sirvió también a mi compañero Ángel, de Bananera, para que saliera

un tiempo para Honduras, porque era Delegado de la Palabra. Siempre que me ve, me agradece. El no se daba cuenta de que lo estaban persiguiendo. Pero a otros si los pudieron matar, como Abrahán Esquivel, que era Delegado, vivió en la aldea Chispalito, y vivía en ese entonces en Bananera; lo secuestraron y no sabemos dónde lo mataron; lo mismo hicieron con Braulio López, otro Delegado que secuestraron el mismo día, y a los dos los desaparecieron juntos. Esto sucedió antes de la muerte del P. Tulio Maruzzo.

Eran hechos que creaban mucho temor y preocupación entre los Delegados de la Palabra, a los que más tiempo teníamos de trabajar, sabíamos que nos llevaban en lista, sobre todo a los que nos oponíamos a entregar las llaves de los oratorios. Los comisionados llegaban diciendo que tenían órdenes de recoger las llaves, “porque ustedes no pueden reunirse”... Yo me opuse. Yo primero muerto. Y les dije: Miren señores: las llaves del oratorio no se las doy a ninguna persona particular ni a ninguna autoridad. Las manejo y de mis manos no salen. Si ustedes dicen que tienen autoridad material, yo también la tengo espiritual. Si les parece, así bueno; y si no, también. Me dijeron: No hagás así, te van a matar...

Cuando en la Aldea Los Limones, de este municipio, mataron a Guillermo Molina, en 1981, que era Delegado de la Palabra, salía del oratorio una noche, después de la celebración; llegaron a buscarlo personas desconocidas, lo secuestraron, y lo mataron en una finca conocida como Finca Francia, y lo enterraron en un terreno baldío cerca de la carretera que va hacia la frontera, que era de terracería. Nadie tuvo valor cuando la recuperación de la memoria histórica del conflicto armado, porque a mí me dijeron que avisara a personas de El Limón, para que fueran a dar testimonio, luego de la primera reunión que hizo Monseñor Gerardi para ese trabajo, pero ninguno quiso ir por el miedo. Yo me había comprometido para ir a mostrar el lugar, donde estaba en la sepultura, porque no dejaron que lo llevaran al cementerio. Pero con el huracán Mitch, las crecientes del río Moljá se desbordaron y se destruyó... Pero allí estuvo la cruz durante largos años. Un año antes fui a llevarle unas flores, y la cruz estaba de medio lado, y la enderezamos. Y en la cruz decía: “Por guerrillero se murió

Guillermo Molina, de Aldea El Limón”. Esto jamás fue cierto; yo conocía bien a Guillermo. Iniciamos juntos la formación, era un hombre joven, de la misma edad que yo... El no era como yo, -yo he sido títere-, porque a mí es difícil que me tapen la boca, pero él no. El era tranquilo, calmado, educado; no le gustaban mucho las bromas, pero tenía una gran preparación espiritual. A veces, cuando le tocaba a él la predicación, yo le decía: Veá, hermano Guillermo, no hay que ser tan confiado... Y es que en cierta ocasión que a él le tocaba la predicación en el oratorio, lo estaban esperando y él no se dio cuenta; eran los comisionados bien equipados con armas que se las daba el ejército... Delante de la gente se lo llevaron; le arrebataron la lámpara que llevaba en la mano y, delante de la gente se lo llevaron. Por el camino le quitaron la ropa, estaba ensangrentada, de los golpes o las torturas, y luego lo mataron... y luego lo enterraron, como ya he señalado.

Algunos días después me dijo uno de los comisionados de mi aldea, que se llama Juan Antonio Zacarías, que ahora vive por El Petén (la verdad es que conmigo nunca me trató mal)... Me decía: Mire Vío (por Ovidio), le quiero decir algo: ¡Váyase, no quiero que le hagan daño! Fíjese que Guillermo Molina habló de un montón de Delegados, la noche que lo secuestraron. Yo estoy fastidiado de seguir siendo comisionado, estoy en contra, andan haciendo barbaridades; así que mejor usted váyase, y mire a ver dónde le dan refugio, porque a usted lo andan llevando en lista; porque ya en el destacamento de Los amates nos han dicho a quién andan llevando en la lista, y en la lista está usted -me dijo-, y Adrián Díaz (éramos los dos de Buena Vista); váyase. Gracias por decirme, le dije, pero no me voy a ir. Pero don Adrián llegó al extremo de sentir tanto miedo, que me dijo: “Yo si voy a comprar un rifle... para que nos cuidemos los dos, porque estos malditos nos van a matar”. Insistí en insistirle que no. Pero en algo me contagié, porque en otra ocasión que seguía con la mente con ese deseo, me dijo: No cree usted, que con una buena pistola, o un buen rifle, ¿no se puede defender? Le respondí: La verdad, es que sí. Pero yo lo pierdo todo, y es lo que no quiero. Déjese de eso, muchos cristianos están en el cielo a pesar que les tocó matar en defensa propia. ¡Cómprela! Le dije... Yo la voy a comprar y la usa usted, -me dijo-. Veo que usted no la quiere usar para no manchar sus

manos, pero hechor y consentidor pecan por igual, hermano Adrián.

Si usted la compra, y al usarla yo voy a manchar mis manos, de todas maneras va a pagar usted de la misma manera... De todos modos le compró a un vecino un rifle automático de dieciocho tiros, que apenas tenía un mes de haberlo comprado el don. Le dio 375 quetzales por el rifle. En alguna ocasión estaba en los retenes, y andaba con el rifle al hombro; los comisionados me decían que tenía que tener cuidado. Pero yo tenía que dormir fuera de mi casa, y me dije: ¿qué tal? Yo fuera de la casa... Y si llegan a buscarme, a ellos los van a matar... No, yo si muero, moriré con ellos... -me dije-. Lo que hice, aunque mi ranchito era humilde, con paredes de palos, fue lo siguiente, tirábamos los petates al suelo, y allí dormíamos todos, con mi esposa y las tres niñas que teníamos, porque si dado el caso algún individuo ya ha controlado dónde tenemos los tapescos donde dormimos, y disparan ahí... Nosotros ya estábamos por tierra.

A mí también me entró el miedo, y me empecé a descontrolar dentro de mi conciencia, por el miedo que teníamos, porque la presión era fuerte. Le decía a mi esposa: Yo me voy a quedar aquí muerto, porque vivo no me sacan. Por amor a ustedes, aunque me maten a mí... Luego, no sé lo que harán con ustedes... pero mientras, si tengo que disparar, disparo... Yo pensaba en mi cabeza las cosas más horribles... Hacía y deshacía... era como si el diablo me hubiera inclinado de su lado. Así pasé el año 81 y el 82, durmiendo fuera de mi casa; cuando me tocaba hacer los retenes que había ordenado el ejército, pues en ese momento, no había problema... Era algo parecido a las patrullas de autodefensa civil... No me podía hacer renuente. Había que colaborar en eso, pero era por gusto, porque yo sabía que me tenían en lista... Así pasamos en ese sufrimiento dos años.

EL EJEMPLO DEL PADRE TULLIO MARUZZO Y OBDULIO ARROYO

Cuando mataron al P. Tulio Maruzzo y a Obdulio Navarro Arroyo,

en la misma noche... Estuvimos en la vela, nos quedamos allí hasta que los sepultaron... Lo que hicimos en las comunidades fue denunciar su muerte con bastante fuerza. Hicimos algunos carteles, centrados en lo que Monseñor Estrada denunció en los funerales: Yo como Obispo repudio y condeno estos actos de violencia contra el padre Tulio y contra Obdulio... Esta sangre está clamando... Sé que tal vez aquí están los hechores, aunque tengan su cara cubierta con la máscara de la hipocresía... Esta sangre derramada por nuestros hermanos, proclamará justicia desde el cielo, y si no se arrepienten, irán a pagar con el castigo eterno. Pido a mis Catequistas, a mis Delegados, que son mi brazo derecho en las comunidades, no aflojar en su compromiso... El padre Tulio y el Catequista Obdulio ya sellaron con su sangre su fidelidad al Evangelio; no se vayan a desanimar por eso, -nos dijo con una voz potente-. Esta sangre es la voz del Evangelio; nos tendrán que matar a todos, porque si nos matan, antes nos vamos al cielo. Pero no vamos a callar... Y ciertamente, nos podemos dar cuenta, que algunos hechores allí andaban... Uno era Bayron Salguero... Esa noche me encontró y me dijo: ¿qué tal Vío? ¿Qué desgracia fue la que hicieron, verdad? Le respondí: Mejor diga, “hicimos”, porque usted es uno de los que anda involucrado en todo esto... Venga, me dijo... me llevó afuera... ¿Quién dice que yo andaba en esto? Me preguntó. ¡Ya ve..! Yo no le voy a dar nombres, pero lo que han hecho, sí me duele... Y créame, yo soy cristiano, pero con pistola en mano, puedo ser el diablo también, así le dije en ese momento.

Por eso, la persecución contra mí no me llegó de muy lejos, por ellos mismos... Porque yo me molesté mucho, y si mañana amanezco muerto aquí, no me importa. Bayron era comisionado de Los Amates... Años después lo mataron dentro de su propia casa, celebrando el cumpleaños de su cuñada... El que lo mató era hijo del señor que anda por ahí todo acabado... Después este señor, se huyó... Pero después un hijo del muerto vengó la muerte de su padre, y ahora está preso...

El pobre Guillermo, bajo las torturas, debió mencionar nombres: Adrián, Pedro Reyes y Ovidio Velásquez.

Yo tuve que tomar más medidas para seguir mi trabajo, pero martirizado con todas esas contradicciones; era una situación invivible... En 1983, de camino para la reunión que teníamos en Quiriguá, era un día sábado... Mi esposa, antes de salir me había dicho: ¡Vaya corazón, usted se va y yo me quedo afligida, por lo que se sabe...! ¡Hay que pedirle al señor por mí y por usted, para que no se vaya a violentar cuando lo interroguen, y no sufra, porque por lo que yo sé lo andan buscando! Después que me dijo esto, me di media vuelta y emprendí el camino para la parroquia de Quiriguá... Había salido a las cinco de la mañana, y llegué como a las siete y media de la mañana... Yo seguí la línea del ferrocarril... Cuando llegué, ya habían empezado la reunión. El padre Jaime, cuando me vio, me dijo: Bueno Ovidio, usted tienen que hacer ahora como aquel famoso pájaro nocturno que le dicen, “pajaroleón”, predicando con los ojos bien abiertos, porque está crítica de la situación. Ya nos informaron, que habían venido a preguntar a la parroquia a preguntar por tí ahorita en la mañana; como no habías venido, dijeron que no, y aunque hubieras estado, también hubieran dicho que no. Pero estoy con el convencimiento de que te andan buscando, porque algo se traen en mano... “Sí, padre, es cierto...” Pues pidámosle a Dios por tí... Esto fue el 15 de enero de 1983.

SECUESTRO Y TORTURAS

Estuve en la reunión; salimos a las dos de la tarde. Era un día algo lluvioso. Crucé a pie el río Motagua, por un lugar que le dicen Finca Nueva, en algunos lugares, tenía que atravesar nadando... Por el camino, vi sobre el lodo del camino, las huellas parecían de militares... Pero caminé y caminé hacia mi casa, hasta la aldea Chapultito... pero las huellas no agarraron rumbo a la frontera de Honduras... cuando llegué a otro desvío, me di cuenta que las huellas se dirigían a mi aldea... Caminaba con precaución. Eran como las cinco y media de la tarde, aproximadamente... Cuando salgo a la cumbre, cuando camino por una parte plana... Escuché los fusiles, y salieron unas personas, que me dijeron: ¡Alto ahí... hijo de tantas! Yo llevaba un machete con su vaina; llevaba una bolsa con unas bolas de jabón, cinco libras de azúcar y unos dulces

para mis niños. En el morral llevaba yo mi Biblia, dos libros de canto, seis constancias de bautismo para unas parejas de novios en vísperas de casarse... La bolsa que llevaba con golosinas, las había colgado al hombro, trabada en el barbiquejo de la vaina del machete... Cuando escuché la rastrillada de los fusiles y la voz de los soldados, hice un movimiento, que no sé cómo fue, y se me trabó la bolsa en la vaina del machete... Y alguien se me acercó por atrás y me pegó una gran patada, y como era un terreno liso me caí, y el machete se me cayó, y sólo me quedé con la vaina, y con ella le regresé un buen golpe en la cara... En eso me cayeron encima tres...

¿Qué andabas haciendo? ¿Verdad que vienes de informar al ejército de que nosotros andamos aquí? Y es que alguno andaba encapuchado... ¡Qué importa, les respondí! Yo ya sabía quiénes eran, sólo que me querían engañar. Ya te tragó la gran... Aquí sos de nosotros...

Si debo algo, ya me tienen... Me amarraron las manos hacia atrás... Pasá, pues... Pero ya no fuimos por el camino por donde yo había subido, siguiendo sus huellas, sino que tomaron otro camino, por la aldea que se conoce con el nombre de Beatriz... Al parecer, también los del retén se pusieron nerviosos, porque en el cerro que me agarraron, había gente con la preocupación de que yo no había llegado; ellos fueron los que corrieron y avisaron en la aldea... Los otros comisionados del retén se dieron cuenta de la situación, de que tenían que disimular... Los soldados empezaron a hacer descargas al aire, cuando ya me tenían en sus manos. Andaban como unas 80 personas, los que llegaron a buscarme.

Yo me dije: Aquí sólo Dios y la Virgen conmigo; no hay otra solución. Sólo ellos saben si me conviene vivir, y si no me voy a decidir a morir. Seguí caminando con ellos, me empujaban en medio de golpes y patadas; de la aldea hacia abajo caminamos unos dos kilómetros; el camino va por todo el cerrito, cuando llegamos a un potrero, se detuvieron junto a un árbol grande de guayaba, y colocaron unos lazos, y me dijeron: Bueno, aquí es el lugar donde vas a colaborar con nosotros, o colaborarás o morirás...

Porque si colaboras te dejamos libre, pero si no te mueres.

¿Ya te diste cuenta quiénes somos? Yo no les dije nada. ¡Tampoco te vamos a decir!, siguieron diciendo...

Y ¿qué quieren que les diga? Les dije... Algunos me tenían los fusiles pegados al cuerpo, presionando... Y el oficial sacó una pistola, nueve milímetros y me la puso en la frente; luego la bajó y me la colocó sobre el corazón.... Diciéndome todo tipo de palabrotas...

En ese momentito, a pesar de que yo me encomendé a Dios, me dejé invadir de un mal pensamiento, y cuando vi que me puso el arma sobre el corazón, creí que le podía quitar el arma para matarlo y luego darme muerte yo mismo... Y él me mostraba los lazos colgados, y me decía: Antes de que te amarremos con los lazos, quiero que me digas la verdad, ¿el padre Tulio era guerrillero?

No, les dije. ¿Cómo que no?, ¿y cómo es que se le encontraron tres armas en el carro, papeles subversivos, y decís que no?

No me consta, le respondí...

En ese momento moví mi brazo rápido para intentar agarrarle el arma... Y él como estaba furioso, pero algo confiado... Yo le pegué el manotazo en el brazo, no le agarré la pistola, y hasta cayó sobre mis zapatos... Y me lancé al barranco, pero él seguía agarrado a mí. Empezamos a rodar sobre un trabajadero de maíz, bien empinado y bien largo. Yo lo agarré de la aldaba del cinturón... pensaba que lo iba a matar a porrazos, aunque él era un gran hombrón... El gritaba a los soldados que me mataran, todos los soldados detrás... Y en la noche se ven los resplandores de los disparos... Los disparos ni a él ni a mí nos tocaron... En las vueltas y revueltas, caí en una presa de agua, y él encima de mí: "Aquí sos mío, hijo de tantas... Pero yo le noté que ya no llevaba armas, ni bayoneta ni armas... Yo tenía con la cabeza hacia abajo, e intentó agarrarme por el cuello... pero al intentar agarrarme le fui metiendo las rodillas y le di vuelta... pero no lo pude controlar, pero sí me lo quité de encima. Los soldados alumbraron, y yo me

tiré al suelo y seguí rodando de un lado a otro, no me pude detener; hasta que llegué a una quebrada... con algo de caudal, a la que caí sentado, pero me golpeé fuerte en la cabeza... si hubiera caído de cabeza me hubiera ahogado... Cuando me recuperé de mi mente, eran como a las once de la noche... cuando recuperé el conocimiento. Ellos no lograron encontrarme...

Emprendí camino nuevamente a mi aldea, como pude... Y llegué a la aldea, donde entré tal vez como a la una de la mañana. Mi segundo hermano había causado baja del servicio militar del ejército quince días antes... Pero los soldados cuando ya no me encontraron, habían regresado y tomaron la aldea, la rodearon... De todos modos, me metí sin que se dieran cuenta. Llegué a la casa de mi papá... Él estaba en un solo temblor, que no podía hablar... Mi hermano me dijo: Te estoy viendo y no lo creo. Del ejército vengo, y yo sé lo que hacen; cuando buscan a alguien a ciertas horas de la noche no lo buscan para otra cosa que para matarlo. Ya que te salvaste, mejor es que te vayas a algún lugar donde sepas que te puedes salvar... Llévate un machete, él me lo dio. Yo no te puedo ayudar de otra manera... empezó a llorar... Le pedí que me hiciera un favor: ¡Llévame unas dos mudadas de ropa limpia a tal lugar...!, que los dos conocíamos... Porque no quiero pasar por la casa, porque mi esposa se estará muriendo de miedo y de aflicción...

No pasé a la casa, me fui a quedar en un cafetal, donde llegó mi hermano a dejarme la ropa en una bolsa de pita de nylon... ¿Para dónde voy? No conocía Honduras, pero lo que sí sabía es que en el municipio de El Paraíso, había una colonia de guatemaltecos refugiados perseguidos en Guatemala... Traté de llegar a ese lugar... Era ya el domingo... Crucé la frontera por la montaña... Cuando pasé por una aldea que se llama San Antonio Las Crucitas, ahí estaban los comisionados hondureños viendo un partido de fútbol... Saludé, y se me quedaron viendo... Varios de ellos me dijeron, ¡deténganse! Usted ¿es guatemalteco? Les di mi cédula... Uno de ellos me dijo: ¿No será que le andas colaborando a la guerrilla, porque muchos guerrilleros agarran para acá?

De ninguna manera, voy a ver a un amigo que está aquí en El

Paraíso, les dije. ¿Cómo se llama ese amigo? Quería llegar con un joven que era hijo de mi padrino de bautismo, nació donde yo nací; pero se casó con una muchacha hondureña, y se fue a vivir a Honduras. Él también era comisionado militar, aunque allí les dicen “sargentos”...

¡Ahjajaa... Nosotros a él lo conocemos!

Pues somos harina del mismo costal, les dije.

Pero siguieron insistiendo: Hay cinco soldados ahí en el campo que quieren hablar con usted... Me dijeron.

Yo no conocía... me vino a la idea de quererme escapar... Pero no sabía para dónde podía huir... si me atrapan, será peor la situación. Llegaron los soldados y me esposaron. Nos va a acompañar a la comandancia de El Paraíso... Allí me llevaron...

¿Dónde lo agarraron? Les preguntaron. En San Antonio Las Crucitas... ¡Desnúdenlo, porque aquí vamos a aplicar la justicia!

Me desvistieron, sólo me dejaron el calzoncillo... Tal vez eran como a las cinco de la tarde. Me llevaron a un tanque de agua refrigerada, fría; el agua me daba por el cuello... Me dejaron como una media hora. Estaba helado... En eso llegó el jefe del batallón y me preguntó, ¿para qué lugar venía?

Para El Paraíso... Le contesté.

Y ¿a qué vienes a El Paraíso?

Vengo a visitar a un amigo...

¿Cómo se llama ese tu amigo...?

Entonces le pregunté: ¿Qué es lo que quiere saber de él, sus datos, o cómo es físicamente?

Dígame su nombre.

Se llama Jaime Solís López.

A Jaime Solís López lo conozco yo... Me dijo.

Pues ese es mi amigo.

¡Qué raro! Jaime Solís es “tipo”, me dijo...

¿Porque les colabora a ustedes en alguna manera? Le pregunté.

Por eso me extraña que sea tu amigo...

Porque me vio usted con ropa humilde... Es cierto, él juega dinero... Le contesté, pero no por eso se va a sentir engreído cuando me vea. Él bien me conoce.

¿Y si lo mando a llamar, y te desconoce, ahí te vas a quedar en el agua?

Bueno, si por miedo me desconoce, qué otra cosa me queda que aceptar, le dije. Y se me empezó a subir la sangre: Y si él no me quiere reconocer, le voy a decir que no sea “cobija”...

Después de una hora de estar allí metido en aquella agua helada, estaba tieso... Sentía que no podía mover ni mis párpados... Pero fueron a buscarlo... cuando llegó y me vio, me dijo: ¿Y qué es lo que te está pasando, vos?

¿Qué me está pasando? Apenas le pude contestar...

¡Sáquenmelo de ahí, es ahijado de mi papá...!

Me sacaron, pero no podía dar un paso... Jaime me tuvo que llevar en brazos a una sala al lado de afuera... Y logró vestirme, porque estaba tieso, entumecido...

Me llevaron una especie de ventilador caliente, y me fui recuperando... hasta que no vieron que ya había normalizado la voz, empezaron a interrogarme de nuevo, en presencia de Jaime.

Yo venía a pasear con él.

¿Y por qué no pidió una constancia para entrar aquí, porque aquí está fregada la situación? Por eso no se va a ir ya, tenemos que averiguar cómo están las cosas del otro lado de la frontera. Ahora no podemos, porque tenemos que consultar con el alcalde municipal... Así que va a quedar prisionero en el calabozo municipal, y no sabemos en cuántos días regresará. No les dije lo que me había sucedido en Guatemala. Había otros prisioneros. Me encontré con un vecino de origen hondureño, que fue un damnificado de la montaña de la aldea Colombia, era Inés Ocampos García. Estaba preso por asuntos políticos, y llevaba siete meses allí. Al día siguiente obtenía la libertad... Me contó que cuando el ejército se metió en la aldea de Colombia, se vino para Honduras, pero estoy aquí por asuntos políticos.

A mí me dejaron preso de lunes a jueves. Éste día por la tarde llegó Jaime, el hijo de mi padrino, y me dice: ¡Ovidio, estoy triste, mano! Me traía comida. Me dice: es que el alcalde no ha venido y el comandante del batallón mandó a pedir a la G2 en Guatemala, y que aquí les llaman el DIM (en Honduras), y estos del DIM ya vinieron precisamente para llevarte... Porque el comandante ya mandó que vinieran a recogerte...

Estoy triste, porque estos te van a llevar a ningún lado, estos van a proceder a matarte; me dijo Jaime.

Le dije, para que me maten... yo estoy decidido a dejar los huesos donde sea, pero la verdad es que no los quiero dejar en territorio ajeno, los voy a dejar en mí país. ¿Qué me decís? ¿Será que me trasladan a manos del ejército de Guatemala?

Si vos lo solicitas, sí; me dice Jaime. Y yo también les voy a decir que te manden para Guatemala; porque yo soy guatemalteco y tengo que andar cuidándoles las espaldas a estos hijos de la gran... -era muy mal criado-...

Pero si vos no tenés ningún problema..., que sólo a pasear venías..., no te van a mandar para Guatemala...

¡Sí tengo problemas! Le contesté. A mí me persigue el ejército de Guatemala. Y me escapé...

¿Y quieres volver a caer en sus manos?

Sí. Porque un gusto me va a quedar, Jaime: El ejército de Guatemala secuestra y mata y siempre... siempre lo hace bajo de agua... Y como eso era lo que querían hacer conmigo, ahora los voy a desenmascarar. Se fue Jaime, y me llegaron a buscar cinco soldados.

Dicen que quieres hablar conmigo, me preguntó el jefe del batallón, añadiendo la palabrota... Sí, le contesté. Y ¿por qué me negaste cosas cuando te interrogué?

Porque las Constituciones de todos los países rezan, no sé si en la de Honduras también está, que uno tiene el derecho de buscar salvar su vida en cualquier circunstancia en la que se encuentre... Y como seres humanos que somos, todos tenemos derecho a vivir en el país que mejor nos parezca, siempre y cuando andemos por vías legales, aunque aquí reconozco que le estoy fallando... Porque a mí se me acusa, no existen pruebas, de que participo en la guerrilla. Pero como no pudieron demostrarme que ellos pertenecían a las fuerzas guerrilleras, por eso me les fui de las manos, y por eso es que quiero que me trasladen para Guatemala. Me explico: Cuando me secuestraron, no se presentaron como ejército, sino como fuerzas guerrilleras, por eso me les fui de las manos... Y quiero que el capitancito que está en Los Amates me demuestre delante de sus jefes que es guerrillero... Yo lo conocía. Pero yo lo voy a hacer apegado a la ley... No con violencia.

¿Tenés huevos de regresar a manos del ejército de Guatemala?

Sí, le dije.

¡Sos un hombre cabal!

Es cierto, no soy afeminado ni estoy vestido con pañales... Hombres son ustedes, y hombre soy yo. Practico vida cristiana, y de eso no me voy a avergonzar.

Vida cristiana, ¿en qué iglesia?

La católica al ciento por ciento, y lo digo aunque me muera aquí.

¡Esa es la iglesia subversiva...!

Nada de eso, les cae mal porque es la única iglesia que no anda encubriendo pecados. A pesar que es pecadora, pero está contra el pecado...

Y de los que me iban a llevar estaban insistiendo... No se deje vencer, le decían al oficial... Sólo firme el traspaso que nosotros lo llevamos; le dijeron. Pero no les obedeció.

¡Te felicito!, porque querés pasar a manos del ejército de Guatemala...

Ya sea para vivir o para morir, pásame para Guatemala.

Se puso en una máquina, y empezó a querer escribir en un papel... Entonces, cuando te agarraron dime el lugar, hora... ¿Y no se identificaron como elementos militares?

No. Pero el capitán no me puede engañar, aunque andaba disfrazado, no se me presentó con limpieza, me quiso engañar, y a los hombres no se engaña... A Dios y a las personas que entendemos, no se nos puede engañar. Yo conocía hasta su misma voz. El se me quiso presentar como un comandante guerrillero. Pero yo no quise decirle en su cara quién era, me quedé callado en ese momento...

Bueno, me dijo. Aquí está el reporte. Se va a ir un soldado y un sargento de aquí. Confiados en que tienes una decisión clara, te confío en que no me los vayas a comprometer.

No tenga pena, a mí el señor no me ha mandado remendado, me ha dado una dignidad perfecta y a eso me atengo, yo no los voy a perjudicar ni a usted ni a ellos, porque así quien se perjudicaría sería yo, tanto físicamente como espiritualmente.

A eso de las tres de la mañana me sacaron de El Paraíso. Se veía la luna bien clara... Salimos por río Lindo, por la rivera, y llegamos a la aldea El Rosario, que pertenece al Municipio de Los Amates... Allí me dijeron:

¿Se queda en manos de los comisionados de aquí?

Está bien.

No hace falta que caminen conmigo hasta el municipio... Los comisionados ya empezaron a hacer alboroto... y quedé en manos de comisionados guatemaltecos... con ellos seguí caminando por la rivera del río... Yo no venía con las manos atadas... y quisieron amarrarme. Les dije:

Autoridades extranjeras no me traían amarrado, porque consideraron que lo que declaré lo hice apegado a la ley, y por eso no vengo engrilletado... Y ustedes que saben que soy pura sangre de este municipio, ¡no...! Les dije. Si me amarran, aténganse a las consecuencias, porque ustedes no saben quién soy yo...

Es que así es el reglamento, me decían.

¡Nada de reglamento! Si se me amarran, ustedes saben a qué se atienen, porque ustedes no saben quién soy yo, con eso les digo todo. Se van a arrepentir... Así les dije, y no me amarraron.

Llegamos a la Finca Francia, y andaba el ejército, y allí me entregaron, con un capitán que habían enviado de Puerto Barrios. Con ellos me entregaron. Recibió la papelería.

¡Llévenlo a un cuarto de la finca! Como a las dos de la tarde me llevaron un plato de frijoles con arroz y unas tortillas, y me las comí. A la mera seis de la tarde me sacaron y me llevaron a Mojanales, donde llegamos como a las nueve de la noche... Cambiaron el turno de vigilancia... A las once seguimos viaje para Los Planes de Santa Rosa, bajo un gran aguacero; llegamos como a la una de la mañana. En ese momento ya me llevaban engrilletado. Me metieron en un salón comunal que había en

aquella aldea... Esto fue el día jueves de esa semana. En la madrugada entró el capitán, y me pidió que me sentara... Estaba mirando la papelería.

¿Por qué vos pediste que te pasaran a nuestras manos?

Porque a mí me gusta que aquello que lleva trazas de ser tarde, mejor se realice temprano, mi capitán...

¿Cómo así? Me preguntó el capitán...

Porque el capitán que está en Los Amates me busca, pero no me está buscando limpiamente, le dije; como autoridad de la institución armada que es... Cuando me encontró se identificó como un comandante guerrillero. Fue por eso que me les fui de las manos.

¿Pero tú lo identificaste?, me pregunta.

Claro que sí...

Y ¿por qué le dijiste que lo habías conocido?

Escúcheme bien, mi capitán: Por los medios de comunicación, muchos militares tratan de engañar al pueblo, diciendo que están para proteger al pueblo. Pero con lo que ocurre conmigo, veo todo lo contrario. Ahora bien, si me acusan de que soy un cristiano católico, ante eso no me le voy a agachar a nadie... a nadie... Yo voy a derramar mi sangre por amor a Cristo y a la Iglesia a la que pertenezco. Y si por eso tengo que morir, no importa, pero no por lo que me acusan.

Y ¿en qué forma me dices que lo quieres agarrar con las manos en la masa?

Porque a él todos ya lo conocen... él anda diciéndole a la gente que son los protectores del pueblo, y si es así, por qué no me llama, y dialogamos, platicamos... Y no que viene a tratarme con prepotencia y amenazas... si me hubiera acobardado, ya me hubiera muerto.

Porque no me puse a pelear con él, si no es por defender mi vida. ¿Por qué no me llevó ante cualquier otra autoridad superior y con él mostrar las pruebas que tiene contra mí? No que de una vez lo secuestran a uno para asesinarlo y que no se sepa dónde quedó... Eso no es cumplir con la Constitución política que tenemos, eso es violar los derechos de todo ciudadano... Y por eso es que hay tantas muertes en Guatemala.

¿Qué grados estudiaste vos? Me pregunta...

No estudié ningún grado. La Biblia es mi escuela. Sí la he estudiado, y la Iglesia que como madre que es, me ha enseñado a interpretarla; pero no para hacerle la guerra a nadie... Le dije.

¡Sos cabrón!

Hoy te vamos a tener aquí, todo el viernes, porque vamos a llamar a los comisionados militares para que te reconozcan... Uno de los que llegó fue un señor ya algo anciano, debía ser el patrullero más antiguo, de unos 65 años... Llegó montado en la mula. Y a una cierta distancia, ya dijo: Él es, mire; siento que es de Buena Vista. A ese no lo conozco yo, dijo el señor Chapetón... A mí me tenían amarrado de pies y manos, con las manos hacia atrás, en la espalda.

Traté de incorporarme algo, para que me viera mejor, y le dije: ¡Usted es un cobarde, de balde tiene las canas que gasta! Le dije...

El que me cuidaba, me dijo, no le está permitido hablar...

¿Qué...? Ese es un arruinado, ¿para qué les dan un carnet a estos individuos que no tienen la decisión de dar la vida por la patria?

¿Y vos sí estás dispuesto a dar la vida por otro? Me pregunta el capitán...

Sí, y es por eso que soy cristiano; y por el camino que llevamos no me va a esperar otra cosa. Pero ¡por Cristo, y no me avergüenzo!

¡Cuando venga mi compañero, a ver si es cierto que por Cristo vas a derramar la sangre!

¡Como ustedes no creen!, le dije.

Se llevaron al comisionado, que sólo vino a decir: ¡No lo conozco! Con lo que dijo, y a saber qué otras cosas les habrá dichos a ellos personalmente, sentí que me vino a terminar de “refundir”, me estaba dejando de mentiroso... Pero al mismo tiempo me reconfortaba lo que decían los documentos, del lugar que soy y dónde vivo...

Entró de nuevo el capitán: Ya ves que este señor niega rotundamente que te conozca...

Mi capitán, le contesté: ¿Hasta dónde llega usted en el rango militar? Le pregunté. Usted es el que lo deja irse... Porque bien sabe ese señor quién soy yo, es un vecino... y me desconoce... Aunque debe saber usted, que a ese señor, hace algunos años, él me mandaba a que le comprara cigarros a la tienda; ¿de eso ya no se acuerda de eso? Pero si él dice que no vivo en Buena Vista, mejor mire mis documentos...

Es cierto, pero somos seres humanos, y a veces se nos cierra el cerebro...

Al cabo de un rato llega un comisionado militar que era de la Cumbre Buena Vista, llegó, entró y me dijo, -porque era allegado a la Iglesia-: Hermano Ovidio, qué tal está, me di cuenta que a usted aquí lo tienen.

Y pidió permiso al capitán: quiero ir a comprarle una gaseosa, porque a él desde que tenía unos doce años lo conozco yo. Era Magdalena López. Pidió permiso y se fue... Me trajo un bocadillo, gaseosa, galletas... Y me desamarró las manos el capitán... para que comiera...

¡Te estás salvando!, me dijo. Y salió en busca del otro comisionado, les dijo a unos soldados: ¡Vayan a agarrarme al comisionado aquél,

al viejo aquel...! Pero el señor iba montado y no lo alcanzaron... Llegaron los soldados todos sudados sin el comisionado:

¡Mi capitán, le rendimos novedades, que no pudimos alcanzar al señor aquél!

Después de esto me tuvieron allí, siempre detenido, pero no me hicieron nada. El sábado bien temprano de esa misma semana subió el capitán con un gran pelotón de tropa; el mismo al que me le había escapado yo. Cuando llegó y me vio empezó a darme patadas...

¡Te me quisiste escapar, y no pudiste, hijo de las... gran tantas...! Me dijo.

Sí. Le dije. Pero que a mí me tiene. Pedí que me pasaran a manos de ustedes, porque lo que yo quiero es reconocerlo ahora, delante de todos, pero sin capucha, le dije.

El día sábado 15 por la noche usted me dijo que era un comandante guerrillero, y ahora resulta que usted es un capitán del ejército. Y nuevamente me agarró a golpes y patadas...

Ahora, con mi palabra es que voy a recuperar algo de lo que usted me debe... y de todo lo que me está haciendo. Elementos como usted muestran con qué razón está corrompida la institución armada, -le dije-. Porque los ciudadanos guatemaltecos humildes están acabando en sus uñas, porque ustedes tienen el poder..., que sólo saben abusar de su autoridad. Y si no se arrepiente, capitán, de todo lo que hizo y está haciendo, un día va a entregar cuentas ante alguien especial, y ahí va a ser el llanto y rechinar de dientes...

Yo seguía acostado, amarrado por los pies a un tronco con una cadena. Pero yo no dejaba de mirarle. Un capitán me dice: ¡calláte, porque te va a ser peor...!

Hacia las cinco y media de la mañana me cubrieron con un poncho que se utiliza para protegerse de la lluvia, iba todo cubierto, para

que nadie me reconociera por el camino; llegamos al destacamento de Los Amates como a las doce del medio día; siempre con mis manos amarradas, y con un lazo me habían atado a la cintura, y un soldado me llevaba, como que fuera un animal... Estando en el destacamento, me empezaron de nuevo las torturas.

Me torturaron durante diez días seguidos, pero estuve en manos del ejército durante cuarenta días. En alguna ocasión me llevaron a Puerto Barrios, donde no me hicieron ningún interrogatorio. Me castigaban a las seis de la mañana, a las doce del medio día y a las seis de la tarde. La emprendían a golpes contra mí, me ponían la capucha, y me exigían que declarara que el padre Tulio Maruzzo era uno de los formadores de la guerrilla. Pero siempre les insistí que no existía ninguna prueba. A veces inventaban pruebas, y engañarme... Una vez presentaron papeles donde estaban escritas las letras EGP, y que eso lo habían encontrado en su vehículo, la noche en que lo asesinaron, pero sin duda, ellos mismos lo hicieron. Lo que ya no me preguntaron era por las armas, porque ¿con qué armas me iban a querer engañar, a no ser que fueran las armas del mismo ejército? Pero con los papeles, insistían.

Esos papeles, -les dije-, saber dónde los encontraron ustedes, y quieren hacer ver que se los quitaron al padre Tulio Maruzzo; yo lo conozco a él hace tiempo, y jamás, jamás... nunca nos dijo que fuera a formar grupos clandestinos, y que nos prepararan para luchar contra el ejército... Nuevamente empezaban los golpes entre cuatro, me iban dando golpes tirándome de uno a otro... Yo me tiraba al suelo, para que no me siguieran golpeando. Para todo esto siempre me colocaban una venda adhesiva de plástico sobre los ojos; en la oscuridad y con los golpes, perdía la sensación del lugar donde estaba.

Luego me ponían una capucha, de la que me quedó una sensación de que era de suela, me la ponían por la cabeza; Cuando ya no me llegaba el aire, empezaba a dar botes sobre el suelo... se tiraban encima de mí... siempre con insultos y malas palabras, con el fin de sujetarme. Esto me hacía sufrir tremendamente, que no quiero ni recordarlo.

Cuando nos quieras dar información, sólo meneas la cabeza... Me decían.

Y cuando yo ya no aguantaba, meneaba la cabeza... Me quitaban la capucha y en ese momento aprovechaba para respirar profundamente... Luego me golpeaban con la palma de la mano en la cabeza, para que recuperara el conocimiento...

¿Por qué no nos quiere dar información?

Porque no tengo ninguna información que darles... No es cierto de lo que acusan al padre Tulio... ni de lo que me acusan a mí. Mátenme... pero yo no voy a confesar lo que no es, no me quiero llevar a ese pecado... Cuando terminaban estos tormentos, me quedaba prácticamente como drogado... mi cabeza no regía.

Me arrancaban con fuerza la venda que me habían puesto para taparme los ojos, y en alguna ocasión, hasta me arrancaba la piel; tengo una cicatriz en mi nariz, que a consecuencia de todo esto, ya nunca se me quitó... Mi brazo izquierdo y mi pierna izquierda, me han quedado mal, porque a patadas me desarticularon la rodilla izquierda, y como nunca fui a una clínica, así se ha quedado. Y el muslo de la pierna derecha no es igual al de la izquierda. Y mi brazo izquierdo, desde la muñeca y la mano... Estas han sido las consecuencias que me quedaron de las torturas.

Cuando en otras ocasiones se aburrían de andarme torturando, porque no les decía nada, me metían a una poza muy sucia de letrinas; como me tenían amarradas las manos hacia atrás, no podía defenderme con tanto gusano que había en aquella suciedad, y me angustiaba que se me fueran a meter por las fosas nasales, o por los oídos... Pero no me podía ni menear... Sacudía fuerte la cabeza, para que no se introdujeran en las fosas nasales... A veces, me dejaban en esa situación hasta cuatro o seis horas...

Luego me sacaban, y me mandaban bañarme en una pila... me daban una especie de overol, y luego me dejaban en un cuartito estrecho, como el lugar donde tenían una regadera tal vez para ducharse...

Además de esto, pude ser testigo de cómo asesinaron delante de mí a otras personas. Recuerdo a un señor de Honduras, que decían lo habían capturado en la aldea de El Charco, en Honduras; y otro señor ya anciano, como de 75 años, que me conocía a mí... y cuando se dieron cuenta que nos conocíamos lo llevaron a otro lugar... A los tres días ya lo habían matado; le iban haciendo perforaciones con un puñal en las piernas y en las plantas de los pies; este señor se llamaba Arnulfo Crisóstomo; que yo sepa no tenía nada que ver con la iglesia. Por lo que yo pude escuchar, lo engañaron. Le prometieron que si él decía algo que fuera verdad, de su participación en la guerrilla, lo iban a dejar libre... Pero era mentira; porque eso no era nada más para ver de qué se confesara... y luego ya no tenía remedio. Cuando lo empezaron a torturar les dijo que andaba distribuyendo propaganda subversiva y que había aprendido a hacer bombas... Un día, como a las cinco de la tarde me di cuenta que lo estaban torturando... a eso de las once de la noche, me vinieron a buscar a mí, y me dicen: Cerquita tienes compañeros que han hablado para colaborar con nosotros... Únicamente tú eres el duro, que no quiere colaborar... Lo miraba como derramaba sangre el pobre ancianito... Le metieron un pedazo de tela en la boca, y con la culata del puñal empezaron a golpearlo para que quedara retacado... Luego le pusieron una faja de hule bien apretada, para que no pudiera gritar... Sólo se estremecía, cuando pasaban la punta del puñal por su piel... A mí me tenían amarrado, para que no tuviera posibilidad de moverme, casi en cuclillas... casi pegado al ancianito; luego le quitaron un testículo... Después que lo mataron, me desatan y me dicen que lo fuera a tirar a la palangana de un vehículo. Lo envolvieron en unos plásticos y le tiraron encima una especie de “canoas” de barril, un recipiente que habían hecho cortando un tambo de gasolina no por la mitad, sino transversalmente, a lo largo. Y me dijeron:

¡Mirá... eso te va a pasar a vos! ¿No te ahuevás?

Lo que no es justo es que lo engañaron... Les dije. Porque como es anciano, él por quedar libre dijo cosas que ni siquiera sabía... sólo por quedar libre...

Y entonces, ¿por qué confesó que sabía hacer bombas?

Por qué no le pusieron la prueba, consíganle los materiales, y pónganlo a prueba... Porque así como fue cobarde por amor a la vida, también les hubiera podido demostrar a ustedes si sabía o no hacer las bombas. Porque si al menos les hubiera mostrado que sí sabía hacer bombas, y ustedes por eso decidieron matarlo, siempre es una tremenda injusticia, pero al menos hubiera muerto por decir la verdad. Pero en el caso mío, que no sé nada de lo que me están preguntando, y no sé nada, y aunque me consiguieran las cosas... no les puedo hacer nada, porque no sé nada. ¡Prefiero morirme!

Así pasé diez días, de tortura en tortura, pero no pudieron hacerme confesar lo que ellos querían, porque no tenía nada que ver con lo que me preguntaban. Llegó el capitán de Los Amates con semblante desencajado y ojos llenos de rabia, para decirme:

¡Me has dejado por los suelos, hijo de...! ¡Pero no te la voy a perdonar jamás! Si de esta yo logro salir, no me voy a olvidar de tu cara, y cuando te encuentre, yo mismo te voy a matar con mis propias manos... Me dijo el infeliz, con desprecio.

De acuerdo; yo no puedo decidir qué es lo que usted piensa ni qué va a hacer; es su responsabilidad; pero eso que trama en su corazón es la cobardía más grande... Si pudiera dejar yo mi vida cristiana, y estuviera bien recuperado físicamente como lo está usted, también me gustaría verme con usted frente a frente, si yo quisiera seguirle la pista al diablo... Porque, como hombre, humanamente, sepa que lo que me dice no me hace temblar. Pero no quiero entrar por esos caminos. Y si yo aparezco muerto, todo el mundo va a saber quién fue, y que usted como militar es como una cucarachita, un elemento corrupto. Y punto.

¡Pues te vas a dar el gallo de hacerlo... y no creo que un pinche labrador de zacate se vaya a burlar de mí, para que yo deje el uniforme!

Gracias a Dios, a este señor nunca más lo volví a ver. Al parecer,

alguien me ha dicho que murió en Quiché. Lo conocían como Edgar, los demás datos, nunca lo supe; el “capitán Edgar”...

Hubo un cambio total en el destacamento. El tiempo posterior que allí transcurrí detenido, el trato fue muy diferente; me daban agua para tomar y comida. Aunque los primeros días, mi estómago sólo aceptaba agua. Luego ya me decían: ¡Cométe la comida, vos, porque te vas a morir y está jodido, comé; dice el jefe que comás...!

A veces me daban dos tiempos, a veces uno. Ya no tuve castigos. Eso sí, me empezaron a recorrer con ellos las aldeas, hasta me llevaron a mí aldea, en horas de la noche, cuando me faltaban 15 días para que me dejaran libre. Unos días antes, había llegado un militar que me enteré que era el jefe de la G2, y me dijo:

Te traigo una buena noticia...

Sí, mi mayor, le contesté.

Te vas a ir con tu familia, porque te has salvado peleando como gato panza arriba. Te vas a ir... Sólo te vamos a llevar a la fiscalía para comprobar que no tengas ningún hueso roto... ¿Cómo sentís tu vista..., la tenés normal? Sí, le dije.

Tu cerebro, tu pensamiento, ¿no lo tenés... no te sentís como mareado? No, le dije.

Quitáte la ropa, quiero ver yo mismo si lo que me dices es cierto.

Me quité la ropa, y me examinó... Me dijo que íbamos a ir a “fiscalía” donde había aparatos de rayos X, para examinarme. Yo andaba cojo y muy débil.

¡Si tenés fracturas graves, te tenemos que matar! Si tenés golpes internos que juzguemos graves, te tenemos que matar... Me pasaron por rayos... Y no encontraron tales gravedades... Me preguntaron por la pierna, y les dije que no me preocupaba. Me regresaron de nuevo a la habitación donde me tenían... Y me dijeron que me alistara, porque en ocho días te vamos a ir a

entregar a manos de tu familia... Yo no les creía.

Como a los ocho días, volvió a llegar el capitán Palomo, de la base de Puerto Barrios, porque así se llamaba. Cuando me vio me dijo: ¡Vas a empezar a reír de contento!, -me dijo-... ¿por qué estás descalzo?

Porque cuando me agarraron, un soldado me quitó mis zapatos... los míos estaban nuevos, y al verlos le gustaron y se quedó con ellos, por eso ando descalzo... Desde que me traían por la aldea de Los Planes de Santa Rosa, me los quitó... Y desde allí me vine descalzo, ¡a pura chuña”, le dije.

Aquí un soldado te va a tener que parir a vos...

Un soldado me dio sus zapatos ya usados, que quitaron el overol, y me dieron ropa limpia, y salimos del destacamento hacia la una de la madrugada... Me preguntaron:

¿Cuánto se tarda a pié en llegar a tu aldea?

Les respondí: Normalmente, son tres horas y media. Pero así como estoy yo tardaré unas cinco o seis horas... Me sentía preocupado, porque a muchas personas las sacaban solo para ir a matarlas a otro lado... No me creía lo que me decían.

Me sacaron del destacamento... cruzamos el río Motagua hacia el otro lado... Pero cuando llegamos a mí aldea, estaba tomada por el ejército, y a la gente la habían reunido en el campo de fútbol; los soldados estaban por todos los lados, entre guamiles, entre potreros... De aquí se llevaron una compañía entera, 75 elementos y, una compañía entera es la que había en cada puesto, en Planes de Santa Rosa, en Mojanales, en El Rosario, en Canaán, en Finca Francia... Y todos esos pelotones los reunieron en Buena Vista. Había aterrizado un helicóptero en medio... y también habían llevado periodistas y gente con cámaras...

Cuando ya llegamos, el capitán Palomo saludó a la gente... y les preguntó: ¿No hay novedades en esta aldea? Todos permanecían

callados, en un absoluto silencio... Ningún hombre se atrevió a hablar, pero sí una señora fue la que se atrevió a decirle:

¡Jefe, nadie tiene valor de hablarle, pero de aquí desapareció un señor de la Iglesia católica, que no sabemos qué habrán hecho con él!

Pidió a la señora que se acercara, y le preguntó: ¿quiénes se lo llevaron?

Bueno, dicen que fueron guerrilleros... Pero estoy más segura de que fue el ejército militar, porque ellos eran los que lo andaban buscando... Porque él en ciertas ocasiones se presentó ante el destacamento, y lo dejaban regresar. El era Delegado de la Palabra de Dios y en sus predicaciones siempre decía que oráramos mucho por él, porque sabía que de un momento a otro lo iban a atrapar autoridades del Gobierno; porque como se está viendo, incluso hasta el sacerdote que nos visitaba lo mataron... Y... ¡dicen que fueron militares!

¡No señora, no fueron militares! Replicó el capitán.

¡Bien, jefe, que sí se sabe...!

¿Quiénes dicen eso?

Bueno, como, como ya no existe él..., -y yo escuchando-, lo voy a declarar, porque ese hermano, era el que decía que los militares fueron los que asesinaron al padre Tulio... -se llama don Ovidio Velásquez.

El capitán sólo movía la cabeza... Así es que..., no es que no haya novedades en nuestra aldea...

Y el capitán la interrumpe para preguntarle: ¿Y a ese señor cuando estaba aquí, cómo lo consideraba usted?

Bueno..., él se dedicaba mucho a la enseñanza bíblica, enseñaba el catecismo, y nos consta que era sincero para predicar, eso nos

consta. Pero se basaba en la Palabra de Dios, que quien mata al prójimo, si no se arrepiente con justicia, no alcanza la salvación...

¿Así decía ese individuo? Le preguntó; y la señora siguió reafirmando sus palabras: “Sí, mi jefe”. Esa señora que habló a mí favor, se llama Paulina Medina, esposa de un comisionado militar.

En ese momento, el capitán llamó a un subteniente para decirle: ¡Subteniente..., tráigame al elemento... al soldado del que le hablé!

A mí me habían ordenado que me vistiera con una especie de traje militar y me colocaron a cucuche (en la espalda) el radio transmisor de la tropa... con un sombrero encima y una escopeta vieja en las manos que no servía para nada... Así me presentaron ante la gente.

¡Dejá el radió ahí! Me ordenó el capitán Palomo... tiré la escopeta y el sombrero... Y le pregunta a la señora:

¿Conoce usted a este hombre?

En ese momento, inmediatamente reconocí a mi papá entre los presentes... Sentía una gran tristeza el verlo allí... Que hasta el día de hoy me hace derramar lágrimas... Traté de controlarme...

Cuando ya me ve sin todo lo que llevaba, me ordena el capitán: ¡saluda a tu gente!

Saludé a la gente y les dije: Hermanos, no estoy muerto; aunque no lo crean estoy vivo. Soy Ovidio; aquí estoy entre ustedes...

Llegó mi papá, me abrazó, pero sin poder decirme una palabra... También se acercó a la gente... Le pidieron al capitán si me podían traer alimentos... Y responde el capitán:

¡Su estómago es el que manda! Pero permítanme un momento... Y ordena: ¡Vengan los diez elementos que vienen preparados...! Los diez soldados le hicieron el saludo, dando el taconazo

correspondiente... ¡Y tú vete para allá! Me llevaron como a unos diez metros... Y empieza a preguntar:

¿Qué dicen ustedes? Levanten la mano los que están de acuerdo que a éste lo fusilemos, porque a esto vienen preparados estos diez elementos, aunque bastaría un cartucho...

Nadie se atrevió a hacer el mínimo gesto... En eso se adelantó mi hermano y le dice al capitán: ¡Capitán Palomo, disculpe, permítame decir una palabra... Él es mi hermano mayor. Y yo hace sesenta días que entregué el equipo en la Zona militar de Ixcán, Quiché, ¿y con esto me quieren pagar?

¡Velásquez, venga para acá! Y le dice: ¡Nunca pensé yo que alguien de sus hermanos andábamos llevando en mano!

Se me acerca el capitán, y me da unas palmadas diciéndome: ¡No te ahuevés... tu gente te quiere, porque si no te quisieran, ni modo, cuando les pregunté que alzarán su mano, la hubieran levantado, y lo hubiéramos tenido que hacer..., porque al pueblo hay que complacerlo, pero el pueblo sabe quién eres!

Yo no lo pude contestar, tenía un nudo en la garganta... Me mandaron quitarme el uniforme; yo no podía hablar. Llegó mi esposa a recibirme... Y no le pude decir nada a nadie de mi familia... Y el capitán ordenó a mi esposa, que me llevaran para la casa, y cuando esté arreglado... me lo regresan de nuevo...

En ese momento ya no podía decir nada... Me llevaron a la casa... me bañé, me dieron la ropa que me correspondía, y me acompañaron de nuevo al campo...

Desde que yo caí... los comisionados se habían apropiado de las llaves del oratorio, de la iglesia católica... La gente ya no se reunía en el oratorio... El capitán Palomo habló con voz fuerte, para que lo escucharan: ¿quiénes son aquí los demás Catequistas? Se levantó uno que se llamaba Cándido Méndez...

¡Jefe, yo también soy Delegado!

¿Y tú por qué no has abierto el oratorio?

Porque los comisionados llegaron con la esposa de don Ovidio y le quitaron las llaves... Pero desde que él desapareció, ya no nos pudimos reunir...

Y haciéndose el muy valiente le contestó el capitán: ¡Si fueras un cristiano valiente, aunque sea hubieras “rompido” la puerta... Pero decidido... como éste lo ha hecho... Por ser así lo trajimos con ustedes; porque si hubiera sido como uno de esos aguados, ya lo hubiéramos eliminado; éste es un tipo valiente! Y preguntó: ¿Quién fue el comisionado que se atrevió a quedarse con las llaves?

¡Yo!, contestó un comisionado presente, que se llamaba Pedro Pérez.

¿Quién te dio orden de que recogieras las llaves de la iglesia católica?

¡El capitán Edgar!, contestó.

¿Él dio la orden?

Sí, él fue...

¿En qué momento te dio esa orden?

Cuando él llevaba tres días de estar en sus manos... Contestó.

¿Estás seguro de que estaba en sus manos?

¡Sí! Sólo que no le dejaban a uno entrar a verlo...

Y siguió diciendo el capitán: Los comisionados tienen cierta culpa cuando las cosas caminan incorrectamente... por los errores de sus jefes inmediatos... ¿por qué no llegó usted a la Zona Militar en Puerto Barrios para hablarme de esto, o con cualquier otro jefe de la Zona, para que lo hubiera presentado?, porque el padre de todos ustedes, soy yo... Y yo no he dado orden de que anden

recogiendo llaves de templos, ni de evangélicos ni de católicos, ni de nada... ¡ustedes se lo han sacado de la punta de los calcetines! ¡Ahora mismo se va a buscar las llaves, y se las entrega!

Aquí las tengo, le respondió el comisionado.

Reconocí las llaves, porque estaban en el mismo llavero que yo tenía.

¡Hoy abris el oratorio! Me dijo.

¡No, mi capitán; ahora no lo voy a abrir, lo haré cuando me recupere! O si alguien de los hermanos encargados que han trabajado conmigo, quieren las llaves para abrir el oratorio... pues..., no soy dueño de las llaves. Aquí todos tenemos derecho a orar, siempre que queramos hacer oración... pero yo voy a hacer reposo.

El capitán, volvió a dirigirse a la gente: ¡Ovidio queda en sus manos... y de una vez les advierto, delante de todos los elementos militares... De hoy en adelante, a Ovidio nadie le va a poner la mano... Ni elementos de alto rango militar... ni comisionados, ni menos confidentiales, ni alcaldes auxiliares, nadie...!

Luego se dirigió a mí pero para que lo escucharan todos: ¡Ovidio, cuando tú te sientas perjudicado por algún elemento de éstos... pasás a la Zona Militar, no aquí en Los Amates, esto a partir de esta fecha; es el 23 de febrero. Que nadie te haga daño... Es cierto, soy un alto militar, pero hay cosas que me gusta analizarlas, porque no tengo suciedad en mi cerebro (-dijo otra palabra-), tengo sesos en la cabeza, y yo no estoy decidido a matar a uno que diga que es cristiano... Ahora, a guerrilleros, sí estoy decidido a desaparecerlos... Y por esta clase de gente... que se ha atrevido a mancharse las manos, por ser malos militares... que le quede claro a Buena Vista, va a llegar el momento, en el que se van a ir abajo comisionados, confidentiales y hasta alcaldes auxiliares... Estos están cometiendo muchos errores por saber cuántos rencores personales... Y a nosotros también nos han hecho cometer errores...

El capitán hasta se emocionó, y no pudo hablar más... Y me entregó las llaves en ese momento. Para los que llegaban de la Zona era una oportunidad de mostrar a los periodistas que no eran como los pintaban... Me tomaban fotos...

Volvió a decir: ¡Que todos los jefes de área reconozcan sus lugares a partir de este momento, y a esta Aldea, no quiero enterarme de que entren autoridades militares...! Y tú, Ovidio, cuando alguien pase por aquí amenazándote a vos, o a cualquiera de tu familia o vecinos..., vos mismo llegás y me informás en la Zona Militar de Puerto Barrios, tú mismo directamente, ¿de acuerdo?

Y como habían llevado un secretario, que estaba allí con una mesita y una máquina tecleando, hicieron un escrito, para que firmara yo mi libertad; me leyeron el acta donde se especificaba qué día me habían atrapado, mis datos, mis declaraciones... y demás, y firmé.

¡No voy a firmar nada antes de leerlo! Me dieron un rato para leer, y ver que no había nada contra otras personas. Entonces la firmé. Me quedé en la aldea. Y como habló de que había una amnistía, me dejó como abanderado... Y que la fuera a dejar a los ocho días... Era el día 23 de febrero de 1983, durante el Gobierno del general Ríos Montt.

En el patio de mi casa se quedó una bandera de Guatemala en un asta de palo de bambú durante seis meses. Luego, yo mismo la quité, y la fui a entregar. Y hasta hoy, gracias a Dios no he tenido amenazas de ninguna clase de autoridades, ni nunca me permití a decir ni una sola palabra a ningún otro lado. Esta es una de las partes más tristes de mi vida. Pero estoy agradecido a Dios que me liberó de todo esto sin haber cometido daño contra nadie. Tengo que dar gracias a Dios por el privilegio que me ha dado, que en estos tiempos que vivimos es también una gracia, de no haber manchado nunca mis manos con sangre, ni material ni espiritualmente hablando.

Cuando empecé a trabajar como Delegado de la Palabra de Dios, nunca me imaginé todo lo que me iba a suceder... No sólo a mí

me ha tocado sufrir por el Evangelio; he podido conocer a hermanos mejores que yo, que llegaron hasta derramar su sangre por la causa de Jesús, y nunca seremos capaces de reconocerles en su justa medida, el valor y el sacrificio que hicieron. Personalmente, he seguido trabajando al servicio de la Palabra de Dios; eso es lo más importante en mi vida.

Tengo el privilegio de trabajar en el proceso de las Santas Misiones Populares en Izabal, y sólo le pido a Dios, que pueda servir a su Iglesia con salud y alegría para dar testimonio de la fe que siempre ha dado sentido a mi vida.

TIBURCIO HERNÁNDEZ UTUY



En la Parroquia de Chajul, enero 2011

ITINERARIO DE VIDA

- Tiburcio Utuy nació el 11 de agosto de 1942, en la aldea Xix, Chajul, departamento de Quiché. Algunos años después fue reconocido por su padre, del que recibió el apellido Hernández.
- Pasó tres años por la escuela de Chajul, donde cursó hasta el segundo grado de Primaria.
- A los 13 años fue nombrado Catequista de la Acción Católica.
- Fue confirmado por Monseñor Manresa, Obispo de Quetzaltenango.
- A los 22 años se casó con Juana Ajanel Velasco, que falleció en 1990.
- Sucesivamente fue pasando por varios cargos de servicio a la comunidad: vocal de la Junta Directiva, Presidente de la Junta Directiva, Catequista...
- Trabajó en el Comité Pro-Mejoramiento de su comunidad desde 1968.
- Desde 1982 a 1996 permaneció en las Comunidades de Población en Resistencia, en Santa Clara, Chajul.
- En 1996 regresó de nuevo a su aldea natal, Xix, en Chajul. Contrae matrimonio con Catarina Utuy Oxlaj.
- Forma parte del Comité Pro-Mejoramiento de su comunidad.
- Actualmente es Misionero, Celebrador de la Palabra de Dios y Ministro de la Eucaristía.
- Ha escrito parte de sus memorias, y se ha podido completar su testimonio con grabaciones sobre su vida y las torturas que padeció a manos del ejército en 1982. Las huellas de de las mismas siguen visibles en todo su cuerpo.

RECUERDOS DE INFANCIA

Cuando yo era niño crecí con mi papá, Cipriano Hernández Pastor, y mi mamá, María Utuy; los abuelos paternos fueron: Sebastián Hernández Jiménez y Antonia Pastora; por el lado de mamá: Guillermo Utuy, e Isabela Itzep. Vivían en la Aldea de XIX, fueron las primeras personas que salieron de San Francisco El Alto, Totonicapán, eran siete personas, y se vinieron a la Aldea Xix. Yo ya nací en Xix; en cambio mi papá nació en Chiúl, donde llegó primero mi abuelo. Pero no tenían ni ovejas ni tierra. Y llegó a buscar trabajo a Chajul. Llegó con un chajulense de nombre Gaspar, que le dio terreno... Trabajaba para el señor Gaspar, y se regresaba a Chiúl. Luego el señor Gaspar le ofreció a mi abuelo que se pasara a una troja que tenía en Chajul; y llegaron a un acuerdo, y fue así como mis abuelos llegaron a Chijulché, en Xix.

La palabra Xix también tiene su significado. Hay unas plantas que crecen en tierra fría llamadas *tixil* y la otra *xixil*. Son dos clases de plantas. La primera se come como verdura, tiene hojas anchas, se puede hacer con ellas boxbol, o chirmol... o simplemente como verdura. Cuentan que la gente de la aldea se reunió con el fin de buscar nombre para la aldea; no muy lejos hay un cerro que se llama Xun, más o menos como un kilómetro atrás de la aldea. En todo el lugar donde ahora está la iglesia, había matitas de Tixil. Algunos opinaban que mejor ponerle el nombre de Xun, por el cerro; pero otros opinaban que el cerro estaba algo retirado; otros decía que como había tantas plantas, por qué no se juntan los nombres, por qué no decirle Xix, que abarca el nombre de las dos plantas. En la montaña sagrada, en el cerro, antes había mucho bosque, con árboles grandes, y allí unas piedras como de jade, y los sacerdotes mayas lo arreglaron como que fuera un altar, donde llegaban para las ceremonias. Mi abuelo Sebastián era el aj'kij, él llegaba a la montaña a rezar. Esta es la historia que me contó mi papá. No recuerdo cuándo falleció mi abuelo, yo era muy patojo. Pero sí iba con él cuando iba a hacer ceremonias, o pedidas; era el guiador, el Chuskajau. Mi abuelito llegaba con el papá de la jovencita a petición del novio, para que le diera permiso de ser novio de su hija. Luego se acuerda también el gasto que se le iba

a dar al papá de la muchacha; tal vez veinte libras de carne, unos dos canastos de tortilla, pan, y unas dos botellas de aguardiente. Antes no había aguas. A veces también se pedía un poco de dinero, pero no abundaba el dinero. El licor que se ofrecía era el *tzam*, que vendían en la cantina. Ahora, si el papá de la muchacha pide *Cusha*, le pide algo más, unos cuatro litros, tal vez. Esta era la costumbre de nuestra gente antes.

Después mi abuelo le pidió que le vendiera tierra, don Gaspar le ofreció la mitad de su terreno, pero no quería dinero, sino que le ayudara con trabajo para cultivar sus terrenos. Llegaron también a un acuerdo, y mi abuelo pudo hacer una casita en el terreno que le ofreció don Gaspar.

Mi abuelo empezó a cultivar maíz, y se dedicó a la crianza de cochinos, y compró la otra parte del terreno a don Gaspar, y así fue como le vendió todo el terreno. En ese tiempo mi abuelo fue el primero que llegó, y luego su cuñado y su hermana, luego llegaron más, hasta juntarse siete familias en la Aldea.

Después de mi abuelo y sus familiares, las siete familias, vinieron más personas de Totoncapán. Nosotros hablábamos en lengua k'iche'. Creció el grupo de gente en la aldea. Recuerdo, porque mi papá me contó, que fue a hacer el servicio militar, pero no sé dónde se fue. Cuando regresó del servicio militar, la aldea era algo grande, y se necesitaban autoridades, hicieron una asamblea, y la gente eligió a mi papá como Alcalde Auxiliar. Primero solicitó que se hiciera un cementerio, y construir una casita para la Alcaldía Auxiliar. Todavía no había escuela. Cuando quedó de alcalde mandó arreglar los caminos, abrió una brecha más arreglada para llegar a Chajul; no era como una carretera, pero ya era buen camino. Mi papá falleció en el año 1990. Eran los años del conflicto armado, y no sé cómo fue su muerte. El se quedó en la aldea de Xolcuay, con su segunda esposa. Creyó que la masacre no les iba a llegar.

Por tanto, yo crecí con mis abuelos y mis papás, y era un pastor de ovejas. Nací el 11 de agosto de 1942, soy el tercer hijo de mi

familia. Mis hermanos eran: Antonia Hernández Utuy, la segunda Isabel, luego vengo yo, Tiburcio. A continuación Catarina, Elena, José Luis, Ana y Faustina, que es la última. Fuimos ocho, pero ahora sólo vivimos tres: Tiburcio, Catarina y Faustina¹².

ALGUNOS DATOS DE MI NIÑEZ

Crecí y cuando ya pude trabajar fui pastor de ovejas, las cuidaba con otra hermana mía. A veces nos poníamos a jugar... Y en alguna ocasión las ovejas se nos escapaban a la milpa, y esto tenía como consecuencia que nuestro papá nos daba con el chicote. Y es que mi papá tenía que pagar el perjuicio al dueño.

A los 7 años, mi papá me mandó a la escuela, que sólo había en Chajul. A veces por el invierno, nos poníamos a jugar con los compañeros, y no llegábamos a la escuela. Era bien difícil, porque teníamos que caminar dos horas. Éramos traviesos. Costaba llegar a la escuela, teníamos que salir a las seis de la mañana, para llegar a la escuela, que estaba en el Convento. Uno de los maestros se llamaba Juan, un ladino, no recuerdo de dónde era, un señor algo alto.

Salíamos a las doce, y comíamos en una casa donde dejábamos recomendado el almuerzo. Yo perdí como un año entero, no aproveché nada. Sólo saqué el primer grado y el segundo; fui tres años a la escuela. Mi papá pensó que sólo andábamos jugando, así que me dijo: va a quedarse conmigo para trabajar. Así empecé a ir detrás de mi papá en la milpa, o a ir al mercado, hasta Chel llegaba mi papá. Así empecé a trabajar. Iba hasta Ilom, la Finca La Perla, Zotzil, Santa Marta Ixcán... Yo a veces sólo cargaba el almuerzo, íbamos caminando. Si salíamos a las seis de la mañana, llegábamos a Ilom a las dos de la tarde, unas ocho horas, pero si hay lodo, llegábamos como a las seis de la tarde; jornadas de 5 y 6 días de viaje. Recuerdo que en cierta ocasión se embarrancó mi bestia, y empecé a llorar, pero logré sacarla viva. En 1955 recibí

¹² El 28 de enero de 2011.

el curso de catequesis y recibí la primera comunión; trabajé en la Iglesia dando clases y apoyando a los demás Catequistas.

MI PADRE QUIERE CASARME

Cuando tenía doce o trece años hacía todo esto; como a los 17 años, un día mi papá me dijo: Vamos a buscar a tu mujer. Yo me sentía muy joven, y me opuse: No quiero mujer ahora. No tengo todavía el pensamiento de casarme con una mujer, aunque sepa trabajar o negociar, no quiero casarme. No fue a pedir la mujer. Luego de unos cuatro o seis meses, volvió a insistir: Aquí hay una muchacha que es muy respetuosa, parece muy buena... Otra vez me le negué, no quiero mujer. ¿Y ahora? Nosotros estamos pensando que necesitas una mujer, porque ya ves que hay enfermedades, y ¿quién hace la comida? Volví a decirle que no, y ya estuvo. La tercera vez fue casi un año después: Ahora sí tenés que cumplir, y no quiero que me estés jugando de que no querés mujer. Y resulta que ya lo tenía avisado con un Chuchkajaw, el pedidor, que vino de Chiúl, venía con su esposa, y se llamaba Toribio Hernández, tío de mi papá. Yo los saludé, y no sabía a qué venía. Luego mi papá me habló diciéndome: Mirá hijo, ya vinieron los señores que van a pedir a la muchacha, y tú tenés que respetar. Respondí inmediatamente: No, no quiero. Tenés que querer. Pues no, respondí. Si usted quiere gastar su dinero, gástelo, pero no. Así era la insistencia de mi papá.

Pero la cosa se complicó, me agarró fuerte y con un lazo me amarró las manos de una de las vigas de la casa, y me empezó a pegar. Antes tenían un chicote de cuero; me golpeó bien fuerte que hasta me sacó la sangre, era un gran dolor. Me quitó la camisa, y mi espalda se quedó roja por los golpes de chicote. Diciéndome: ¡Tenés que respetar! Para que no me golpeará más le dije: ¡Está bueno, voy a ir! Pero en mi corazón sabía que no iba a cumplir, va a malgastar el dinero.

Me fui detrás de ellos hasta la casa de la muchacha. El señor papá de la muchacha estaba contento y tranquilo. Y empezó a hablar:

¡Claro, yo a ustedes los conozco, son gente trabajadora, tienen qué comer en la casa, tienen sus propiedades, les voy a dar a mi hija!

Sacaron guaro y empezaron a dar de beber a todos, al pedidor, a mi papá, a mi mamá, a los de su familia, y luego también nos ofreció a la muchacha y a mí; pero yo estaba enojado: ¡Tomá vos, me dijo! Tomé del guaro... Y así una vuelta, y otra vuelta, seguía tomando... ellos platicaban muy alegres; cuando se terminó el guaro, acordamos la fecha siguiente, y el valor del gasto para la pedida de la muchacha, era el gasto de costumbre y el valor de la muchacha. Está bueno, ¡qué voy a hacer! Al parecer la patoja estaba contenta de casarse conmigo, pero yo no, más bien con un gran disgusto.

A PESAR DE MIS PADRES, ME VOY A LA COSTA A TRABAJAR

Mi mamá me dijo: Andá, y les dejás un viaje de leña, así platicás un poco con la muchacha. Yo estaba contrariado, cumplí lo que dijo mi mamá para que no se enojara... Y llegué a la casa de la muchacha, y me ofrecieron entrar: No, les dije, tengo que ir por otro viaje de leña, no puedo. Pero regresé a mi casa, y pensaba, no voy a cumplir, y si me obligan, me voy. A tiempo sucede que un cuñado mío, que ya iba a la Costa, y le dije: Me voy con vos a la Costa, lleváme, no me gusta estar aquí. Me voy contigo. Era el año 1963.

Y me preguntó: ¿Y qué les vas a decir a tus papás? No les voy a decir nada... le respondí. Bueno, pues vete a traer unos dos pantalones y unas tus dos camisetas. Le advertí que no le fuera a decir nada a mi madre. Quedamos en el lugar donde nos íbamos a encontrar fuera de la aldea. El pasó despidiendo a nuestra mamá... Yo ya iba adelante, no me despedí de los papás... Llegamos a Nebaj y nos subimos al camión. Llegamos a la Costa, y trabajé como diez días... Pero la gente se reveló, no quiso trabajar, que la tierra para recoger café donde nos colocaron no era bueno, y no quisieron trabajar, y yo detrás de mis compañeros, porque,

aparte, pagaban muy poco; era una finca cerca de Patulul. Nos fuimos a otra finca, pero quedaba lejos, por Mazatenango, y no teníamos transporte. Nos fuimos a pie. Nosotros fuimos los últimos en marchar, éramos cuatro. Le dejamos al patrón los canastos, costales, las piedras de moler... No queríamos tener problemas. Fue una gran caminata, después de caminar muchas horas, vimos que llegaba una ambulancia de bomberos, que nos ofreció llevarnos hasta cerca del pueblo, y así llegamos a Mazatenango como a las cuatro de la tarde, allí tomamos camioneta para llegar hasta Retalhuleu. Llegamos donde estaban los contratistas de trabajadores para recoger algodón, fuimos directamente; era por el mes de noviembre... Pero tuvimos que seguir hasta una finca cerca de Champerico, a la finca agrícola San Antonio. Le hablamos al administrador que éramos trabajadores, que queríamos trabajo, y que a cómo pagaban el quintal de algodón. Nos respondió que a 1,25, pero sin comida. Ahora, si necesitan comida, es a quetzal el quintal. Está bueno, le respondimos. Nos dieron maíz y frijol y cal, y todo, y empezamos a cocinar nuestra comida para el día siguiente, que era el primer día de trabajo. En esa finca me quedé yo seis meses, ya no regresé... Mi cuñado regresó... Con él mandé cien quetzales a mi papá. Cuando mi papá recibió los cien quetzales lo agradeció mucho. Le preguntó a mi cuñado: ¿Pero va a venir él? Sí, le respondió, porque prometió su palabra, pero creo que ahora va a ser difícil que venga, le dijo refiriéndose a mí. Ustedes tienen que saber que Tiburcio se disgustó mucho con ustedes porque fueron a pedir la mujer. Me dijo que vendría en marzo o abril, para la fiesta del segundo viernes... Mis papás estaban apenados, mi mamá lloraba, mi papá tomó la decisión de ir otra vez con los papás de la muchacha a decir que ya no...

REGRESO A LA ALDEA

Y así lo hicieron. Después de seis meses regresé a la aldea. Yo ya tenía dinero; pagábamos pasaje de Retalhuleu, de aquí a Xela había camioneta; de Xela a Santa Cruz del Quiché también había camioneta; pero de Quiché a Nebaj no había camioneta, sólo estaba la camioneta Quiroa, era la única. Había una camioneta que llegaba de la Costa con cuadrilleros; yo ya había conseguido

llegar hasta Sacapulas; me metí en el Convento para pedir posada en la parroquia; me dieron posada. Yo estaba con una gran tristeza. Dormí allí, hablé con el párroco, no recuerdo su nombre. En la mañana temprano ya estaba yo listo en la plaza esperando que pasara la camioneta para subirme... Pero venía tan llena de gente que no me quisieron recibir; insistí, pero no. ¡Me dejaron!

Y tengo que emprender camino desde Sacapulas hasta Chiúl a pie, caminé el día entero. Allí llegué con mi tío Tiburcio, el que había ido a la Aldea a pedir la mujer... Me quedé con él a dormir; mañana sigues o si quieres descansas dos o tres días. Pero no le dije nada de lo sucedido con la pedida. Seguí caminando hasta Nebaj, donde llegué bien cansado. Me metí en una cantina, y compré dos litros de aguardiente, de la quetzalteca. Mis pies los tenía doloridos de tanto caminar. Andaba con unos caites de correa. Luego pedí un octavo y me eché unos mis dos tragos... Pedí todavía otros dos octavos más... Y seguí caminando hacia la Aldea. Pero sentía que no aguantaba, con mi maleta y el mecapal. Por el camino me tomé otro octavo. Llegué a un lugar que le dice Los Compadres, y venden Cusha, entré y pedí un octavo para tener fuerza para caminar. Como llevaba dos vasos, le pedí al señor de la cantina que me llenara los embases, costaba tres centavos cada uno.

Me encontré con mi primo a medio camino, yo iba con los tragos. Nos sentamos. Le dije que no aguantaba a caminar. Me animó, el cargó mi carga... Seguí tomando y platicando con él. Cerca de la aldea había otra casa, y entramos, compré otros dos octavos. Cuando llegué cerca de la casa, mi mamá me vio, y bien alegre me dijo: ¡Oy, qué es eso, no será que mi hijo ya viene! Y salió a abrazarme... Entramos en la casa. Saqué el litro de guaro y se lo di a mi mamá. No, me dijo, no sea que vaya a venir tu papá y qué va a decir. ¿Cuándo viene papá? Le pregunté. Me dijo que mañana. ¡Ah, entonces tomemos unos tragos, y le di a ella y a mi primo. Yo me quedé dormido. Al día siguiente estoy bueno, pero con mucho dolor. Pero llegó la tarde y no llegaba mi papá; al fin vimos que llegaba el caballo adelante, venía detrás mi papá con mi cuñado, el que me llevó a la Costa. Se llevó una sorpresa al verme

y estaba muy contento; le descargué la bestia y la fui a dejar al potrero.

Regresé a la casa. Mi mamá le entregó trago del que yo había traído, pero él ya venía con trago. El había ido a Chel. Mi papá se emborrachó completamente, yo no tomé más... Al día siguiente le ofrecí más... Y al otro día, ya estaba bueno. Entonces mi mamá le habló. Mira, aquí está tu hijo, y ha traído este dinero... Y le entregó unos 400 quetzales. Yo ganaba a quetzal el quintal, hacía horas extras; a veces sacaba tres quetzales al día...

Ahí sí que sintió alegría, mi papá. Es cierto, yo sí que soy un loco. Pensé que te ibas a casar con la mujer que te escogí. Pero te dejo, y te doy permiso para que tú decidas hasta cuándo... A tiempo supimos que ofrecían un terreno, algo barato, a tres quetzales la cuerda, y compró 50 cuerdas, con 150 quetzales, a un señor de Chajul. Estaba con mucha alegría; era buen terreno y en buen lugar para la siembra de maíz. Mi papá dijo: Vamos a gastar un poco más de tu dinero, para comprar algo para tu mamá, para mí y también para vos, me dijo. Le respondí: Está bueno. Otra parte lo dejaremos para nuestro principal, para el comercio. En ese momento pensé no ir más a la Costa. Era mucho sacrificio.

Ir a la Costa era muy duro. En mi vida fui como nueve veces a la Costa. La primera vez fue por Champerico; era un calor tremendo, y nos bañábamos en un río sucio, no había río limpio. El maíz tenía un fuerte olor de *bolaton*, que es un veneno para el gorgojo... Con ese olor no podíamos comer tranquilos. Nos alojábamos en una galera en la finca, era un lugar que tenía toneles alrededor, eran toneles de gasolina. Dormíamos en el suelo; así estuve seis meses.

DE NUEVO EN LA COSTA BUSCANDO TRABAJO

Aunque había prometido no volver a la Costa, al tiempo regresé otra vez a los cortes de Café, por Patulul, en Santa María Tecojate;

pero encontré trabajo como ayudante de albañil. Antes el salario era de cincuenta centavos, en un mes ganaba 15 quetzales, y lo que me daban por el séptimo, por el trabajo del domingo. Trabajé dos meses, y el segundo mes me aumentaron y me dieron horas extras; el albañil trabajaba desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche. Con horas extra resulta mejor. Trabajábamos para el patrón de la finca. Luego de los dos meses, me regresé de nuevo a la aldea... Y así fui yendo y viniendo... Hice nueve viajes. En el último ya no gané nada.

La última vez que pude ganar, antes de ir por última vez, empecé ganando únicamente siete centavos al día... El café no tenía mucha cosecha... Todos ganábamos lo mismo; no era porque no sabíamos trabajar. Me enojé, y con otros muchachos le fui a reclamar al patrón... Aquí no hay trabajo. Le fuimos a reclamar, hablamos con el administrador. Disculpe, señor, -le dije-, aquí en el trabajo de la finca no ganamos nada; queremos que nos cambien de trabajo. No habrá otro trabajo de limpia de café, o cualquier otra cosa. Queremos trabajar y queremos ganar; no somos haraganes, si fuéramos haraganes no pediríamos trabajo. Nos respondió el administrador de forma brusca: “¡Ah, babosadas! Ustedes son haraganes porque son guerrilleros”. Ahí fue la primera vez que yo escuché la palabra guerrillero. Siguió hablando: “Si quieren trabajar, trabajen, porque yo aquí no los necesito. Ustedes están aconsejando a la gente... No quiero a gente que venga a reclamar aquí”. Y sacó la pistola y disparó al aire. Nosotros nos asustamos mucho.

Mire señor, si usted nos mata aquí... Nosotros no venimos a pelear... Venimos a exigir nuestro trabajo, y si no nos da también es libre, nos vamos a retirar. Hay otras fincas donde hay trabajo. No los quiero ver aquí, nos respondió. Salgan de aquí. Si no quieren trabajar, allá a ustedes. Llamó al caporal, con el pitido de un gorgorito. Llegó este otro señor, y le dijo: “Mirá, sacá machetes y limas, y mandá a aquellos haraganes -señalándonos a nosotros-, que vayan a traer unos costales y canastos, que se los entreguen a estos señores... Mañana se van a ir con su caporal, y voy a ver si de verdad quieren trabajar.

Nos dieron machete y lima a cada uno; a las cinco de la mañana estábamos listos. Nos fueron a entregar unas tareas de limpia de café de cuerda y media; pero era un lugar lleno de piedras... Me dejan bien limpias las calles, nos dijo. Éramos cuatro. Le dimos duro. Pero no fuimos capaces de sacar las tareas, nos quedaron cuatro surcos de cada tarea. Regresamos al día siguiente. Le pedimos al cocinero: Adelántenos unas tortillitas, y nos vamos. La señora estuvo de acuerdo. Estábamos contando las tortillas que hacía la señora, hasta que estuvieron listas las tortillas. Desayunamos, y nos dieron cinco tortillitas para el almuerzo con una botellita de atol.

Empezamos a trabajar, y cuando el caporal ya teníamos el trabajo. Llegó el caporal. Y nos felicitó: ¡Ya lo lograron, muchá; ustedes son listos, se madrugaron; así quiero yo, para que el patrón no se enoje, porque ese viejo estaba enojado! Eso pienso yo también, le respondí. Pero le dije: Yo quiero una tarea más; a mí deme dos tareas de una vez, y ya veremos mañana. Dos tareas nos dejó a cada uno. El trabajo era suave, ya no había tanta piedra. Saqué las dos tareas, es decir, tres cuerdas.

Al día siguiente el caporal llegó a ver si habíamos terminado. Le dijimos que sí, que ya estaba el trabajo terminado. ¡Babosadas, nos dijo; voy a ir a ver! Son buenos ustedes, nos dijo. Pero sólo les voy a dejar una tarea, porque el patrón no permite que dejemos dos tareas, solo nos dejó una. A los cinco días, cuando llegó el mero patrón, yo ya tenía ocho tareas. Vimos que llegó el patrón a la finca, tocó el gorgorito para llamar al caporal para decirle: Dígales a los mozos que trabajen contentos, que la tarea es una cuerda por tarea. Nosotros nos pusimos muy contentos. Por cada tarea nos entregaban unas fichas, no es que nos dieran el dinero de una vez, nos daban una ficha de hoja de lata.

¿Cuántas tareas sacaste ya? Me preguntó. Habíamos sacado ocho tareas; nos dejó ocho fichas. Luego nos puso a fumigar los cafetales. Luego nos puso a arreglar las corrientes de agua... Esta vez también llevé algunos quetzales para la casa...

Pero la última vez ya no gané nada. Pensaba en mi casa, en el negocio, en la milpa. Si no sería mejor negociar o cultivar milpa y no este trabajo... Puse un negocio de tienda de comestibles... Había un mercado en La Perla y en Ilom; poníamos nuestro manteadito en el mercado; llevábamos sal, azúcar, arroz, chiles, tomates, cebollas, que comprábamos en Nebaj. Traíamos café; la subida de regreso era dura; a los caballos les cargábamos bastante, pero no aguantaban con todo, y nosotros traíamos también unas dos arrobas.

ENTRÉ EN LA ACCIÓN CATÓLICA.

Esto fue parte de mi vida. Siendo comerciante, decidí recibir la Primera Comunión. Resulta que cuando yo tenía nueve a diez años, empezó la religión con unos señores que venían de Totonicapán, uno era don Francisco Gutiérrez; llegaba a enseñar y a predicar, y se eligieron unos catequistas: don Sinfonso Itzep, don José Itzep Michicój, don Gaspar Itzep Tzanic, don Juan Tum, y don Antonio Itzep. Fueron a visitar a mi papá a la casa. Yo acepté rápido integrarme. Las pláticas eran en la casa de don Sinfonso. Empecé a recibir la catequisis.

Esto fue antes de que yo empezara a ir a la Costa. En aquellos tiempos recuerdo que el sacerdote que llegaba era el P. Gaspar Jordán, andaba con un caballo blanco. Ya era muy anciano. Yo estaba muy decidido. Y la directiva me pidió que los acompañara para hacer las visitas a las casas de la gente. Acepté. Visitamos toda la gente de la aldea. Fuimos a Chacalté, a Juil, a Xolcuay, hasta llegamos a Chajul a predicar y a enseñar. Así empezamos la Acción Católica en la Iglesia. Empecé con decisión y entrega. A veces hasta las once de la noche regresábamos, salíamos a las tres de la tarde. Aguantábamos lodo, frío, lluvia.

Y al ver mi vida, que fui pastor de unas cuarenta ovejas, que después me fui a la Costa... Como ya dije, en la escuela no aprendí mucho, pero en el camino de la Iglesia aprendí un poco más, aunque no mucho. Pero siempre caminaba con la Directiva. Cuando estaba en este trabajo, me puse a pensar en lo que me

habían dicho mis padres, y me puse a pensar: “Estoy solo, sin mujer. Con quién puedo hablar, cómo hacer con mi trabajo, la ropa...” Yo vivía con mis padres. Mi padre era muy bebedor, y por el guaro siempre tenía mucha necesidad... Cuando se compró el terreno, yo sembré mi milpa... Luego nos ofrecieron otro terreno; le dije: Papá, nos ofrecen otro terreno. ¿Dónde? Me preguntó. ¿Y tenemos pisto m'hijo? Sí tenemos pisto. Vamos a ver el terreno. Preguntó que cuánto terreno era: doscientas cuerdas, y que nos lo dejaban todo a ciento veinticinco quetzales; al final nos lo dejó por noventa quetzales. Así invertimos el dinero. Era un terreno que estaba una zona en algo más caliente.

Se hizo un documento, pero yo no dije que era mi terreno, no. Es de mi papá. Entonces no se hacía escritura, no se iba a la Municipalidad, bastaba un arreglo entre las partes y firmar un documento, que se hizo a nombre de mi papá, aunque el dinero yo lo había ganado. Era como una constancia con dos o tres testigos.

Yo sembré 75 cuerdas de limpia. Mi papá me dijo: Mirá a ver cómo la limpias. Yo sé trabajar; sacaba unas cinco cuerdas al día. Busqué otro ayudante, porque no quería que la milpa se enmotara; en diez días la hice... Lo mismo hice en la segunda limpia. Para cosechar hicimos una troja en Chacalté, bien grande, y la llenamos. Y le dije mi padre: Papá, ¿y qué vamos a hacer? Llegó un momento en que el maíz se puso algo caro, y empezamos a comerciar maíz para Chel; a cada caballo le poníamos seis arrobas, un quintal y medio. Compramos un macho, y le poníamos al lomo dos quintales; y luego compramos otra mula... Vendíamos y cambiábamos por café. Los primeros viajes nos salieron bastante buenos. Con ese negocio, también empecé a fabricar candelas de parafina... Pero en un momento agarró fuego la parafina; y es que había una profesora, que paraba en nuestra casa, y entró allí donde yo estaba trabajando con lo de las candelas, y empezó a juntar fuego, y cuando se levantó la llama, entró en la palangana... y salió una gran llamarada... Tiré la palangana por la puerta, pero no lo hice bien... y cerró la puerta, ya estaba para quemarse la casa, y abrí la puerta y saqué la palangana... Pero en ese momento me desmayé.

Y es que estaba bien quemado, de la cara, del pecho, de las rodillas, de los brazos.

Ante el alboroto, llegó mi mamá: ¿Qué te pasó, hijo? También llegó mi cuñada... Yo tenía un galón o dos de Diesel o gasolina, y menos mal que no agarró fuego; me echaron la gasolina por la cabeza... Pero se me amontonó la piel, por ejemplo, la de la cara, cayó debajo de la barba... Después me quedé dormido... pero bien quemado. Cuando me quise levantar no era capaz, mi boca cerrada, no la podía abrir... Mi esposa me iba ayudando poco a poco con algo de agua para beber... y dándome algo de comer. Me quedé muy débil. Entonces no se iba al médico, con lo que había de medicina natural. Tardé en sanarme como un año y medio.

DECIDÍ CASARME

Ya he dicho que iba hasta dos veces a la Costa a trabajar cada año. Pero cuando dejé de ir a la Costa decidí casarme. Ya expliqué que mi papá ya no me molestó. Yo iba al mercado de Nebaj, y me encontré con una señora, que tenía una hija vendiendo chile verde, tomates, café, granadillas y otras cosas... La miré... Y a la siguiente vuelta la volví a ver... Y me vino al pensamiento: “¿No será esta la que puede ser mi mujer?” Pero no le decía nada. Seguía llegando al mercado de Nebaj, y volvía a ver a la patoja, y aunque no tenía ninguna necesidad de comprar, fui a comprar donde estaban ellas... Tenía que comprar algo para poder platicar con la señora. Compré a la señora cuatro onzas de chile; le pregunté que cuánto costaban las granadillas... Yo no quería comer granadillas, pero era como obligado comprarles algo; compré tomates... Otro día regresé de la misma manera... Hasta que un día que llegué a comprarles, me animé y le dije a la señora: “Señora, disculpe, quiero hacerle una pregunta”. ¿Qué es? Me respondió. Sólo quiero preguntarle si su hija tiene marido o es soltera... ¿Por qué? En realidad le cuento, que yo me quiero casar con ella, y si me da permiso voy a hablarle. No, me dijo. La costumbre nuestra no es así. Ahí está nuestra casa, ahí está mi papá y mi mamá, y viven todavía. Y si vos de verdad querés tener mujer o sos mentiroso...

“No, le dije... Fíjese que me caye bien la muchacha, y siento en mi corazón que esta es mi esposa”, le dije. Bueno, me respondió, ahí vos, pero hasta la casa tenés que ir a preguntar por mi papá... Le quería hablar a la muchacha, pero no quiso hablar, estaba muy seria.

De regreso a mi casa le conté a mi mamá, y mi mamá le contó a mi papá. ¡Ah bueno! Dijo mi papá, pues entonces vámonos a preguntar dónde está la casa de la muchacha... Nos dijeron dónde estaba. No era de Xix; era de Acul. Pidió mi papá a un señor que nos acompañara. Cuando llegamos a la casa de la muchacha, el abuelito, que se llamaba Diego Ramos y su esposa Magdalena Velasco, la mamá de la muchacha, María Ramos Velasco; ya no tenía papá, había fallecido. Ellos agradecieron que hubieran llegado con el hijo, y don Diego estuvo de acuerdo en que yo ya podía hablar con la muchacha. Después nos regresamos de nuevo a la casa. Al salir, mi papá me dijo que me quedara tal vez en una posada. Yo mejor pensé acompañarlos hasta la casa, porque pensé que tal vez ellos iban a empezar a chupar, y se iban a quedar tirados en el camino. Nos fuimos. Llegamos a Xix.

Seguí trabajando, y preparé algunas cosas para ir a ver a la muchacha y contentar a la muchacha; esta vez iba yo solito. Como ya había permiso no había problema. Le dije a su señora mamá: “Mire señora, yo quiero ayudar con unos días de trabajo, le dije; no vengo a perder tiempo, les vengo a ayudar a trabajar”. Está bien, me respondieron: si tenés tiempo andá a trabajar... Ya te darán luego tu almuerzo... Empecé a trabajar, pero con una gran alegría... Trabajé duro, y para las doce del día ya había sacado mis dos cuerdas. Le di muy duro al trabajo. Cuando vi, llegó la muchacha a llevarme el almuerzo; me llamó y almorcé. Empezamos a platicar... Yo no tenía ganas de comer, sino de platicar, y empezamos a platicar... nos sentimos enamorados verdaderamente. Ella me preguntó, que si bien es cierto que tus papás dieron el permiso, pero yo quiero saber si no tenés pareja, tal vez has dejado una mujer con hijo... Le respondí: No, de ninguna manera. Ha sido tu actitud, tu manera de ser, tu platicar y hablar... me gusta mucho. Me gusta cómo hablas, cómo caminas... Le saqué las

mejores palabras que tenía... Está bueno, me respondió. Y si de veras cumples, y no que después me pegas o me dejas abandonada. No, le dije, yo hablo de verdad y de corazón. Se llamaba Juana Ajanel Ramos. Yo le confirme mi cariño. Luego hablamos del gasto con sus abuelitos, y me traje a la muchacha de una vez. Después de unos meses nos casamos por la iglesia en la Aldea en Xix; nos casó el P. Abimeleq. El estaba de acuerdo, aunque nos hablaba un poco duro.

Tuve mucha alegría con ella, es una persona muy honrada... muy amable para platicar, para dar consejos, como una persona adulta. Hablaba con las señoras, con otras patojas... Después del casamiento hubo fiesta. Cuando estábamos casados vivimos tranquilos.

PROBLEMAS CON MI PADRE

Hice mi casa, pero por un problema. Yo no quería salir de la casa de mi papá; sabía que mi papá es mi papá y lo tengo que respetar. Como digo, pero tengo dinero... y voy a negociar, pero no digo: "es mío", es de mi papá; y cuando mi papá repartió la tierra para todos los hermanos, me dijo: Mirá, voy a repartir la tierra entre todos los hermanos. Es cierto que tú ganaste el dinero, pero quiero repartirles a todos. Yo estuve de acuerdo. Pero hubo un problema, porque falleció mi mamá, y él se consiguió otra mejor, y él era muy celoso, y pensaba que yo me metía con la madrastra; pero de verdad, yo la respetaba como si fuera una anciana. Mi papá seguía peleando conmigo. Ahí fue cuando pensé que tengo que salir de la casa. Yo no quiero salir a la fuerza, ahora bien, si usted me dice que tengo que salir, le dije, está bueno, me voy.

Quedamos en que íbamos a hacer la casa. Buscamos el lugar. Y como yo tenía mi pisto, le dije a mi papá: Mire, disculpe, del dinero que tenemos voy a gastar una parte. Y el dinero que le quede, ya es para usted. Fue así como compré madera, láminas, vigas... todo lo necesario... Hice un terraplén para allanar el terreno... En poco más de una semana, levantamos la casa. Yo tenía otro hermano que me ayudaba, José Luis, que también estaba casado, él se quedó con mi papá.

Desde antes de estar casado, yo ya estaba en el Comité Pro-Mejoramiento; hicimos muchos proyectos: la Escuela, el Agua potable, ganadería, apicultura... Yo estaba bien unido a toda la gente, y trabajaba fuerte en los proyectos... Y la gente confiaba en mí. Hacía bien el trabajo, sin importarme el tiempo; por ejemplo, en la construcción de la Escuela estuve como 110 días, para el trabajo del Agua potable, gasté como 132 días... Y así era todo. Cuando yo quedé en el Comité me dijo un anciano, un señor que ya era bien ancianito, ya el señor: “Señor, me dijo -aunque yo pensé que por qué me decía señor, porque el señor era él-, le agradezco que usted es el guiador del pueblo, es una persona trabajadora, legal y honrado con la gente; y yo le digo, usted tiene que ser como un padre de familia aquí en la comunidad”. Gracias, le respondí, pero siguió diciendo: “Hasta yo le tengo que decir señor, aunque usted es todavía un patojo, que Dios le bendiga en su camino, y siga trabajando”, así me dijo. Fueron unas palabras que me animaron mucho; me emociona todavía cuando recuerdo a don Diego, porque así se llamaba el ancianito, don Diego López, que había nacido en Totonicapán.

Cuando empezó el conflicto me recordé de muchas cosas. Cuando iba a la Costa, siempre iba viendo la actitud de los patronos, la explotación, la discriminación... Nos aumentaban el trabajo y no subía el salario, o nos quitaban la ración que debía dar a la gente. Por eso que cuando salió la organización de la URNG¹³, ahí escuché hablar de estas cosas... En los pueblos si había organizaciones de campesinos, pero no en las aldeas. Yo soy un caminante, viajaba a la capital, iba a Xela... Platicué con el CUC¹⁴, por eso que ya conocía yo cuál era el problema de los campesinos... la situación de la pobreza en Guatemala. Pero cuando llegó con nosotros el EGP¹⁵ de la URNG, entendí que había necesidad de luchar, pero ¿qué podíamos hacer? No tenemos la capacidad, así me decía para mí. Si se está callado; el EGP, nos dijo que hay que tener cuidado con hablar.

¹³ URNG = Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca.

¹⁴ CUC = Comité de Unidad Campesina.

¹⁵ EGP = Ejército Guerrillero de los Pobres.

CONSTRUCCIÓN DE LA ESCUELA DE XIX

Ya me refería anteriormente que en la aldea no había Escuela; yo fui el primero en integrar el Comité Pro-Mejoramiento, con la credencial del Alcalde de Chajul, y con eso ya podíamos ir con las organizaciones y abrir puertas de ayuda. En el Comité estaba mi cuñado Carlos Hidalgo, don Santos Utuy, don Juan Acabal y yo, pero había más.

Hay veces que uno encuentra personas, empiezas a platicar, y les preguntas por los proyectos, y hubo personas que nos informaron. Fuimos a la Gobernación de Santa Cruz a solicitar proyectos. Era como si la suerte nos estuviera guiando. Fue muy fácil. Solicitamos los maestros. Hacíamos lo que nos mandaban. Llegamos hasta la Capital para visitar el Ministerio de Educación, allí nos mandaron. Logramos que nos enviaran un maestro. Nosotros habíamos hecho una escuela de tablas y con techo de paja. Luego compramos un predio de dos cuerdas, hicimos el documento en la Municipalidad, y apareció como que la Municipalidad lo compraba y nos devolvió el dinero. Solicitamos para hacer una escuela grande... en el Ministerio de Educación. Antes de ir a hacer la solicitud, yo tuve como un sueño: Esto tenés que decir... y cuando me despertaba empezaba a escribir... y esto es lo que tienes que decir. Así le dije al Alcalde Auxiliar, para que convocara una reunión. Si la gente nos colabora para los pasajes, nos vamos a la Capital a hacer la solicitud en AID; encontramos la ayuda.

Hicieron una escuela de tres aulas, con sala de dirección... Una escuela que ni siquiera había en Chajul, de tal calidad. Pero todavía no teníamos carretera. Los materiales se quedaban en Xolcuay: piedrín, cemento... Solicitamos al párroco la ayuda de alimentos por parte de CÁRITAS. No teníamos dinero para transportar los materiales... Con Mulas fuimos trasladando los materiales, de Xolcuay, a Chonkaj... Conseguimos 60 mulas para transportar los materiales, diariamente hacían varios fletes, un viaje tras otro, y se traían los blocks, cemento, piedrín, hierro, láminas... Pero fue indispensable la ayuda de los alimentos que nos dio CÁRITAS.

Los albañiles los mandaron desde la Capital... Eran dos, y todos nosotros ayudábamos, con mano de obra. Yo estaba en el Comité. Esa escuela fue destruida por los soldados y los patrulleros, fue una tristeza.

EL AGUA POTABLE PARA LA ALDEA DE XIX

Después solicitamos el Agua potable. Cuando se construyó la Escuela, las mujeres iban a acarrear agua muy lejos, hacían dos o tres viajes al día... Pensamos que primero se tenía que haber puesto el agua potable, pero empezamos con la Escuela. Antes la gente era muy unida. Yo mismo no me explicaba cómo era que conseguía la ayuda. Me fui a Quiché... Encontramos una institución que nos ayudó. Debió ser por el año 1974. La Escuela la habíamos hecho en 1972. Así fue ese tiempo. Terminó mi período y salí. Pero estaba el catequista José Itzep Michicoj, me dijo: “Mira Tiburcio, la suerte es tuya, y la suerte de la comunidad es que Dios te mandó aquí. Y si tú hubieras nacido en otra aldea, a ninguno le hubiera dado tiempo, como tú lo das. ¡Quién va a dar ese tiempo! ¡Cómo fue que Dios nos mando a una persona con nosotros, que eres tú!” Sus palabras me ayudaron mucho. Era cierto, yo trabajaba sin descanso por la comunidad.

Se logró el proyecto, buscamos el nacimiento de agua, logramos el permiso del paso del agua, de las tuberías, compramos el predio del tanque... El nacimiento estaba en un lugar que le dicen Xecaxibal. El arroyo no era grande, era el único que había. Y como yo les dije a la gente, este nacimiento de agua es como cuando Moisés, abrió una piedra y vino el agua. Y esa es nuestra agua, y quién encontró el nacimiento... Yo llevaba tiempo buscando el agua desde hacía años, y me había dado cuenta que ese manantial no se secaba ni en los años en los que el verano era bien largo... La gente me escuchaba con atención.

Y yo les hablaba a la gente, que el agua que nos dio Dios es como el agua que encontró Moisés cuando golpeó con un garrote la peña... Logramos entonces, el agua potable. Antes la gente estaba

muy separada, había que poner tubos por todos lados, cientos de metros.

PROYECTO APÍCOLA

Luego la parroquia inició los proyectos de ganadería y de apicultura. Se trataba de vacas lecheras y de engorde, también de ovejas. Pero lo que mejor se logró fue la apicultura. Organizamos un grupo de personas, queríamos que fuera toda la gente de la comunidad, pero algunos tenían miedo a los picones de las abejas, les salía mucha temperatura. Estábamos en este proyecto cuando empezó el conflicto. Era muy buen proyecto. Teníamos un extractor muy grande, en el que metíamos como 30 tablillas de panales de miel. Eso nos daba dinero. Lo que chingó fue la guerra.

LOS AÑOS DEL CONFLICTO

La gente sabía que podía haber un cambio; ¡ojalá se hubiera logrado! Porque la gente que iba a la Costa estaba convencida de la explotación... Al principio yo pensé que tal vez no pasa nada. Al principio los guerrilleros pusieron una mina grande, de gran tamaño, en el camino que viene a Chajul. Los vimos pasar con la gran carga. Cuando sentimos explotó la mina, que hizo un ruido grande, que llenó toda la región ixil... Dicen, no lo vimos, para qué decir que lo vimos, saber cuántas camionadas de “ejércitos” murieron.

Ahí empezó la represión contra la gente. El ejército pasó diciendo a la gente que no se fueran a meter en mierdadas con eso de la guerrilla, que esos son cubanos, ladrones, que vienen a robar terrenos, que vienen a robarles sus mujeres; nosotros somos los que estamos para defender al pueblo de Guatemala... Y así, eso era todo lo que decía el ejército. Ya tenían destacamentos en Nebaj, Cotzal y Chajul. Cuando fue el pencazo, empezó la represión. Un día llegaron por la aldea de Cocop, en Nebaj, y hubo una masacre. Algunos sobrevivientes llegaron a Xix, fueron a mi casa a pedir posada; iban con mucho cuidado a buscar qué comer... Tardaron algún tiempo con nosotros. Hubo otra masacre en Pulay, y los

sobrevivientes, también llegaron con nosotros. Cuando ellos llegaron, ya nos dijeron: Tenemos que organizarnos. Tenemos que cuidarnos, porque el ejército sigue, tal vez nos quieren venir a terminar aquí. Hay que poner vigilancia, dijeron. Y pusimos vigilancia. Y día y noche vigilábamos para controlar al ejército. Esto era nuestro de la población, no era con la guerrilla. Estábamos en esta vigilancia, con bocinas, con cachos de ganado... para avisar... Una vez me tocó a mí el turno con otro señor algo anciano. El señor estaba hablando sin pensar, y yo controlando el camino que viene de Chacalté; pusimos tres vigilancias, una por Chajul, otra de Nabaj, otra por si el ejército viene de Xolcuay... Era una locura. Estaba yo mirando, y vi que el ejército venía... ¿qué hago? Le dije al señor que avisara a la gente de arriba... Yo empecé a tocar la vocina... La gente escuchó la vocina, y se levantaron para escapar a esconderse... Había gente más tranquila, les dije que se apuraran, que todavía daba tiempo, pero ellos no se apresuraban: Está bueno, me dijeron, tal vez el ejército no hace nada... Yo llegué hasta la Auxiliatura, por donde está hoy la iglesia, y pude ver que el ejército estaba entrando a la primera casa de la aldea, a los que pasé avisando y no quisieron salir. Rodearon la casa, y como la señora allí estaba, su nuera estaba de visita en la casa... vi que una mujer se corrió, pero la agarraron, la machetearon y la llevaban a rastras, la metieron en la casa y prendieron fuego a la casa... La gente gritaba, los patojos, los niños... Murieron nueve personas. A otra señora que se corrió hacia arriba, también la alcanzaron los soldados cuando ya llegaba a casa, estaba embarazada, le abrieron la barriga, le sacaron el bebé y lo estrellaron contra un tronco, gritaba la mamá del bebé, ¡Ay, cómo gritaba! También pude ver que a otra señora le quebraron la cabeza.

LA VIOLENCIA DEL EJÉRCITO CONTRA LA POBLACIÓN

Luego fueron a traer a la casa del Alcalde auxiliar, porque no se huyó alcalde Auxiliar. También pasaron por la casa del Catequista del señor José Itzep Michicoj, según me informaron, dos hijos sí escaparon, pero que su papá estaba rezando en su casa, cuando llegó el ejército, y lo mataron en su propia casa y lo balearon. Lo

mismo hicieron con el Alcalde auxiliar, don Zacarías Hernández Juárez, lo llevaron a la casa de José Itzep y allí lo mataron también; allí mataron en esa casa diez u once personas. Yo trataba de seguir controlando qué hacía el ejército. No podía correr, para que no me vieran. En eso escuché un disparo, y con ese disparo el ejército se juntó para regresar a Chajul.

Luego vi que iba saliendo una persona, luego otra... y después yo... Y fuimos a ver lo que había pasado, fuimos a ver las casas que se habían quemado... Volvimos a poner vigilancia... En la primera casa ya no había gente viva, estaban muertos... fuimos a ver la otra casa, para ver si hay gente, vimos la señora a la que le abrieron el vientre y al niño estrellado... Otros llegaron diciendo: José ya se murió. La gente lloraba, eran gritos...

Nos empezamos a organizar para enterrar a la gente... Los enterramos cerca de la casa, no los llevamos al cementerio, daba miedo a la gente. A José Itzep, lo enterramos detrás de la casa. Esta masacre fue el 16 de febrero de 1982.

Los que no muy querían salir, entendieron que con el ejército no había perdón. La gente ya sabía que el 15 de enero, como un mes antes, el ejército había hecho una masacre en un caserío algo separado de Xix, era la familia de Juan Mejía, y Miguel Mejía y Cristóbal Mejía con su esposa; y otras personas ixiles... Eran unos nueve. Luego es que llegaron con nosotros.

Había un comisionado que se llama Alfonso Molina, con su hermano Enrique Molina y Santiago Molina, que son chiantlecos, ellos pensaban que no les iban a hacer nada. Y cuando en la tercera vez llegó el ejército, ellos no salieron; el ejército llegaba de vez en cuando y a ellos no les hacían nada, pero tres semanas después, llegó el ejército y los mataron a todos. Era una casa de unas diez personas también. Nosotros nos corríamos al barranco, bajando por la parte de atrás. Allí estuvimos escondidos... De noche llegaban algunos a buscar el maizito... Pero luego prendieron el bosque, y la gente teníamos que caminar por el arroyo, y caminamos hacia la parte de Nebaj, por la parte de Xe'Qootz'. Allí estuvimos un tiempo, allí estuve yo. Y nos preguntábamos:

¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? Estábamos los de la aldea Xix, los de la aldea Choncá, los sobrevivientes de las aldeas de Xolcuay y Cocop, la gente de Río Azul, la gente de Chacalté y La Pista... Una vez contamos que éramos 1999 familias, tal vez diez mil personas. Era un gentío bajo los cafetales... Las mujeres lavaban ropas, y como las tenían que asolear, el helicóptero nos detectó... Nos organizamos... Cada comunidad llevaba sus líderes... Comités, alcaldías, Directivos de la Acción Católica, pastores evangélicos... ¿Dónde podemos ir? Algunos hablaban de regresar al pueblo, pero cómo, decíamos, si ya el ejército sabe que nos huimos de la aldea, sólo vamos a ir a morir. Otros decían que teníamos que ir a la montaña algo lejos, pero también era problema, ¿qué vamos a comer? Otros decían que si nos organizábamos igual encontrábamos paso para llegar hasta México, si no, ¿dónde?

LA POBLACIÓN SE REFUGIA EN LA MONTAÑA

La gente acordó ir a la montaña y caminar. ¿Quién conoce las aldeas? Les dije que yo sí conocía, porque había viajado por Santa Clara, a Amaq'txe'l, Cabá, Xecoyeu... Con otro compañero nos fuimos a visitar estas aldeas. Hablamos con los Comités de cada aldea; tardamos cuatro días en las vueltas; regresamos rápido. Y ya estábamos como una hora para llegar a Xe'Qootz', aparece el ejército dando vueltas y vueltas, y no podemos caminar, tuvimos que escondernos. Al ratito llegaron dos aviones de guerra y tres helicópteros a dar vueltas, y el avión empezó a bombardear... La gente se asustó mucho, buscando dónde esconderse, y seguía el otro avión... El peligro no era tanto por las bombas; pero los helicópteros pasaban ametrallando, como una media hora... Era terrible. Nosotros estábamos escondidos. Cuando se fueron los aviones, la gente se juntó y decidimos salir... Eran como las cuatro de la tarde, que cayó una neblina bien cerrada... Empezamos a caminar con aquella gran columna; yo creo que era como una hora de larga... algunas personas llevaban molinos, otros sus chamarritas y ropas, otros habían preparado totoposte, otros pinoles, otros tamalitos... y a puro mescal... Los perros los mataron, para que no se fueran con la gente, porque ladraban.

Llegamos al Sumalito, eran como las nueve de la noche, los últimos a las diez. Hablamos con la gente que encontramos y preguntamos que nos mostraran por dónde pasar el río, porque todavía vivía gente. Hay un lugar donde hay dos pinos, y cortamos uno de un lado y otro del otro; la gente llevaba lazos, y ellos mismos fueron a cortar los árboles... Y amarramos los dos árboles con lazos, para que no se separaran... los arreglamos lo mejor posible, como un puente... Empezamos a pasar el río a las tres de la mañana, y se terminó el paso hasta las seis de la mañana... A las ocho llegaban los helicópteros... No tuvimos que lamentar que nadie se muriera... Cuando por las tardes caía la neblina, era cuando más caminábamos, así llegamos a Xe'Qootz', que ya pertenecía a Chajul, allí llegamos como a las diez de la noche.

Descansamos, hay mujeres, hombres, ancianos, enfermos, niños... Los líderes tenían la responsabilidad de cuidar niños y ancianos... También poníamos a los catequistas a cuidar. Yo platicaba con la gente: “Miren, hermanos, les pido el favor, no es mi hijo ni es mi papá, todos vamos juntos caminando... como hizo Moisés... No se desanimen, ¡vamos!” La gente cansaba. A las dos de la mañana teníamos que salir para Chel; a esa hora empecé a despertarlos a todos... Cruzamos por el camino, dejamos para el final una autoridad para borrar la huella... Bajamos por un barranco muy difícil al río Cumilá, era puro camino de animales. Cuando llegamos al río, las mujeres no podían pasar; es profundo y con corriente. Estuve dos horas en el río ayudando a pasar a las mujeres, los niños... Luego me reemplazó otra persona... Nos íbamos turnando para ayudar a la gente; era difícil pasar a los enfermos. Todos pasamos, ninguno se quedó. Llegamos a un caserío y subimos a Vi'Sich, serían como las cinco de la tarde. Pero la gente ya no quería caminar... El último fue llegando hacia las ocho de la noche. Nos reunimos las autoridades... Aquí ya estamos en la montaña, gracias a Dios no nos pasó nada. Que la gente descansa hasta las ocho de la mañana. Recuerdo a Carlos, que era de Pulay, otro era Alfonso de Cocop, otro era Jacinto, de Río Azul. En Vi'Sich compraron guineos, cañas, güisquiles... Cocieron hierbas, a punto de Güisquil, desayunaron, y a las ocho empezamos a caminar... No tenemos que dejarnos ver por los helicópteros... algunos pedían descansar un día. No, estamos muy cerca de La

Perla, y ahí está el ejército.

Entramos en la selva, no había caminos, había grandes troncos de árboles caídos atravesados, y había que saltarlos... Cruzamos dos o tres montañas... Hacia las tres de la tarde llegamos a Xe'Sai', un poco por arriba de Chel. Era un caserío algo grande, y había gente. Los que viajábamos, como todavía tenía pisto, compraron frutas y otras cosas... Y yo iba con el pensamiento de que era como Moisés... Yo iba con mi esposa (la que después murió) y dos hijos. Mis papás salieron de Xix, y se quedaron en Xolcuay... Yo siempre iba adelante, y llevaba a mi esposa conmigo, y también mis hijos.

En Xe'Sai' llegamos a descansar cinco días. Pero yo no descansé nada. Nos colocamos bajo los cafetales, era clima más caliente, bajo de nylon para cubrirse un poco. Yo siempre en mi corazón sentía una responsabilidad por todos, como que fuera un papá, ¿verdad? Tengo en mi corazón ese ánimo de cómo llevar a la gente, iba con esa voluntad. Les hablaba a los líderes: Miren, muchá, ¿por qué no vamos a ir a hablar a la gente de Santa Clara, o de Amajchel... Está bien, me decían. Si usted conoce, vamos... Yo también estaba cansado. Podemos coordinar que los de Xecoyeu puedan venir a caminar. Uno se animó a ir conmigo a Xecoyeu... ¿Quién va a Cabá? Me acompañaba Carlos, de Pulay, que era muy animoso. Llegamos a Santa Clara; saludamos: Buenas tardes, disculpen, aquí venimos a pedir un favor. ¿Qué clase de favor será? Nos preguntaban. Tenemos un mandado y ojalá que por su medio puedan atender nuestra necesidad. Aquí venimos por un asunto de que en nuestra comunidad hubo masacres y muertos, y todas las comunidades de Xix, de Choncab, Cocop, La Pista, Pulay, de Río Azul... de todos esos lugares... Traemos cantidad de gente. Queremos que por su buena colaboración, nos puedan recibir una buena cantidad de gente; los ixiles que vengan a Santa Clara... los quichés a otra... La gente habló entre ellos, nos preguntaron si estuvo dura la cosa donde nosotros, y decían: Peor, si ahora con ustedes, nos van a venir a chingar... Bueno, de eso ya no tenemos la culpa, porque nosotros sólo venimos a pedir el favor... Está bueno nos dijeron. Fue un alguacil a llamar al alcalde de Xecoyeu, que eran ixiles, y los líderes... Nos reunimos con ellos, y les pedimos

el favor. Nos dijeron que iban a consultar a la gente. Les dijimos, tal vez se comprometen a recibir cien o doscientas gentes, porque somos muchos, pero muchos, muchos... Nos dijeron: Vamos a hacer nuestra reunión. Y vamos a ir a encontrar la gente hasta allá, para traer a los grupos; la gente estuvo de acuerdo para recibir a cuatro o cinco personas en cada casa. Les dijimos que pedían vender un almud de maíz (unas cinco libras), algunos tienen dinero, y pueden comprar, o tal vez venden malanga... Estaban de acuerdo. Así visitamos luego Amaq'txe'l, donde hablamos al alcalde, el comité, los líderes de la iglesia. Hablamos al alcalde: Les pedimos disculpas a ustedes, les hablamos de la gente que llegaba, hay ancianos, niños, huérfanos... ojalá que por su comprensión pueda venir la gente aquí con ustedes. Y otra vez nos dijeron, tenemos que reunir a la gente. Usted se puede quedar hasta la tarde para ver si la gente está de acuerdo; nos quedamos con ellos. Nos dieron de comer. Citaron a la gente, mandaron llamar a la gente de los caseríos. Había algunos que se reían, y se preguntaban si no eran guerrilleros, algunos no les gustaba, tal vez ellos son culpables. La verdad, les dijimos, ninguno es culpable, quien es culpable es el ejército... En realidad no somos guerrilleros; sí sabemos que hay guerrilleros, porque llegaron a hablar a la comunidad, pero pasamos de largo. Decidieron que sí iban a recibir a las personas. Les agradecemos bastante; si los que tienen maíz, lo pueden vender, y así pueden ayudar. Aceptaron que llegáramos.

Decían: Gracias a Dios que nuestra gente comprendió, que sí van a recibir a la gente; y cuando lleguen, veremos cómo les vamos a dar comida. A nosotros nos llevaron boxbol, caña... Les dijimos: La capa nos va para seguir camino, mañana, para ir a Cabá. Era un camino tremendo; el alcalde nombró un guía para llevarnos, porque era un sendero por el que costaba mucho caminar. Llegamos, hablamos al alcalde, y mandó que la gente se reuniera a las cinco de la tarde. Eran Ixiles. Mandaron también venir a los de los caseríos. Yo les hablaba en ixil... Les pedimos que llegaran las personas de las aldeas y caseríos, para ver cuánta gente puede venir... Decidieron venirse con nosotros a Xe'Sai'...

NUESTRAS FAMILIAS SE DISTRIBUYEN POR LA SIERRA DE CHAJUL

Dividimos las familias entre cuatro pueblos grandes, luego se repartían entre las aldeas y caseríos... según la capacidad que tuvieran. De cada aldea llegaban dos personas para conducir a las familias que se iban a quedar en la comunidad. Por ejemplo, a Amajchel, se fueron unas 1,500 personas, lo mismo a Cabá; en Nuevo Punto, por Amajchel, se fueron unas cincuenta familias... Al final, cuando ya se repartieron entre todos, todavía nos quedaban cien familias por distribuir. ¿Dónde van a ir a estas familias? Suplicamos todavía a los de Santa Clara; éstos nos guiaron hasta San Juan Ixcán, les hablamos de que teníamos todavía muchas familias sin posibilidad de quedarse; ésta era una aldea de ixiles y quichés; algunos me conocían. Cuando llegué a San Juan Ixcán hablé con las autoridades, los líderes, y les dije: Les pedí por favor. Disculpen, les pido una gran disculpa a ustedes, porque les venimos a molestar, y que por su buena comprensión nos puedan ayudar. Nosotros venimos de Chajul, nos salimos por la represión y la masacre que hubo, donde murieron mujeres, niños hombres, y les conté cómo quedaron... Y les expliqué que ya se había llenado Amajchel, Cabá, Santa Clara... Les expliqué despacio. Nos sobró mucha gente, y que por su buena comprensión nos puedan ayudar para que viva aquí la gente; no sabemos por cuánto tiempo será, porque no sabemos hasta cuándo va a seguir la guerra... No lo sabemos, ojalá nos puedan comprender. Me preguntaron: Pero si viene el ejército aquí, ¿cómo vamos a hacer? Pues eso lo veremos, les dije... Me dijeron: Vaya a traer a la gente. Yo les supliqué: Disculpen, ya no aguanto a caminar, tal vez por sus propios medios pueden ir dos señores para ir a recogerlos... Yo tenía que regresar, pero no aguantaba para encaminarlos. Yo me regresé con ellos... Y es que teníamos muchos problemas, eran tantas las necesidades de la gente: dónde cocer la comida, dónde cocer nixtamal... Ahí se me cerró la mente, ¿qué voy a hacer con la gente?

Cuando llegamos a Xezaié, les hablé a las personas, porque por

el camino habíamos hablado con los señores de San Juan de todas estas necesidades. Yo hablé con la gente que se iban a trasladar allá, y les dije: Presten cosas a la gente, no arruinen sus cosas, présténles un comal, una silla, aunque sea vieja. Pero que no se enojen, que no se disgusten... Porque aquí estamos en otro lugar; aquí la santa tierra es diferente, estamos en otro lugar, hay lugares con gente delicada, otros son como nosotros, pero no podemos molestar a la gente.

Les seguí insistiendo: todos nosotros somos campesinos... creo que algunos de ustedes saben hacer ollas, o un comal. Miren, aquí hay tierra, la pueden cribar y hacer lo necesario... Había personas que sabían hacer estas cosas: Hicieron comales... Así entre ellos se ayudaban; ellos pudieron ver que la gente es capaz. Así fueron entendiendo la gente se dio cuenta de que es capaz, porque no todo hay que ir a comprarlo al mercado; aquí no hay mercado; a la hora de enfrentar los problemas, yo les hablaban y ellos iban haciendo lo que les decía, y acordábamos. Lo mismo pasó con la ropa de la gente, se iba terminando, desgastando, se rompían sus ropas; y ¿qué vamos a hacer con la ropa de la gente? Lo mismo para las siembras, ¿dónde vamos a sembrar? Y yo les decía: Es cierto, algunos de ustedes tal vez tenían tierra para sembrar diez cuerdas, pero ahora tal vez nos bastan con dos cuerdas, con lo que tienen el alcance de sembrar, si tienen semilla. Prestemos terrenos, un pedazo aquí, otro allá... Siembren malanga, siembren chile, siembren tomate, siembren yuca, siembren camote dulce... Aquí la tierra da de todo, lo que se necesita es pensar y trabajar. Algunos se reían... y no acertaban qué hacer. Otros se enojaban. Volví a insistir: disculpen, no soy yo el culpable, ustedes vieron quién es el culpable... Yo sólo les estoy haciendo el favor. Porque en realidad, me criticaban. Al fin la gente se convenció y fueron a comprar semilla. Pidan a los señores la semilla de malanga... Al fin la gente se convenció, no esperen a mañana para sembrar; siembren hoy mismo: Güisquil... El camote dulce a los tres meses da fruto... Así tienen que hacer, no esperen... La hierba santa Catarina, aquí es la tierra de esa verdura... Y la gente se organizó y empezaron a trabajar. Me llamaron de Xecoyeu, de Santa Clara... Y voy aconsejando a la gente. Me vieron como una persona sencilla y que dejé a mi familia, que estaba en Santa Clara, y como dice el

Señor, el que trabaja tiene derecho a su tortilla; siempre me daban de comer en las comunidades...

La gente sufrió mucho, porque algunos encontraban qué comer y otros no... Así empezaron a comer todo tipo de hierbas. Hubo un momento que se terminó el maíz... La gente que nos recibió se portó muy bien con nosotros. Después sembraron maíz, dos cosechas se dieron bien... Pero en la tercera el ejército entró, y destruyó nuestras milpas, las cosechas, no pudimos recoger maíz. El ejército puso destacamento en todos los pueblos: Uno en Santa Clara, otro en Amajchel, otro en Cabá, otro en Xecoyeu, otro en Santa Clara, camino de Chel.

Ahí la represión fue para todos igual, para los que estaban antes y para nosotros que llegamos después. Cuando llegó el ejército cortaron los cultivos de malanga, cortaron la milpa, cortaron la caña, los güisquillares, cortaron la milpa, cortaron los guineyales... Y estuvo buena la idea que les di: siembren aquí un pedazo, otro allá, otro en el otro lado... donde encuentre terrenos libres... aunque sea a una hora o media hora de camino. Porque si el ejército encuentra una siembra, tenemos otra siembra en otro lado, y así, se fueron haciendo siembras por todos los terrenos donde se pudo. Aunque sea con un chilito en la boca, pero vamos calientes, quitamos algo el hambre... Yo pude ver el valor y la esperanza de la ayuda que Dios me daba; y parecía que las cosas se iban sucediendo como si yo fuera una gente estudiada, pero yo no tengo ningún estudio... Yo fui guiando y animando a la gente. Alguno me decía que era como un Moisés... cuando había problemas la gente me llamaba. Yo no tenía preparación, pero si había problemas, llegaba e iba solucionando los problemas, para que no hubiera conflicto ni pleitos.

RESISTIENDO EN LA MONTAÑA

¿De dónde sacaba tanta resistencia? La sacaba de la Biblia; el ánimo me venía de mi fe; he leído algo la Biblia, un poco, porque no tengo tanta capacidad.

Yo recuerdo cuando mataron al P. José María Gran, en 1980¹⁶, el ejército ya estaba en Juil, en Chacalté... Quedamos muy tristes... El ejército se empezó a regar por los caminos... Yo iba a comerciar... También a mí me atacaron, y me acusaron: Vos estás pasando comida a tus padres, los guerrilleros... No, yo voy directo con mis dos mulas a La Perla. Tenía una mula bien brava, había tener cuidado con ella... Y les advertí a los soldados... Yo la cargaba bien de productos... Llevaba cervezas, y los soldados querían sus cervezas, pero la mula no se detenía, y me decían: Detenga el animal... Pero era tan arisca, que no se dejaba; daba vueltas cuando la atacaban, y casi golpea a un soldado, daba coces en todas las direcciones, y sigue corriendo el camino, y yo seguía por el camino, no me detenía... Y les gritaba: No vayan a atacar las mulas... Ese animal no es gente, ¿ustedes entienden, tienen oído? No son como las personas. Me insultaron, no les contesté... Al fin me fui, me dejaron en paz. Esto sucedía antes, cuando comerciaba con Chel, con La Perla...

Cuando regresaba, la misma cosa, tal vez ya no eran los mismos soldados... Así tenía que pasar los destacamentos, con la ayuda de Dios, yo le decía: Dios mío, ayúdame -le decía al señor-, dale fuerza a este animal, porque sólo con este animal puedo pasar... Cuando llegué a Chacalté, la misma cosa... La mula se tiraba a morder a los soldados, y les decía: Dejen pasar al animal, ese animal no es gente. Pero ya me empezó a dar miedo.

En eso escuchamos que mataron al Padre Gran, me dio miedo, ya no me atreví a seguir comerciando; adiós negocio... Trabajaba en mi aldea. Cuando el Padre se murió ya era mucho más terrible. Yo ya no quería salir de casa. Mi esposa todavía iba a Chajul, y los soldados le preguntaban: ¿Dónde está tu esposo? En Chel. ¿Cuándo va a venir. ¡No sé! Respondía mi esposa... No me animaba ni a ir a las reuniones, después es cuando vino la primera masacre en 1982.

¹⁶ LADA CAMBLOR, P. Jesús, MSC, DIERON SU VIDA. Guatemala 2003 (Edición del CAM2 - COMLA7). En este libro encontramos las semblanzas biográficas de los tres Misioneros del Sagrado Corazón asesinados en Quiché: El P. José María Gran fue asesinado el 4 de junio de 1980, junto a su sacristán, Domingo del Barrio Batz, en Chajul; el P. Faustino Villanueva, fue asesinado en la casa parroquial de Joyabaj el 10 de julio de 1980 y, el P. Juan Alonso Fernández, fue asesinado en Cunén, el 15 de febrero de 1981.

Yo había hablado con los Padres y les pregunté: ¿qué vamos a hacer, Padres? ¿Será que vamos a seguir reuniéndonos en la Iglesia para celebrar la Palabra de Dios? Es que ahora está muy peligroso. Nos respondieron: Ha llegado el momento en que cada uno en su corazón tiene que orar a Dios, si ustedes están firmes, si tienen fe, Dios les ayudará. Así me dijo uno de los Padres...

Pero la situación en Santa Clara, donde llegamos era muy distinta. Ya no había sacerdote.

LA VIDA EN LAS CPR DE LA SIERRA

Estando en Santa Clara decidimos poner vigilancia por si llegaba el ejército. Así sucedió. Y tuvimos que meternos en la montaña, con pocas cosas... El ejército se apoderó de Santa Clara, donde estuvieron cinco meses. Nosotros nos retiramos a lo más profundo de la montaña y tuvimos que redoblar vigilancia; los de Santa Clara no fuimos hacia el norte, hacia Ixcán... Nos fuimos a un bordo delante de Santa clara, y creo que en ese bordo Dios nos dejó ese lugarcito, porque el ejército no se atrevió a entrar ahí. Es un cerro que avisa..., avisa cuando viene el ejército, es un cerro que avisa cuando llueve, es un cerro que nos ayudó para protegernos. El ejército nunca logró entrar... Había una comunidad allí, le llamábamos el Cerro de Vi'San Juan, es decir, arriba de San Juan. En esa montaña tal vez tardamos unos seis meses. Estábamos bajo los grandes árboles de la montaña: Chicharro, Caoba, Chilacayotes -que era un árbol grande, muy grande-, otros árboles eran de nonas, así les decía la gente allí.

Yo llegaba un poco desnutrido y se nos terminó la comida, porque el ejército la destruyó. Y pensamos ir a la Finca Covadonga, delante de Ilóm, más allá de Chel, era una finca de Pancho Tello, había otro señor también de apellido Tello. Nos vamos... dijeron algunos compañeros. Como necesitábamos caña, nos pusimos en camino, sin pensar qué podía pasar en el camino. Yo iba adelante, caminando... Y en eso me di cuenta de una huella en el lodo, y quise darme cuenta bien de quién podía ser y confirmar si era del

ejército... Y en esto estaba, cuando un soldado me agarró del cuello, y me tiró al suelo.

ME CAPTURA EL EJÉRCITO

Viacrucis de torturas

Yo di un gran grito. No grités, hijo de puta... Pero ya me tenían en el suelo. Cuando los otros dos compañeros escucharon mi grito, se regresaron y pudieron huir. Si no me hubiera adelantado un poco, tal vez nos hubieran agarrado a los tres, o no, ¡quién sabe!

La gente estaba en Vi San Juan, y los dos compañeros regresaron a dar aviso; la gente se asustó, me dijeron después, porque yo era muy conocido. Tal vez pensaron que yo iba a regresar con el ejército para mostrar dónde estaba la comunidad... Pero no, mi pensamiento fue que tenía que aguantar el dolor de las torturas. Me amarraron por el cuello con un lazo, me amarraron los brazos... las piernas, y así me iban amarrado; yo iba caminando. Un pelotón del ejército iba adelante y otro atrás, y yo en el medio...

En eso se escuchó un disparo contra ellos. Gritaron: Hijo de la gran p... Aquí está la guerrilla, muchá... Y se organizaron, sólo se quedaron algunos. Pero no encontraron nada. Llegamos a Santa Clara, pero ya ellos la habían quemado; al llegar allí, un oficial, que era un hombre negro, felicitó al Subteniente: Te felicito, ahora te asciendo otro grado; hoy ya eres teniente... La felicitación era por mi captura. Me dijeron: Sentáte aquí... Al rato viene el negro, el oficial: Vos guerrillero, ¿por qué vinieron aquí? ¡Ustedes son los que están matando a los soldados del ejército!

No le respondí. Yo soy campesino, soy agricultor... Respondió: Ni mierda... todos los que están aquí son guerrilleros, ¿cuántos soldados has matado? Me dijo. Nada, señor. Yo no soy guerrillero, ni tengo arma. Nosotros nos corrimos por la masacre que el ejército hizo en la aldea, y nosotros nos vinimos aquí en las montañas, a defender la vida, pero ustedes nos siguen persiguiendo. ¿De dónde sós? Me preguntaron. Soy de la Aldea de Xix. ¿Verdad..? Ustedes son la guerrilla. Vos sos el mejor comandante... ¿Cómo te llamás?

Como nos habíamos organizado en la comunidad con nuevos nombres, me preguntaron: ¿Vos sos el Daniel? Y como mi nombre era Daniel. Pues es cierto, pues ese mi nombre; pero tu nombre legal ¿cuál es? Ya tenían mi nombre en la lista; tal vez alguna persona me había acusado... ¡Vos sos el mejor comandante, Vos sos el que está engañando a la gente, vos sos el que estás a favor de que muera la gente!, ¿por qué engañaste a la gente? La gente debe entrar al pueblo, por qué no iban a entrar al pueblo si no tenían delito.

Nosotros no tenemos delito, yo no tengo delito, respondí. Nosotros salimos por la culpa del ejército que hizo la masacre en la aldea, eso nos dio miedo, y sabíamos que al llegar al pueblo nos matan; y nosotros tenemos que buscar la forma de salvar la vida, y por eso es que nos escondemos bajo las montañas, para no dejarnos matar por el ejército...

Entonces el oficial siguió con sus palabrotas, malas palabras me decía: Vos sos el principal comandante aquí, vos sabés un montón de cosas... Tú fuiste a matar al ejército a Xexmoxán. No le respondí, no soy guerrillero, no soy nada, no soy militar. Es mentira, sabemos que vos fuiste a poner la mina en el camino, fabricas armas y tenés el buzón de Claymore... No, nada de eso. Yo soy directamente campesino, soy agricultor.

¡Cómo no! Seguían insistiendo. Vos sos el principal comandante, dí la verdad, ¿verdad que vos estás participando con la guerrilla? Decí la verdad, y si no querés decir la verdad aquí está tu palo... Yo no sé nada. Yo no les puedo mentir, en realidad yo hablo la verdad, qué saco yo con decirles mentira. Ustedes son autoridad. Yo no les puedo mentir. Insistían: Si no querés decir, aquí te vamos a dar... No sé nada, nada. No hay nada que decirles...

Trajeron el lazo, me amarraron por el cuello, y me colgaron de un árbol. No sentí cuántos minutos me tuvieron. Cuando dí cuenta, ya estaba en el suelo, y ya no miraba bien, sólo miraba luces de distintos colores... Después ya me pude incorporar algo, y levanté la cabeza; cuando vieron que levanté la cabeza, enseguida me vieron, y me dijeron:

¿Qué tal, está sabroso?

Gracias, les dije; ¿esta es la democracia de la que hablan, esta es la amnistía que ustedes dicen, aquí dicen que hay libertad?

Comé mierda, esto es porque no querés decir la verdad.

Yo le estoy hablando la verdad...

Al que dice la verdad, nosotros no le vamos a hacer nada.

Pues yo le estoy diciendo la verdad, no les estoy mintiendo, les dije. Dejáte de mierdas, me dicen: ¿Dónde tenés los buzones, dónde tenés las armas? Nos tenés que mostrar dónde están, porque sabemos que vos sos el que tenés guardados todos los armamentos... ¿Dónde los tenés?

Yo no tengo nada.

¿No querés hablar?

Señor, yo no soy loco para decir mentiras, yo hablo la verdad, no soy patojo para decirles mentira.

¿Entonces no querés decir?

Nada, no sé nada.

¿Vas a hablar o no?

Señores, -respondí-, si me van a matar, mátenme de una vez. Yo no puedo mentir.

¿Querés morir...?

Así será, porque ustedes no respetan lo que les estoy diciendo.

¡Decí, la verdad, cabrón...!

Pero señor, no tengo qué decirles, no les puedo mentir.

En ese momento, me amarraron la boca, y con un costal me torcieron la cara hacia atrás, y estaba amarrado así en arco, de pies y manos con la cabeza hacia atrás... Tenían encendido un gran fuegón quemando las casas... Yo quería gritar, pero no podía, casi no podía respirar... Me quemaron en la frente con un tizón... cerré los ojos fuerte, pero me quemaron las cejas... Pero luego me quemaron en el vientre, metieron el tizón en los testículos, y quebraron la punta del tizón en mis miembros. Era un gran dolor; quemaron mis espaldas...

Luego me soltaron el amarre de la boca, me soltaron las manos... Tenía el intestino fuera, y poco a poco fui metiendo el intestino en mi vientre... Me quedé con las manos tapando el intestino...

Como me vieron hacer eso, me dijeron: ¿Está sabroso, verdad?

Gracias, les respondí, gracias. Ustedes hablan tanto por las avionetas, por el helicóptero, cuando pasaban diciendo a la gente, que ustedes hacen bien a la gente, y ahora ¿qué estoy pasando? No es verdad, no es legal lo que están hablando.

Tú eres cuerudo, por eso no colaborás...

Yo soy pobre, no les puedo colaborar con dinero...

No te estoy pidiendo dinero... Tenés que colaborar y decir la verdad, dónde está, y así terminar con la guerrilla.

Yo no puedo decir si la guerrilla se va a terminar, no sé qué cantidad de gente tienen ellos.

Dejate de mierdas, si sentiste sabroso, entonces tenés que decir la verdad... Y si no vas a sufrir más...

Bueno, si ustedes me quieren matar, entonces péguenme un tiro...

¡Ah..., querés un tiro!

Bueno, si ustedes me están torturando, porqué no me pegan un tiro.

Te vamos a preguntar, pero si no querés hablar, sí vas a aprovechar el tiro...

Si me matan, está bien. Les agradezco... Eso es lo que ustedes hacen, así será el cumplimiento que ustedes hacen, ustedes matan a la gente, y por eso la gente no tiene confianza de entregarse al ejército, porque la gente sabe cuál es la actitud de ustedes...

¡Dejáte de mierdas, y vas a responder!: ¿Dónde está el campamento de la guerrilla, por qué lugar, nos vas a ir a mostrar, nos vas a guiar, para capturar a esos cabrones, sí o no?

No sé yo a qué se refieren ustedes.

Esos son tus “padres”, cada día andas con ellos, y no los conoces. ¿No querés decir?

Entonces otro soldado me preguntó: Ahora sí tenés que decir dónde está la población, ahora sí sabes dónde está la población, porque la estamos buscando y no la encontramos, pero tú si sabes, y nos vas a mostrar el camino por dónde se va.

Miren les dije, yo: Yo no puedo mostrar a mi gente, no soy judas ni soy vendepatria... Si ustedes me van a torturar, o me van a matar, sólo a mí me van a matar, pero no a la gente... ¿Qué saco yo con ir a mostrar a mi gente? Para eso están ustedes, si los encuentran es cosa de ustedes. Yo no puedo mostrarles dónde está mi gente.

¡Ajaa... cabroncito... verdad que estás bien entrenado... por tus “padres”, los guerrilleros... hijos de puta!

Pues en verdad, yo no soy vendepatria... por lograr que no me maten, yo no voy a ir a mostrar... Si ustedes me van a matar, es mejor que yo me muera y no decir nada. ¡No puedo decir nada!

Te vamos a examinar para ver si conocés o no conocés la guerrilla.

Si me examinan, verán que yo no tengo dos corazones, ni dos espíritus, no... Yo con mi boca estoy hablando con la fuerza de mi espíritu: Yo no tengo dos clases de sangre, una a favor y otra en contra de mí, una sola sangre tengo. Y tengo un solo cuerpo, y aunque me examinen, verán que mi cuerpo no está en contra de mi espíritu. Yo estoy hablando con mi cuerpo, con mi sangre y con mi espíritu. Así es como hablo yo. Y si ustedes me quieren examinar, estoy de acuerdo, ahí se verá si soy mentiroso...

¡Ajaaa... cabrón, estás bien preparado por tus padres los guerrilleros...! -Así me dijeron-

No querés ir a mostrarnos.

No sé nada de lo que me están preguntando, nada, nada...

¿No querés hablar, ah...?

Si hubiera sabido, tal vez les voy a decir si sé o no, pero como no sé. ¿Y qué les voy a mostrar? Y si voy a ir a la montaña delante de ustedes y no encontramos nada, me van a decir que soy mentiroso y de todas maneras me van a matar.

¡Ajaaa... si no querés decir dónde está la población decinos quiénes son los comandantes que andan allí!

No sé, ni he visto si hay gente que es comandante, no lo sé.

Bien sabés, hijo de puta, si cada poco tienen reunión con ellos, ¿no querés decir nada?

Nada, señor, -le dije-

¿No quieres decir nada, pues...?

Nada, porque no sé.

En eso se fue a traer un palo, tal vez como de una vara de largo, algo grueso... Vino con el palo, y me pegó un golpe en la boca, quise darme vuelta, pero me alcanzó... Sentí un gran dolor, porque tienen más fuerza que un caballo... tienen unos brazos más gruesos que los muslos de mis piernas. Con el dolor me caí al suelo. Me levantaron, me pegaron nuevamente por el otro lado de la boca, y otro golpe, con el que me quebraron los huesos de la cara, sentí un gran dolor en el oído... Y otra vez caí al suelo... Y no recordé nada más... Sólo pude recordar después, que cuando me golpearon eran como las nueve de la mañana, y cuando recuperé el conocimiento tal vez eran más de las cinco de la tarde. Me quedé todo el día muerto... Por la boca seguía sangrando, amarrados los pies... me dí cuenta que me habían quebrado las muelas... Mis intestinos se salían... En eso levanté la cabeza...

Cuando me vieron, me gritaron: ¿Qué tal? ¿Está sabroso, verdad? Por baboso te pasa esto...

Gracias, les respondí. ¡Gracias! Esto es... ahora veo cómo ustedes engañan a la población con todo lo que ustedes les dicen con lo de amnistía... Me quedé tirado... Ya no me pegaron. Seguí tratando de meter el intestino con mis manos... Mi cara ya no era cara de gente... Estaba herido, chamuscado, quebrado, las muelas quebradas, tres costillas quebradas, rompieron el hueso de mi rodilla... No me podía levantar...

Como a las seis, me arrastraron, como si fuera un perro muerto, y me fueron a tirar a un llanito, y ahí estuve toda la noche. El centinela, el soldado que me cuidaba, estaba conmigo... y empezó a llover, una llovizna algo fuerte... Tenía miedo a las hormigas que se subieran al estómago, pero no. Pero sí tenía un gran dolor de todo mi cuerpo...

¿Qué voy a hacer? Me decía yo dentro de mi corazón... A media noche cambiaron al centinela. Y el otro soldado me dijo:

Vos, ¿qué te pasó? ¡Estás bien golpeado! ¿Tenés frío? Me preguntó.

Sí, le dije. Y fue a cortar unas hojas grandes, y las colocó encima

de mí. Luego juntó fuego... Me calentó un poco la espalda, primero de un lado y luego por el otro lado...

ME TRASLADAN A NEBAJ

Gracias, le dije... quería darme vuelta, pero no podía. Amaneció el siguiente día, y seguía allí tirado. Como a las ocho de la mañana bajó un helicóptero y me fueron a traer, me soltaron los amarres... Me vistieron con un pantalón verde olivo, igual la camisa, y una gorra del mismo color. Y me colocaron un cinturón, y me subieron en el helicóptero, que llegó hasta Nebaj, aterrizó donde está la terminal ahora, antes no había nada ahí. La gente estaba allí amontonada... mucha gente. Me bajaron del helicóptero me mostraron a la gente, qua estaba alrededor, y empezaron a decirles:

Aquí está un guerrillero que hemos capturado... Si ustedes se quieren organizar con la guerrilla, así le va a pasar, como a este guerrillero. La mayoría de la gente estaba en silencio mirando; algunos se reían... Yo también los miraba... miraba sus rostros tristes... Y seguía el oficial hablando. Si alguno quiere ser guerrillero, así les vamos a hacer, les decía. De nuevo me subieron al helicóptero y me trasladaron a Santa Cruz del Quiché.

Pero al parecer, los guerrilleros habían detectado al helicóptero, cerca del Boquerón, y empezaron a disparar; el helicóptero empezó a hacer un ruido tremendo, echaba humo, y empezó a bajar, a bajar... y llegó a un rastrojo... Me sacaron del aparato de un empujón, pero en realidad no sentí nada... Me metieron a un carro... Era cerca de Sacapulas. Caímos por Parrastut, entre Río Blanco y Sacapulas. El helicóptero agarró fuego y se quemó.

Me llevaron, y uno de los del ejército me preguntó si había comido algo...

En realidad no entendía qué me estaban preguntando, o por qué me preguntaban. Les dije que no había comido nada...

¡Ah... bueno, aquí hay buena comida!

Vi que me llevaban a la casa del Convento de Sacapulas, y me metieron en un cuarto. En el convento sólo había soldados. Ya no estaba el sacerdote que es párroco... De nuevo me amarraron las manos por la espalda, y me colgaron de una viga. Me levantaron y quedé en el aire, y me retorcieron el hombro, y se volteó completamente, con un gran dolor.

Dentro de mí pensaba: ¿Qué voy a hacer? No hay para dónde.

Llegaron cuatro soldados, y empezaron a gritarme: ¡Sos guerrillero, cabrón...! Y empezaron a pegarme por todos lados a puñetazos y a patadas, uno detrás del otro... qué se yo cuánto tiempo me golpearon así...

Todo esto debió ser por el 16 de noviembre, cuando me capturaron, de aquel año de 1983. El día 18, por la mañana, casi ciego, sin capacidad para poder escuchar, mis manos quedaron tiesas, y lo mismo mis piernas... Al bajarme de la viga, sentía un dolor tremendo en los huesos... Sentí que fueron moviendo mis brazos hasta que llegaron a su lugar... Porque ellos se daban cuenta que no podía mover ni mis brazos ni mis piernas... Cuando vieron que ya podía moverme, entre dos me sacaron a la calle, y había un carro, y me metieron al carro. Eran soldados. Tenían sus dos galiles (fusiles).

TRASLADADO A SANTA CRUZ DEL QUICHÉ

Pensaba yo: ¡Dios sabe dónde me llevarán, donde iré a morir. Y sí muero, ojalá que Dios me recoja! Este era mi pensamiento. Al llegar a Quiché me presentaron ante el Capitán. Este ordenó que me encerraran en un cuarto en el destacamento que está en el centro, detrás de la Gobernación, debajo de la torre que está allí. Poco a poco empecé a darme cuenta que aquel cuarto estaba lleno de manchas de sangre, por las paredes, por el piso... lleno... Pero en el piso se notaba la cantidad de sangre, los pies se juntan en la sangre... Muchos caites de correas, cinchos... ropa, un gran montón, como de dos metros de altura... Yo pensé que tal vez

mataron allí mucha gente. Como había dos tubos, la mano derecha me la dejaron amarrada con “chacha” (una especie de esposas que llevan los policías) a uno de los tubos, y como me habían dicho que me sentara, me senté en el suelo, sobre la pura sangre, me amarraron un pie al otro tubo. Había un poco de luz, y se podía ver toda aquella sangre, la tocaba con la otra mano... Había un olor terrible.

Empecé a rezar: “Dios mío, aquí voy a terminar la vida. Aquí tengo que venir. Dios mío y Señor mío, ayúdame. Si es que soy un gran pecador que ya no hay disculpa para mí, Padre ayúdame. Será que ya llegó mi momento, o tal vez tengo vida todavía, no lo sé. Pero muéstrales a estas gentes el milagro. Y perdónales y perdóname si soy un pecador”. Estaba tremendamente triste. Empecé a llorar. Seguía haciendo oración... Luego me llevaron a otro salón, que creo estaba como debajo de la torre. Eran como las seis de la tarde. En la sala había una mesa grande, redonda, donde estaba sentado el capitán. También a mí me sentaron en una buena silla. Pude observar, que el cuaderno que yo llevaba en la mochila, que me habían quitado, estaba sobre la mesa. En él yo tenía las listas de la población.

Y empezó a entrevistarme: Ahorita te vamos a hacer unas preguntas, tal vez tú ya declaraste con el teniente que te golpeó; qué mala gente ese hombre... ¿Verdad? Cómo te dañó tanto. Es que vos tenés la culpa, no dijiste nada, no quisiste colaborar con el ejército. Ahorita no te vamos a pegar, no te vamos a hacer nada, pero tenés que tener que decir la verdad, tal vez recordás ahora otras cosas, decí la verdad...

Nada, le respondí. El ejército me preguntó, y le dije que no sé nada, no puedo decir cosas que son mentiras.

Tienes que colaborar, ahora estás vivo, tienes que colaborar. Así que tienes que decir la verdad.

Y ¿qué quieren que les diga?

Decí la verdad, de dónde está la guerrilla, las armas, el buzón, de dónde vienes...

Señores, yo ya les dije que no sé nada de la guerrilla. De lo que yo les puedo hablar es de mi machete, de mi azadón, de mi balanza. Yo les puedo hablar de mi negocio, soy comerciante, porque ando vendiendo en las aldeas. De armas no sé nada.

Cómo no... Ustedes se metieron con la guerrilla y vos colaboraste con la guerrilla y ahora no quieres colaborar con nosotros...

Señores: No tengo dinero para colaborar con ustedes, no soy rico, no soy patrón para colaborar.

Entonces no querés colaborar...

En realidad, ya me golpearon, ¿qué más quieren hacer? Si ustedes me quieren matar, mátenme. Tengo que morir. Pero si me matan, deben saber que algún día también tendrán que morir ustedes.

Yo estaba sin miedo. Y yo sentía una gran confianza, porque sentí como que Dios me habló: Tiburcio, estás aquí, aprovecha para que hables, y no tengas miedo, porque yo soy el que te ayudo, yo soy el que hablo, y no vos. Esto lo sentí cuando estaba en medio de la sangre y me llevaron a declarar.

Gracias, Padre, le respondí al Señor. Y como estaba en la tristeza, mejor me dije, no voy a llorar, y me puse duro para estar delante de esas gentes; y así fue como le pedí a Dios que no me permitiera llorar delante de ellos: ¡Dios mío, ayúdame, y si Usted me regala la vida, gracias, Padre, ayúdame. Y perdona lo que esta gente me está haciendo, por qué están haciendo esas cosas... Muéstrales que tú eres el Padre Dios, muéstrales el milagro. Con la oración, sentía más fuerza, como si Dios me estuviera hablando: No tengas miedo, Tiburcio, en contestar las cosas que te pregunten. No tengas miedo, aquí estoy. Así fue como sentí que Dios me hablaba en mi corazón.

Cuando me senté, sentí un calor bien fuerte, y un gran valor, cuando estaban allí frente a todos los soldados del ejército.

Miren señores, les dije: Ustedes nos están persiguiendo, torturando, hacen masacres contra nuestro pueblo, ¿qué delito tiene esa gente? ¿Qué delito tenemos nosotros, los campesinos, los pobres? Nosotros no hemos hecho nada al ejército... ¿Acaso un niño recién nacido, que cae preso tiene un arma? ¿Acaso una señora embarazada tiene arma? ¿Acaso un anciano tiene arma? Nada de eso. Y ustedes sí masacraron a esa gente inocente. Les digo la verdad: Nosotros los campesinos trabajamos en las costas, por el bien de los ricos, por el bien del ejército. Sabemos que en las Costas los dueños también son los del ejército. Y nosotros estamos luchando para trabajar y ganar un poco más. ¿Qué somos nosotros para ustedes. Ustedes tienen buena casa, viven en buena casa. Ustedes tienen grandes aviones y helicópteros, andan alegres; y tienen carro donde se pasean. Y los pobres y los campesinos sufriendo, ¿qué es eso? ¿Acaso ustedes no son hijos de Dios? Ustedes son hijos de Dios y nosotros los pobres somos hijos de Dios, Dios nos creó igual, pero ustedes ya no respetan el derecho de los pobres. Tal vez ustedes miran mejor a un perro que a los pobres. ¿Qué somos para ustedes? No agradecen que a cuenta de los pobres están viviendo bien, están comiendo bien, andan bien, tienen buenos carros... a cuenta del sudor de los pobres, que están trabajando en las Costas cortando algodón, caña, café y hasta en las fábricas.

Este fue el calor que me dio Dios en ese momento. Y seguí: Ustedes tienen un cuerpo, yo tengo un cuerpo, ustedes tienen una sangre y yo tengo una sangre, ustedes tienen un espíritu y yo tengo un espíritu, usted tiene los cinco sentidos y yo tengo los cinco sentidos; pero lo que pasa es que ustedes han violado nuestros derechos, nos han quitado el derecho del estudio... Así les decía. Ustedes no respetaron lo que Dios nos ha dejado para que nos podamos mirar como hermanos, para que nos miremos como un solo cuerpo, como un solo espíritu. Ustedes sólo miran para ver hasta dónde pueden ensanchar su riqueza, y eso no es justo. Y les digo la verdad: Sobre todo lo que ustedes me están preguntando, esta respuesta que no les doy.

Sentí una gran fuerza para hablarles. Había mucha gente, todos

soldados, dentro de la sala. Yo en medio sentado en la mesa. No sé si eran coroneles, tenientes, sargentos...

¡Ajaaa... Estas bien entrenado, cabroncito! Te vamos a examinar... Así empezaron, por una segunda vez.

Y volví a repetirles: Les quiero decir que yo no tengo dos corazones, ni dos clases de cuerpo para creer que uno está en contra y otro a favor de lo que digo. Yo estoy hablando con el mismo cuerpo, estoy hablando con la misma sangre, ¿quién es el que es mentiroso? ¿Será que es mi cuerpo o es mi sangre? Y si me van a examinar, les dije, ahí van a saber que yo no soy mentira.

¿Estás de acuerdo que te examinemos? Me preguntaron...

Estoy de acuerdo, y así se verá quién dice la verdad, si el aparato o yo...

Se quedaron callados... Se hizo un gran silencio entre ellos, estaban escuchando... Al rato el que preguntaba volvió a repetir:

¡Ajaaa...! Me dijo, parece que tú eres el mejor de los jefes guerrilleros... No te vamos a hacer nada, pero decí la verdad, queremos que nos ayudes.

Miren, señores: soy pobre, no tengo con qué ayudarles, no tengo dinero...

¡Ajaaa...! Cabroncito, con razón te golpearon porque no has querido colaborar... ¿Ni a tú comunidad nos querés ir a mostrar?

Nada, les respondí. No soy judas, ni vendepatria. No es porque tenga miedo de morir. Si me muero, me muero yo solo, pero menos el pueblo.

Observé que se miraban entre ellos comentando alguna cosa... El capitán estaba en el centro.

Así que no sabés nada, no querés decir que estás metido con tus

“padres” -refiriéndose a los guerrilleros-... Pero te vamos a hacer una última pregunta. Aquí hay unos mapas y vas a mostrar... En eso llegó uno, que tal vez era de la G2, y me puso un puñal sobre la garganta, pero apretaba bastante. Pero yo no grité; no me moví, tampoco podía hablar, esperaba para ver qué querían... En eso escuché, que uno de los soldados, de los que estaba sentado en la mesa gritó:

¡Este hombre tiene vida..! Sí... respondieron todos. El capitán me miró: ¡Cabroncito, tenés suerte, ya viste que todos quieren que quedes libre, tenés suerte hijo de p... Ahora ya no te podemos hacer nada!

Gracias, señores, porque no debo nada... Y así seguía la plática.

Vamos a ver en el mapa. Era un mapa muy grande, que tenían en el corredor. A mí me costaba caminar, pero era con la ayuda de Dios, porque estaba bien golpeado. Tal vez Dios me llevaba en su mano.

¿Cómo se llama este cerro? Me preguntaron...

Bueno, pues en realidad según la historia de mis abuelos, de mí papá, cuentan que se llama Cerro de Sumal Grande...

¡Ahjaa... bien! Pero cuéntanos, ¿tú conoces ese cerro, has llegado allí?

Sí he llegado, les respondí.

Entonces, decínos, ¿dónde está el campamento de la guerrilla?, me preguntaron.

Nada, les dije. Ustedes están escuchando que yo les estoy hablando de la historia que me han contado mis abuelos, mi papá y me dijeron que es Sumal Grande, es una historia de Sumal Grande.

Y señalando con el dedo en otro lugar del mapa, me preguntaron, ¿y este cerro, cómo se llama?

Les dije: Mencionan mucho que por ahí están los Cuchumatanes, es una cordillera...

Y después señalaron por Cotzal, y ¿aquí, cómo se llama?

También es parte de los Cuchumatanes, pero ahí le dicen en dialecto Vi'tz'unukab', pero en castellano no sé...

¿Y dónde está el campamento?

La verdad les digo que yo no conozco campamento, ni guerrilla, nada de eso que ustedes me preguntan. Nada.

¡Ajaaa. No querés decir!

Pues esa es la verdad, lo que les digo, aunque me maten, no sé nada.

Y aquí, en el cerro de Juil.

En realidad, les tengo que decir, que según los ancianos, los sacerdotes mayas, es un lugar sagrado...

Ah, bueno. Y dónde está aquí el campamento.

No lo sé.

¿Y aquí?, me señalaron un lugar cerca de la aldea de Xix, por donde tenemos el nacimiento de agua...

Ahí es de donde sacamos el agua para la aldea... Y siguieron señalando. Y les fui respondiendo: Ahí es la montaña de Vi'Sich...

¿Y dónde está el campamento guerrillero?

No lo sé, no conozco si hay campamento guerrillero.

¿Y nos vas a mostrar el lugar donde está la población?

Tampoco, no soy judas, no soy vendepatria...

Y me mostraron una foto, y me preguntaron: ¿este individuo cómo se llama?

Ah, sí, esa persona yo sí la conozco. Es una persona muy honrada y trabajadora.

¿Cómo se llama, me preguntaron?

El es Miguel Itzep. Estuvo trabajando como gerente en la cooperativa de ahorro y crédito de Chajul. Pero ya está muerto, ya no está vivo, porque lo secuestraron, lo desaparecieron, les dije.

Me respondieron: ¡Mierda, eso es mentira, ese es tu padre, el guerrillero, ese es el que los organiza a ustedes!

No, de verdad. El pasó a Nebaj a la Cooperativa de Ahorro y Crédito, y estaba en Nebaj cuando lo desaparecieron, se lo llevaron, a saber dónde. Lo que sabemos es que está muerto.

¿De dónde era?

Era de Xix, un trabajador honrado y humilde.

Así llegó la media noche y me volvieron a encerrar... Yo no podía nada... Tocaba el reloj de la torre, y escuchaba la campana. Al amanecer llegó otro soldado, como que era de la G2, una persona abusiva, sin gracia...

¿Qué tal guerrillero?

No le contesté...

¿qué tal, estás bueno?

Claro que sí...

Quería preguntarte, me siguió diciendo: ¿No viste algo aquí esta noche, no viste a un animal?

No, no vi nada...

Bien, tuviste que haber visto un tigre, que te venía a comer...

No, no vi nada.

No viste un león, siguió insistiendo...

No, nada.

No miraste un lobo, un zopilote...

Tampoco, le dije...

No viste si un gavián te vino a picar.

Nada...

Bien... me dijo, es que vos no querés decir...

Y como a mí no me gustaba lo que me estaba preguntando, pensé que tenía que buscar la manera de cómo responderle. Y le dije: Bueno, yo vi una cosa... Y se sonrió...

¿Qué fue lo que viste? Ahora sí que me vas a decir...

Pues lo que yo ví, fue que vino el ángel de Dios y me dijo que ningún hombre tiene el derecho de matar...

¡Comé mierda...! Me respondió... ¡Yo no te estoy preguntando esa mierda!

Se marchó...

Al ratito llegó otro soldado, y con las mismas preguntas de todos los animales que ya dije... diciéndome que cada persona que entra

aquí ve que hay animales, como el zopilote... que le vienen a picar, y preguntando qué miraba yo...

Yo no vi nada, le contesté.

Bien, cómo no... Insistía.

Vino un tercero, con las mismas preguntas, y le di las misas respuestas... Seguí encerrado... Una semana me tuvieron allí. Como a los ocho días me sacaron de aquel cuarto, y me pusieron en medio del patio del cuartel... Y me dijo:

¡Guerrillero, hijo de puta...! ¿No me querés mirar a la cara?

No le contesté...

¡Ponéte firme, hijo de puta...!

No le contesté, tampoco.

¡Ponéte firme, hijo de punta...!

¡Aquí estoy parado, señor!, le dije.

Tú eres guerrillero, tenés que ponerte firme.

No sé lo que es firme, acaso que eso se come, le dije...

¡Mirame a la cara! Me dijo. Y en eso sacó un puñal.

¡Hoy cabrón, sí me vas a conocer la cara!

Yo no tenía nada que hacer, estaba perdido... Me puse a rezar dentro de mi corazón: “Dios mío, ayúdame en este momento, y perdona a este hombre también. Si llegó el momento que me vas a recoger, gracias, Señor. Aquí tenés mi cuerpo, aquí dejaré mis huesos. Yo sé que mi espíritu Usted lo va a recoger, muestra el milagro delante de esta gente”. Así le pedía al Señor.

Y en eso el soldado soltó el puñal, pero con fuerza, que silbaba... Pasó por arriba de mi hombro... Y fue a caer al suelo, del otro lado...

¡Ajajay... cabrón, quién sos?

Fue a recoger el su puñal, gritando palabrotas.

¡Parate aquí!

Al rato vino otro... Y con lo mismo, diciendo: El otro no pudo, pero yo sí que voy a pegarte con el puñal... No me escondás la cara, mírame bien... Tú no vas a jugar conmigo.

No le contesté, volví a rezar a Dios: “Dios mío y Señor mío, ayúdame y perdóname todos mis pecados. ¿Será que he cometido un gran pecado ante Usted? ¡Perdóname todos mis pecados! ¡Perdóname, y perdona a ese hombre que es mi hermano y no sabe qué va hacer...!”

Y siguió el soldado, delante de mí: Lanzó el puñal con fuerza... Y pasó el puñal por debajo del brazo...

¡Ajaajay... ¡ ¿Qué es eso? En otros casos aquí no han pasado ni uno ni dos soldados, ¿quién sos vos?

No le contesté...

Parate aquí. Le miré a la cara, estaba con una cara bien fea. Luego vino otro; no parecía si tenía cara, tenía como jabón en toda la cara... Me dio miedo.

Sentía yo: “¡Ay, Dios mío, sólo Dios me puede ayudar, delante de esta pobre persona, ayúdame!”

¡Ponéte firme y miráme a la cara! Y con insultos...

¡Aquí estoy, señor!

Y se puso a gritar: ¡despedí a tu vieja puta, despedí a tu vieja madre, despedí a la que te parió, despedí la tierra donde te parieron!

Yo en mi corazón me decía: “¡Dios mío, pero qué clase de hombre es éste! Muestra el milagro, ¡ayúdame en este momento! Muestra el milagro que Usted tiene ante esta persona...”

Empezó a manipular el puñal, dándole vueltas en su mano, y lo lanzó contra mí; silbaba el puñal... Me pasó entre las piernas, sin tocarme el pantalón... y cayó en el suelo...

Yo dando gracias a Dios, que no me había pasado nada...

¡Ajajay, cabrón! ¿Qué clase de magia usás, porque sabés magia y por eso no somos capaces contigo? Por aquí han pasado otros guerrilleros y sólo con el primero ya se quedan... Y aquí vamos tres, y no somos capaces. ¿Qué sos vos? Me vas a enseñar esa magia que sabés, porque me va a servir a mí...

¡Yo no sé nada, señor, nada, nada...! Le contesté, ¡no sé ninguna clase de magia...!

Y me seguía insistiendo. Entonces le dije: ¡Sí sé una cosa...! Se puso contento... Tenía una cara fea...

Lo que sí sé, le dije, es que el Ángel del Señor me dijo, “que ningún hombre tiene derecho de matar a otro hombre”.

¡Ni mierda, yo no te estoy preguntando esa mierda!

Se fue, y me quedé otra vez sólo. Cuando recuerdo esto, me vienen las lágrimas. Yo puedo decir..., que soy una persona muy simple, que no tengo nada de estudio. Pero como en ese momento se abrió mi boca para aclararles a ellos, todo con la ayuda de Dios, porque él fue el que me ayudó en el tiempo del conflicto, de tortura, de muerte... Porque no sólo yo pasé todo esto, mucha gente se murió así, torturada, acuchillada... Se murieron baleados... Otros murieron tirados en los ríos, otros tirados en hoyos profundos,

otros enterrados... Yo estuve siempre muy pegado a Dios, porque estuve muy cerca de la muerte... Pero estaba más cerca de Dios, y vi el milagro de todo lo que hizo Dios conmigo. El me comunicó todo, lo que yo iba a decir, la hora a la que iba a salir... Y así fue... Creo que estuve unas dos semanas detenido allí en Santa Cruz del Quiché... Me sacaron nuevamente, me llevaron en un carro, me subieron a un helicóptero, y me trasladaron hasta Amajchel, de nuevo... Y estuve allí quince días, me tenían en el destacamento, sin comer... No tengo nada para comer...

LOS SOLDADOS ME TRASLADAN DE VUELTA A AMAQ'TXE'L

Me preguntaron por los buzones de armas... Y yo les dije que sí, que lo que yo tenía era un buzón de maíz, para mí familia, para mis hijos. Y si quieren se lo voy a mostrar, pero esto sería quitar la comida a mi familia. Así me llevaron hasta donde yo tenía el maíz... Pero me empezaron a alegrar...

¡Pero si vos nos dijiste que aquí había armamento!

No señores, yo les dije que era maíz. Y les dije que había quintal y medio. Yo había dejado allí el maíz, como una reserva. Era en un lugar llamado Las Victorias, más cerca de Santa Clara.

Me volvieron a preguntar, ¿dónde está la gente? Porque se escuchaba que ladraban los perros, tú nos vas a mostrar. Pero no vas a pasar por donde hay vigilancia, me decían, vas a ir por otro lado...

Está bien, les dije... Pero yo sabía que tenía que pasar por donde estaba el vigilante... Llevaba un palo en la mano, y golpeaba duro contra el suelo para el vigilante se diera cuenta de que por allí cerca pasaba gente... Y como en las montañas, estos golpes se escuchan mucho...

¡No hagás ruido, hijo de puta! Me quebraron el palo... Yo iba adelante, y como unos diez soldados detrás... voy hacia el vigilante, pero el puesto estaba abandonado. Yo pensé que tal vez iban a

encontrar a la gente... Yo también recordaba que hubo un señor que se le volteó a la guerrilla y fue a informar al ejército, y él sabía todos los caminos de la aldea... Ese también iba con los soldados. Y él me insistía que tenía que mostrar los lugares donde estaba la población, por eso fui directo a donde yo pensaba que estaba el vigilante... obligadamente...

Me preguntaron: ¿Nos estás llevando a donde está el vigilante?

No, le dije, porque yo no sé dónde está el vigilante. Yo sí sabía, pero no les quería decir. Pero estaba abandonado...

Y me dijeron: Mirá a ver si están sembrando, decíles que sos la guerrilla, pedíles comida... porque a ti te conocen... El otro, empezó a gritar: ¡muchá, aquí estamos, somos los de la guerrilla... yo los vengo a buscar... queremos un poco de comida...!

Fueron saliendo como tres personas que escucharon: ¡Está bien, ven con nosotros, vamos a platicar un poquito! Eran los tres del Comité... Los soldados estaban escondidos muy cerquita... Allí capturaron a los tres muchachos del comité... En ese momento otra gente dio el aviso, y toda la población se corrió... Empezaron a ametrallar la montaña... Pero no lograron dar a nadie... Los del ejército también corrieron, y alcanzaron a un anciano, y mataron al anciano... era por Las Victorias. Como había comida, se quedaron unos tres o cuatro días; había malanga, se la terminaron, bien grande... machetearon todas las cosechas...

Ahora nos vas a decir dónde está el camino... pero no nos vas a llevar por el camino, me dijeron. Pero de todos modos nos tenemos que ir cerca del camino, por el bordo. Agarraron camino a Amajchel. A tiempo encontramos un camino, donde se veía que hacía poco había pasado la gente.

Organizaron a los soldados para seguir a la gente... Échenles riata...

Al rato, sonó una mina, hizo un ruido grande... Hubo como diez

muerdos del ejército, y varios heridos... Siguieron ametrallaron. A mí me habían dejado con tres soldados. Encontraron a un guerrillero muerto. Lo traían desnudo, para preguntarme quién era.

No lo conozco, les dije. Aunque sí sabía el nombre del muchacho.

¿Estás contento de que hayan matado tantos soldados?

No les dije. Cuando una persona se muere, da lástima...

¡Ah, bueno...!

Vino el helicóptero a recoger los muertos, no aterrizó, los fueron subiendo con lazos... se los llevaron.

Al rato, otro enfrentamiento, fue un combate largo...

Vos, hijo de puta, -me decían-, vení con nosotros a ver si cachás un tiro de tus mismos compañeros, ojalá que ellos te maten.

Me fui con la ayuda de Dios. Había un soldado, tal vez un teniente que me dijo:

¡Mirá, vos; no te vayas a parar mucho, mejor agacháte... ni yo voy a disparar, no tengás miedo!

Hubo un gran tiroteo, muy largo... Había un barranco, y el ejército no quiso pasar... Luego se fueron para Amajchel... Y después de unos quince días, levantaron todos los campamentos, de Cabá, Xecoyeo...(cerca de Santa Clara, hoy Nueva Victoria Xecoyeo) Santa Clara... Me llevaron a San Antonio Tzejá... íbamos caminando entre la montaña; llegamos a una peña en un barranco muy profundo... Los soldados fueron bajando con lazos; pero yo no, tuve que bajar poco a poco, con mucho cuidado, agarrándome en las piedras... Y así bajé...

Se admiraban que había bajado... Yo tenía hambre, porque no me habían dado nada qué comer... Pero ahí iba, con la ayuda de

Dios. Cuando encontraba arroyos, bebía un poco de agua. Así llegaron los soldados a San Antonio Tzejá... Me presentaron ante la gente. Pero la gente de San Antonio fue muy buena gente conmigo, muy amables. Ellos me conocían muy bien de cuando yo llegué para pedir posada para la gente... Y por eso es que me conocían. Pero ninguno habló.

¿Conocen a esta persona, saben si ha llegado aquí? Preguntaron los soldados a la gente.

No, señor, no lo conocemos. Respondieron.

Y me preguntaron a mí: ¿Has llegado aquí a visitar a esta gente?

No, señor. No conozco aquí.

Y toda la gente se quedó muy tranquila. Gracias a dios tuvimos la fuerza. Nadie habló...

Le pedí a dios: Señor, bendice a esa gente. Gracias que no dijeron nada, si no me hubieran golpeado más...

EN SANTIAGO IXCÁN...

Dormimos, y me llevaron a Santiago Ixcán... Allí estaban preparando comida como para dos batallones del ejército; tenían cocinando carne en dos ollas muy grandes... Hacían tortillas muchas mujeres, un gran montón de tamales; cinco canastas de pan... Había marimba, con tambor, violín, chirimía...

El ejército comió muy bien. Yo mirando, sin comer nada. Luego que comieron, me presentaron delante de la gente, y me pusieron a bailar delante de todos, con los otros tres que habían capturado en Amajchel... Nos pidieron que nos besáramos... Y así estuvieron... Terminamos muy tristes esa noche, ellos, al parecer estaban contentos... Temprano, al día siguiente, salimos para un lugar que le dicen Valle Uno; llegamos al río Xak'b'al, que es un río grande... El oficial dijo a los soldados:

¡Metan a ese hombre en el río, que camine por el río, y que vayan un grupo de soldados para ver por dónde pasar!

Había mucho barro... Y me metí en el río, caminando, a veces nadaba en contra de la corriente... Le pedí a Dios que me ayudara. Hay partes hondas... Al fin salí al otro lado... Los soldados echaron lazos, pero yo les iba diciendo lo profundo... Llegamos del otro lado, el agua no me arrastró. Al llegar a Valle Uno, ya estaba lista la fecha de Navidad.

Tenían preparados cinco toneles de tamales de cerdo... Me mandaron preparar los tamales... Empecé a preparar y juntar fuego, les eché agua para que no se quemaran... Y como a las once y media de la noche... Y sentí el aroma de los tamales, sentía que estaban ricos... Teníamos varias ollas cociendo a la vez... Se consiguió que todos se hicieran... Agarré un tamalito para probar, y cuando me vieron los soldados:

¡Miren, ese guerrillero, se está comiendo los tamales...? Llamaron al oficial, y vino el oficial... ¿Por qué estás comiendo el tamal?

Estoy comiendo para probar, porque ¿cómo voy a saber que ya están bien cocidos? Yo tengo que probar primero para informar si están bien cocidos.

¡Está bien, cabrón! Me dijo. Y sólo me pude comer un tamal no más,, aproveché en ese momento. Cuando les informé que ya estaba todo cocido, mandaron organizar a todos los soldados... vinieron como que fueran zopilotes: Uno jalaba dos, otro tres... Pero yo no podía comer nada. Al día siguiente siguió la marimba...

Y me presentaron a la gente. Yo iba vestido con el uniforme verde olivo que ellos me vistieron.

Había un señor que recordaba de cuando comerciaba con Ixcán, y yo lo conocía, era de lengua k'iché, y al verme me dijo.

¿Es usted Tiburcio?

Sí, le contesté.

¡Ay Dios!, ¿por qué se dejó usted agarrar? Esta gente es tan peligrosa. ¿Ha comido algo? Sacó dos tamalitos, y me dio de comer. Se llamaba Carlos, es un momosteco, de Las Majadas Momostenango), vivía al pie del Cerro, por Valle Uno, cerca de San Luis Ixcán... Nos vieron los guerrilleros. Y lo capturaron.

Los soldados me empezaron a preguntar. ¿Ese individuo es colaborador de la guerrilla?

Nada.

Entonces, ¿por qué lo conoces, por qué te dio de comer? Me preguntaron.

Claro, señor. Esa persona es mi cliente desde los tiempos en que yo negociaba. Vendía café, y yo le compraba unos cuatro o cinco quintales, y lo llevaba a vender a Nebaj. Y lo mismo, yo traía mercadería, y él me compraba. Ustedes no tienen por qué capturar a esa persona, él no tiene ningún delito. Sólo por el favor que él me hizo de darme dos tamalitos, no es justo que ustedes lo vayan a matar. No es justo. Les pido el favor de que no lo vayan a golpear.

¿No era él el que estaba dando comida en la montaña?

No, les dijo. Ni tampoco yo soy guerrillero ni él tampoco.

Nunca más supe qué pudieron hacer con ese pobre señor.

CINCO MESES EN UN HOYO EN PLAYA GRANDE

Después de dejar Valle Uno, pasamos a una Aldea, Nueva Comunidad. Al día siguiente, nos metimos en la mera selva de Ixcán, por el Cerro Cuache, cruzando hacia Barillas. Nos encontramos con un campamento que habían abandonado las

CPR de Ixcán. La gente logró salir, pero se quedaron sus cosas. Yo estaba bien apenado. Los soldados se quedaron durmiendo en el campamento, listos, para ver si regresaba la gente. Luego salieron al amanecer para ir a Xak'b'al, todo estaba destruido. Arreglaron la pista de aterrizaje, y aterrizó una avioneta y un helicóptero. Me llevaron a Playa Grande. Estuve allí dos días en un cuarto. Pero después me llevaron a otro lugar y me metieron en un hoyo, no muy lejos. Me encerraron en el hoyo, era en un lugar que tenían hierros y otros materiales, que tenían para hacer el puente. Había otros calabozos, pero en cuartos. Pero a mí me encerraron en un hoyo, y arriba un cemento, como si fuera un panteoncito. No podía estar de pie, a penas si me podía arrodillar... En la mañana me daban una tortillita, y unos frijolitos... Cuando tengo necesidad de hacer mis necesidades en el baño... empiezo a tocar la tapadera, y me paso mucho tiempo en el baño. Me daban un galón de agua para el día y pedía otro para la noche.

Salí de Xak'b'al el 5 de enero, y dos días después me encerraron en el hoyo... Y el cinco de junio me sacaron de aquel hoyo. Hacía mucho calor, la tierra quemaba, y por eso que solicitaba agua. Orinaba allí mismo. Cuando los soldados abrían la tapadera se tapaban la nariz.

Dios me hablaba en el hoyo. Yo estaba acostado. Dios me decía, no estés triste, yo estoy contigo. Vas a salir a las once en punto... Pero yo no sabía si iba a ser de día o de noche. Yo le pedía a Dios... Y él cada vez hablaba. Y veía una luz, y trataba de mirar para ver quién me hablaba..., pero se iba la luz y no veía nada... Yo le seguía pidiendo a Dios... Y me quedaba con lágrimas, y le pedía fuerza, y que si me muero, aquí dejo mi cuerpo, pero mi espíritu, espero que tú me recojas.

Cuando pasaron los cinco meses... Llegó un oficial... abrió la tapadera y me dijo:

Daniel: ¿dónde vas a estar porque te van a dar libertad? Te van a dar una casa, porque te van a dar una casa de las mejores. ¿En qué pueblo vas a estar? Vas a ir a algún departamento o a la Capital, ¿dónde vas a estar?

Yo estaba confuso de todo lo que me decía, y le dije: Pues, yo espero la voluntad de Dios, y las órdenes de Dios. Yo no puedo decir en qué pueblo. Sólo espero la voluntad de Dios.

Aquel soldado, malhumorado, me gritó: ¡Comé mierda! Y me tiró otra vez encima la losa de cemento...

Al siguiente día escuché una voz: Tiburcio, hoy vas a salir. A las once.

Y así fue; un poco antes de las once de la mañana, llegaron, y me tiraron un pantalón y una camisa. Yo estaba desnudo. Y dijeron:

Antes de que contemos cinco, tenés que estar fuera.

Y yo tratando de colocarme el pantalón y la camisa, pero no podía tenerme de pie, no aguantaba; empezaron a contar: uno... dos... Pude salir... Quería caminar, pero me caía, a ratos caminaba de rodillas... Me dijeron que fuera hacia el helicóptero.

¡Subíte!

No puedo, les dije. Me ayudaron ellos. Había en el helicóptero una caja de municiones. Pesaba la caja, no la podía mover. Luego subió otro soldado con un fusil galil, pistola y puñal, se puso en una ventana, y el otro del otro lado.

Yo estaba pensando: ¡A qué hora me van a tirar desde el helicóptero! Y le pedía a Dios que me ayudara.

NUEVAMENTE EN SANTA CRUZ

Ellos sentados uno a cada lado... Estaba dispuesto a morir, si me iban a matar. El helicóptero llegó a Santa Cruz del Quiché, tal vez llegamos después de las doce del medio día. Me bajaron, y me quedé sentado encima de unos blocks que había allí cerca de la pista... y estando allí vino un oficial, que dijeron que era del G5...

¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sos guerrillero?

Ustedes, son los que me dicen guerrillero, les dije.

¿Ya comiste?

Sí, le dije.

Babosadas, veníte. Y me llevó a la cocina del ejército de la Base de Santa Cruz. Había mucha comida, verduras, arroz, carne... Me llenó un plato grande, me dejó dos bananos sobre la mesa, un vaso de café...

A penas pude comer una tortilla; no pude comer la carne; agarré sólo un guineo y un panito. Sentía que se reventaba mi estómago.

En la mera tarde, hacia las seis, me volvieron al destacamento que está cerca de la iglesia Catedral, detrás de la gobernación. Pero ya no me pusieron en el mismo cuarto. Allí me tuvieron unos catorce o quince días. Me mandaban barrer, hacer limpieza... cuartos... donde había camas, había fusiles, y dinero tirado en el suelo, balas tiradas en el suelo... Yo llegaba, y limpiaba, iba levantando las armas, el dinero lo dejaba allí bien colocado, las municiones... Después me mandaban planchar la ropa... Luego me mandaron cortar madera para hacer los moldes para hacer el adobe... Luego me mandaron cocinar unos pescados con tomate y cebolla.

Yo aceptaba todo, veían que trabajaba bien. Les preparé el pescado. Puse una olla sobre el fuego, y cuando estaba el agua bien caliente eché el tomate y la cebolla, y luego el pescado, y quedó muy bien preparado. No eran tantos los que vinieron a comer el caldo. Me ofrecieron, y comí yo también un poquito.

Después de esos catorce días, una noche, llegó un camión de Nebaj... lleno de armamento... Tal vez era como la una de la mañana. Encima del armamento traían costales de azúcar, frijol, maíz...

Pero en eso un quintal de frijol se calló y se regó por la calle...

Y yo como vi que se cayó el frijol, les grité fuerte: ¡Muchá, les dije yo, y como estaba con el uniforme, ¿por qué están regando el frijol?, ¡pepenen rápido! Les dije.

Y empezaron a amontonar el frijol. Y yo no era nada de autoridad para ellos... Pero ellos pensaron que sí era soldado...

A NEBAJ EN CAMIÓN

Luego me llevaron a Nebaj. También estuve trabajando en lo que me mandaban. Después me llevaron a pie a Juil. Ese fue un viaje duro, ya no aguantaba a caminar. Donde había paredes, me agarraba a las paredes. Entrando la noche entré yo con los soldados. Otros ocho días estuvimos allí. Después me bajaron a La Perla, otra semana. El oficial que estaba en Juil, me agarró a patadas... Cuando salía, me vio una señora que me dijo:

¡Lástima que ya se van a ir! ¡Pero usted no va a aguantar! ¡Está golpeado y desnutrido! ¡Llévese una bolsita de arroz para el camino!

Esta señora me conocía bien, era de las CPR, pero había sido capturada, y los soldados la tenían de cocinera en el destacamento... Me dio una buena bolsa de arroz. Cuando bajaba por Visiquichún, ya no aguantaba... Había que pasar el río,, no había puente... logré pasar sobre un tronco al otro lado; y para subir, no aguantaba... no podía caminar... iba caminando de rodillas... Y comiendo cada vez un poquito de arroz... luego agarré por la falda de la montaña, sólo con un soldado que me acompañaba... Al fin llegamos a la Finca La Perla... descansé...

Los soldados me mandaron cocinar: cocía maíz, arroz, frijol... Así fue mi vida. Estuve dieciocho días en La Perla.

Al tiempo me vinieron unas noticias: Una señora que era clienta, con la que yo me conocía antes de comerciante, le vendía candelas, aguas, cervezas iba a dejarle en su tienda... En ese momento se

encontraba de cocinera del ejército, y me dijo:

Mire, don Tiburcio, yo siento mucha lástima por usted... Lástima, yo sé que es una persona muy buena, pero ¿cómo se dejó a agarrar? Yo sé que Dios le va a acompañar. Le voy a decir una noticia, pero cuidadito no lo vaya a decir con los soldados: A usted ya lo van a matar... Ya lo tienen planeado. El ejército lo va a sacar de aquí, y lo van a entregar con los patrulleros, y ellos lo van a matar.

Gracias, le dije, por la noticia. No tenga cuidado.

Así me habló la señora. Al siguiente día vino el sargento, y me dijo: Daniel, lástima, porque te dejaste capturar, pero yo sé que tenés que salir. Tú conoces toda la montaña y tenés que ir... si yo estoy de centinela, te voy a dejar salir... Porque te van a matar, ya me dijo también la señora, pero cuidado, no vayas a decir nada.

LA LIBERACIÓN

Al otro día, yo sentí en sueños como que Dios me hablaba; contemplé a dos señores con el pelo muy canoso, casi blanco, barba larga, los dos vestidos de blanco: “¡Tiburcio, levántate, vamos! Hoy mismo vas a salir, y te venimos a buscar.. Vamos, Tiburcio. Pero cuidado no vas a mirar hacia atrás, para que no te vayas a quedar hecho ceniza...” ¡Está bien! -les dije-.

En el sueño miraba que caminaba junto a ellos, me mostraron el camino de La Perla, por Chel; allí en medio del camino había un palo de naranjo, y me dijeron: “Vas a comer y te ayudará para el camino...” Agarré muchas naranjas, comí, y llevé otras... Seguía caminando... En un momento dado me vi en Santa Clara. Allí me dijeron los dos señores: “...Aquí vas a sembrar milpa para tu familia... Y allí va a estar la comunidad, ahí vas a vivir...” Seguimos adelante... Había otro pedazo de tierra más adelante: “...aquí va a comer toda la gente”; y hay todavía otro pedazo... “van a sembrar, para que puedan comer...” Esto es para todos Ustedes, estábamos al pie del cerro del Ixcán. Recordé en ese momento, que por allí era donde el ejército me había llevado para buscar el buzón... del

maíz. En el sueño, me veía nuevamente en medio del ejército.

Caminé, me dirigí hacia abajo... hasta un lugar que le dicen el Tesoro, crucé el río, los dos ancianos caminaban junto a mí... Yo vi en sueños que estos dos ancianos me llevaron hasta Santa Clara, nos encontramos con unos árboles de naranjas, y cortamos sólo dos naranjas... Pero esto era en el sueño que yo veía todo esto...

A eso de las 9:00 de la mañana llegó el oficial del destacamento:

Tiburcio, ¿qué estás haciendo aquí?

¡Estoy cumpliendo lo que el ejército me manda! Contesté...

¿Y qué sos vos?

Nada -le dije-.

¡Tenés toda la libertad...! No soy tu responsable... No te puedo meter en mi patrulla; Andáte! La gente ya no está con miedo.

¿Dónde está tu familia?

En Santa Clara...

¡Ah! ¡Verdad que son guerrilleros...!

No, son población.

¡Babosadas, toda la gente que anda en la montaña, ¡son guerrilleros!
Ya te podés marchar...

Disculpe- -le dije-, quiero solicitar permiso para ir a traer a mi familia; vi a un señor de Santa Clara que habló con mi esposa...

¡Vos pensás ir a la mierda!

No, -le dije-: le agradezco que me den permiso, porque están sufriendo mucho...

¿Cuántos días vas a estar?

Solamente tres días...

¡Ah, no!, me dice el oficial... Te doy dos días. Vas hoy, y mañana estás aquí...

Está bueno. -Contesté...- Solicito únicamente la nota para pasar con las patrullas...

En ese momento el oficial mandó que un soldado hiciera la nota, y además ordenó que me entregaran dos tortillas para los dos días...

¿Tenés ropa civil? Me preguntó...

Llevaba conmigo un pantalón y una camisa ordinaria, que había encontrado en Nebaj, cuando los soldados me tuvieron allí, al regreso de Santa Cruz, y los guardé, pensando que en algún momento me podrían servir.

Salí del destacamento a eso de las 11 de la mañana, como me dijeron...

“Vas a traer tu familia y un montón de gente...” ¿verdad?

Empecé a caminar..., como a unos 40 metros, me empezaron a tirotear... chorros de balas... Descargas tras descargas... Ni una sola bala me alcanzó...

No volteeé a mirar atrás... Seguí caminando despacio... ¡Me fui, me fui... hasta la garita de los patrulleros!

¿Quién es? Me preguntan...

¡Soy Tiburcio!

Me hablaban desde lejos...

¿Dónde vas?

A una comisión...

¿Quién te mandó?

El oficial... -Y así fui contestando las preguntas de los patrulleros...

¿Traés nota?

Cómo no, aquí está...

Me miraban con desconfianza, y me dicen: ¡Saber si regresás...!

En ese momento, recé en silencio nuevamente... Pedí la ayuda de Dios...

Tenía que cruzar un río, por un puente de hamaca, las tablas estaban muy separadas, daba algo de miedo; crucé con precaución... Pero ya del otro lado del río, no se distingue por dónde va el camino, era todo un guatal... pasto y monte... Caminé todo el día.

Conseguí llegar a Xe'Sai'... por donde habíamos pasado con toda la población, pero se vino un tremendo aguacero, caía lluvia y lluvia... Era el 16 de julio, cuando salí. A las nueve de la noche estaba caminando yo sólo, con la ayuda de Dios, y también con la ayuda de los relámpagos, que me iluminaban el camino... Así iba caminando, creo que nunca estuve sin luz... Pero cuando llegué a la montaña, ahí sí, ahí ya no se puede caminar. Decidí meterme debajo de unos árboles, corté hojas de posh y me las eché encima; y me quedé dormido, pero con un sueño profundo. Cuando sentí, ya los pajaritos estaban cantando...

¿Qué voy a hacer? No se notaba el camino, pero yo sentía que sí iba por el camino correcto. Y llegué a un lugar donde hay una gran roca, y me subí encima de aquella piedra, me quedé sentado allí... Pero estaba cansado, como aturdido... Se desmayó mi fe, y empecé a llorar: ¡Y dónde voy a ir a encontrar a mi familia!

¿Dónde estará la comunidad? ¿Qué puedo hacer? Mejor si me muero aquí en la montaña: “Gracias, Señor, porque me libraste del ejército que ya me iba a matar”.

Cuando ya se fueron mis lágrimas, bajé de aquella gran piedra y empecé de nuevo a caminar, y volví a sentir que el Señor me acompañaba:

“¡Dios mío, perdóname, tal vez me disgusté, tuve miedo y desánimo, por qué no sé dónde encontrar a mi familia; pero si tú me guías, podré encontrar a mi familia!”

Al ratito alcancé el camino que me habían señalado los dos señores de pelo blanco en el sueño... por donde me habían mostrado un árbol de naranjas... Sentí que estaba libre, pero fue un momento muy duro para mí.

Corté y comí naranjas, y llevé mis dos naranjas... Caminando como podía, con más corazón que energías, llegué a Chel, eran como a las 6 de la tarde; y de ahí ligerito, tomé el camino para Santa Clara, por el camino viejo... Me agarró la noche, y la lluvia se puso fuerte, ¡llovía recio!

Decidí esperar y descansar bajo los árboles de la montaña: con hojas de posh me tapé como pude, también puse debajo... para no sentir tanto la humedad...

Dormí... En la mañana con el canto de los pájaros, desperté... Y me puse de nuevo en camino... Como a medio día, ya estaba en las montañas de Santa Clara...

Todo coincidía con el camino que mostraron los dos señores en el sueño... No distinguía si estaba libre o era un sueño.

Era el segundo día de camino, pero no conseguí llegar hasta el lugar donde yo suponía podría estar la gente, la población. Estaba muy cansado, agotado, pensé que me moría... Pero aún así, en ese momento me dije:

“¡Adiós La Perla, adiós ejércitos... Nunca volveré!”

Llegó la noche, nuevamente en la montaña... Y a pesar de todo repetía en mi corazón:

“...Aunque me muera en la montaña, pero nunca más con el ejército”.

Al amanecer del tercer día no podía conmigo: Tenía la cara inflamada, no podía con el cuerpo, sentía el frío de la noche, estaba bien mojado porque la lluvia fue permanente... Quería levantarme...

Y en eso escuché el canto de un gallo.... Le puse atención... cantaba una y otra vez... se escuchaba a lo lejos, por entre la montaña... Afiné mi oído para distinguir hacia dónde cantaba el gallo... Recé a Dios... le pedí fuerzas...

Me levanté. El cuerpo hinchado, las rodillas tiesas... Me levanté agarrándome a un palo, poquito a poco... con dificultad...

El gallo no se callaba... Pero no podía casi caminar: Fui paso a paso, muy despacio... Y el gallo cantaba...

Al ratito, en el camino, distinguí huellas de gente... de personas que debieron pasar por allí... Decidí entonces, seguir el camino... Seguí hacia donde cantaba el gallo...

A medida que me iba acercando, escuché ruido de niños que están jugando... Quedé escuchando a ver si distinguía quiénes eran... ¿Serán mis sobrinos? A medida que me iba acercando, pude ver que eran ellos... ¡Eran ellos! En mi corazón sentía una inmensa alegría.

Yo nunca pensé que solito hubiera podido hacer todo aquel camino, volví a rezar: “Señor mío y Dios mío, ¡gracias, Padre, ya llegué!”.

Me encontré con una milpa, pasé por medio de la milpa... Más allá escuché que alguien molía dentro de una casa, que molía el maíz en la piedra... Vi una mujer moliendo, de espaldas, porque

estaba moliendo hacia el cerco... Llegué a la casa y me senté a la puerta de la champita, muy discretamente, sin querer molestar, y le hablé...

¡Modesta...! La mujer volvió la cara:

¡Tío...!

Ella no salía del asombro, no sabía si era yo, o un espíritu... No podía creer que estuviera allí.

¡Soy yo, tu tío!

Ya no habló, empezó a llorar... Se tiró sobre mí, un largo rato, abrazados... La calmé un poco... La contenté, le hablé...

¡Soy yo, tu tío! Y vengo con toda la fuerza, con toda la voluntad, con la ayuda de Dios...

Pero como no era el primero que regresaba de esa manera, enseguida me preguntó: ¿No trae usted ejército?

¡No!, -le dije-. No vengo con dos caras o dos corazones. Vengo con la ayuda de Dios... ¿Dónde está tu mamá?

Fue a trabajar... Me contestó.

Mi sobrina, en ese momento, salió corriendo, sin dejarme nada de comer; al rato llegó su mamá: a unos 20 metros ya me reconoció, y mi hermana empezó a llorar, y yo la fui a encontrar, y nos abrazamos entre lágrimas y sollozos... Me calmé y la calmé...

¡Quiero platicar con ustedes! Vengo con todo corazón, con toda fuerza... vengo con toda voluntad, ¿dónde está mi familia?

Mi hermana me pregunta:

¿Cómo viniste?

Vengo a entregarme directamente con ustedes. Sólo quiero pedir un favor: ¿Dónde están los Comités para hablar con ellos? ¿Dónde está mi familia?

Entonces les dije a mi hermana y a mi sobrina:

Háganme un favor: Tú vas al comité, le dije a mi hermana..., y la Modesta a hablar a mi familia... ¡Me quedo aquí con ustedes...!

Mi hermana se fue a avisar al Comité, y la sobrina, fue corriendo a avisar a mi familia... que estaba más lejos.

Como a la una de la tarde llegó mi esposa. Con grandes lágrimas, nos abrazamos...

Me trajo comida... Venía con una bolita de masa de maíz, un peño de guineos, y una taza de frijol...

De tanta alegría, casi no comí... Pero en eso nos enteramos que la gente del Comité se asustó, se asustaron mucho, y dieron orden a la gente que se escondieran en la montaña... Fue un momento muy duro para mí... Porque yo venía solo, nadie me seguía, no venía a delatar a nadie, ni a entregar a nadie...

Como a las 5 de la tarde ya llegaron los del Comités para hablar conmigo... Les conté todo lo que me pasó... Y cómo llegué aquí con la ayuda de Dios... Después de 8 meses llegaba de nuevo a Santa Clara... ¡Esto es lo que yo pasé...! -les dije-

Hablé con ellos más de tres horas... Hasta que se convencieron que era el mismo de antes, aunque no igual, porque llegaba todo golpeado, cansado... Y en ellos la duda, ¿cómo el ejército me pudo dejar escapar?

No es fácil para mí hablar de estas realidades, pero creo que me hace bien... En realidad, tendría que estar muerto. Sólo Dios sabe por qué estoy vivo y qué es lo que quiere de mí.

Al hablar con mis hermanos de la comunidad, que también han

sufrido tanto, sentimos el peso de la crueldad del ejército...

Sigo trabajando con esperanza en Dios...

Aunque me golpearon mucho... A veces como que el cerebro dejara de funcionar en mi cabeza..., todo a consecuencia de los golpes, de los dolores...

Y todo el trabajo para “salir a la luz” ha tenido buenos resultados, y gracias a la Iglesia, al Obispo, se formó la Multipartita, y llegaron con nosotros hasta las CPR...

Mi esposa murió en 1990 de enfermedad, en la montaña, en las CPR... Está enterrada en Santa Clara... Quedó allí... aunque quiero que pase al cementerio de la aldea Xix, y espero algún día traerla.

Tuvimos dos hijos: Uno está ahora en la Costa Sur, con lo del traslado de un grupo de familias de las CPR; el otro está en Xix...

Me junté con otra mujer... Pero ella es de otra religión... Aunque yo nunca voy a cambiar mi fe... En casa ella se arrodilla conmigo para rezar el rosario... Leemos juntos la Biblia...

No sé qué más decir de todo esto, pero creo que Dios se mostró conmigo directamente, me hablaba, sentía su presencia en los momentos difíciles... Y hoy sigo trabajando por la comunidad, aquí en la aldea Xix, donde me encuentro actualmente.



Catequistas y Religiosas en las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra, 1993

ÍNDICE GENERAL

| | <i>Pag.</i> |
|---|-------------|
| Presentación..... | 9 |
| Cronología..... | 19 |
| MARCELINO LÓPEZ BALÁN..... | 25 |
| Itinerario de vida..... | 27 |
| Raíces de mi vida..... | 29 |
| Mis hermanos..... | 30 |
| Romería a Chiantla..... | 32 |
| Escuela y trabajo..... | 33 |
| Catequista..... | 35 |
| Animador de jóvenes..... | 36 |
| Conozco a María Lorenza y me asocio a la cooperativa..... | 38 |
| Construimos nuestra casa..... | 42 |
| De nuevo la costa y problemas con mi esposa..... | 43 |
| El agua de la casa..... | 46 |
| Cooperativa Flor Chimalteca..... | 47 |
| El camino a Ixcán..... | 50 |
| Nostalgia de San Martín..... | 53 |
| Quiero comerciar..... | 55 |
| Nuestros hijos necesitan escuela..... | 58 |
| El padre Guillermo Woods..... | 59 |
| 1976. El Terremoto de Guatemala..... | 61 |
| ¿Se puede criar ganado en Ixcán? Viajo a San Martín... | 65 |
| Regreso a Ixcán..... | 67 |
| 25 de febrero de 1976: | |
| Historia de una mujer de Pueblo Nuevo..... | 69 |
| Problemas en las Cooperativas..... | 71 |
| El control militar..... | 72 |
| Muerte de mis hijos: Una historia difícil de aceptar..... | 72 |
| Una mujer enferma..... | 74 |
| El tiempo de la violencia..... | 76 |
| 1977. Renovación carismática..... | 77 |
| Excomulgado..... | 79 |

| | Pag. |
|---|-------------|
| Visito a los Obispos de Huehuetenango y Quiché..... | 82 |
| El padre Carlos Stetter..... | 84 |
| Masacres | |
| Primera masacre en Cuarto Pueblo..... | 85 |
| Salgo con mi familia de Ixcán..... | 89 |
| Trabajo como sastre en San Martín..... | 90 |
| Decido regresar solo a Ixcán..... | 93 |
| Carta para mi esposa..... | 96 |
| Masacre del 14 de marzo de 1982 en Cuarto Pueblo... | 100 |
| Víctimas de la masacre de Cuarto Pueblo..... | 101 |
| El refugio y las CPR..... | 105 |
| Hacemos gestiones en el refugio..... | 105 |
| Gestiones en las CPR..... | 108 |
| Año 1984..... | 111 |
| El padre Marcos (Ricardo Falla)..... | 115 |
| Retiro espiritual en la selva..... | 118 |
| La ofensiva de 1987..... | 121 |
| No tenemos altares..... | 123 |
| Visita A Las Comunidades De La Sierra | |
| Empezando por Santa Clara..... | 124 |
| Camino a Xeputul..... | 127 |
| Reunión con el Obispo de Quiché..... | 132 |
| Junio de 1992..... | 134 |
| El ejército descubre la sacristía en la Selva..... | 135 |
| Acusaciones contra el padre Ricardo Falla..... | 138 |
| Hermanos evangélicos..... | 140 |
| Comprensión en medio de los problemas..... | 141 |
| Marzo de 1993..... | 142 |
| REMHI..... | 144 |
| Año 1996..... | 145 |
| Los Mártires..... | 146 |
| Visitas a otros países..... | 148 |
| Quiero terminar esta historia..... | 152 |
| MARCELINO CANO SAUCEDO..... | 155 |
| Itinerario de vida..... | 157 |

| | Pag. |
|--|-------------|
| Las raíces de mi familia..... | 159 |
| Recuerdos de mi niñez y juventud..... | 159 |
| La escuela..... | 162 |
| La Acción Católica..... | 163 |
| Organización de la Directiva y nombramiento de Catequistas..... | 165 |
| Los Hermanos Maristas..... | 167 |
| Secretario de la Acción Católica..... | 169 |
| Nuevos proyectos, la apicultura..... | 171 |
| Técnicas agrícolas..... | 175 |
| Matrimonio..... | 179 |
| Me «robé» a mi esposa..... | 180 |
| La pedida formal..... | 181 |
| La toma de conciencia de la situación..... | 183 |
| ¿Cómo se desencadena la violencia?..... | 186 |
| Testigo de las violencias..... | 188 |
| De los asesinatos selectivos a las masacres..... | 190 |
| La población se refugia en la montaña..... | 191 |
| Perdidos en la montaña..... | 193 |
| Buscando a mi esposa y a mi hijo..... | 196 |
| Me integro a la guerrilla..... | 198 |
| Las comunidades de población en resistencia de la sierra..... | 199 |
| El trabajo pastoral bajo la montaña..... | 200 |
| Nuestras celebraciones de la Palabra de Dios..... | 202 |
| Carta del Obispo de Quiché..... | 203 |
| El apoyo nacional y la solidaridad internacional..... | 205 |
| Trabajo en la Oficina de Derechos Humanos de Chajul... | 206 |
| Regreso a la parroquia de Nebaj..... | 206 |
| El Proyecto REMHI..... | 207 |
| Las exhumaciones..... | 207 |
| La Santa Misión Diocesana..... | 209 |
| La Radio..... | 209 |

| | <i>Pag.</i> |
|---|--------------------|
| ÁNGEL OVIDIO VELÁSQUEZ CASTELLANOS... | 213 |
| Itinerario de vida..... | 215 |
| Los comienzos..... | 217 |
| Cómo vivían mis padres..... | 218 |
| La iglesia de Buena Vista..... | 226 |
| Mis años de escuela..... | 227 |
| Los Delegados de la Palabra de Dios..... | 228 |
| El trabajo en la Iglesia..... | 230 |
| Cursos de pastoral..... | 231 |
| Las espinas del camino..... | 235 |
| El ejemplo del padre Tulio Maruzzo y Obdulio Arroyo... | 247 |
| Secuestro y torturas..... | 249 |
| TIBURCIO HERNÁNDEZ UTUY..... | 277 |
| Itinerario de vida..... | 279 |
| Recuerdos de infancia..... | 281 |
| Algunos datos de mi niñez..... | 283 |
| Mi padre quiere casarme..... | 284 |
| A pesar de mis padres, me voy a la Costa a trabajar..... | 285 |
| Regreso a la aldea..... | 286 |
| De nuevo en la Costa buscando trabajo..... | 288 |
| Entré en la acción católica..... | 291 |
| Decidí casarme..... | 293 |
| Problemas con mi padre..... | 295 |
| Construcción de la Escuela de Xix..... | 297 |
| El agua potable para la aldea de Xix..... | 298 |
| Proyecto apícola..... | 299 |
| Los años del conflicto..... | 299 |
| La violencia del ejército contra la población..... | 300 |
| La población se refugia en la montaña..... | 302 |
| Nuestras familias se distribuyen por la Sierra de Chajul... | 306 |
| Resistiendo en la montaña..... | 308 |
| La vida en las CPR de la Sierra..... | 310 |

| | <i>Pag.</i> |
|---|--------------------|
| Me captura el ejército | |
| Viacrucis de torturas..... | 311 |
| Me trasladan a Nebaj..... | 318 |
| Trasladado a Santa Cruz del Quiché..... | 319 |
| Los soldados me trasladan de vuelta a Amaq'txe'l..... | 331 |
| En Santiago Ixcán..... | 334 |
| Cinco meses en un hoyo en Playa Grande..... | 336 |
| Nuevamente en Santa Cruz..... | 338 |
| A Nebaj en Camión..... | 340 |
| La liberación..... | 341 |
| | |
| Indice general..... | 351 |